

***COMPORTAMIENTO
ÍNTIMO***

Desmond Morris

Titulo original:
INTIMATE BEHAVIOUR

Traducción de
JOSE M^a M. PARICIO

© 1971, Desmond Morris
1974. PLAZA 8 JANES. S. A. Editores
Virgen de Guadalupe. 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed In Spain
Impreso en España

Depósito Legal 6.629 – 1974
ISBN: S401-44103X

GRÁFICAS GUADA. S. A. – Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

INTRODUCCIÓN

Intimidad significa unión, y quiero dejar bien claro, desde el principio, que empleo esta palabra en su sentido literal. Por consiguiente, de acuerdo con este sentido, la intimidad se produce cuando dos individuos establecen contacto corporal. La naturaleza de este contacto, ya sea un apretón de manos o un coito, una palmada en la espalda o un cachete, una manicura o una operación quirúrgica, constituye el objeto de este libro. Cuando dos personas se tocan físicamente, algo especial se produce, y es este algo lo que he querido estudiar.

Para ello, he seguido el método del zoólogo experto en etología, es decir, en la observación y el análisis del comportamiento animal. En este caso, me he limitado al estudio del animal humano, imponiéndome la tarea de observar lo que hace la gente: no lo que dice o lo que dice que hace, sino lo que hace en realidad.

El método es bastante sencillo —simplemente, mirar—, pero la tarea no es tan fácil como parece. Esto se debe a que a pesar de la autodisciplina, hay palabras que se empeñan en entremeterse e ideas preconcebidas que se cruzan reiteradamente en el camino. Es difícil, para el hombre adulto, observar un fragmento de comportamiento humano como si lo viese por primera vez; pero esto es lo que debe intentar el etólogo, si quiere arrojar una nueva luz sobre el tema. Desde luego, cuanto más conocido y vulgar es el comportamiento, más se agrava el problema; además, cuanto más íntimo es el comportamiento, tanto más se llena de carga emocional, no sólo para sus actores, sino también para el observador.

Tal vez es esta la razón de que a pesar de su importancia e interés, se hayan efectuado tan pocos estudios sobre las intimidades hu-

manas corrientes. Es mucho más cómodo estudiar algo tan ajeno a la intervención humana como, por ejemplo, la costumbre del panda gigante de marcar el territorio por el olor, o la del acuchi verde de enterrar la comida, que examinar científica y objetivamente algo tan «conocido» como el abrazo humano, el beso de una madre o la caricia del amante. Pero, en un medio social cada día más apretado e impersonal, importa muchísimo reconsiderar el valor de las relaciones personales íntimas, antes de vernos impulsados a formular la olvidada pregunta: «¿Qué le ha pasado al amor?» Con frecuencia, los biólogos se muestran reacios a emplear la palabra «amor», como si ésta no reflejase más que una especie de romanticismo culturalmente inspirado. Pero el amor es un hecho biológico. Los goces emocionales, subjetivos y la angustia que le son inherentes, pueden ser profundos y misteriosos y difíciles de explicar científicamente; pero los signos extremos del amor –los actos del amor– son perfectamente observables, y no hay ninguna razón para no estudiarlos como otro tipo cualquiera de comportamiento.

A veces se ha dicho que explicar el amor es destruirlo, pero esto es totalmente incierto. Según como se mira, es incluso un insulto al amor, al presumir que, como una cara vieja y maquillada, no puede resistir el escrutinio bajo una luz brillante. Y es que en el vigoroso proceso de formación de fuertes lazos afectivos entre los individuos no hay nada ilusorio. Es algo que compartimos con millares de otras especies animales: en nuestras relaciones paterno-filiales, en nuestras relaciones sexuales y en nuestras amistades más íntimas.

Nuestros encuentros íntimos incluyen elementos verbales, visuales e incluso olfatorios, pero, por encima de todo, el amor significa tacto y contacto corporal. Con frecuencia hablamos de cómo hablamos, y a menudo tratamos de ver cómo vemos; pero, por alguna razón, raras veces tocamos el tema de cómo tocamos. Quizás el acto es tan fundamental –alguien lo llamó madre de los sentidos– que tendemos a darlo por cosa sabida. Por desgracia, y

casi sin advertirlo, nos hemos vuelto progresivamente menos táctiles, más y más distantes, y la falta de contacto físico ha ido acompañada de un alejamiento emocional. Es como si el hombre educado moderno se hubiese puesto una armadura emocional y con su mano de terciopelo en un guante de hierro, empezase a sentirse atrapado y aislado de los sentimientos de sus más próximos compañeros.

Es hora de mirar más de cerca esta situación. Al hacerlo, procuraré reservarme mis opiniones y describir el comportamiento humano con la óptica objetiva del zoólogo. Confío en que los hechos hablarán por sí solos, y que lo harán con bastante elocuencia para que el lector se forme sus propias conclusiones.

LAS RAICES DE LA INTIMIDAD

Como ser humano que es, usted puede comunicarse conmigo de muchas maneras. Yo puedo leer lo que usted escribe, escuchar las palabras que pronuncia, oír su risa y su llanto, mirar la expresión de su rostro, observar las acciones que realiza, oler el perfume que lleva, y sentir su abrazo. En lenguaje vulgar, podemos referirnos a estas interacciones diciendo que «establecemos contacto» o «mantenemos contacto»; sin embargo, sólo la última involucra un contacto corporal. Todas las demás se realizan a distancia. El empleo de palabras tales como «contacto» y «tacto» al referirnos a actividades tales con la escritura, la vocalización o las señales visuales, es, si lo consideramos objetivamente, extraño y bastante revelador. Es como si aceptásemos automáticamente que el contacto corporal es la forma más fundamental de comunicación. Hay otros ejemplos de esto. Así, hablamos con frecuencia de «tener el corazón en un puño», de «escenas que nos tocan en lo más vivo» o de «sentimientos heridos», y decimos que un orador «tiene al público en la mano». En ninguno de estos casos hay agarrón, tocamiento, sensación o manejo; pero esto parece no importar. El empleo de metáforas de contacto físico es un medio eficaz de expresar las diversas emociones implicadas en diferentes contextos.

La explicación es bastante sencilla. En la primera infancia, antes de que supiésemos hablar o escribir, el contacto corporal fue un tema dominante. La interacción física directa con la madre tuvo una importancia suprema y nos dejó su marca. E incluso antes, dentro del claustro materno, antes de que pudiésemos, no ya hablar o escribir, sino ver u oler, fue un elemento aún más poderoso de nuestras vidas. Si queremos comprender las muchas maneras curiosas, y a veces fuertemente reprimidas, en que establecemos

contactos físicos con otros durante la vida adulta, debemos empezar por volver a nuestros remotos orígenes, cuando no éramos más que embriones dentro del cuerpo de nuestras madres. Las intimidades del útero, que raras veces tomamos en consideración, nos mudarán a comprender las intimidades de la infancia, de las que solemos prescindir porque las damos por sabidas, y las intimidades de la infancia nos ayudarán, al ser vistas y examinadas de nuevo, a explicar las intimidades de la vida adulta, que tan a menudo nos confunden, nos intrigan e incluso nos inquietan.

Las primerísimas impresiones que recibimos como seres vivos, al flotar acurrucados dentro del muro protector del útero materno, son sin duda sensaciones de íntimo contacto corporal. Por consiguiente, la principal excitación del sistema nervioso en desarrollo toma, en esta fase, la forma de variadas sensaciones de tacto, presión y movimiento. Toda la superficie de la piel del feto se baña en el tibio líquido uterino de la madre. Al crecer aquel y apretarse el cuerpo en desarrollo contra los tejidos de la madre, el suave abrazo del saco uterino envolvente se hace gradualmente más firme, estrechando más y más al feto a cada semana que transcurre. Además, a lo largo de todo este periodo, la criatura que se está desarrollando se ve sometida a la presión variable de la rítmica respiración de los pulmones de la madre y a un suave y regular movimiento de balanceo, cuando la madre camina.

Cuando, en los tres últimos meses antes del nacimiento, el embarazo toca ya a su fin el niño es también capaz de oír. Todavía no puede ver, ni gustar, ni oler; pero cosas que resuenan en la noche del claustro materno pueden ser claramente detectadas. Si se produce un ruido fuerte y agudo cerca del vientre de la madre, la criatura se sobresalta. Su movimiento puede ser fácilmente registrado por instrumentos sensibles, o incluso ser lo bastante fuerte para que la madre lo sienta. Esto significa que durante este período, el niño es indudablemente capaz de oír el rítmico latido del corazón de la madre, 72 veces por minuto. Este quedará grabado como la principal señal sonora de la vida intrauterina.

Estas son, pues, nuestras primeras y verdaderas experiencias vitales: flotar en un líquido tibio, permanecer acurrucados en un abrazo total, balancearnos con las oscilaciones del cuerpo en movimiento y escuchar los latidos del corazón de la madre. Nuestra prolongada exposición a estas sensaciones, a falta de otros estímulos, dejan una huella duradera en nuestro cerebro, una impresión de seguridad, de bienestar y de pasividad.

De pronto, esta dicha intrauterina se ve rápidamente destruida por lo que debe ser una de las experiencias más traumáticas de toda nuestra vida: el acto de nacer. En cuestión de horas, el útero se transforma de nido mullido, en violento y opresor saco de músculos, el músculo más vasto y poderoso de todo el cuerpo humano, incluidos los brazos de los atletas. El perezoso abrazo que era como un apretón cariñoso se convierte en una constricción aplastante. El recién nacido no nos saluda con una sonrisa feliz, sino con la tensa y convulsa expresión facial de una víctima desesperada. Su llanto, que suena como música dulcísima a los oídos de los ansiosos padres, es en realidad muy parecido a un grito salvaje de pánico ciego, al perder de pronto su íntimo contacto con el cuerpo de la madre.

En el momento de nacer, el niño aparece flácido, como de goma blanda y mojada: pero casi inmediatamente boquea y absorbe su primer aliento. Después, a los cinco a seis segundos, empieza a llorar. Mueve la cabeza, los brazos y las piernas con creciente intensidad, y, durante media hora, sigue protestando, con irregulares sacudidas de los miembros, jadeos, muecas y gritos, hasta que se sume, generalmente, en un profundo y largo sueño.

De momento, el drama ha terminado; pero cuando el niño se despierta necesita un gran cuidado maternal, contacto e intimidad para compensar la perdida comodidad de la matriz. Estos sustitutos post uterinos se los proporciona, de muchas maneras, la madre a los que la ayudan. El más natural es remplazar el abrazo del útero por el de los brazos de la madre. El abrazo maternal ideal es el que abarca todo el niño, de modo que la superficie del cuerpo

de éste establezca con el de la madre el mayor contacto posible, sin dificultar su respiración. Existe una gran diferencia entre abrazar al niño o simplemente sostenerlo. El adulto que sostiene un niño con el mínimo contacto no tarda en descubrir que esto reduce extraordinariamente el valor reconfortante de su acción. El pecho, los brazos y las manos de la madre deben procurar reproducir el abrigo total de la matriz perdida.

A veces, no basta con el brazo, sino que hay que añadir otros elementos similares a los de la matriz. Sin saber muy bien por qué la madre empieza a mecer suavemente al niño de un lado a otro. Esto tiene un poderoso efecto sedante; pero, si no basta, debe levantarse y dar pasos hacia delante y hacia atrás, con el niño acunado en los brazos. De vez en cuando, conviene que lo sacuda brevemente arriba y abajo. Todas estas intimidades ejercen una influencia reconfortante sobre el niño inquieto o llorón y, al parecer, esto se debe a que imitan algunos de los ritmos experimentados por la criatura antes de nacer. La presunción más natural es que aquéllas reproducen las suaves oscilaciones sentidas por el niño en el claustro materno cuando la madre caminaba durante su embarazo. Pero esto tiene una falla. Suele equivocarse la rapidez. El ritmo del cuneo es considerablemente más lento que el de la marcha normal. Además, cuando «se pasea al niño» se hace a un paso mucho más lento que cuando se anda con normalidad.

Recientemente, se han realizado experimentos para averiguar el ritmo ideal de la cuna. Si era demasiado lento o demasiado rápido, el movimiento producía muy poco efecto sedante, si es que producía alguno; pero cuando se imprimió a la cuna mecánica de sesenta a setenta oscilaciones por minuto, el cambio fue sorprendente: los niños en observación se tranquilizaron inmediatamente y lloraron mucho menos. Aunque las madres varían en la rapidez con que mecen a sus hijos cuando los llevan en brazos, su ritmo típico es muy parecido al de los experimentos, y lo propio puede decirse de cuando «pasea al niño». Sin embargo, en circunstancias normales, la rapidez de la marcha suele exceder de los cien pasos

por minuto.

Parece, pues, que aunque estas acciones tranquilizadoras pueden surtir efecto porque reproducen los movimientos oscilatorios que siente el niño en el claustro materno, la rapidez con que se efectúa requiere otras explicaciones. Aparte de la marcha de la madre el feto pasa por otras dos experiencias rítmicas: la respiración regular de la madre y los latidos regulares de su corazón. El ritmo de la respiración –entre diez y catorce respiraciones por minuto– es demasiado lento para ser tomado en consideración; en cambio, el del corazón –72 latidos por minuto– parece mucho más digno de atención. Parece que este ritmo, oído o sentido, es un consolador vital, que recuerda al niño el paraíso perdido de la matriz.

Existen dos indicios que refuerzan esta opinión. Primera: si registramos en un disco los latidos del corazón y hacemos que el niño lo escuche a la velocidad correcta, observamos un efecto calmante, incluso sin cuneo o movimientos oscilatorios. Si tocamos el disco más *de prisa*, a más de cien latidos por minuto –o sea, la velocidad normal de la marcha–, los efectos calmantes cesan inmediatamente. Segundo: como ya refiero en *El mono desnudo*, cuidadosas observaciones han revelado que la inmensa mayoría de las madres sostiene a sus hijos de modo que apoyen la cabeza sobre su seno izquierdo, cerca del corazón. Aunque estas madres no saben por qué lo hacen, aciertan al colocar el oído del niño lo más cerca posible del lugar en que se producen los latidos. Esto se aplica tanto a las madres normales como a las zurdas, por lo que la explicación de los latidos del corazón parece ser la única adecuada.

Salta a la vista que esto sería susceptible de ser explotado comercialmente mediante la confección de una cuna que oscilase mecánicamente a la velocidad de los latidos del corazón, o que estuviese provista de un pequeño aparato que reprodujese, ampliado, el sonido normal de aquellos latidos. Un modelo de lujo que incluyese ambos ingenios sería indudablemente aún más eficaz, y muchas madres atareadas sólo tendrían que apretar un botón y

echarse a descansar, para que el aparato tranquilizase e hiciese dormir a su pequeño con la misma facilidad con que la máquina lavadora limpia su ropita sucia.

La aparición de estas máquinas en el mercado es sólo cuestión de tiempo, y sin duda servirán de gran ayuda a las atareadas madres modernas; pero sería peligroso excederse en su utilización. Ciertamente que un tranquilizador mecánico es mejor que la falta de todo sedante, tanto para los nervios de la madre como para el bienestar del niño, y que aquél tiene grandes ventajas, sobre todo cuando la falta de tiempo quita a la madre toda alternativa. Sin embargo, los anticuados procedimientos maternos siempre serán mejores que sus sustitutos mecánicos. Dos razones lo confirman. Primera: la madre hace más de lo que nunca podrá hacer una máquina. Sus acciones confortantes son más complejas y tienen rasgos específicos que examinaremos más adelante. Segunda: la íntima interacción entre la madre y el hijo, que se produce siempre que aquélla conforta a éste, sosteniéndolo, abrazándolo y meciéndolo, constituye la base fundamental del fuerte lazo afectivo que pronto surgirá entre ambos. Ciertamente que durante los primeros meses el niño responde positivamente a cualquier adulto complaciente; pero, pasado un año, habrá aprendido a conocer a su propia madre y a rechazar la intimidad de los extraños. En la mayoría de los niños, este cambio suele producirse al quinto mes, pero no se realiza de la noche a la mañana y varía mucho de un niño a otro. Por consiguiente, es difícil predecir con seguridad el momento exacto en que el niño empezará a responder selectivamente a su propia madre. Es un período crítico, porque la fuerza y la calidad del lazo afectivo ulterior dependerá de la riqueza y la intensidad del comportamiento de contacto corporal que se produzca entre la madre y el hijo, precisamente en esta fase inicial.

Evidentemente, el uso excesivo, durante esta fase vital, de procedimientos mecánicos puede ser peligroso. Algunas madres se figuran que el suministro de alimento y de otras recompensas parecidas les granjea el afecto de sus hijos: pero no es así. Observa-

ciones realizadas con niños carentes de aquellas atenciones y experimentos practicados con monos han revelado, sin lugar a dudas, que es esencial el tierno contacto con el suave cuerpo de la madre para producir el lazo vital afectivo que tan importante habrá de ser para el comportamiento en ulteriores etapas de la existencia. Es virtualmente imposible dar demasiado amor y contacto durante estos primeros meses críticos, y la madre que ignora este hecho lo lamentará más tarde, lo mismo que su hijo. Es difícil comprender la torcida tradición según la cual conviene dejar que el niño llore para que «no se le suba a uno a las barbas», cosa que ocurre con demasiada frecuencia en nuestras culturas civilizadas.

Sin embargo, al combatir esta declaración, hay que añadir que cuando el niño es mayor la situación cambia. Entonces, es posible que la madre exagere su protección y retenga al niño pegado a sus faldas, cuando éste debería empezar a campar por sus respetos y hacerse más independiente. Lo peor que puede hacer una madre es ser poco protectora y demasiado severa y exigente con un niño pequeño, y *después*, exagerar su protección y su apego al niño mayor. Esto invierte completamente el orden natural de formación del lazo, aunque, desgraciadamente, es algo muy frecuente en la actualidad. Cuando un niño mayor o un adolescente, «se rebela», es muy probable que encontremos, en el fondo, este equivocado sistema de crianza. Y, cuando esto ocurre, es demasiado tarde para corregir el primitivo error.

La secuencia natural que acabo de esbozar –primero, amor; después, libertad– es fundamental, no sólo para el hombre, sino también para todos los primates superiores. Las madres de los monos mantienen ininterrumpidamente la intimidad del contacto corporal durante muchas semanas después del nacimiento. Desde luego, su tarea se ve facilitada por el hecho de que los monitos son lo bastante vigorosos para mantenerse agarrados a ellas durante largo rato. En los monos más grandes, como el gorila, los pequeños pueden necesitar unos cuantos días para aprender a agarrarse bien, pero una vez conseguido esto, y a pesar de su peso, lo practican

con notable tenacidad. Los monos más pequeños se agarran a su madre desde que nacen, e incluso he visto a un monito, en el momento del alumbramiento, agarrarse fuertemente con las patas delanteras al cuerpo de su madre, cuando la parte posterior del animalito no había salido aún de la matriz.

El niño es mucho menos atlético. Sus brazos son más débiles, y los pies, de cortos dedos, no son prensiles. Por consiguiente, plantean un problema mayor a la madre humana. Durante los primeros meses, ella sola debe realizar todas las acciones físicas encaminadas a mantener el contacto corporal entre ella y su pequeño. Suele subsistir unos pocos restos de los ancestrales hábitos prensiles del recién nacido, rudimentarias huellas de su remoto pasado en el curso de la evolución, pero que de nada le sirven en la actualidad. Duran poco más de dos meses a partir del nacimiento y reciben el nombre de reflejo de asimiento y reflejo de Mono.

El reflejo de asimiento se produce muy pronto; el feto de seis meses lo experimenta ya de un modo muy intenso. Después del nacimiento, un estímulo en la palma de la mano hace que ésta se cierre con tal fuerza que permite al adulto levantar el cuerpo del niño con todo su peso. Sin embargo, a diferencia del mono pequeño, este asimiento no puede prolongarse mucho rato.

El reflejo de Moro puede observarse si bajamos rápida y bruscamente al niño unos pocos palmos —como si le dejásemos caer—, sosteniéndole por la espalda. El pequeño extiende inmediatamente los brazos y abre las manos y los dedos. Después, cierra los brazos de nuevo, como para agarrarse a algo. Aquí vemos claramente un reflejo de la ancestral acción de asimiento del primate, practicada eficazmente por todos los monitos normales. Recientes estudios han confirmado esto, aún con mayor claridad. Si el niño se siente caer, sostenido de las manos de modo que estas puedan agarrarse, su primera reacción no es abrir los brazos para volver a cerrarlos, sino, simplemente, apretar los dedos con más fuerza. Esto es precisamente lo que haría un monito asustado, si, hallándose flojamente agarrado a la pelambre de su madre, ésta, súbita-

mente espantada, se levantase de un salto. El mono apretaría más los dedos, para que su madre le llevase rápidamente a lugar seguro. El niño, hasta las ocho semanas, aún conserva lo bastante del mono para mostrarnos un resto de esta reacción.

Sin embargo, desde el punto de vista de la madre humana, estas reacciones «simiescas» sólo tienen un interés académico. Pueden intrigar al zoólogo, pero, en la práctica, no sirven para aliviar la carga de los padres. Entonces, ¿cómo debe hacer frente a la situación? Hay varias alternativas. En la mayoría de las llamadas culturas primitivas, el niño, durante los primeros meses, está casi constantemente en contacto con el cuerpo de la madre. Cuando ésta descansa, el niño es sostenido continuamente por ella misma o por otra persona. Cuando duerme, el pequeño comparte su lecho. Cuando trabaja o va de un lado a otro, lo lleva firmemente sujeto a su cuerpo. De este modo, mantiene el casi ininterrumpido contacto típico de los primates. Pero las madres modernas no pueden siempre llegar a estos extremos.

Una alternativa es fajar al niño con unos pañales. Si la madre no puede ofrecer al pequeño el abrigado refugio de sus brazos o el íntimo contacto con el cuerpo, de noche y de día, hora tras hora, puede al menos envolverlo en unos pañales finos y calientes que sustituyan al perdido abrigo de la matriz. En general, pensamos que se abriga a los niños sólo para mantener su calor; pero, en realidad, hay mucho más que esto. El abrazo de la tela en que es envuelto el niño, establece un contacto igualmente importante con la superficie de mi cuerpo. Si esta envoltura debe ser floja o apretada, es un tema objeto de acaloradas discusiones. La actitud de las diferentes culturas varía mucho sobre el grado ideal de sujeción de este primer abrigo que sustituye a la matriz.

En nuestro mundo occidental, suelen rechazarse los pañales y se prefiere envolver ligeramente al recién nacido, de modo que pueda mover el cuerpo y los miembros a su antojo. Los expertos han expresado el temor de que una mayor sujeción «podría entumecer el espíritu del niño». La inmensa mayoría de los lectores occiden-

tales aceptarán inmediatamente esta opinión: pero conviene estudiarla más de cerca. Los antiguos griegos y romanos fajaban a sus pequeños; sin embargo, incluso los más ardientes detractores de los pañales tienen que admitir que había, entre ellos, muy pocos espíritus entumecidos. En cuanto a los niños ingleses, hasta finales del siglo XVIII eran envueltos en pañales, y muchos pequeños rusos, yugoslavos, mejicanos, tapones, japoneses e indios americanos lo son aún en la actualidad. Hace poco, se estudió científicamente la cuestión, comprobando, por medio de instrumentos sumamente sensibles, el grado de incomodidad experimentado por niños con pañales y niños sin ellos. Y se llegó a la conclusión de que los que llevaban pañales se sentían menos incómodos, hecho demostrado por un pulso y una respiración más lentas y por la menor frecuencia del llanto. Además, aumentaban las horas de sueño. Es de presumir que esto es debido a que los pañales apretados reproducen mejor la presión de la matriz experimentada por el feto durante las últimas semanas de gestación.

Pero si esto parece hablar en favor de los pañales, no hay que olvidar que incluso los fetos más voluminosos y que hinchan más el vientre de la madre no están nunca tan apretados por la matriz, que ésta les impida ocasionales movimientos y patadas. Cualquier madre que sienta estos movimientos en su interior sabrá que no lleva a su hijo tan fajado como para imponerle una inmovilidad total. Por consiguiente, un fajado moderadamente aislado, después del nacimiento, es probablemente más natural que los pañales apretados que se aplican en algunos países. Además, los pañales suelen prolongar innecesariamente, mucho más de lo que es recomendable, la estrecha sujeción de los pequeños. Puede ser útil durante las primeras semanas, pero si se prolonga durante meses puede entorpecer el proceso de desarrollo muscular y de movilidad normales. Así como el feto tiene que abandonar la matriz real, así el recién nacido tiene que abandonar pronto la matriz de tela, si no quiere «llegar con retraso» a su nueva fase de desarrollo. En general, cuando hablamos de niños prematuros o retrasa-

dos nos referimos únicamente al momento de su nacimiento, pero conviene aplicar los mismos conceptos a fases más avanzadas de su desarrollo. En cada fase, desde la infancia hasta la adolescencia, existen importantes formas de intimidad, de contacto corporal y de crianza, que deberían producirse entre padres e hijos si se quiere que estos pasen venturosamente por las diversas etapas. Si la intimidad brindada por los padres en cada fase particular se adelanta o retrasa demasiado en relación con lo adecuado, pueden surgir ulteriores complicaciones.

Hasta aquí hemos considerado algunas de las maneras en que la madre ayuda a su pequeño a suplir ciertas intimidades de la vida intrauterina; pero sería erróneo dar la impresión de que los cuidados prestados durante la primera fase que sigue al nacimiento no son más que prolongación del bienestar del feto. Esto es solo una parte del cuadro. Otras interacciones se producen al mismo tiempo. La condición del niño tiene sus propias y nuevas formas adicionales de satisfacción. Entre estas, figuran las caricias, los besos y palmaditas de la madre, y la limpieza de la superficie del cuerpo del niño mediante cuidadosas manipulaciones, como el lavado y otras fricciones suaves. El abrazo requiere también algo más que un simple abrazo. Además de la presión envolvente de los brazos, la madre suele dar rítmicas palmaditas al pequeño. Esta acción se limita casi siempre a una región del cuerpo del niño, a saber, la espalda. En ella se observa un ritmo característico y un vigor peculiar, ni demasiado débil, ni demasiado fuerte. Sería erróneo considerarlo como una mera acción de «zalamería». Es una reacción de la madre mucho más amplia y fundamental, y no se limita a una forma específica de malestar infantil. Siempre que el niño parece necesitar un poco más de alivio, la madre enriquece su sencillo abrazo con unas palmaditas en la espalda. Con frecuencia, les añade un poco de balanceo simultáneo y unos murmullos cerca de la cabeza del pequeño. La importancia de estos primeros actos de consuelo es considerable, pues, como veremos más adelante, reaparecen bajo muchas formas, a veces evidentes, a veces

muy disimuladas, en las diversas intimidaciones de la vida adulta. Son tan automáticos, para la madre, que raras veces se advierten o se discuten, lo cual da por resultado que el papel transformado que representan en la vida ulterior suele pasarse por alto.

En su origen, la acción de dar palmaditas es lo que los especialistas en comportamiento animal califican de movimiento de intención. Lo comprenderemos mejor con un ejemplo animal. Cuando un pájaro está a punto de emprender el vuelo, agacha la cabeza como parte de la acción de partida. A lo largo de la evolución, esta inclinación de la cabeza puede exagerarse para indicar a los otros pájaros que se dispone a volar. El animalito sacude la cabeza con fuerza y reiteradamente antes de iniciar el vuelo, como avisándoles de lo que va a hacer e invitándoles a acompañarle. Dicho con otras palabras, manifiesta su intención de volar, y por eso el movimiento de cabeza se denomina movimiento de intención. Las palmaditas de las madres parecen haber evolucionado de manera parecida, como una señal especial de contacto, como un reiterado movimiento intencional de apretar fuerte. Cada palmada de la madre es como si dijera: «Mira, así te apretaré de fuerte para protegerte del peligro; conque, descansa, no tienes nada que temer.» Cada palmada repite la señal y contribuye a sosegar al niño. Pero aún hay más. Y de nuevo puede servirnos el ejemplo del pájaro. Si éste se alarma un poco, pero no lo bastante para echar a volar, puede avisar a sus compañeros con unos ligeros movimientos de cabeza, pero sin llegar a levantar el vuelo. En otras palabras, la señal de intención de movimiento puede darse por sí misma, sin llegar a la plenitud de la acción. Lo mismo ocurre con las palmadas humanas. La mano da unas palmadas en la espalda, se detiene, repite su acción y vuelve a detenerse. No llega hasta la plena acción de asimiento como protección contra un peligro. Y así, el mensaje de la madre al niño no dice solamente: «No temas, te tendré agarrado así, si amenaza un peligro», sino también: «No temas, no hay peligro; si lo hubiese, te agarraría más fuerte.» Por consiguiente, las palmadas repetidas son doblemente tranquiliza-

doras.

La señal de los arrullos o de los murmullos aplaca de otra manera. También aquí nos servirá un ejemplo animal. Cuando ciertos peces se sienten agresivos, lo indican bajando la parte del cuerpo correspondiente a la cabeza y levantando la de la cola. Si el mismo pez indica que no tiene propósitos agresivos, hace todo lo contrario, es decir, levanta la cabeza y baja la cola. Los suaves murmullos de la madre se rigen por el mismo principio de antítesis. Los sonidos fuertes y roncacos son señales de alarma para nuestra especie, como para muchas otras. Los chillidos, los gritos, los gruñidos y los rugidos son, entre los mamíferos, mensajes de dolor, de peligro, de miedo y de agresión. Empleando matices de fondo que son la antítesis de estos sonidos, la madre humana puede indicar lo contrario de aquellos mensajes, a saber, que todo marcha bien. Puede transmitir mensajes verbales en su arrullo o en su murmullo, pero, desde luego, las palabras tienen poca importancia. Lo que transmite la señal vital y confortante es la suave y dulce calidad del tono del arrullo.

Otra nueva e importante forma de intimidad post uterina es el ofrecimiento del pezón (o del chupete) para que el niño lo succione. La boca de éste siente entrar una forma suave, tibia y elástica de la que puede extraer un líquido dulce y caliente. Su boca siente el calor; su lengua gusta el dulzor, y sus labios perciben la suavidad. Una nueva y básica satisfacción —una intimidad primaria— ha entrado a formar parte de su vida. Y, bajo muchos disfraces, reaparecerá más tarde, en la vida adulta.

Estas son, pues, las intimidades más importantes de la primera fase infantil de la especie humana. La madre abraza a su retoño, lo sostiene, lo mece, le da palmaditas, lo besa, le acaricia, le limpia y le amamanta, y le canturrea y le murmura. Durante esta primera fase, la única acción realmente positiva de contacto del niño es chupar pero emite dos señales vitales con las que anima a la madre a realizar acciones de intimidad y de estrecho contacto. Estas señales son el llanto y la sonrisa. Llanto para iniciar el contacto, y

sonrisa para mantenerlo. Al llorar, dice: «Ven», y al sonreír: «Quédate, por favor.»

El llanto es, a veces, mal interpretado. Como el niño llora cuando tiene hambre, se siente incómodo o le duele algo, se presume que éstos son los únicos mensajes que transmite. Cuando el niño llora, la madre saca inmediatamente la conclusión de que se ha planteado alguno de estos tres problemas; pero esto no es necesariamente cierto. El mensaje dice solamente: «Ven»; no dice por qué. Un niño bien alimentado, cómodo y sin dolor alguno, puede seguir llorando sólo para iniciar un contacto íntimo con la madre. Si la madre le da alimento, se asegura de que se encuentra cómodo y lo deja otra vez, es posible que el niño reanude su llantina. Todo lo que esto significa, en un niño sano, es que no ha tenido toda su ración de íntimo contacto corporal, y que seguirá protestando hasta conseguirla. En los primeros meses, esta exigencia es muy apremiante; pero el niño tiene la suerte de disponer de otra señal, ésta muy atractiva, la sonrisa de gozo, que compensa a la madre de todos sus trabajos.

La sonrisa es una facultad única del niño humano. Los monos y los simios no la tienen. En realidad, no la necesitan, porque son lo bastante vigorosos para agarrarse a la pelambre de su madre y aferrarse a ella por su propio esfuerzo. El niño no puede hacerlo, y necesita algo para atraer a la madre. La sonrisa fue la solución dada por la evolución a este problema.

Tanto el llanto como la sonrisa están respaldados por señales secundarias. El llanto humano empieza como el de los monos. Cuando un monito llora, produce una serie de chillidos rítmicos, pero no vierte lágrimas. Durante las primeras semanas después del nacimiento, el niño llora también sin lágrimas; pero, pasado este periodo inicial, las lágrimas se suman a la señal vocal. Más tarde, en la vida adulta, las lágrimas pueden fluir aisladamente, por sí solas, como una señal muda: pero, en el niño, el llanto es por esencia un acto combinado. Por alguna razón, la singularidad del hombre, como primate que vierte lágrimas, ha sido raras veces

comentada; pero salta a la vista que esto debe tener alguna significación concreta para nuestra especie. En primer lugar, es, desde luego, una señal visual, acrecentada por las mejillas lampiñas, donde las lágrimas pueden brillar y rodar ostensiblemente. Pero otra clave del problema es la reacción de la madre, que suele «enjuagar» los ojos de su hijo. Esto entraña un suave secado de las lágrimas de la piel de la cara, un acto apaciguador de íntimo contacto corporal. Tal vez sea ésta una importante función secundaria de la creciente y espectacular secreción de las glándulas lacrimales, que, tan a menudo, inundan el rostro del joven animal humano.

Si esto parece rebuscado, conviene recordar que la madre humana, como la de otras muchas especies, siente la fuerte necesidad de limpiar el cuerpo de su retoño. Cuando éste se orina, ella lo seca, y casi parece como si las lágrimas copiosas hubiesen llegado a ser una especie de “sustituto de la orina”, para estimular una reacción íntima parecida en momentos de desconuelo emocional. A diferencia de la orina, las lágrimas no sirven para eliminar impurezas del cuerpo. Cuando la secreción es escasa, limpia y protege los ojos; pero cuando es abundante su única función parece ser la de transmitir señales sociales, lo cual justifica una interpretación a base únicamente del comportamiento. Como en el caso de la sonrisa, la invitación a la intimidad parece ser su principal objetivo.

La sonrisa es reforzada por las señales secundarias de los murmullos y el estiramiento de brazos. El niño sonríe, emite sonidos inarticulados y tiende los brazos a su madre en un movimiento intencional de asirse a ella, invitándola a levantarlo. La reacción de la madre es recíproca. Sonríe a su vez, «balbucea» y le tiende los brazos para tocarlo o asirlo. Como el llanto, la sonrisa compleja no aparece, aproximadamente, hasta el segundo mes. En realidad, en el primer mes podría llamarse «simiesca», pues las primeras señales humanas sólo aparecen después de transcurridas estas primeras semanas.

Al tener el niño tres o cuatro meses, aparecen nuevas muestras de contacto corporal. Las primeras acciones «simiescas» del reflejo de asimiento y del reflejo de Moro desaparecen siendo remplazadas por formas más refinadas de asimiento y agarrón *directos*. En el caso del primitivo reflejo de asimiento, la mano del niño se cerraba automáticamente sobre cualquier objeto que se pusiese en contacto con ella; en cambio, ahora, el agarrón selectivo se convierte en una acción positiva en que el niño coordina los ojos y las manos, estirando los brazos para agarrar un objeto concreto que le llama la atención. En general, este es parte del cuerpo de la madre y sobre todo, sus cabellos. Los agarrones directos de esta clase suelen ser perfectos al quinto mes de vida.

De manera parecida, los automáticos e indirectos movimientos del reflejo de Moro se convierten en un apretón deliberado, en que el niño se aferra concretamente al cuerpo de la madre, adaptando sus movimientos a la posición de esta. Esta adhesión dirigida se produce normalmente al sexto mes.

Dejando atrás la primera infancia y pasando al período siguiente, observamos que existe una decadencia gradual en el alcance de la primitiva intimidad corporal. La necesidad de seguridad, satisfecha por el amplio contacto corporal con los padres, tropieza con un competidor cada vez más poderoso, a saber, la necesidad de independencia, de descubrir el mundo, de explorar el medio ambiente, Y es natural que esto no puede hacerse desde dentro del cerco de los brazos de la madre. El niño debe lanzarse. La intimidad primera debe sufrir por ello. Pero el mundo es todavía un lugar temible, y el niño necesita alguna forma de intimidad indirecta, a distancia, para conservar la impresión de seguridad, mientras se afirma la independencia. La comunicación táctil debe ceder paso a una comunicación visual cada vez más sensible. El niño tiene que remplazar el restringido y engorroso refugio del abrazo y de los mimos por el menos restrictivo artificio del intercambio de expresiones faciales. El abrazo reciproco cede terreno a la sonrisa compartida, a la risa compartida y a las demás actitudes facia-

les de que es capaz el ser humano. La cara sonriente, que antes invitaba al abrazo, ahora lo sustituye. En efecto: la sonrisa se convierte en un abrazo simbólico, que opera a distancia. Esto permite al niño moverse con mayor libertad, pero restablece, con una mirada, el «contacto» emocional con la madre.

La siguiente fase importante de desarrollo llega cuando el niño empieza a hablar. En el tercer año de vida, con la adquisición de un vocabulario básico, el «contacto» verbal viene a sumarse al visual. Ahora, el niño y la madre pueden comunicarse sus «sentimientos» recíprocos por medio de la palabra.

Al progresar esta fase, las primitivas y elementales intimidades del contacto corporal directo se restringen forzosamente mucho más. El abrazo es propio del niño «pequeño». La creciente necesidad de exploración, de independencia y de identidad individual y separada, amortigua el deseo de ser sostenido y abrazado. Si en esta fase, los padres exageran esos contactos corporales primarios, el niño no se siente protegido, sino magullado. El asimiento significa un retroceso, y los padres tienen que adaptarse a la nueva situación.

Sin embargo, el contacto corporal no desaparece por completo. En momentos de dolor, de disgusto, de temor o de pánico, el abrazo será bien recibido o deseado, e incluso en momentos menos dramáticos puede producirse algún contacto. Pero la forma de este experimenta importantes cambios. El abrazo total y apretado se transforma en parcial. Y empiezan a aparecer el abrazo a medias, el brazo que rodea los hombros, la palmada en la cabeza y el apretón de manos.

Lo curioso de esta fase de la infancia es que, con todas las tensiones originadas por la exploración, persiste aún una gran necesidad interior de intimidad y contactos corporales. Esta necesidad, más que reducirse, se reprime. La intimidad táctil es infantil y tiene que relegarse al pasado, pero el medio sigue pidiéndola. El conflicto resultante de esta situación se resuelve con la introducción

de nuevas formas de contacto que proporcionan la requerida intimidad corporal sin dar la impresión de que el niño sigue en la primera infancia.

La primera señal de estas intimidades disimuladas aparece muy pronto y casi vuelve a llevarnos a la primera fase. Empieza en la segunda mitad del primer año de vida y consiste en el empleo de los que han sido llamados «objetos de transición». Éstos son, en efecto, sustitutos inanimados de la madre. Tres de ellos son muy corrientes: un biberón predilecto, un juguete blando y un pedazo de tejido suave, generalmente un chal o una pieza particular de los enseres de la cama. En la primera fase infantil, estos fueron experimentados por el niño como parte de sus contactos íntimos con la madre. Desde luego, no los prefería a estos, pero los asociaba intensamente con su presencia corporal. En ausencia de la madre, se convierten en sus sustitutos, y muchos niños se niegan a dormir sin su consoladora proximidad. El chal o el juguete tienen que estar en la cunita a la hora de acostarse, o habrá mucho jaleo. Y la exigencia es concreta: tiene que ser el juguete o el chal. Otros parecidos, pero desconocidos, no sirven.

En esta fase, los objetos se emplean solamente cuando la propia madre no está disponible: por esto adquieren tanta importancia a la hora de acostarse, cuando se rompe el contacto con la madre. Pero al crecer el niño se produce un cambio. Al independizarse el hijo de la madre, los objetos predilectos se hacen más importantes y confortadores. Algunas madres lo interpretan mal y se imaginan que el niño se siente extrañamente inseguro por alguna razón. Si el niño muestra un furioso afán de contacto con su *Teddy* o su «chalín» o su «titín» –estos objetos son siempre designados con un apodo especial–, la madre tal vez lo considere como un retroceso. En realidad, es todo lo contrario. Lo que el niño hace es como si dijera: «Quiero estar en contacto con el cuerpo de mi madre, pero esto es propio de un niño pequeño. Ahora, soy demasiado independiente para esto. En cambio, estableceré contacto con este objeto, que hará que me sienta seguro sin tener que arro-

jarme en brazos de mi madre.» Como dijo un autor, el objeto de transición «es un recordatorio de los aspectos agradables de la madre, es un sustituto de ésta, pero es también una defensa contra un nuevo acaparamiento por parte de la madre».

Al crecer el niño, y con el paso de los años, el objeto confortador puede persistir con notable tenacidad, a veces hasta después de la mitad de la infancia. En raras ocasiones se prolonga hasta la edad adulta. Todos conocemos el caso de la muchacha núbil que se duerme abrazada a su gigantesco oso *Teddy*. He dicho en «raras ocasiones», pero esto requiere una aclaración. Ciertamente, es raro que conservemos una obsesión por el mismo objeto de transición empleado en nuestra infancia. Para la mayoría de nosotros, la naturaleza del acto sería demasiado transparente. Lo que hacemos es buscar sustitutos a los sustitutos: refinados sustitutos de adulto para los sustitutos infantiles del cuerpo de la madre. Cuando el chal de la infancia se transforma en un abrigo de piel, lo tratamos con más respeto.

Otra forma de intimidad disimulada del niño en crecimiento se manifiesta en la afición a los juegos violentos. Si subsiste la necesidad de unos abrazos que parecen de niño pequeño, el problema puede resolverse abrazando a los padres de manera que el consiguiente contacto corporal no parezca un abrazo. El apretón cariñoso se convierte en un abrazo de oso aparentemente agresivo. El abrazo se convierte en lucha. Cuando juega a luchar con los padres, el niño satisface la necesidad de intimidad corporal de la primera infancia, pero ocultándola bajo la máscara de una agresividad propia de los adultos.

Este recurso es tan eficaz, que estas luchas fingidas con los padres continúan, a veces, hasta muy avanzada la adolescencia. Y aún más, entre los adultos, suele comprimirse en un amistoso apretón del brazo o en una palmada a la espalda. Desde luego, la lucha fingida de la infancia involucra algo más que una simple intimidad disimulada.

Contiene una buena dosis de prueba y de contacto corporales, de exploración de nuevas posibilidades físicas, junto a la reproducción de las viejas. Pero las viejas siguen estando allí, y son importantes, mucho más de lo que suele pensarse.

Con la llegada de la pubertad surge un nuevo problema. El contacto corporal con los padres se restringe aún más. Los padres descubren que sus hijas son, de pronto, menos juguetonas. Los hijos muestran cierta timidez en sus contactos con la madre. En el caso que sigue a la primera infancia, empieza a manifestarse la acción independiente; pero ahora, en la pubertad, se intensifica esta necesidad, que introduce una nueva y poderosa exigencia: la reserva.

Si el mensaje del niño pequeño era «agárrame fuerte», y el del muchachito, «a ver si me tumbas», el del adolescente es «déjame solo». Un psicoanalista describió cómo, en la pubertad, «la joven persona tiende a aislarse, y cómo, a partir de entonces, convive con los miembros de su familia como si le fuesen extraños». Desde luego, esta declaración es exagerada. Los adolescentes no van por ahí besando a los extraños, y sin embargo, siguen besando a sus padres. Cierto que sus acciones son más comedidas —el beso sonoro se convierte en un roce de la mejilla— pero siguen produciéndose breves intimidades. Sin embargo, las limitan, como los adultos, a los saludos, las despedidas, las celebraciones y los desastres. En realidad, el adolescente es ya un adulto —y a veces un superadulto— en lo que respecta a las intimidades familiares. Los amantes padres, con inconsciente ingenuidad, resuelven este problema de muchas maneras. Ejemplo típico de ello es el “arreglo de la ropa”. Si no pueden realizar un contacto cariñoso directo, establecen el contacto corporal disimulado bajo la fórmula de «deja que te arregle la corbata», o «deja que te cepille la chaqueta». Si la respuesta es «no te preocupes, madre», o «puedo hacerlo yo mismo», esto significa que el adolescente, también inconscientemente, ha comprendido el truco.

Cuando llega la post adolescencia y el joven adulto sale de la fa-

milia, es –desde el punto de vista de la intimidad corporal– como si se produjese un segundo nacimiento, porque aquél abandona el claustro familiar de la misma manera que, dos decenios antes, abandonó el claustro materno. Vuelve a empezar la primitiva secuencia de intimidades cambiantes «agárrame fuerte, a ver si me tumbas, déjame solo». Los jóvenes amantes dicen, como el niño, «agárrame fuerte». A veces, incluso se llaman «pequeño» cuando dicen tal cosa. Por primera vez desde la primera infancia, las intimidades se extienden hasta el máximo; las señales de contacto corporal empiezan un tejido mágico y comienza a formarse un poderoso lazo afectivo. Para recalcar la fuerza de este lazo, el mensaje «agárrame fuerte» se amplía con las palabras «y no me sueltes». Cuando se completa la formación de la pareja y los amantes constituyen una nueva unidad familiar de dos personas, termina la fase de esta repetición de la primera niñez. La secuencia de la nueva intimidad continúa, copiando la primera, la primaria. Y viene la repetición de la infancia avanzada. (Es realmente una segunda infancia, que no debe confundirse con la fase senil, que aparece mucho más tarde y que a veces ha sido denominada, equivocadamente, segunda infancia.)

Ahora, las absorbentes intimidades del noviazgo empiezan a debilitarse. En casos extremos, uno o ambos miembros de la nueva pareja se sienten atrapados, y amenazada su independencia de acción. Es una cosa normal; pero parece anormal, y por ello, deciden separarse, pensando que todo fue una equivocación. El «suéltame» de la segunda niñez es sustituido por el «déjame solo» de la segunda pubertad, y la separación familiar primaria de la adolescencia se convierte en la separación familiar secundaria del divorcio. Pero, si el divorcio crea una segunda adolescencia, ¿qué va a hacer, solo, el nuevo adolescente, sin alguien que le ame? Por esto, después del divorcio, cada uno de los *ex* cónyuges busca un nuevo amor, pasa una vez más por la segunda fase de la niñez, vuelve a casarse y, de pronto, se encuentra de nuevo en la segunda infancia. Para su asombro, se ha repetido el proceso.

Esta descripción puede ser cínica por su excesiva sencillez, pero ayuda a centrar el problema. Para los afortunados, que aún abundan en la actualidad, la segunda adolescencia no llega nunca. Aceptan la conversión de la segunda fase de la primera infancia en la segunda fase de la segunda niñez. Fortalecido por las nuevas intimidades del sexo y por las intimidades compartidas de la paternidad, el lazo entre la pareja se mantiene.

Más tarde, la pérdida del factor paternal se mitiga con la llegada de nuevas intimidades con los nietos, hasta que, en definitiva, aparece la tercera y última infancia, con la perspectiva de la senilidad y la impotencia de la ancianidad. Esta tercera parte de la secuencia de la intimidad dura poco. No hay una tercera niñez avanzada, al menos en este mundo. Terminamos como niños de teta, suavemente encajados en el ataúd, que, como la cuna del recién nacido, está suavemente almohadillado y adornado. De la cuna de la infancia pasamos a la cuna de la vejez.

A muchos les resulta difícil aceptar que termine aquí la tercera parte de la intimidad. Se niegan a admitir que a la tercera primera infancia no sigue una tercera segunda infancia, que pueden encontrar en el ciclo, donde no existe el temor de un exceso de cuidados maternos.

Al trazar este esquema de la intimidad, desde el claustro materno hasta la tumba, me he demorado en las primeras fases de la vida y he pasado rápidamente las etapas ulteriores. Pero expuestas como han sido las raíces de la intimidad, podremos ahora, en los capítulos siguientes, observar mejor el comportamiento de los adultos.

INVITACIONES A LA INTIMIDAD SEXUAL

El cuerpo humano envía constantemente señales a sus compañeros de sociedad. Algunas de estas señales invitan a un contacto íntimo: otras, lo repelen. A menos que tropecemos accidentalmente con el cuerpo de alguien, nunca nos tocamos sin estudiar primero los signos. Sin embargo, nuestro cerebro está tan a tono con la delicada función de captar estas señales invitadoras, que con frecuencia podemos resumir una situación social en una fracción de segundo. Si descubrimos inesperadamente una persona amada entre una multitud de desconocidos, podemos abrazarlos a todos a los pocos momentos de haber puesto en ellos la mirada. Esto no implica descuido; sólo significa que las computadoras de nuestro cráneo son estupendas para el cálculo rápido, casi instantáneo, del aspecto y estado de ánimo de los muchos individuos con quienes nos tropezamos en nuestras horas de vigilia. Los centenares de señales separadas emanadas de los detalles de su forma, tamaño, color, sonido, olor, actitud, movimiento y expresión, afluyen con la velocidad del rayo a nuestros órganos sensoriales especializados: la computadora social entra en acción, y brota la respuesta: tocar o no tocar.

Cuando somos muy pequeños, nuestro reducido tamaño y nuestra impotencia incitan poderosamente a los adultos a tendernos los brazos y establecer un contacto amistoso con nosotros. La cara lisa, las grandes ojos, los torpes movimientos, los cortos miembros y los contornos generalmente redondeados, todo esto contribuye a nuestro atractivo al tacto. Añádanse a esto la amplia sonrisa y las señales de alarma del llanto y los chillidos. El niño es una clara y poderosa invitación a la intimidad.

Si, de adultos, enviamos señales parecidas de impotencia o de dolor, como cuando estamos enfermos o somos víctimas de un accidente, provocamos una reacciónseudopaternal de naturaleza semejante. También cuando realizamos el primer intento de contacto material, en forma de un apretón de manos, solemos acompañar nuestra acción con una sonrisa.

Estas son las invitaciones básicas a la intimidad; pero, con la madurez sexual, el animal humano entra en una nueva esfera de señales de contacto –las señales de la atracción del sexo– que sirven para incitar al varón o a la hembra a contactos recíprocos algo más que amistosos.

Algunas señales sexuales son universales y comunes a todos los seres humanos; otras, constituyen variaciones culturales de estos temas biológicos. Algunas se refieren a nuestro aspecto de varones o hembras adultos; otras, tienen que ver con nuestro comportamiento adulto: nuestras actitudes, ademanes y acciones. La manera más simple de observarlas es dando un recorrido al cuerpo humano, deteniéndonos brevemente en cada uno de los principales puntos de interés.

La zona genital.

Ya que tratamos de señales sexuales, es lógico empezar con la típica área genital y partir de cita para pasar a otras zonas. La zona genital es la región tabú por excelencia, lo cual no se debe únicamente a que en ella se encuentran los órganos externos de la reproducción. En esta pequeña zona del cuerpo se concentran todos los tabúes: la micción, la defecación, la cópula, la eyaculación, la masturbación y la menstruación. Con esta serie de actividades, no es de extrañar que haya sido siempre la región más oculta del cuerpo humano. Exponerla directamente, como invitación visual a la intimidad, es una señal sexual demasiado fuerte para ser empleada como incitación preliminar, antes de que la relación haya pasado por las primeras fases de contacto corporal. Lo curioso es

que, cuando la relación ha alcanzado la fase más avanzada de intimidad genital, es generalmente demasiado tarde para la exhibición visual, y así, la primera experiencia de los órganos genitales de la pareja es normalmente táctil. El acto de mirar directamente al órgano genital del sexo opuesto es muy raro en el moderno galanteo humano. Existe, en cambio, considerable interés en esta región del cuerpo, y si es imposible la exhibición directa, suele acudir a ciertas alternativas.

La primera es el empleo de artículos de vestir que recalquen la naturaleza de los órganos que ocultan. Para la hembra, esto significa llevar pantalones, *shorts* o trajes de baño demasiado estrechos para ser cómodos, pero que, con su estrechez, revelan la forma del sexo a la atenta mirada masculina. Este es un fenómeno exclusivamente moderno, pero si equivalente, en el varón, tiene una larga historia. Durante un período de casi doscientos años (aproximadamente desde 1408 hasta 1575) muchos varones europeos exhibían indirectamente sus órganos genitales mediante una pieza del vestido colocada en la parte anterior de la entrepierna. Al principio, no fue más que un modesto pliegue delantero que formaba una pequeña bolsa en el pantalón excesivamente ceñido o en las calzas que llevaban los hombres de aquellos tiempos. En realidad, éstas eran tan ajustadas, que el remedio era necesario. Pero, con el transcurso de los años, su tamaño aumentó extraordinariamente hasta convertirse en una pieza para el falo, y no simplemente para el escroto, que daba la impresión de que el que la llevaba estaba en erección continua. Para subrayarlo, era muchas veces de color distinto de la tela circundante, e incluso se adornaba con oro y pedrería. Al final, llegó a exagerarse tanto que fue tomado a broma, y por esto Rabelais, al describir el que usaba su protagonista, pudo decir que se habían empleado en él quince metros de material. Su forma era de arco de triunfo, elegantísimo y asegurado por dos anillas de oro sujetas a unos botones de esmalte, del tamaño de naranjas, y con grandes esmeraldas incrustadas. La pieza formaba una protuberancia de cinco palmas».

Actualmente, estas extravagantes exhibiciones no se encuentran ya en el mundo de la moda, pero aún subsisten algunas reminiscencias en los calzones excesivamente ajustados de los jovencitos de los años sesenta y setenta. Como las hembras modernas, se ponen «jeans» y trajes de baño ceñidísimos, que les obligan a cambiar la posición corriente del pene. A diferencia de los varones de edad madura, que lo llevan colgante dentro del ancho pantalón, el joven actual camina con el pene en posición erecta. Sujeto firmemente en su postura vertical por la ajustada tela, presenta un ligero pero visible bulto genital a los interesados ojos femeninos. De este modo, el traje del joven varón permite a éste hacer alarde de una pseudoerección, que, como la antigua pieza, no ha provocado excesivas críticas, ni siquiera por parte de los sectores más puritanos. Falta por ver si la antigua pieza no volverá a ponerse de moda en los años venideros, o si llegaremos a un punto en que este alarde de masculinidad será tan descarado que acabara por desacreditarse.

Otras prendas modernas de exhibición genital son de carácter francamente exótico y poco empleadas. Entre ellas, trajes de baño femeninos y bragas adornadas con piel en la región del pubis, o con encajes en la parte delantera que imitan la forma del aparato genital. Otra forma de exhibición genital indirecta que ha sobrevivido sin oposición al paso de los años es el monedero escocés, simbólica bolsa genital que se lleva en la región del escroto y está frecuentemente recubierta de vello simbólico.

Una manera aún más indirecta de transmitir señales genitales visuales consiste en emplear alguna otra parte del cuerpo como imitación o «eco genital». Esto permite enviar un primario mensaje genital, manteniendo completamente ocultos los verdaderos órganos. Hay varias maneras de hacer esto, y, para comprenderlas, debemos examinar la anatomía de los órganos sexuales femeninos. A efectos de simbolismo, consisten en un orificio —la vagina— y dos pares de pliegues de piel: los labios menores y mayores. Si éstos están cubiertos, otros órganos o detalles del cuerpo

que se les parezcan de algún modo pueden emplearse como «ecos genitales», a modo de señales.

Como sustitutos del orificio, tenemos el ombligo, la boca, las fosas nasales y las orejas. Todos ellos tienen algo que es tabú. Por ejemplo, es de mala educación sonarse en público o limpiarse la oreja con el dedo. Esto contrasta con acciones de limpieza tales como enjugarse la frente o frotarse los ojos, que consentimos sin el menor reparo. Con frecuencia nos cubrimos la boca por alguna razón, si no con un velo, al menos con la mano, cuando bostezamos, tosemos o reímos disimuladamente. El ombligo es aún más tabú, y, en tiempos pasados, solía borrarse de las fotografías para ocultar a nuestros ojos su sugestiva forma. De estos cuatro tipos de «abertura», sólo la boca y el ombligo parecen haber sido empleados como invitaciones sexuales.

La boca

es, con mucho, la más importante, y transmite muchas señales seudogenitales durante los encuentros amorosos. Ya sugerí en *El mono desnudo* que la singular evolución de los labios en nuestra especie puede tener algo que ver con esto, al desarrollarse sus superficies rosadas y carnosas como una imitación labial a nivel biológico, más que puramente cultural. Como los labios genitales, se enrojecen e hinchan con el estímulo sexual, y, como ellos, rodean un orificio central. Desde los primeros tiempos históricos, la mujer acentuó sus señales labiales con la aplicación de un color artificial. El lápiz de labios es, actualmente, uno de los productos cosméticos más importantes, y aunque sus colores varían con la moda, siempre vuelven al rojo vivo, copiando el enrojecimiento sexual en los estados avanzados de excitación. Desde luego, no se trata de una sublimación consciente de las señales sexuales, sino de algo puramente *sexy* o «atractivo», sin más complicaciones.

Los labios de la mujer adulta son típicamente, un poco más gruesos y carnosos que los del varón, que es lo natural si desempeñan

un papel simbólico, diferencia que ha sido a veces acentuada pasando el lápiz sobre una zona más amplia que la de los propios labios. Esto imita también la hinchazón que sufren cuando la sangre afluye a ellos, producto de la excitación sexual.

Muchos autores y poetas han considerado la boca como una poderosa región erótica del cuerpo, sobre todo cuando la lengua del varón se inserta en la cavidad bucal de la hembra durante un beso profundo. También se ha pretendido que la estructura de los labios de una mujer determinada refleja la estructura del órgano genital oculto. Así se presume que la mujer de labios carnosos posee un órgano genital carnoso, y que la de labios finos y apretados tiene un órgano genital fino y estrecho. Si esto es realmente así, no refleja, desde luego, un mimetismo exacto del cuerpo, sino simplemente el tipo somático en general de la mujer en cuestión.

El ombligo

ha suscitado muchos menos comentarios que la boca; pero algo le ha ocurrido en años recientes que revela el papel que desempeña como eco genital. No sólo era borrado por los antiguos fotógrafos, sino que el primitivo «Código de Hollywood» prohibía expresamente su exhibición. De modo que las bailarinas de harén de las películas de antes de la guerra estaban obligadas a tapárselo con algún elemento ornamental. Jamás se dio una verdadera explicación de este tabú, salvo la débil excusa de que la exhibición del ombligo podía inducir a los niños a preguntar para qué servía y obligar a los padres a explicaciones enojosas. Pero, en un contexto adulto, esto no tiene sentido, y salta a la vista que la verdadera razón fue que el ombligo recuerda vivamente un «orificio secreto». Como las muchachas de harén se presume que, en cuanto dejen caer el velo, empezarán a retorcerse en una danza del vientre oriental, con el resultado de que el seudoorificio empezará a abrirse, estirarse y girar de una manera sexualmente invitadora. Hollywood decidió que había que disimular esta descarada pieza

de la anatomía. Lo curioso es que, al entrar en la segunda mitad del siglo XX y empezar a mitigarse en Occidente la severidad del «Código de Hollywood», el mundo árabe, con su nuevo espíritu republicano, empezó a cambiar el rumbo. Se informó oficialmente a las danzarinas egipcias de que era incorrecto e indecente mostrar el ombligo durante sus exhibiciones «folklóricas tradicionales». En el futuro, declaró el Gobierno, la región del diafragma debía cubrirse adecuadamente con alguna clase de paño ligero. Y así, mientras los ombligos europeos y americanos volvieron por sus fueros, en los cines y en las playas los falsos orificios de las nor-teafricanas se sumieron en la obscuridad.

Desde su reaparición, los ombligos desnudos del mundo occidental han sufrido una curiosa alteración. Han empezado a cambiar de forma. En las representaciones pictóricas, la antigua abertura circular tiende a ser sustituida por una concavidad más alargada y vertical. Al investigar este extraño fenómeno, descubrí que las modelos y actrices contemporáneas muestran, en una proporción de seis a uno, un ombligo vertical más que circular, en comparación con las modelos de artistas de ayer. Una rápida observación de doscientas pinturas y esculturas de desnudos femeninos, elegidas al azar entre el caudal de la Historia del Arte, reveló una proporción del 92 por ciento de ombligos redondos, contra un 8 por ciento de verticales. Un estudio parecido de fotografías de modelos y artistas de cine actuales, revela un cambio notable: ahora, la proporción de ombligos verticales se ha elevado al 46 por ciento. Esto sólo se explica en parte por el hecho de que las jóvenes son ahora, en general, mucho más delgadas; pues, aunque es verdad que una mujer obesa no puede mostrar un ombligo vertical al observador, no lo es menos que esto puede ocurrir también en las mujeres flacas, las esbeltas muchachas de Modigliani exhiben ombligos tan redondos como los de las rollizas modelos de Renoir. Además, dos muchachas de los años setenta, de figura parecida, tienen con frecuencia ombligos de forma diferente.

La manera de producirse este cambio, ya inconscientemente, ya

deliberadamente fomentado por los fotógrafos modernos, no está del todo clara. Parece tener algo que ver con una sutil alteración de la posición del tronco de la modelo, posiblemente relacionada en parte con las exageradas inspiraciones de aire que éstas suelen realizar. Sin embargo, el significado último de la nueva forma del ombligo parece razonablemente seguro. El clásico ombligo redondo, en su papel de orificio simbólico, recuerda demasiado el ano. Al convertirse en una hendidura más ovalada y vertical, adquiere automáticamente una forma más genital, y su calidad de símbolo sexual aumenta considerablemente. Al parecer, esto es lo que ha ocurrido desde que el ombligo occidental salió a la luz y empezó a actuar más abiertamente como señal erótica.

Las nalgas.

Dejando el pubis y sus ecos sustitutivos, y pasando a la parte posterior de la pelvis, llegamos a los dos carnosos hemisferios de las nalgas. Estas son más pronunciadas en la mujer que en el varón y constituyen un rasgo exclusivamente humano, que falta en las otras especies de primates. Si una mujer se agachase de espaldas a un varón, adoptando la típica posición imitadora a la cópula de los primates, su aparato genital quedaría encuadrado entre los dos hemisferios de carne suave. Esta comparación convierte a éstos en una importante señal sexual para nuestra especie, y que tiene, probablemente, un origen biológico muy antiguo. Es nuestro equivalente de las «hinchazones sexuales» de otras especies. La diferencia está en que en nuestro caso la condición es permanente. En las especies animales, la hinchazón aumenta o disminuye con el ciclo menstrual, alcanzando el máximo cuando la hembra es sexualmente receptiva, alrededor del tiempo de la ovulación. Naturalmente, como la mujer es sexualmente receptiva casi en todos los tiempos, sus «hinchazones» sexuales permanecen de un modo continuo. Al erguirse nuestros primeros antepasados y adoptar la posición vertical, el aparato genital fue más visible por delante que por detrás, pero las nalgas conservaron su significación se-

xual. Aunque la cópula propiamente dicha se realizó cada vez más de un modo frontal, la hembra siguió enviando señales sexuales acentuando de algún modo su parte posterior. Actualmente, si una muchacha aumenta ligeramente la ondulación de sus caderas al andar, envía una poderosa señal erótica al varón. Si adopta una posición en que aquéllas sobresalen «accidentalmente» un poco más de lo normal, el efecto es idéntico. En ocasiones, como en la famosa posición de «traseros arriba» del cancán, advertimos una versión completa de la invitación de los antiguos primates, y son corrientes los chistes sobre el hombre que se siente tentado a dar una palmada en el trasero a la muchacha que se inclina inocentemente para recoger un objeto del suelo.

Desde tiempos remotos, hay dos fenómenos relacionados con las nalgas que merecen comentarios. El primero es la condición conocida por el nombre de «esteatopigia», y el segundo es el artificio del polisón. Literalmente, esteatopigia significa ancas gordas, y designa la exagerada protuberancia de las nalgas que se encuentra en ciertos grupos humanos y en particular el de los bosquimanos del África del Sur. Se ha sugerido que este es un caso de acumulación de reseñas de grasa, semejante al de las gibas de los camellos; pero si tenemos en cuenta que es mucho más exagerado en las hembras que en los varones, parece más probable que se trate de una especialización de las señales sexuales que emanan de esta región del cuerpo. Parece como si las mujeres bosquimanas hubiesen acentuado más que las otras razas el desarrollo de esta señal. Incluso es posible que esta condición fuese típica de la mayoría de nuestros remotos antepasados y que, más tarde, se redujese en favor de una disposición más adaptable atléticamente, en forma de las nalgas femeninas menos protuberantes que vemos en la actualidad. No hay que olvidar que hubo un tiempo en que los bosquimanos fueron mucho más numerosos que hoy día, y que dominaron la mayor parte de África antes de la más moderna expansión de los negros.

También es curioso que muchas figurillas prehistóricas femeni-

nas, de Europa y de otras partes, suelen presentar un aspecto parecido, con grandes y protuberantes nalgas, completamente desproporcionadas a la obesidad general de los cuerpos representados. Esto tiene únicamente dos explicaciones. O las mujeres prehistóricas estaban dotadas de enormes traseros, que enviaban vigorosas señales sexuales a los varones, o los escultores prehistóricos estaban tan obsesionados por la naturaleza erótica de las nalgas que, como muchos caricaturistas actuales, se permitieron un alto grado de licencia artística. En ambos casos, las nalgas prehistóricas imperaron de un modo absoluto. Lo curioso es que después, al progresar en una región tras otra las formas del arte, la mujer de grandes nalgas empezó a desaparecer. En el arte prehistórico de todas las localidades donde ésta ha aparecido, fue siempre la primera en ser encontrada. Después, desapareció, y otras mujeres más esbeltas ocuparon su sitio. A menos que las mujeres de grandes posaderas abundasen realmente en los primeros tiempos y desapareciesen después gradualmente, la razón de este cambio general en el arte prehistórico sigue envuelta en el misterio. Persistió el interés del varón por las nalgas femeninas, pero, con raras excepciones, éstas se redujeron a las proporciones naturales que observamos en las pantallas de cine del siglo XX. Las danzarinas de los murales del antiguo Egipto encontrarían fácil colocación en un club nocturno moderno, y, si vivió la Venus de Milo, la medida de sus caderas no pasó de los 96 centímetros.

Las excepciones a esta regla son intrigantes, pues demuestran, en cierto sentido, un retorno a los tiempos prehistóricos y un renovado interés del hombre en la tosca exageración de la región glútea femenina. Y con ello pasamos del fenómeno carnoso de la esteatopigia al ingenio artificial del polisón. El efecto es el mismo en ambos casos –a saber, un considerable aumento de la región glútea–, pero el polisón consistió en insertar un grueso relleno, o alguna forma de armazón, debajo del vestido femenino. En su origen fue una especie de miriñaque reducido. La costumbre de poner almohadillas alrededor de la pelvis fue muy frecuente en la

moda europea, y lo único que se necesitaba para destacar las posaderas era eliminar el almohadillado de la parte frontal y de los lados del cuerpo. Esto hizo que el invento del polisón fuese más una «reducción» que una exageración, y permitió que se introdujese en la alta costura sin indebidos comentarios. Al surgir de este modo negativo, consiguió evitar sus evidentes implicaciones sexuales. El polisón con flejes y almohadillas de los años de 1870 pasó rápidamente de moda, pero regresó triunfalmente y en forma aún más exagerada en la década de 1880, convirtiéndose en una especie de anaquel plantado en la espalda, mantenido en su sitio con redes de alambre y muelles de acero, y dando una impresión capaz de hacer reaccionar al bosquimano más fatigado. Sin embargo, en los años noventa, se extinguió, y la cada vez más atlética hembra del siglo XX no pensó jamás en instaurarlo de nuevo. Las nalgas aumentadas de los tiempos modernos quedaron limitadas a «postizos» raramente empleados, actitudes provocativas y exageraciones de los caricaturistas.

Las piernas.

Por debajo de la región de la pelvis, las piernas femeninas despertaron también el interés de los varones como medios de señales sexuales. Anatómicamente, la parte exterior de los muslos femeninos tiene mayor cantidad de grasa que la de los varones, y, en determinados periodos, se consideró erótica la pierna rolliza. En otros tiempos, la simple exhibición de la pierna bastó para transmitir señales sexuales. Inútil decir que cuanto más alta es la parte exhibida, más estimulante resulta, por la sencilla razón de que se acerca más a la zona genital primaria. Entre los complementos artificiales de las piernas figuraron también los «postizos», llevados bajo medias opacas; pero su empleo fue tan raro como el de los postizos de las caderas. Los zapatos de tacón alto se han usado mucho más corrientemente, pues se presume que la inclinación del pie da mayor esbeltez al contorno de la pierna y aumenta también su longitud aparente, circunstancia relacionada con el hecho

de que el alargamiento de los miembros es característico de la adolescencia en desarrollo. Las «piernas largas» equivalen a madurez sexual y por consiguiente, a sexualidad.

En cuanto a los pies, han sido a menudo embutidos en calzados demasiado estrechos, tendencia originada por el hecho de que el pie de la mujer adulta es ligeramente más pequeño que el del varón adulto. Por consiguiente, aumentando un poco esta diferencia, el pie de la mujer resulta más femenino y se convierte en señal sexual para el varón. El pie pequeño fue a menudo alabado por los varones, y muchas hembras se sometieron a verdaderas torturas para conseguirlo. Unas palabras de Byron resumen la actitud tradicional masculina cuando habla de «los menudos pies de sílfide que evocan la más perfecta simetría de las bellas formas que tan bien terminan». Este punto de vista sobre el pie femenino se refleja en el conocido cuento de la Cenicienta –cuento que se remonta al menos a dos siglos atrás–, cuyas feas hermanas tienen el pie demasiado grande para introducirlo en el diminuto zapato de cristal. Sólo la hermosa heroína tiene unos pies lo bastante pequeños para conquistar el corazón del príncipe.

En la China de antaño, la afición a los pies femeninos diminutos llegó a horribles extremos, y, muchas veces, las niñas tuvieron que soportar vendajes tan estrechos que les produjeron graves deformidades. El pie vendado, «lirio de oro», que parecía tan atractivo dentro de un adornado zapatito, tenía más bien el aspecto, si se veía descalzo, de una deformada pezuña de cerdo. Tan importante era esta dolorosa práctica, que el valor comercial de una muchacha se medía por la pequeñez de sus pies, y durante los tratos sobre el precio de la novia se exhibían sus zapatos para acentuar su valor. La mujer moderna que dice que sus pies «la están matando» no hace más que hacer eco, aunque ligeramente, de este antiguo fenómeno. La razón oficial que se daba para explicar la costumbre de los «lirios de oro» era que así se demostraba que la hembra en cuestión no necesitaba trabajar, pues estaba tan tullida que no habría podido hacerlo. Pero, a veces, su

esposo tampoco necesitaba trabajar, a pesar de lo cual no se es-
trujaba los pies; por esto, la exageración de la diferencia de sexo
brinda una explicación mucho más convincente. Esta regla se
aplica también a otros muchos casos. Distorsiones o exageracio-
nes particulares se justifican oficialmente por razones de «alta
elegancia» o de categoría, pero la explicación profunda es que la
tal modificación hace destacar de algún modo una característica
biológica de la mujer (o del hombre). La estrechez artificial de la
cintura femenina es otro ejemplo de esto.

Además de su anatomía, la posición de las piernas puede transmi-
tir señales sexuales. En muchas sociedades, se enseña a las niñas
que no es correcto permanecer de pie o sentadas con las piernas
separadas. El hacerlo equivale a una «apertura» de los órganos
genitales, y aunque éstos sean invisibles, el mensaje sigue siendo
fundamentalmente el mismo. Con el advenimiento del pantalón
femenino y con la desaparición de severas normas de etiqueta, la
posición de piernas separadas se ha hecho mucho más frecuente
en los recientes años, y se adopta cada vez más por las modelos de
publicidad. Lo que antes fue señal poderosa se convirtió en simple
actitud de reto; lo que era de mal gusto, no es ahora más que lige-
ramente incitante. Sin embargo, la chica que lleva faldas sigue
obedeciendo la antigua norma. Mostrar la entrepierna cubierta con
las bragas sigue siendo, en la mayoría de los casos, una señal ex-
cesiva de invitación.

Por consiguiente, la «niña bien educada» tradicional sigue mante-
niendo las piernas juntas: pero también es peligroso exagerar esta
actitud y mantener esas extremidades demasiado apretadas. Si
hace esto o las cruza con fuerza, es como si «protestase excesiva-
mente», provocando una nueva clase de comentario sexual. Como
ocurre con todas las actitudes puritanas, revela con ello que piensa
demasiado en el sexo. En realidad, la joven que guarda con ex-
ceso su aparato genital llama casi tanto la atención como aquella
que lo exhibe. De manera parecida, si al sentarse una muchacha,
la falda se levanta más de lo pretendido por aquélla y la chica tira

de ella para bajarla, no hará más que acentuar la sexualidad de la situación. La única señal no sexual es la que evita ambos extremos.

Para el varón, la separación de las piernas constituye una señal muy parecida a la de la hembra, pues también es como una exposición velada de las partes genitales. La actitud de sentarse con las piernas separadas es propia del varón dominante y confiado (a menos, naturalmente, que esté demasiado gordo para poder juntarlas).

El vientre.

Pasando ahora hacia arriba, llegamos al vientre, que tiene dos formas características: plano o «abultado». Los amantes suelen tener el vientre plano, mientras que los niños que pasan hambre y los hombres que comen demasiado suelen ser barrigudos. La mujer adulta es menos propensa a volverse barriguda que el varón adulto, aunque aumente de peso igual que este. Esto se debe a que en la mujer, los tejidos que acumulan mayor cantidad de grasa están en los muslos y las caderas, más que en el vientre. Desde luego, si un hombre y una mujer comen con exceso, acabarán teniendo la misma forma esferoidal; pero, en casos menos acentuados, la diferencia en la distribución de la grasa se advierte fácilmente. Muchos hombres relativamente bajos se vuelven moderadamente barrigudos en la edad madura o en la vejez. ¿Cómo se explica esto?

A veces, una caricatura dice más que lo que pretende o incluso comprende su autor. Veamos la historieta muda de un hombre maduro y barrigón en una playa, cuando se acerca una hermosa joven en bikini. Al aproximarse ésta, el hombre la ve y empieza a contraer la abultada barriga, de modo que cuando ella llega a su altura él tiene el pecho hinchada y el vientre encogido. Al pasar la muchacha, el vientre del varón se va distendiendo lentamente, hasta que, al perderse aquélla en la distancia, ha recobrado su

abultada forma primitiva. La historieta pretende claramente reflejar un control consciente de la silueta del hombre –y de su imagen sexual–, pero, al mismo tiempo, describe algo que ocurre inconscientemente, como parte del comportamiento sexual del varón. Pues la excitación sexual, o un prolongado interés sexual, producen automáticamente el efecto de encoger los músculos del vientre. Aparte de variaciones individuales, esto se pone de manifiesto en la diferencia general entre la silueta del joven y la del viejo. Los jóvenes son sexualmente, más potentes que los viejos, y la forma general de su cuerpo se adelgaza en la parte baja. Tienen la complexión típica masculina de nuestra especie, con anchos hombros, tórax dilatado y caderas estrechas. El vientre plano es parte de esta complexión general del cuerpo. El viejo tiende a tener los hombros redondeados y caídos, el pecho plano y las caderas más abultadas. También aquí, el vientre barrigudo es parte de la complexión *invertida* del cuerpo. Con su silueta, el viejo dice claramente: «Ya he pasado la fase del apareamiento.»

En los tiempos modernos, los varones maduros, que hicieran un culto de la juventud y la potencia sexual, luchan desesperadamente contra la casi inevitable inversión de la silueta. Se imponen una dieta implacable, realizan ejercicios físicos, se ponen fajas apretadas y contraen lo mejor que pueden los flojos músculos del vientre. Desde luego, su tarea sería más sencilla si se enamorasen de vez en cuando. Descubrirían que una aventura amorosa es tan eficaz como la dieta, la faja y el ejercicio físico juntos. Bajo la influencia de sus emociones pasionales, los músculos del vientre se contraerían automáticamente y mantendrían su contracción, pues, por el simple hecho de enamorarse, aquellos hombres volverían auténtica y biológicamente a una condición juvenil, y su cuerpo se esforzaría en estar a la altura de las circunstancias. Desde luego, muchos hombres dan pasos en esta dirección de vez en cuando, pero, a menos que el proceso sea más o menos continuo, la inversión de la silueta habrá empezado ya a imponerse, y su éxito corporal será muy limitado. Inútil decir que estas medidas

hacen también estragos en el verdadero papel biológico del varón maduro, que es el de jefe de una unidad familiar establecida.

Pero la situación no ha sido siempre así. Hace tiempo, antes de que los milagros de la medicina moderna alargasen nuestras vidas de modo tan considerable, la mayoría de los varones maduros tardaban poco en bajar a la tumba. A juzgar por nuestro peso y por otras varias características de nuestro ciclo vital, la duración natural de la vida del hombre está, probablemente, entre los cuarenta y los cincuenta años. Todo lo demás se le da por añadidura. También, en anteriores periodos históricos, el varón dominador y maduro sostuvo generalmente su posición a base de su influencia social, más que de su juventud. La mujer joven y atractiva solía ser comprada, más que conquistada. Al gordo señor feudal o al obeso amo de un harén, les preocupaba poco su gordura y las señales anti sexuales transmitidas por ésta. En el harén, esta situación dio origen al fenómeno de la danza del vientre, que, en un principio, consistió en movimientos pélvicos de la hembra sobre la obesa e incapacitada forma de su amo y señor, incapaz de realizar el movimiento y obligado a valerse de los servicios de muchachas adiestradas, que representaban el papel masculino en el encuentro, y que con sus ondulaciones convertían la cópula en poco más que una fértil masturbación. Los hábiles y variados movimientos de estas mujeres para complacer a sus obesos dueños y señores constituyeron la base de la famosa danza del vientre oriental, que se perfeccionó cada vez más como preliminar visual, hasta llegar a las representaciones frecuentes hoy en día en los clubs nocturnos y los cabarets.

Para el varón moderno, las conquistas sexuales ajenas a las señales de invitación masculinas suelen limitarse a breves visitas a las prostitutas. Para sus relaciones a largo plazo, el hombre debe fiar principalmente en su atractivo sexual personal, en este aspecto, ha vuelto a una situación mucho más natural en la especie humana, pero, al propio tiempo, la duración de su vida ha sido artificialmente prolongada. Esta situación ha provocado la nueva preocu-

pación por «la juventud y el vigor» del varón, que, al rebasar los treinta, empieza a sentir la disminución de su potencia sexual. Si la muerte natural se produjese a los cuarenta, esto no significarla un problema tan grave, pues al hombre le quedaría el tiempo justo para criar a sus hijos y marcharse al otro mundo. Pero ahora, cuando el padre puede esperar vivir medio siglo más, el problema se ha agudizado mucho, como lo demuestran los libros sobre dietética, las instituciones de salud y otros atavíos de la vida contemporánea.

La cintura.

Volvemos con esto al mundo de las señales sexuales de la mujer. La cintura es más estrecha en la hembra que en el varón, o al menos parece serlo, debido al ensanchamiento de las caderas y a los turgentes y redondos senos. Por esto la estrechez de la cintura se convirtió en una importante señal sexual de la mujer, susceptible de exageraciones parecidas a las estudiadas anteriormente. La señal puede acentuarse de modo directo, o indirectamente, apretando la cintura o ampliando el busto y las caderas. Puede lograrse la máxima señal haciendo ambas cosas a la vez. El busto puede acentuarse sujetándolo o levantándolo con vestidos estrechos, acudiendo a los postizos o recurriendo a la cirugía estética. Las caderas pueden ensancharse con guata o llevando ropas ceñidas que acentúen las curvas. En cuanto a la cintura, puede estrecharse en un corsé apretado o llevando cinturón.

Los corsés femeninos tienen una larga y a veces desdichada historia. En épocas pasadas, fueron en ocasiones tan crueles que perjudicaron el desarrollo de las costillas y los pulmones de las jovencitas y dificultaron su respiración normal. En los últimos tiempos Victorianos, una muchacha, para ser atractiva, debía medir de cintura un número de pulgadas igual a sus años cumplidos. Para conseguirlo, muchas jóvenes se veían obligadas a dormir con el apretado corsé y a no quitárselo en todo el día. En periodos histó-

ricos, cuando estaba de moda el miriñaque, el encogimiento de la cintura podía relajarse bastante, porque, naturalmente cualquier cintura parecía estrecha en comparación con las enormes caderas aparentes, debidas a la amplitud de las faldas.

Las cinturas del siglo XX han padecido mucho menos la compresión artificial del corsé, que con frecuencia fue totalmente suprimido, prefiriendo las «compresiones» de una severa dieta. La actual mujer inglesa corriente mide 703 centímetros de cintura. La joven modelo Twiggy, típica «compañera» de *Playboy*, y la Miss Mundo (por término medio) tienen una cintura de 61 centímetros. Las atletas modernas, que imponen exigencias más masculinas a su cuerpo, tienden a la cintura de 74 centímetros.

Estas cifras adquieren mayor significado si se comparan con las medidas del busto y de la cadera, revelando de este modo el factor de «hendidura de la cintura» que transmite la señal esencial de la silueta femenina. Twiggy (77'5-61-84) y Miss Mundo (91'5-61-91'5) se diferencian ahora, siendo mucho más poderosa la señal de cintura de la segunda.

Pero existe otro factor de la cintura que merece ser comentado. El hundimiento de esta guarda relación con las partes del cuerpo que están por encima y por debajo de ella, una de las cuales puede ser mayor que la otra. Miss Mundo está perfectamente equilibrada, puesto que la diferencia entre el busto y la cintura, y entre la cadera y la cintura, es de 30"5 centímetros. En cambio la mujer corriente inglesa (94-70"5-99) presenta una diferencia mayor entre la cintura y la cadera que entre aquella y el busto. El hecho de que sus caderas sean cinco centímetros más anchas que su busto le da lo que se llama una «caída» de cinco centímetros. Esto puede aplicarse también a la mujer corriente de otros países occidentales. En Italia, es también de 5 centímetros; en Alemania y Suiza, es mayor en tres octavos, y en Suecia y Francia, lo es un octavo.

Estas cifras muestran una marcada y significativa diferencia de la "Compañera" de *Playboy*, cuyo ejemplo típico es de (94-61-89):

en otras palabras, una «elevación» y no una «caída» de 5 centímetros. Así, pues, si es llamada “pechugona”, no se debe únicamente al tamaño de su busto. Este es exactamente igual al de cualquier inglesa corriente. Su aparente desarrollo se debe más bien a que siendo igual la medida de su busto, tanto su cintura como sus caderas miden, aproximadamente, diez centímetros menos, acentuando el abultamiento de la parte superior de su silueta y atrayendo magnéticamente las miradas hacia ella. Encontrar una mujer así no resulta fácil. Y, si la revista exige su fotografía con los senos descubiertos, el problema es estrictamente biológico: no se puede contar con ninguna ayuda artificial. Para estudiar esto más a fondo, dejaremos la cintura y concentraremos la atención en la región torácica.

Los senos.

La hembra adulta de la especie humana es el único primate que posee un par de glándulas mamarias hemisféricas. Éstas son protuberantes incluso cuando no producen leche y son, evidentemente, algo más que un simple aparato de alimentación. Yo creo que, por su forma, pueden considerarse como otra imitación de una zona sexual primaria; dicho en otras palabras, como copias biológicamente realizadas de las nalgas hemisféricas. Esto da a la hembra una poderosa señal sexual, cuando está de pie —en actitud exclusivamente humana— frente a un varón.

Hay otros dos ecos de la forma básica del glúteo, pero menos elocuentes, como señales, que los senos. Uno es el hombro suave y redondeado de la mujer, que, si se exhibe “lo justo” al bajar la blusa o el suéter, presenta un adecuado hemisferio carnoso. Es un corriente ingenio erótico, en período en que se llevan vestidos escotados. El otro eco se encuentra en las finas y redondas rodillas de la hembra, que cuando tiene las piernas juntas y dobladas presenta a la mirada del varón otro par de hemisferios femeninos. Muchas veces se ha aludido a las rodillas en un contexto erótico.

Lo mismo que los hombros, producen su mayor impacto cuando se exhiben sólo «lo justo». Si es visible toda la pierna, se pierde parte de tal impacto, porque se convierten en simples extremos redondos de los muslos, más que un par de hemisferios por derecho propio. Pero éstos son ecos mucho más ligeros, y son los senos los que logran el mayor impacto.

Aquí hay que distinguir entre la reacción infantil del niño y la sexual del adulto. La mayoría de los hombres otorgan al pecho femenino un interés puramente sexual. En cambio, algunos teóricos científicos lo consideran como puramente infantil. El varón enamorado que besa el pecho de su hembra puede evocar los placeres de la infancia, más que la seudorregión glútea, pero el que lo mira o acaricia puede responder, principalmente, a su forma glútea hemisférica, más que revivir el contacto del pecho de la madre. Para la manita del niño, el pecho de la madre es demasiado grande para ser abarcado con la palma de la mano; en cambio, para el adulto, presenta una superficie redondeada, notablemente recordatoria del hemisferio glútea. Lo propio puede decirse de su aspecto visual, pues un par de senos ofrecen una imagen mucho más parecida a un par de nalgas que la forma imponente vista por el niño durante la lactancia.

El significado sexual de los senos femeninos tiene, pues, gran importancia para nuestra especie, y, aunque esto no lo es todo, representa un papel primordial en la eterna preocupación de la sociedad por el pecho femenino. Las primitivas puritanas inglesas se aplastaban completamente los senos con un ajustado corpiño. En la España del siglo XVII, se tomaron medidas aún más severas; las jovencitas se apretaban el pecho con planchas de plomo, en un intento de impedir su desarrollo. Desde luego, estas medidas no indican falta de interés por el pecho femenino, como ocurriría si se prescindiese enteramente de él, sino que más bien representan un reconocimiento del hecho de que esta región emite señales sexuales que, por razones culturales, conviene evitar.

Una tendencia mucho más generalizada y frecuente fue tratar de

exagerar los senos de algún modo. Este esfuerzo se ha dedicado, más que a aumentar el tamaño, a mantenerlas más erguidos. En otras palabras, se tendió a mejorar su apariencia hemisférica de pseudoglúteos. Se alzan mediante vestidos ajustados, de manera que reboten, o se juntan para que la hendidura entre ambos sea más parecida a la del glúteo real, o se encierran en sostenedores tirantes, de modo que se mantengan erectos y no caídos. En algunos momentos de la Historia se prestó aún mayor atención al problema, hasta el punto de que un antiguo manual amoroso indio advirtió que «un tratamiento continuo con antimonio y agua de arroz hará que los senos de una adolescente crezcan y se hagan prominentes, de modo que robarán el corazón de los galanes, como roba oro el ladrón».

Sin embargo, en unas pocas sociedades primitivas se prefieren los senos caídos o colgantes, y se anima a las jóvenes para que tiren regularmente de ellos, a fin de apresurar su caída. También, en nuestros países, la mujer de senos pequeños o incluso de pecho plano tiene ardientes partidarios. Estas excepciones a la regla general requieren una explicación. Probablemente, el antropólogo social lo atribuirá simplemente a «variaciones culturales» y no se preocupará más del asunto. Cada cultura y cada período tienen sus particulares modelos de belleza, dirá aquél, y, virtualmente, cualquiera de ellos sirve, con tal de que sea aceptado turno de moda por una tribu o sociedad particulares. Las variaciones no constituyen una cuestión biológica fundamental, sino sólo una amplia gama de alternativas igualmente válidas, cada una de las cuales tiene sus propios méritos. Pero adoptar esta actitud es provocar la pregunta fundamental de por qué el hombre y la mujer adultos han evolucionado hasta conseguir tantos detalles diferentes y típicos de nuestra especie en su totalidad. La mujer típica *tiene* unos senos protuberantes de los que carece el hombre; éstos *se* desarrollan con independencia de que haya o no producción de leche para los pequeños, y otras especies de primates *carecen* de este sobresaliente rasgo visual. Constituyen, pues, una cuestión bioló-

gica fundamental para el *Homo sapiens*, y sus variaciones deben considerarse como insólitas y merecedoras de una explicación especial, y no como simples alternativas culturales igualmente válidas y que no requieren más comentario que decir que son «diferentes costumbres de tribu». Para comprender las excepciones, conviene observar el “ciclo vital” de un pecho femenino típico. En la infancia, no es más que un pezón en un pecho plano. Después, en la pubertad, empieza a hincharse y se proyecta hacia delante. Al crecer y hacerse más pesado, su propio peso tira hacia abajo, y la parte interior se hace más curva que la superficie superior. Sin embargo, los pezones siguen proyectados hacia delante. Es lo propio de la muchacha que no llega a los veinte. Después, al seguir creciendo el pecho, empieza lentamente a descender, hasta que, en la edad madura, experimenta una marcada caída, que sólo puede remediarse con medios artificiales. Existen, pues, tres fases básicas: pequeños en la adolescente; puntiagudos y protuberantes en la joven adulta, y caídos en la mujer adulta.

Vistas bajo esta luz, las variaciones culturales empiezan a tener sentido. Si, por alguna razón, se cree que las adolescentes son sexualmente atractivas, se preferirán los senos pequeños. Si se prefieren las mujeres maduras, se pondrán de moda los senos caídos. Pero la inmensa mayoría preferirá la etapa intermedia, ya que representa la verdadera fase de la primera actividad sexual de la hembra humana. Las mujeres subdesarrolladas imitarán la condición puntiaguda y protuberante, aplicando postizos a sus menudos senos, y las maduras que deseen dar la impresión de hallarse en la plenitud de su vida sexual recurrirán a elevaciones artificiales.

Hay varias explicaciones posibles para los casos en que se prefieren las jóvenes seudoinmaduras. Para el varón que vive en una sociedad puritana y de represión sexual, el pecho plano de la mujer contribuye a mitigar la fuerte señal sexual. Para el hombre profundamente inclinado a representar un papel «paternal» frente a una «esposa-hija», resultará atractivo el aspecto infantil que dan unos senos menudos. Para el homosexual latente, los pechos pe-

queños dan un aire de muchacho que ha de atraerle vivamente. Pasando al otro extremo, en sociedades donde la función maternal de la hembra ha adquirido, culturalmente, mucha más importancia que el papel sexual, los pechos caídos de la mujer madura serán más apetecibles, incluso en muchachas jóvenes. En tales casos, estas deben «envejecer» sus senos, tirando de ellos para que desciendan.

Sin embargo, para la mayoría de los seres humanos los senos tendrán su máximo atractivo cuando los hemisferios alcancen su pleno desarrollo, pero antes de aumentar hasta el punto de empezar a caer. Esto explica el dilema del fotógrafo de *Playboy*, pues, al mejorar una calidad del pecho (el tamaño), disminuye la otra (la firmeza). Para fotografiar un superseno, tiene que buscar una rara muchacha que retenga la firmeza del seno joven cuando éste ha alcanzado ya su pleno desarrollo. Es interesante observar que esto limita su campo de elección a un estrecho campo de unos pocos años antes de los veinte. Este es indudablemente, el momento culminante en el ciclo vital de este tipo de señal sexual, fase que las mujeres mayores tratan de imitar y de prolongar artificialmente mediante diversas técnicas.

El efecto del superseno se incrementa indirectamente eligiendo muchachas de estrecha cintura y caderas reducidas. Y con esto volvemos a la cuestión del cambio más general originado por la edad en la silueta del cuerpo femenino. Las pruebas han demostrado que la mujer adulta corriente sufre un aumento de peso de algo más de un kilo cada cinco años. La pequeña parte de este peso que corresponde a los senos es lo que tira de ellos hacia abajo a medida que pasan los años. La mayor parte de aquél va a parar a las caderas y los muslos, dando a la mujer madura su característico aspecto «hippy, (en el antiguo sentido de la palabra). Esto explica la «caída» mencionada más arriba: el tamaño de la cadera, mayor que el del busto. En algunas partes del mundo, y en particular en las regiones mediterráneas, este cambio puede producirse con asombrosa rapidez en las jóvenes entre los veinte y

los treinta años. En un momento dado, son delgadas y esbeltas, y después, casi de la noche a la mañana, empiezan a hincharse en la zona pélvica y a presentar la típica forma maternal de las mujeres mayores. En otras regiones, el cambio es más gradual; pero la tendencia básica sigue siendo la misma. Hay que esperar a la ancianidad para que se produzca una inversión y el cuerpo empiece a encogerse de nuevo.

Para muchas mujeres occidentales que ansían conservar su aspecto juvenil, esta tendencia biológica natural de la especie, significa un grave reto y exige un molesto y severo control de la dieta. No es que luchen simplemente contra la glotonería, sino también contra la Naturaleza. Si quieren conservar su figura juvenil, no deben limitarse a comer «normalmente», sino a comer menos de lo normal. La situación no ha sido siempre tan extremada como en la actualidad. En el pasado, la figura rolliza de la mujer era perfectamente aceptable desde el punto de vista sexual. No hay nada antifemenino en las curvas desarrolladas. Sin embargo, éstas indican la fase maternal más que la virginal, y la mujer moderna, bajo la influencia del culto contemporáneo a la juventud, quiere permanecer virgen de carne, aunque copule y tenga hijos.

Estas *curvas* de la rolliza mujer adulta se relacionan esencialmente con la fase maternal de su vida y no con la que precede a esta, lo cual se debe a que, por cada tres kilos que gana la mujer casada y con hijos, la soltera aumenta menos de uno. Moraleja: si una mujer quiere conservar la forma de soltera, debe conservar su estado de tal. El hecho de ser soltera significa que, con independencia de la edad y biológicamente hablando, sigue luciendo para un posible compañero y que, por ende, tiende a conservar la forma más adecuada a esta situación. Una vez casada, empieza a deslizarse hacia un tipo maternal más «cómodo», y su silueta empieza a manifestar esta nueva condición.

Aunque esta tendencia es considerada perniciosa por la mayoría de las mujeres modernas, es demasiado básica para ser accidental. En términos biológicos, debe tener algún valor. Con frecuencia, se

alega el argumento de que la mujer rolliza y de cadera ancha está mejor constituida para el parto; pero esta teoría no parece tener mucha consistencia, sobre todo si tenemos en cuenta que la mayor anchura de la pelvis no se debe a una mayor separación de los huesos por entre los que debe pasar la criatura, sino a unas capas más gruesas de grasa. (El cuerpo femenino contiene, por término medio, un 28 por ciento de grasa, mientras que el masculino contiene sólo un 15 por ciento.) Hay otra explicación, más sexual, que parece tener mayor sentido. La muchacha esbelta es más agradable a la vista del hombre, que gusta de acariciarla ligeramente, besarla y enamorarse de ella. La mujer más llena, más mujer, es más apta para la unión íntima durante años. Lo que ocurre es, tal vez, que la forma ideal visual se convierte en la forma ideal táctil, que la «ligera gacela» se transforma en un colchón de «felicidad neumática». Este cambio explicaría, ciertamente, la diferencia entre la modelo de alta costura, buena para ser vista y no tocada, y la mujer rolliza, apta para ser abrazada y estrujada, una vez terminada su tarea biológica de atraer al varón adulto y aparearse con él.

Desde luego, me refiero aquí a casos extremos. La mayoría de las veces, el cuerpo juvenil no es tan escuálido como para resultar desagradable, y las formas más opulentas no resultan repelentes a la vista. El cambio no tiene mayor importancia, y ambas fases resultan convenientes en los sentidos visual y táctil. Lo malo es que la sociedad moderna se ha tragado el mito romántico de que los jóvenes enamorados conservan su amor ideal eternamente, año tras año, y que la fase de formación de la pareja conserva indefinidamente su máxima intensidad, incluso después de una larga permanencia de sus lazos. En vez de aceptar el hecho de que la condición de «locamente enamorados» debe madurar inevitablemente hacia un «amor» profundo pero menos violento, los cónyuges luchan por conservar el ardor de sus primeros contactos y las formas físicas que los acompañaron. Cuando sienten, forzosamente, que decrece la intensidad inicial, piensan que algo marcha

mal y se sienten defraudados. Vistas respectivamente, las primeras películas de Hollywood son bastante responsables de esto.

La piel.

Para ambos sexos, y en todas las sociedades, una piel suave, limpia y sana tiene gran importancia sexual. Las arrugas, la suciedad y las enfermedades de la piel han sido siempre antieróticas. (Las epidermis deliberadamente marcadas o tatuadas de ciertas culturas son otra cuestión y contribuyen, más que a perjudicarlo, al atractivo sexual de su poseedor.)

Además, la piel del cuerpo y de los miembros de la hembra es menos velluda que la del varón, y por esto no sólo procura aquélla hacerla más suave con el empleo de pomadas, lociones y masajes, sino que también la depila de diferentes maneras para acentuar la diferencia de sexo. La depilación fue frecuente en muchas sociedades y desde hace miles de años. La practicaron no sólo ciertas tribus “primitivas”, sino también, y en particular, los antiguos griegos, cuyas mujeres llegaban a depilarse el pubis, ya arrancando manualmente el vello —«puñados de mirlo arrancados con la mano», según la frase de un autor clásico—, o chamuscándolo con una llama o con ascuas.

En los tiempos modernos, las mujeres se depilaron con maquinillas de afeitar o eléctricas, y, más recientemente, por medios químicos. Los expertos en belleza sostienen que, en Inglaterra, el 80 por ciento de las mujeres poseen vello «superfluo», el cual, aunque más tenue y menos espeso que el del varón, las hace sentirse demasiado masculinas para su gusto. Además del afeitado y de la aplicación de cremas, lociones y pulverizaciones de aerosol, los expertos en belleza recomiendan otras varias alternativas, como la cera, el raspado, el arrancamiento y la electrólisis. La cera se emplea en caliente y se aplica a la piel como un molde blando y que se endurece después. Una vez endurecida, se arranca con el vello adherido. Es, en el fondo, el mismo procedimiento empleado anti-

guamente por las mujeres árabes, salvo que éstas usaban un espeso jarabe a base de agua y azúcar a partes iguales y zumo de limón. Se vertía sobre la piel velluda y se dejaba secar, arrancándose después del mismo modo que la cera.

A primera vista, parece raro que el varón moderno, que suele luchar enérgicamente por depilar su velludo rostro, no haya probado a hacerlo con algo distinto de la máquina de afeitar tradicional. Pero si lo observamos más de cerca surge un factor oculto, No es cobardía, ni falta de iniciativa, sino resultado de un paradójico deseo de aparecer barbudo incluso cuando no lleva barba. El afeitado deja siempre un azulado rostro masculino en la parte inferior de la cara, una sombra de la barba que fue. Si, con alguna técnica, pudiese eliminarse para siempre la barba del varón adulto, desaparecería también el azulado tono viril, y la cara tratada de este modo parecería demasiado femenina para el gusto de su poseedor. Ahora, los hombres que se afeitan emplean por término medio, durante toda su vida, más de dos mil horas en rasparse la cara, precio muy alto para una señal tan contradictoria.

Durante las intensas fases precopulativa y copulativa, toda la superficie de la piel, tanto del varón como de la hembra, sufre un cambio considerable en la calidad de su tejido. Enrojece con el calor y, en los momentos culminantes, puede sudar copiosamente. A veces, en las fotografías eróticas, se simula esta condición en las modelos, como señales visuales. Se puede untar la piel con aceite o grasa, o rociarla con agua, para dar la impresión de un sudor copioso. En tales casos, no se pretende que el agua parezca sudor, sino solamente agua, y muchas veces, para demostrarlo, se presenta a la modelo saliendo del baño o de una piscina. Sería una alusión demasiado directa hacer que el agua pareciese realmente sudor. En cambio, la superficie húmeda logra su impacto mediante una inconsciente asociación de ideas. Lo propio puede decirse de la costumbre de usar una buena cantidad de rojo vivo en las fotos en color. Esto da a la piel de la muchacha un aspecto sonrojado y erótico, como de excitación sexual, como puede verse

en muchas revistas ilustradas. Sin embargo, esta «acentuación del rojo» no debe exagerarse hasta el punto de que el observador se dé cuenta de la intención del fotógrafo.

Recientemente, han salido al mercado productos encaminados a dar a la piel un brillo erótico artificial y más personal. Los enamorados pueden utilizar diversas sustancias que les hacen parecer (y sentirse) en un avanzado estado de excitación, incluso antes de iniciar las aproximaciones eróticas. Por ejemplo, la «Love Foam» («Espuma de Amor») se vende en frascos de aerosol. De momento, parece una especie de crema de afeitar; pero, frotando con ella la piel, hace –según sus fabricantes– que el cuerpo «adquiera un brillo mágico». Para gustos más exóticos, existe una sustancia que lleva el sugestivo nombre de «Orgy Butter» («Manteca de Orgia»). Calificada de “lubricante delicioso”, los anuncios dicen que es una audaz, roja y cálida fricción... Produce un efecto resbaladizo y sensual. Se introduce en la piel con el frotamiento y deja en ella un brillo permanente. Vemos, pues, aquí, unas clarísimas señales –rojo, resbaladizo, brillante– que imitan la vasodilatación y el sudor del verdadero estado erótico de la piel humana.

Los hombros.

Ya nos hemos referido al hombro redondeado de la mujer; pero también el ancho hombro masculino merece comentario. La anchura de hombros es una importante característica sexual secundaria que empieza a manifestarse en la pubertad. Los hombros del varón adolescente se ensanchan más que los de la mujer, y cuando alcanza la fase adulta, el hombre tiene ostensiblemente los hombros más anchos que su compañera. Como las otras diferencias de silueta, esta ha sido también exagerada artificialmente de diversas maneras. A lo largo de la historia, el vestido masculino ha incluido muchas veces las hombreras, con el fin de ensanchar la región de los hombros y hacer que éstos parezcan más viriles. El mejor ejemplo de ello lo constituyen las charreteras militares, que

no sólo hacen que los hombros parezcan más anchos, sino también más angulares. De este modo, ofrecen un doble contraste con los hombros más estrechos y redondeados de la hembra y pierden completamente su cualidad visual hemisférica.

La mandíbula.

Hay varias diferencias sexuales importantes en la región de la cabeza, y la primera de ellas está en la mandíbula y el mentón. El varón corriente tiene la mandíbula y la barbilla ligeramente más fuertes que la mujer corriente. Por alguna razón, este hecho ha sido comentado raras veces, y, sin embargo, es el único detalle delator del hombre que se disfraza de mujer o pretende representar un personaje femenino, por muy perfecto que sea su disfraz. Este hombre puede alterar la silueta del cuerpo, depilar todas las zonas visibles de su piel, hacerse inyectar cera para simular los senos, maquillarse intensamente el rostro y adoptar, en general, un aire femenino, que más de una vez ha sido causa de que un marino en puerto extranjero haya descubierto, demasiado tarde, que la prostituta con la que cerró su trato no era tan femenina, como parecía. Pero ni siquiera los mejores transformistas pueden disimular su mandíbula y su mentón, salvo que acudan a la cirugía mayor. Excepto en raros casos, en que el hombre puede tener una mandíbula anormalmente pequeña, su quijada le delatará siempre a una mirada atenta.

En algunas razas, y sobre todo en Extremo Oriente, la firmeza de la mandíbula y el mentón masculinos es menos pronunciada, y es significativo que en estas mismas razas la barba es, típicamente, mucho menos poblada. Parece como si existiese una relación entre estos dos rasgos. Proyectar la mandíbula adelante es, en ambos sexos, una acción agresiva, un movimiento anunciador de que el que lo hace se dispone a atacar. Es lo contrario de la sumisa inclinación de cabeza que acompaña a la humilde reverenda. El varón, al estar dotado de una mandíbula más poderosa, realiza, por de-

cirlo así, un movimiento agresivo permanente, La importancia de éste rasgo masculino se revela en el hecho de que los varones que tienen el mentón huidizo suelen ser objeto de burla, implicando que carecen del aplomo normal del macho.

Dado que una de las más evidentes características masculinas de nuestra especie es la barba, parece probable que esta evolucionase al mismo tiempo que la mandíbula, al proporcionar la más amplia estructura ósea una mejor base para el pelo y producir, ambos rasgos juntos, un máximo aspecto viril. El mentón, peculiar de nuestra especie, tiene también gran importancia. A diferencia de otros primates, nuestra mandíbula tiene una protuberancia en la región de la barbilla, una protuberancia que, según los anatomistas, no tiene una función mecánica interna. En el pasado, se formularon muchas teorías para explicar este rasgo exclusivamente humano, fundándose, especialmente, en propiedades peculiares de los músculos de la mandíbula y de la lengua; pero, recientemente, todos estos argumentos han sido rebatidos. Hoy se admite que nuestro mentón es, esencialmente, un rasgo señalizador, y que, como tal, debe considerarse como reforzando la proyección dominante de la barba varonil.

Las mejillas.

Subiendo cara arriba, y prescindiendo de la boca, que ha sido estudiada anteriormente, llegamos a las mejillas. En ellas, la señal más importante es el rubor, un enrojecimiento de la piel producido por la congestión de los vasos. Éste empieza siempre en las mejillas, donde se pone más de manifiesto que en parte alguna, y puede extenderse a toda la cara, el cuello y, en algunos casos, la parte superior del tronco. El rubor es más común en las mujeres que en los hombres, y más en las jóvenes que en las maduras. Junto al enrojecimiento, se produce una tirantez de la piel que da un brillo superficial, visible incluso en la mujer negra. El rubor se produce en todas las razas humanas e incluso en los sordos y cie-

gos, por lo que parece ser una característica biológica fundamental de nuestra especie. Darwin dedicó todo un capítulo al rubor y llegó a la conclusión de que refleja timidez, vergüenza o modestia, e indica «atención a la propia apariencia personal». Su importancia sexual viene confirmada por el hecho registrado de que las muchachas que se ruborizaban más, al *ser* ofrecidas en venta en los antiguos mercados de esclavos para ser llevadas a los harenes, alcanzaban precios superiores a las que no mostraban rubor. Deseado o no, el rubor parece haber sido una poderosa señal de invitación a la intimidad.

Los ojos.

Órgano el más importante de los sentidos humanos, los ojos no sólo ven las diversas señales que han sido estudiadas, sino que transmiten también otras por su cuenta. Todos establecemos y rompemos contactos en nuestros encuentros cara a cara, mirando a las personas para comprobar sus cambios de humor, y desviando la mirada para no parecer insolentes. En cambio, entre los enamorados, la mirada tija puede prolongarse sin ser desconcertante ni agresiva. Los amantes «se miran profundamente a los ojos» por una razón particular. Bajo la influencia de fuertes emociones agradables, nuestras pupilas se dilatan de un modo extraño, y el puntito oscuro del centro del ojo se convierte en un gran disco negro. Inconscientemente, transmite una poderosa señal al ser amado, indicándole la intensidad del amor sentido por el de la pupila dilatada. Este hecho no fue estudiado científicamente hasta hace poco, pero era conocido desde muchos siglos atrás: las antiguas bellas italianas se echaban gotas de belladona en los ojos para lograr artificialmente este efecto. En los tiempos modernos, los publicitarios han empleado un sistema parecido, retocando con tinta negra las fotografías de las modelos, para aumentar sus pupilas y darles un aire más atractivo.

Otro cambio que se produce en los ojos, cuando la emoción es

fuerte, es un ligero aumento de la producción de lágrimas. En un intenso estado amoroso, esto no suele traducirse *en* un caudal de lágrimas que brotan de los ojos, sino que en la superficie de éstos aparece un brillo mayor que de ordinario. Son los ojos brillantes del amor, que, combinados *con* la dilatación de la pupila, no dejan la menor duda sobre el estado del que emite las señales.

También diversos movimientos de los ojos invitan a la intimidad. Aparte del conocido guiño, se dice que el giro de los ojos es, en ciertas sociedades, una invitación sexual directa. La mujer que baja modestamente los párpados transmite también un mensaje, y el varón que los entorna ligeramente da con ello una muestra de interés. En un primer encuentro, el hecho de sostener la mirada un poco más de lo corriente puede producir también un impacto, actuando como anticipo, por decirlo así, de la profunda mirada que vendrá más tarde.

La mirada con los ojos muy abiertos es a veces utilizada como invitación femenina a la intimidad, lo mismo que el truco femenino de parpadear o agitar las pestañas. Ésta es, al menos en nuestra sociedad, una acción que nada tiene de masculina, hasta el punto de que es a veces realizada por el varón, en son de chanza, cuando quiere imitar un ademán femenino. Tal vez debido a que estos movimientos de pestañas son tan esencialmente femeninos, muchas mujeres lo exageran en la actualidad. La cosa empezó con el empleo del antifaz, que hacía que las pestañas resaltasen más y pareciesen más grandes; después vino el uso de los rizadoros, y por último, en los años sesenta, culminó con las largas pestañas artificiales, superpuestas a las verdaderas. Actualmente, una sola empresa ofrece nada menos que quince estilos diferentes de pestañas artificiales, entre ellas las Wispy-tipped Starry Lashes», que «abren los ojos», y las «Ragged Lashes», que «agrandan los ojos pequeños». Éstas se fijan a los párpados superiores, lo mismo que ciertos productos exóticos como las «Clauster-Lashes», las «Natural-fluff Lashes» y las «Super-sweeper». Pura los párpados inferiores, están las «Winged Under-Lashes», que «agradan y abri-

llantan los ojos». Como en otras muchas partes del cuerpo, cuando la mujer tiene algo que envía una importante señal femenina lo aprovecha hasta el máximo. Esta nueva tendencia a exagerar la región de las pestañas haría ciertamente las delicias del enamorado Trobriander, que, como parte importante de su ritual erótico, arranca a mordiscos las pestañas de la amada. Afortunadamente para esta, las pestañas crecen ahora muy de prisa y sólo duran de tres a cinco meses, aunque nadie las muerda.

Las cejas.

El hombre tiene, sobre los ojos, dos peculiares mechones de cabello, en la base de la lampiña frente. Antaño, las cejas fueron consideradas como un medio de evitar que el sudor se introduzca en los ojos: pero su función básica es la de señalar cambios de humor. Se levantan para expresar miedo o sorpresa, se bajan para indicar furor, se juntan como expresión de angustia y se arquean sobre una mirada interrogativa. Como prueba de amistad, suben y bajan rápidamente una sola vez.

Las cejas de la mujer son menos gruesas y pobladas que las del hombre, y por eso se prestan también a la exageración, para recalcar la condición femenina. Muchas veces se han depilado en parte, para hacerlas más finas, y, en los años treinta, quedaron reducidas a una simple línea de pincel. Sin embargo, esto fue aún más exagerado en remotos tiempos por las novias japonesas, que llegaron a depilárselas del todo antes de la boda.

El carácter sexual de esta modificación aparentemente trivial del aspecto de la mujer aparece elocuentemente continuada por el hecho de que en 1933, una muchacha que solicitaba un puesto de enfermera en un hospital de Londres fue advertida por la directora de que, entre otras cosas, estaba prohibido depilarse las cejas. La joven presentó una queja; se dio estado oficial al asunto y se pidió al Ayuntamiento de Londres que revocara la orden de la directora; pero la petición fue denegada. De este modo, se evitó a las pa-

cientes del hospital el pernicioso estímulo de unas cejas depiladas, y los conocidos modelos siguieron deslizándose por los blancos corredores.

La cara.

Antes de abandonar la región facial, bueno será echarle un vistazo en su conjunto y no como una serie de detalles menores. La cara es sin duda alguna, la región más expresiva de todo el cuerpo humano capaz de transmitir mensajes increíblemente variados y sutilmente emocionales. Contrayendo y relajando músculos especiales, y en particular los que rodean la boca y los ojos, podemos expresarlo todo, desde alegría y sorpresa hasta tristeza y furor. Como instrumento para invitar a la intimidad, tiene una importancia excepcional. Una cara suave y sonriente, o alerta y provocativa, nos atrae vivamente. Un rostro triste y desesperado, puede estimular también el acercamiento y el consuelo. Si es tenso, duro o enfurruñado, produce el efecto contrario. Esto es cosa sabida; pero hay un interesante efecto a largo plazo que actúa sobre la cara humana y que merece un breve comentario.

En lo que atañe a nuestras expresiones faciales, podemos hablar de caras «amañadas» y de caras «libres». La cara amañada es la que empleamos en nuestras relaciones sociales. Decimos «poner cara satisfecha» o «poner buena cara» y tratamos de «no perder la faz» en público. Si queremos mostrarnos amistosos, adoptamos una expresión dulce y sonriente. Por el contrario, en ocasiones más graves, hacemos una mueca o adoptamos un gesto pomposo. Sin embargo, cuando estamos solos y no nos ve nadie, dejamos a nuestros rostros en libertad. En este caso, la cara adopta por sí misma la actitud típica de nuestro humor a largo plazo. El hombre roído por la angustia, que trató de parecer dichoso en una reunión, tensa ahora su rostro solitario, revelando su verdadero estado emocional únicamente a sí mismo. (Aunque incluso si se mira en un espejo puede que ni él mismo se dé cuenta.) Y el hombre que,

en el fondo, se siente feliz y contento, pero que trató de mostrarse triste y serio en un entierro, relaja ahora su rostro solitario, distendiendo los labios y desarrugando la frente.

La mayoría de nosotros cambiamos de vez en cuando nuestro humor a largo plazo, y por esto nuestros músculos faciales no se ven continuamente dominados por un estado particular del rostro íntimo. Podemos sentirnos deprimidos por la mañana y de nuevo alegres por la noche, y, en nuestros momentos de soledad, la actitud facial variará en consecuencia. En cuanto a los individuos que viven en un estado más o menos permanente de angustia privada, su situación es diferente. Estos corren el peligro de que su cara auténtica se inmovilice para siempre. En estos casos, los músculos faciales parecen moldearse en una sola expresión fundamental. Las arrugas de la frente, alrededor de la boca y a los lados de la nariz se vuelven casi permanentes.

A estas personas les resulta difícil adoptar la cara «exterior» en los encuentros sociales. La persona que está angustiada sigue pareciéndolo incluso cuando sonríe para saludar. El hombre hosco sigue pareciéndolo incluso cuando ríe un chiste. El molde muscular no se quiebra, y la cara íntima se superpone a la exterior, más que remplazaría. De este modo, las expresiones faciales pueden revelarnos algo acerca del pasado de una persona, amén de su condición emocional presente.

No se sabe muy bien cuanto pueden durar las arrugas de la cara auténtica al producirse un cambio fundamental en la vida. Si alguien que ha estado toda la vida inquieto y preocupado pasa de pronto a una situación satisfactoria, las arrugas no se desvanecerán de la noche a la mañana. Si la persona en cuestión es de edad avanzada, aquéllas pueden no borrarse nunca. Es indudable que, en estos casos, conservará durante un tiempo la antigua expresión, a pesar de que el mensaje de esta ya no signifique nada; pero no sé que se haya realizado ningún estudio sobre la duración de este periodo.

Estos comentarios pueden aplicarse, incidentalmente, a la actitud general del cuerpo humano. Hay cuerpos hundidos y cuerpos vi-varachos, hay cuerpos tensos y cuerpos flexibles. También aquí podemos cambiar las tensiones de nuestros músculos para adaptarlos a las costumbres y las ocasiones sociales; pero, lo mismo que ocurre con la cara, una situación extrema y prolongada puede fijar una actitud que no podremos reformar cuando queramos. Unos hombros encogidos pueden degenerar en una giba permanente que no podremos enderezar por más millones que ganemos, y una rigidez en las piernas al andar puede acompañarnos durante toda la vida.

El cabello.

Llegamos, por último, al glorioso penacho del hombre: su tupida mata de unos cien mil cabellos. En algunas razas, éstos son rizados o crespos; en otras, cuelgan lisos o flotan al viento. Crecer, a razón de unos doce centímetros al año, y cada uno de ellos dura hasta seis años, antes de caer y ser remplazado por otro. Esto significa que una cabellera sin cortar llega hasta la cadera, y gracias a ella, el hombre primitivo debió de tener un aspecto extraordinario, comparado con cualquier otra especie de primate. Así como el vello del cuerpo no crece y es casi invisible a distancia, los cabellos se desarrollan a placer.

Aparte del hecho de que los varones maduros se vuelven calvos en muchos casos, lo cual no ocurre con las mujeres, no existe diferencia de sexo en lo tocante al cabello. Biológicamente, tanto el hombre como la mujer tienen los cabellos largos, y esta característica ha venido a ser una señal distintiva de la especie, más que del sexo. Sin embargo, culturalmente se ha modificado muchas veces como indicador del sexo. En ocasiones, los hombres llevaron el cabello más largo que las mujeres; pero, en general, se ha producido lo contrario. En los últimos siglos, el hombre se cortó el pelo muy corto para evitar los parásitos, y los agresivos sar-

gentos solían llamar «piojosos» a los que llevaban el cabello largo. Las mujeres mantuvieron casi siempre una longitud moderada de sus cabellos: fue el hombre quien fluctuó alocadamente de un extremo a otro. En el pasado, llevó a veces enormes y largas pelucas, costumbre que aún conservan los jueces en Inglaterra. Sin embargo, en los tiempos modernos, los largos mechones fueron generalmente atribuidos al sexo femenino, hasta el punto de que el hombre cuyos cabellos se acercaban un poco a la longitud natural era tenido por afeminado. En el curso de la última década, esta actitud cambió espectacularmente entre los jóvenes, y la longitud del cabello parece afirmar una vez más que su papel nada tiene de sexual. Tal vez resulta irónico que cuando la moderna higiene ha casi eliminado el riesgo de los parásitos, sea precisamente el anti-higiénico movimiento *hippy* el que se ha puesto en cabeza de esta tendencia. La limpieza, el cuidado, el lavado y la untura del cabello fueron siempre importante complemento para su utilización como señal sexual. Los antiguos elegantes, al igual que los modernos, estaban dispuestos a cualquier cosa para obtener el efecto deseado. El tónico capilar más antiguo que se conoce estaba compuesto de: «Uñas de perro, una parte: huesos de dátil, una parte; pezuña de asno, una parte. Póngase largo rato a cocer con aceite, y úntese.» Actualmente, el cabello brillante, lustroso y suave sigue siendo el ideal de casi todas las muchachas; y, como repiten constantemente los anunciantes, el cabello «opaco y lacio» destruye todas las posibilidades de su poseedor de invitar a la intimidad.

En este recorrido del cuerpo humano, hemos estudiado una a una sus diferentes partes, a efectos de señalización; pero nos queda por considerar la persona en su conjunto. Las partes aisladas no actúan separadamente, sino al mismo tiempo, en una combinación general y en un contexto específico. Y es precisamente la enorme variedad de aquellas combinaciones y la inmensa gama de contextos en que pueden manifestarse lo que hace que la interacción

social sea tan compleja y fascinante. Cada vez que entramos en una habitación o que salimos a la calle, transmitimos un verdadero cúmulo de señales, algunas puramente biológicas y otras culturalmente modificadas, y siempre lo percibimos subconscientemente y ajustamos las señales de mil maneras sutiles y distintas, según exigen nuestros diversos encuentros sociales. Casi siempre procuramos enviar una serie equilibrada de señales, invitando o repeliendo la intimidad. Sólo ocasionalmente avanzamos mucho más en una de ambas direcciones, formulando ostensiblemente nuestra invitación o adoptando una actitud hostil y de rechazo frente a los que nos rodean.

Al estudiar, a lo largo de este capítulo, las diversas invitaciones a la intimidad sexual, he recalcado los casos extremos. He escogido los ejemplos más elocuentes a fin de subrayar las tesis formuladas. Las piezas de la entropierna de las calzas, los corsés y las charreteras pueden parecer muy alejados de las señales corrientes empleadas por los adultos actuales, pero contribuyen a llamar nuestra atención sobre ingenios menos exagerados –pantalón ajustado, cinturones y hombreras–, que son de uso corriente y de significado menos ostensible. De modo parecido, la danza del vientre puede no ser más que una forma exótica de entretenimiento, pero también su inclusión en este estudio nos ayuda a comprender los menos exagerados movimientos de los bailes a que, en clubs y discotecas, se entregan todas las noches cientos de miles de muchachas corrientes.

Tanto si, como seres adultos, apelamos a procedimientos refinados para emitir nuestras señales visuales de invitación a la intimidad sexual, como si abordamos la cuestión de un modo más directo; tanto si recurrimos a ayudas artificiales (y son muy pocos los que no emplean *alguna* de ellas) como si nos burlamos de éstas y preferimos un sistema más «natural», lo cierto es que todos transmitimos constantemente una complicada serie de señales visuales a nuestros compañeros. Muchas de estas señales tienen que ver forzosamente con nuestras cualidades sexuales de adultos,

e incluso cuando no nos damos la menor cuenta de lo que estamos haciendo, nunca dejamos de “leer las señales”. De esta manera nos preparamos para dar un importante paso social, el paso que nos conduce a iniciar la primera tentativa de contacto con la posible pareja sexual y que nos hace cruzar el importantísimo umbral que da paso a todo el complejo mundo de la intimidad sexual propiamente dicha.

3

INTIMIDAD SEXUAL

Al descubrir su personalidad, el niño en pleno desarrollo tiene que empezar a rechazar el dulce abrazo de la madre. El joven adulto se yergue salo. De pequeño, su confianza en su madre era ilimitada; su intimidad, total. Ahora, en la madurez, sus relaciones con otros adultos y sus intimidades con ellos están severamente limitadas. Como ellos, mantiene las distancias. La confianza ciega es remplazada por una actitud de alerta; la dependencia, por la interdependencia. Las dulces intimidades de la primera niñez, que dieron paso a los alegres juegos de la infancia, se convierten en las duras transacciones de la vida adulta.

Esto no quiere decir que desaparezca el interés. Hay que hacer cosas, perseguir objetivos y alcanzar posiciones. Pero, ¿adónde fue a parar el amor total? El amor era un acto de entrega, entregarse uno mismo a otra persona sin reseñas; y las relaciones entre adultos son cosa muy distinta.

Hasta este punto, mis palabras pueden aplicarse tanto a un mono en crecimiento como a un hombre en desarrollo. El modelo es idéntico. Pero ahora surge una diferencia. Si se trata de un mono adulto, jamás volverá a encontrar, de adulto, la total intimidad del lazo amoroso. Hasta el día de su muerte, continuara existiendo en un mundo sin amor, un mundo de rivalidad y asociación, de competencia y colaboración. Si es hembra, recobrará sin duda la condición amorosa, como madre de su hijo; pero, al igual que el macho, no volverá a encontrar este lazo con otro mono adulto. Buena amistad, sí; asociación, sí; breves encuentros sexuales, pero intimidad total, no.

En cambio, para el hombre adulto, existe esta posibilidad. Es capaz de establecer un fuerte y duradero lazo de unión con un miembro del sexo opuesto, que será mucho más que una simple asociación. Decir que «el matrimonio es una sociedad», como a

menudo se dice, es un insulto a esta institución y un absoluto desconocimiento de la verdadera naturaleza del lazo amoroso. Una madre y su hijo pequeño no son «socios». El niño no ama a la madre porque ésta le alimenta y le protege; la ama por lo que es, no por lo que hace. En una sociedad, hay un intercambio de servicios; el socio no da sólo por dar. En cambio, entre una pareja humana adulta si establece una relación parecida a la que existe entre madre e hijo. Surge una confianza total y, con ella, una intimidad total. En el verdadero amor no hay «toma y daca»; sólo se da. El hecho de que la acción de dar sea recíproca parece debilitar aquella afirmación; pero la recepción por ambos, que es su consecuencia inevitable, no es condición de entrega, como ocurre en una sociedad; es simplemente, su agradable complemento.

Para el adulto precavido y calculador, el establecimiento de una relación de esta índole parece cosa aventurada. La resistencia a «dejar hacer» y confiar es enorme. Rompe todas las normas de negociación y cambalache que está acostumbrado a observar en todas sus demás relaciones de adulto. Sin alguna ayuda de los centros inferiores de su cerebro, los centros superiores no se lo permitirían. Pero en nuestra especie esta ayuda no falta nunca, y, a menudo contra nuestra voluntad, nos enamorarnos. Algunos suprimen el proceso natural y entran en el matrimonio o en su equivalente como quien realiza una transacción comercial: tú criarás hijos y yo ganaré dinero. Esta «compra de hijos» o «compra de posición» es, por desgracia, muy corriente en nuestras atestadas sociedades, pero está llena de peligros. La pareja se mantiene unida no por lazos internos afectivos, sino por las presiones externas de las convenciones sociales. Esto significa que la capacidad natural de la pareja para enamorarse sigue latente en sus cerebros, y puede pasar a la acción sin previo aviso y en cualquier momento para crear un lazo verdadero fuera de su ambiente natural.

Esto no ocurre con los que tienen suerte. En su juventud, se enamoran irremisiblemente y establecen un verdadero lazo afectivo. Es un proceso natural, aunque no siempre lo parece. El «flechazo»

es un concepto popular. Sin embargo, lo más frecuente es un juicio retrospectivo. No se produce una «confianza total a primera vista», sino una «poderosa atracción a primera vista». El progreso desde esta primera atracción hasta la confianza final es casi siempre una larga y compleja serie de crecientes intimidades, y es esta secuencia la que hemos de estudiar ahora.

Para ello, el método más sencillo es tomar una pareja de «enamorado típicos», tal como las vemos en nuestra cultura occidental, y seguirlos a lo largo del proceso de formación de la pareja, desde la primera mirada hasta el ayuntamiento definitivo. Al hacerlo, debemos tener siempre presente que, en realidad, no existe el «amante típico», como no existe el «ciudadano o el hombre de la calle típicos». Pero será útil que tratemos de imaginarnos uno y, después, observemos las variaciones.

Todas las pautas del galanteo animal están organizadas en un rumbo típico, y el curso seguido por el hombre en la cuestión amorosa no es una excepción a la regla. Para mayor comodidad, podemos dividir la secuencia humana en doce etapas, y ver lo que ocurre cuando cada una de ellas se pasa felizmente. Estas doce etapas (desde luego muy simplificadas) son las siguientes:

1. *Mirada al cuerpo.*

La forma más corriente de establecer «contacto» social es mirar a la gente desde lejos. En una fracción de segundo, se pueden captar las cualidades físicas de otro adulto, rotulándolas y graduándolas mentalmente. Los ojos suministran al cerebro información inmediata sobre el sexo, la estatura, la forma, la edad, el color, la posición y el estado de ánimo de la otra persona. Similarmente, se establece la calificación en una escala que va desde la extremada atracción hasta la repulsión extremada. Si las señales indican que el individuo observado es un atractivo miembro del sexo opuesto, podemos pasar a la siguiente etapa.

2. *Mirada a los ojos.*

Mientras miramos a otros, éstos nos miran a su vez. De cuando en cuando, las miradas se encuentran, y cuando esto ocurre la reacción natural es mirar rápidamente a otra parte, rompiendo el «contacto» visual. Desde luego, esto no sucede cuando nos reconocemos mutuamente como antiguos conocidos. En tales casos, el reconocimiento conduce instantáneamente a mutuas señales de saludo, como una súbita sonrisa, una elevación de las cejas, un cambio de posición del cuerpo, un movimiento de los brazos y, en definitiva, un cambio de palabras. Pero si nuestra mirada se ha cruzado con la de un extraño, la reacción típica es desviar aquélla, como para evitar la invasión temporal de un mundo privado. Si después de establecer el contacto visual, uno de los dos desconocidos sigue mirando fijamente, el otro puede sentirse vivamente molesto o incluso irritarse. Si éste puede alejarse para evitar la mirada fija, no tardará en hacerlo, aunque no haya ningún elemento agresivo en las expresiones faciales o en los ademanes que acompañan la mirada. Esto se debe a que una mirada fija y prolongada es en sí misma, un acto de agresión entre adultos que no se conocen. Por consiguiente, lo normal es que dos desconocidos se observen por turno y no simultáneamente. Entonces, si uno de ellos encuentra atractivo al otro, él o ella pueden esbozar una ligera sonrisa cuando se encuentren de nuevo sus miradas. Si la respuesta es afirmativa, la sonrisa será correspondida y, más tarde, podrán entablarse contactos más íntimos. Si la respuesta es negativa, una mirada indiferente atajará, por lo general, todo ulterior intento.

3. *Intercambio vocal.*

Suponiendo que no haya un tercero que haga las presentaciones, la próxima fase consiste en el establecimiento de contacto verbal entre el varón y la hembra que no se conocen. Invariablemente, los comentarios iniciales se referirán a trivialidades. Es muy raro,

en esta fase, aludir directamente al verdadero estado de ánimo de los interlocutores. Este parloteo facilita la recepción de otra serie de señales, esta vez auditivas. Los modismos, el tono de voz, el acento, la manera de expresar los pensamientos y el empleo que se haga del vocabulario permiten que una nueva gama de unidades de información llegue hasta el cerebro. Manteniendo esta comunicación al nivel de una charla insustancial, si las nuevas señales resultan poco atractivas cada uno de los interesados estará en condiciones de hacer marcha atrás, a pesar de la promesa de las anteriores señales visuales.

4. *La mano en la mano.*

Las tres etapas anteriores pueden cubrirse en pocos segundos, o durar meses enteros, cuando un amante en potencia admira silenciosamente a su presunta pareja y desde lejos, sin atreverse a establecer contacto oral. Esta nueva fase —la mano en la mano— puede concluir también rápidamente, en forma de un apretón de manos de presentación; pero, si no es así, lo más probable es que se demore considerablemente. Si no se produce el apretón de manos formal y asexual, es probable que el primer contacto personal se disimule bajo la forma de un acto de «ayuda», de «protección» o de «guía». Éste lo inicia generalmente el varón, y consiste en sostener el brazo o la mano de la mujer para ayudarla a cruzar la calle o a salvar un obstáculo. Si ella está a punto de tropezar o de pasar por un sitio peligroso, la mano del varón aprovecha rápidamente la oportunidad para extenderse y asir del brazo a la mujer, para rectificar su dirección o controlar su movimiento. Si ella resbala o tropieza, una acción protectora de las manos puede facilitar el primer contacto corporal. También aquí es importante el empleo de medios que nada tienen que ver con el verdadero carácter del encuentro. Si el cuerpo de la joven ha sido tocado por el hombre al prestarle cualquier clase de ayuda, cada uno de ellos puede aún retirarse dignamente. La joven puede dar las gracias al hombre por su ayuda y apartarse de él, sin verse obligada a adoptar la po-

sición de una rotunda y directa negativa. Ambas partes comprenden muy bien que esto es sólo el inicio de una secuencia de actitudes que puede llevar a mayores intimidades; pero ninguno de ellos ha hecho nada que establezca abiertamente este hecho, y por ello está aún a tiempo de retirarse sin herir los sentimientos del otro. Sólo cuando la naciente relación se ha declarado abiertamente, se prolongará la duración de la acción de apretar la mano o de asir el brazo. Entonces, ésta dejará de ser un acto de «ayuda» o de «guía» y se convertirá en intimidad manifiesta.

5. El brazo en el hombro.

Hasta este momento, los cuerpos no han entrado en íntimo contacto. Cuando lo hagan, se habrá dado otro paso importante. Ya estén sentados, de pie o caminando, el roce de los costados de la pareja indica un gran adelanto en la relación que empezó con los primeros y fundidos contactos. El método más empleado es el abrazo de los hombros, realizado generalmente por el hombre para atraer a su pareja. Es la iniciación más sencilla del contacto de los troncos, porque también se produce en otros contextos, entre simples amigos, como acto de compañerismo desprovisto de sexualidad. Por consiguiente, es el próximo y pequeño paso a dar, y el que tiene menos probabilidades de ser rechazado. Caminar juntos en esta actitud es adoptar un aire ligeramente ambiguo, a mitad de camino entre la buena amistad y el amor.

6. El brazo en la cintura.

Un ligero avance, en relación con la fase anterior, se produce cuando el brazo se desliza alrededor de la cintura. Es algo que el varón no haría con otros hombres, por mucha que fuese su amistad: por consiguiente, es como una declaración directa de intimidad amorosa. Además, su mano estará ahora más cerca de la región genital de la mujer.

7. *La boca en la boca.*

El beso en la boca, combinado con el abrazo frontal, es un importante paso adelante. Por primera vez, existe una fuerte posibilidad de excitación fisiológica, si la acción es prolongada o repetida, con manifestaciones secretorias por parte de la mujer y de erección por la del hombre.

8. *La mano en la cabeza.*

Como ampliación de la última fase, las manos acarician la cabeza de la pareja. Los dedos frotan la cara, el cuello y los cabellos. Las manos asen la nuca y el lado de la cabeza.

9. *La mano en el cuerpo.*

Después de la fase del beso, las manos empiezan a explorar el cuerpo de la pareja, dándole palmadas, apretándolo o acariciándolo. A este respecto, el principal avance consiste en la manipulación por el hombre de los senos de la mujer. Estos actos producen una mayor excitación fisiológica, hasta el punto de que muchas jóvenes exigen su interrupción. De no hacerlo así, podría llegarse a la consumación total, y, si el lazo afectivo no ha alcanzado el suficiente nivel de confianza mutua, es preciso aplazar ulteriores y más completas intimidades sexuales.

10. *La boca en el pecho.*

Con esto se cruza un umbral en que las interacciones son estrictamente privadas. Para muchas parejas, esto se aplica también a la fase anterior, pero los besos y las caricias se prodigan frecuentemente en lugares públicos y en determinadas circunstancias. Estas acciones pueden provocar reacciones de censura en otros miembros del público, pero, en la mayoría de los países, es raro que se tomen medidas contra una pareja que se abraza. En cambio, en esta fase, la situación es diferente, por el mero hecho de que signi-

fica la exhibición del seno femenino. Estos contactos constituyen las últimas intimidades pregenitales y son preludio de las acciones sexuales propiamente dichas y no de mera preparación.

11. *La mano en el sexo.*

Si continúa la exploración manual del cuerpo de la pareja, se llega inevitablemente a la región genital. Después de los primeros contactos, la acción progresa en el sentido de roces suaves que estimulan el rítmico movimiento de la pelvis.

12. *El sexo en el sexo.*

Por último, se llega a la fase de la cópula propiamente dicha, y si la mujer es virgen, el primer acto irreversible de toda la secuencia se produce con la ruptura del himen. También existe, por primera vez, la posibilidad de otro hecho irreversible, a saber, la fecundación. Esta irreversibilidad sitúa al acto final de la serie en un plano completamente nuevo. Cada fase habrá servido para estrechar un poco más el lazo afectivo, pero, en un sentido biológico, esta acción copulativa está claramente relacionada con una etapa en que las anteriores intimidades han cumplido ya su función de estrechamiento del lazo, de modo que la pareja quiera seguir unida después de aplacado el impulso sexual por la consumación. Si aquel lazo falta, la mujer es susceptible de quedar encinta sin que se haya producido una unidad familiar estable.

Éstas son, pues, las doce etapas típicas en el proceso de formación de la pareja. Hasta cierto punto, están culturalmente determinadas, pero dependen, en grado mucho mayor, de la anatomía y de la fisiología sexual común a nuestra especie. Las variaciones impuestas por las tradiciones y los convencionalismos culturales, y por las peculiaridades personales de ciertos individuos poco corrientes, alterarán de muchas maneras aquella secuencia básica, y

estas maneras pueden estudiarse ahora sobre el telón de fondo de la serie típica que acabamos de examinar.

Las variaciones adoptan tres formas principales: reducción de la secuencia, alteración del orden de los actos y perfeccionamiento de la pauta.

La forma más extremada de reducción es el ayuntamiento por la fuerza, o violación. Aquí, se salta lo más rápidamente posible de la primera fase a la última, reduciendo al mínimo las intermedias. Después de establecer el varón el contacto de vista a cuerpo, se limita a violentar a la mujer, omitiendo todas las etapas de cortejo y pasando al contacto genital con toda la rapidez que permite la resistencia de la hembra. Los contactos corporales de genitales se reducen puramente a los necesarios para dominar a la mujer y desnudar su región genital.

Considerada objetivamente, la violación carece, en la especie humana, de dos importantes ingredientes: la formación de la pareja y la excitación sexual. Está claro que el violador, al omitir todas las fases intermedias de la secuencia sexual, no deja que se forme un lazo afectivo entre él y la mujer en cuestión. Esto salta a la vista, pero, en términos biológicos, tiene mucha importancia, porque nuestra especie requiere que se desarrolle aquel apego personal, como medio de asegurar la buena crianza de los retoños que pueden resultar de la cópula. Existen especies animales, carentes de responsabilidades paternas, en las que teóricamente, la violación no crearía problemas. La rareza del caso se debe, entre otras causas, a la dificultad física de conseguirlo. La violación es virtualmente imposible para el hombre que no tenga manos vigorosas y un lenguaje amenazador, y las especies animales carecen de estas dos ventajas. Incluso cuando se produce una violación animal, las apariencias pueden ser engañosas. Por ejemplo, los carnívoros pueden –y muchos lo hacen– agarrar, durante el apareamiento, la parte posterior del cuello de la hembra con los dientes, como para impedir que ésta se escape; pero aún le queda el problema de introducir el miembro, si la hembra se revuelve. Si esta no quiere, el

macho tiene pocas probabilidades de éxito. Lo cierto es que, en los carnívoros, el acto, superficialmente salvaje, de morder el cuello de la hembra es un movimiento bastante especializado. Aunque se parece a un acto de violación humano, es, en realidad, el equivalente animal del cariñoso abrazo en nuestra especie. El mordisco es muy moderado, hasta el punto de que los dientes no causan daño a la hembra. Es un comportamiento igual al empleado por los padres carnívoros para trasladar a sus crías de un lado a otro. En efecto, el macho trata a la hembra como a un cachorro a un gatito, y, si aquélla le acepta sexualmente, reacciona como uno de éstos, permaneciendo inmóvil bajo su mordisco, como hizo antaño al ser transportada amorosamente por su madre.

Para el hombre, la violación es relativamente fácil. Si no le basta la fuerza física, puede añadir insultos o amenazas de muerte. Alternativamente, puede dejar inconsciente o semiinconsciente a la mujer, o pedir la ayuda de otros varones para sujetarla. Si la falta de respuesta sexual de la mujer hace difícil o dolorosa la operación, puede recurrir al uso de formas alternativas de lubricidad para sustituir las secreciones naturales.

Para la hembra en cuestión, estos procedimientos resultan, en el mejor de los casos, repelentes y nada satisfactorios, y en el peor, pueden producir graves traumatismos y daños psicológicos. Sólo en aquellos casos de violación en que los dos actores se conocían ya y en que la hembra tiene una clara tendencia masoquista, existe la remota posibilidad de que surja un lazo emocional como resultado de la violenta reducción de la secuencia sexual normal de nuestra especie.

Me he extendido un poco en esta cuestión del estupro, porque está íntimamente relacionada con otra forma de reducción sexual mucho más importante y extendida. En contraste con la violación violenta que hemos examinado, podríamos llamarla «violación económica». A diferencia del acto violento, se produce, no en edificios abandonados o en el húmedo suelo junto a un seto, sino en salones ricamente amueblados y en cómodos dormitorios. Es el

ayuntamiento sin amor del matrimonio de conveniencia, el acto de parejas que se casan y cohabitan con sólo la sombra de un lazo de verdadero apego.

En pasados siglos, las bodas concertadas por los padres eran cosa corriente. Actualmente, son cada vez más raras; pero la cicatriz psicológica que dejan en los hijos es más duradera. Como testigos, en vías de desarrollo, de esta relación carente de amor, los retoños de la pareja corren el peligro de quedar sexualmente incapacitados, de modo que no podrán poner en práctica la secuencia amorosa propia de nuestra especie. Su anatomía sexual estará en perfectas condiciones; sus mecanismos fisiológicos funcionarán con toda normalidad; pero su capacidad de relacionar estos factores biológicos con un lazo afectivo, profundo y duradero habrá quedado anulada por el ambiente en que se desarrollaron. A su vez, encontrarán difícil forjar verdaderos lazos con su pareja; pero las presiones sociales les incitarán a intentarlo y, una vez más, la próxima generación pagará las consecuencias. Esta repercusión es difícil de eliminar, y los ocultos daños ocasionados por pasadas interferencias culturales en el proceso humano natural de enamorarse profundamente se sienten aún en la actualidad, aunque las bodas concertadas por los padres pasan a ser historia.

Desde luego, el esquema de la «violación económica» no es tan extremado como el de la violación violenta, por el modo en que condensa la secuencia de las dos fases, Superficialmente, puede incluso parecerse mucho a la secuencia auténtica, con la pareja «recorriendo las diferentes etapas», una a una, hasta llegar a la cópula final. Pero, si examinamos detalladamente las acciones, descubrimos que todas ellas se reducen en intensidad, duración y frecuencia.

Observemos, ante todo, el caso clásico de los dos jóvenes que son arrojados uno en brazos del otro para bien de la economía o de la posición social de las dos familias. En siglos pasados, era típico que su noviazgo sólo incluyese unos pocos y breves besos y abrazos, consecutivos a largos intercambios verbales. Entonces, con

poco o ningún conocimiento de las recíprocas emociones sexuales, eran llevados al lecho matrimonial. Antes se había instruido a la novia sobre las cosas, obscenas pero necesarias, que le haría el novio para asegurar la futura población de la nación, y se le aconsejaba que, mientras tanto, «permaneciese quieta y pensase en Inglaterra». El varón había recibido una instrucción rudimentaria sobre la anatomía femenina y se le había dicho que tratase con delicadeza a la novia, pues ésta sangraría al penetrarla. Con esta información, la joven pareja cumplía sus deberes sexuales lo más sencilla y rápidamente posible, con un mínimo de placer y un mínimo estrechamiento del lazo matrimonial. El orgasmo se producía raras veces en la mujer. En cuanto al hombre, se encontraba con un objeto inerte en el techo, que por casualidad era su esposa, y a la que utilizaba para un acto que era casi como una masturbación. En la vida pública y social, la pareja seguía, naturalmente, unas normas preestablecidas con las que simulaban una auténtica relación amorosa. Cada acto de pública intimidad, severamente restringido en su forma, era detalladamente definido y descrito en los libros de urbanidad, de modo que era casi imposible distinguir a la verdadera pareja de enamorados de la falsa. He dicho casi, pero no del todo imposible, y, en realidad, resultaba dolorosamente fácil para los hijos pequeños, que, al desconocer aún las detalladas normas de conducta, descubrían intuitivamente el grado de amor o de desamor en la relación de sus padres. Así comenzaba la dañosa corriente.

Si esta descripción nos parece chocante en la segunda mitad del siglo XX, no es porque estos matrimonios hayan dejado de existir, sino porque se organizan de un modo menos ostensible que antaño. Actualmente, se simula un amor mucho más intenso en estas relaciones; pero no deja de ser una simulación. Los padres intervienen menos, y esto disimula también la realidad. Ahora, son los dos componentes *de* la pareja, o uno de ellos, quienes construyen el matrimonio fundado en la economía. Los labios *de* la novia se mueren detrás del velo, pero no a causa de la emoción, sino por-

que calcula el importe de sus futuras rentas. El novio, de expresión ausente, no se ha perdido en un sueño romántico, sino que piensa en el impacto que la eficacia social de su esposa producirá en sus colegas de negocios. Desde luego, las novias no permanecen ya inmóviles, y pensando en lo que sea en la noche de su boda. En vez de esto, empiezan a calcular la frecuencia de sus orgasmos en relación con el promedio nacional correspondiente a su edad, su nivel cultural y su ambiente racial urbano. Si no alcanzan el grado debido, ellas acuden a una agencia de investigadores privados para que averigüen si el marido gasta en otra parte el 1.7 por ciento de los orgasmos sensuales que echa de menos. Mientras tanto, el marido calcula el número de copas que puede tomar por la tarde sin que el alcohol merme sus facultades a horas más avanzadas de la noche. Con demasiada frecuencia, éstos son los dulces misterios de la vida en las urbes modernas.

Al estudiar las reducciones en la secuencia sexual hemos pasado de la violación al matrimonio concertado por los padres, de tiempos pasados, y al llamado matrimonio «zorra-cabrón» de los tiempos modernos. La obsesión por la frecuencia del orgasmo en este último es un nuevo e importante fenómeno que parece apartarnos de la reducción y comprensión de la secuencia sexual que estábamos examinando. Parece, por el contrario, un cambio en la otra dirección, hacia la extensión, más que hacia la reducción. Pero la cosa no es tan simple. En el fondo, lo único que ha ocurrido es que en la nueva «libertad sexual» se ha prestado mucha más atención a las últimas fases de la secuencia. Toda la complicación de ésta se ha concentrado en el último extremo, el del final de la cópula. Las primeras fases del galanteo, tan importantes para la formación de la pareja, en vez de perfeccionarse se han reducido y simplificado. Vale la pena averiguar cómo se ha producido esto.

En siglos pasados, las etapas del noviazgo eran muy prolongadas en el tiempo, pero sumamente restringidas en intensidad. El empeño en observar, hasta el menor detalle, las normas formales de

procedimiento reducían su impacto emocional. Después, celebrada ya la boda, las últimas fases, de preconsumación y de consumación eran sumamente abreviadas por la ignorancia y por la propaganda antierótica. Los varones resolvían este problema en los burdeles y con las amantes. Las mujeres, en su mayoría, no lo resolvían. En la primera mitad del siglo actual, cambió la situación. Menguó el control de los padres y se intentó seriamente la educación sexual, con la publicación de libros sobre «el amor en el matrimonio». Resultado de ello fue que las jóvenes parejas tuvieron una libertad mucho mayor para buscar la pareja que les convenía y para permitir actividades de galanteo mucho menos restringidas. El fenómeno de la „carabina“ pasó a la historia. Se relajaron las normas sobre contacto corporal, de modo que, virtualmente, su permitieron todas las fases de la secuencia sexual, a excepción de las últimas o genitales. Sin embargo, aún se consideraba que estas actividades prematrimoniales debían durar un considerable periodo de tiempo. De todos modos, cuando se realizaba la boda, la pareja podía acostarse en el lecho matrimonial con un conocimiento mucho mayor de sus respectivos físicos y de sus caracteres emocionales. Los métodos anticoncepcionales habían hecho ya su aparición, y los nuevos conocimientos sexuales hacían menos limitados y más satisfactorios los goces matrimoniales.

Durante este período, se produjo entre las jóvenes parejas la tendencia a prolongadas «sesiones de tocamiento». La idea de permitirles llegar a este punto, pero sin pasar de ahí, parecía buena en teoría, pero era difícil en la práctica. La razón salta a la vista. A diferencia de las jóvenes parejas de otros tiempos, se les permitía rebasar las primeras tases del galanteo –las que facilitaban la formación de lazos afectivos pero no producían fuertes reacciones orgánicas– y pasar a las directamente relacionadas con el estímulo sexual. El hito entre ambas situaciones es el acto del beso en la boca. Si éste se realiza con sencillez, no es más que una agradable manera de afirmar el lazo afectivo; pero si se repite con apasio-

namiento es también el punto de partida de la excitación preco-
pulativa.

Esto condujo a un nuevo tipo de crisis para los jóvenes novios. Los tocamientos prolongados producían intensas excitaciones, tanto en el varón como en la hembra. Y entonces ocurría una de tres cosas: interrumpían la secuencia, de acuerdo con las «normas oficiales», con la consiguiente e intensa frustración; o buscaban un método sustitutivo de la cópula, o quebrantaban las normas y cohabitaban. Si la segunda alternativa, o de masturbación, se prolongaba durante un largo periodo prematrimonial, existía el peligro de que esta culminación adquiriese una significación excesiva en su relación sexual, creando dificultades para el momento en que, realizada la boda, pudiesen consumir el acto de la cópula. Si escogían la tercera alternativa y quebrantaban las normas, surgía el problema de la culpa y del secreto. Sin embargo, y a pesar de estas dificultades, la prolongada fase prematrimonial contribuía poderosamente a la formación de un firme lazo afectivo, de modo que muchos la preferían a la situación anterior, en que las acciones de la pareja estaban severamente restringidas.

En tiempos aún más recientes, se ha producido un nuevo cambio. Aunque las actitudes oficiales siguen siendo las mismas, se aplican con menos severidad. Con el perfeccionamiento de los métodos anticoncepcionales, la virginidad, para muchas jovencitas, ha perdido importancia.

Dada la existencia de una higiene venérea adecuada y de eficaces métodos anticoncepcionales, al alcance de todos, ¿cuál es el peligro de la nueva situación? La respuesta, según algunos, es la “tiranía del orgasmo”, la necesidad creada por las presiones sociales del nuevo y tolerante convencionalismo de lograr una máxima actividad sexual. Esto se considera una amenaza para la persona que se enamora de verdad, pero que se siente incapaz de llegar al orgasmo.

Esta crítica adolece de falta de visión. Ya he mencionado con

anterioridad la obsesión por la frecuencia del orgasmo; pero lo hice en relación con el matrimonio sin amor, equivalente moderno del matrimonio de conveniencia del pasado. Aquí si el vigor sexual de la mujer no llega al nivel normal, puede sentirse fracasada, porque, incluso en cuestión de sexo, le preocupa la categoría. Pero si dos jóvenes están enamorados, se burlarán del desesperado afán atlético de los fornicadores sin amor. Para ellos, como para los verdaderos amantes de todas las épocas, un suave roce en la mejilla del ser amado puede significar más que seis horas de variada fornicación de los que no se aman de verdad. Esto siempre ha sido así, con la diferencia, por parte de los nuevos amantes, de que, si lo permiten las circunstancias, no tienen que limitarse al roce de la mejilla. Pueden hacer lo que quieran, sea mucho o muy poco. Una vez formado el lazo afectivo, la que cuenta es la calidad, y no la cantidad, de los actos sexuales. Para ellos, los nuevos convencionalismos sólo autorizan, no aconsejan, como parecen pensar algunos críticos.

Otro punto que parecen no advertir los críticos, es que, cuando una pareja ha empezado a enamorarse, no quiere omitir las primeras fases de la secuencia sexual. No dejarán de asirse las manos sólo porque les está permitida la cópula. Además, no son probablemente, los que menos disfrutarán del goce del orgasmo en las etapas finales de la serie. La intensidad emocional de su relación personal asegurara que lo consigan reiteradamente, sin tener que apelar a las contorsiones, más propias de atletas de lucha libre, consignadas en los manuales sexuales modernos.

Tal vez el mayor peligro de la tolerancia de que gozan actualmente los jóvenes enamorados es de carácter económico, pues todavía viven en una sociedad compleja y estructurada económicamente, y no fue casual que la economía tuviese tanta importancia en los matrimonios de antaño. En tiempos pasados, este aspecto era salvaguardado por toda la serie de rígidas restricciones impuestas al antiguo comportamiento sexual. Con ello sufría la

intimidad sexual, pero quedaba asegurada y organizada la posición económica. Ahora, cuando florece la intimidad sexual, la posición social de la joven pareja se ha convertido en un problema. ¿Cómo, en nuestra economía moderna, puede un par de novios de diecisiete años, sexualmente maduros, que han establecido un poderoso lazo afectivo y que gozan de plena libertad sexual, crear un hogar? O tienen que esperar, en una especie de limbo social, o tienen que «salirse» de la pauta social establecida. La elección no es fácil, y el problema sigue sin resolver.

Hemos llegado a este tema al examinar las maneras en que la secuencia sexual se reduce en relación con su plena expresión. Ahora debemos dejar a los jóvenes amantes que la expresan plenamente, pero tropezando con graves problemas sociales, y volver de nuevo a las reducciones. ¿Qué decir del ser sexualmente activo, pero sin amor? Ya hemos hablado del violador y de los matrimonios sexualmente inhibidos, que reducen al mínimo las últimas fases; pero, ¿qué pasa con los actuales atletas sexuales sin amor? Para éstos, las últimas fases de la secuencia no son la culminación de una pauta, sino la sustitución de esta. En tiempos pasados, esto era exactamente lo que ocurría cuando un hombre visitaba a una prostituta. No había asimiento de manos, ni arrumacos, ni dulces naderías murmuradas al oído, sino solamente una rápida transacción comercial y el contacto genital directo. Es lo que podríamos llamar «violación mercantil». En generaciones anteriores, esta solía ser la iniciación del joven en la cópula; pero, en la actualidad, estos servicios profesionales suelen ser poco necesarios. Son sustituidos por lo que se llama “dormir un rato por ahí”. En estos casos, se produce con frecuencia una importante reducción en las primeras fases de la secuencia, como en la visita a la prostituta. Esta situación está perfectamente compendiada por una joven de una caricatura que dice: «Los chicos ya no quieren besar», cuando, a altas horas de la noche, regresa a su casa en un estado de visible agotamiento, con el traje arrugado, pero con el maquillaje absolutamente intacto.

Resultado de este tipo de reducción es un máximo de actividad copulatoria con un mínimo de lazo afectivo entre la pareja. Como medio de comparación, puede permitir soberbias actitudes de jactancia, pero, como fuente de placer intenso, degrada la actividad sexual a un nivel parecido al de orinar. Por consiguiente, no es de extrañar que el fornicador sin amor necesite acudir a ciertos refinamientos del acto sexual. Si al no existir el lazo afectivo personal, ha perdido su intensidad emocional, debe buscar la compensación en la intensidad física. Aquí entran en escena los manuales sexuales ilustrados, y vale la pena examinar algunos de ellos para ver lo que recomiendan.

Unos ejemplares, escogidos al azar entre los muchos que se hallan hoy a la venta, insertaban varios centenares de biografías, todas ellas de una joven pareja desnuda, en el momento de «hacer el amor». Entre todas las ilustraciones, no más de un 4 por ciento mostraban alguna de las ocho primeras fases de mi secuencia de doce, descrita anteriormente. En cambio, el 82 por ciento exhibía la cópula real, con treinta a cincuenta posiciones distintas en cada libro. Esto significa que la inmensa mayoría de las diversas intimidades sexuales se referían a la última fase de contacto genital, demostrando con ello el gran énfasis aplicado a este elemento final de la secuencia. Así como la antigua censura limitaba a las primeras fases la ilustración de las actividades amorosas, la supresión de aquella, en vez de enriquecer la situación, produjo simplemente el efecto de desviar la atención de principio de la escala al otro extremo. El mensaje implícito en ello es que el acto de la cópula debería ser lo más complejo y variado posible, con olvido de todo lo demás. Muchas de las posiciones expuestas son evidentemente incómodas, cuando no dolorosas si se mantienen largo rato, salvo, quizá, para acróbatas de circo. Su inclusión sólo puede reflejar una desesperada búsqueda de novedades para lograr una mayor excitación, lo que interesa no es ya el amor, sino el atletismo sexual.

Desde luego, estas divertidas y deportivas adiciones al comporta-

miento sexual no tienen en sí ningún peligro; pero si una obsesión por ellas sustituye y excluye los aspectos emotivos personales de la interacción entre el varón y la hembra en cuestión, su efecto último es una mengua del verdadero valor de la relación. Pueden refinar un elemento de la secuencia sexual, pero, a fin de cuentas, lo reducen.

Los jóvenes amantes que *necesitan* estas variaciones, y no las practican simplemente como una experiencia ocasional, no puede decirse que sean realmente jóvenes amantes. Ulteriormente, cuando hayan pasado ya la fase vital de formación de la pareja y llegado a la etapa más sosegada de conservación de la misma, algunos refinamientos y novedades en su actividad sexual pueden constituir un medio eficaz de resucitar la primitiva intensidad; pero si los jóvenes amantes están realmente enamorados sería sorprendente que tuviesen necesidad de ello.

Inútil decir que esto no significa que haya que condenar o suprimir estas intimidades sexuales, por muy caprichosas y exóticas que sean. Siempre que se realicen voluntariamente y en privado por adultos, y que no causen daño físico, no hay ninguna razón biológica para ser declaradas ilegales o para ser censuradas por la sociedad.

Sin embargo, aún se cree así en algunos países. Ejemplo de ello es el de los contactos orales-genitales, omitido en mi lista de doce fases. La razón de no haberlo incluido es que no representa una fase definida en el camino que va desde el primer encuentro de los amantes hasta la cópula final. En la inmensa mayoría de los casos, aparecen solamente después de la consumación de la primera cópula, como un refinamiento de las intimidades sexuales. Más tarde, cuando la copulación se convierte en un elemento regular de la relación, se incluyen frecuentemente como acto previo al coito, y pruebas tomadas del arte antiguo y de la Historia demuestran que se emplean desde hace mucho tiempo.

Encuestas practicadas en la América moderna indican que, ac-

tualmente, los contactos orales-genitales son realizados por la mitad aproximada de parejas casadas, como parte *de* su actividad anterior a la cópula. La actuación activa del varón se registró en un 54 por ciento de los casos, y la de la mujer en un 49 por ciento. Sin embargo, a pesar de esto y de que es corriente en otras especies de mamíferos, es con frecuencia considerado como un acto de intimidad “antinatural”. Es condenado por los códigos religiosos judeo-cristianos, incluso entre casados, y en muchos lugares no sólo se considera inmoral, sino también ilegal. Es curioso que, en plena mitad del siglo XX, éste sea el caso de la mayoría de los Estados de los EE. UU. de América. Más concretamente, sólo en Kentucky y en Carolina del Sur puede un matrimonio americano realizar en privado contactos orales-genitales sin quebrantar la ley. Esto significa que, en tiempos recientes, el 50 por ciento de todos los demás americanos han sido, técnicamente hablando, delincuentes, en algún momento de su vida matrimonial. En los Estados en que está prohibido, este acto constituye delito, salvo en Nueva York, donde es calificado de simple falta. En los Estados de Illinois, Wisconsin, Misisipi y Ohio, la ley aplica una curiosa discriminación de sexos, pues el acto es legal cuando lo realiza el marido e ilegal cuando lo hace la mujer.

Estas singulares restricciones legales se han aplicado raras veces en la práctica, y parecen haber perdido su razón de ser en los últimos años, durante los cuales se ha permitido en América la venta y la publicidad de pulverizaciones con aroma vaginal: pero aparecen de vez en cuando en casos de divorcio, donde esta clase de contactos han sido alegados como factores integrantes de crueldad mental en el seno del matrimonio. También se ha observado que, en teoría, estas leyes podían incitar al chantaje. Como ya he dicho, biológicamente hablando no puede censurarse esta clase de contactos. Por el contrario, aumentan la intensidad de las actividades preparatorias de la cópula y, por ello, sirven para estrechar los lazos afectivos de lo pareja y fortalecer el matrimonio, tan vigorosamente protegido en otros sentidos por las Iglesias y

las leyes del país.

Si examinamos la forma exacta de este tipo de actividad en la especie humana, observamos una diferencia entre el hombre y los otros mamíferos que la practican. Generalmente, en los animales, la acción se inicia husmeando y continúa lamiendo. La fricción rítmica es menos corriente. Este acto obedece a la necesidad de adquirir información detallada sobre el estado genital de la pareja. A diferencia del hombre, las otras especies de mamíferos sólo se encuentran en plenas condiciones sexuales durante ciertas épocas del año, o en ciertas fases restringidas del ciclo menstrual, y es importante para la pareja, y en especial para el macho, saber lo más posible sobre el estado de celo antes de intentar la cópula. La aplicación de la nariz y de la lengua a la región genital proporciona valiosas claves relativas al olor, el sabor y la textura. Debido a estos contactos, el estímulo de la pareja tiene, probablemente, una importancia secundaria.

En el hombre, la situación es a la inversa, pues el elemento estimulador es el más importante. Aquí interesa poco enterarse de la condición sexual de la pareja. Por esta razón, la fricción rítmica desempeña, en el hombre, un papel más importante que el simple husmeo o contacto lingual de los animales, es una sustitución de los órganos genitales por los orales, en la que se imitan los movimientos del coito, efectuándose, por parte del varón, el estímulo del clítoris mediante presiones rítmicas, que remedan el masaje del órgano femenino que se produce por la pelvis durante la copulación propiamente dicha. En esta forma de copulación fingida, la gran ventaja del varón es que puede ofrecer a la mujer un estímulo prolongado, sin gozar él mismo. De este modo, puede compensar el mayor tiempo que por término medio, tarda la mujer en llegar al orgasmo.

Sin duda esta última circunstancia explica que esta clase de intimidad sexual sea más frecuente entre los varones que entre las hembras. Sin embargo, se ha observado todo lo contrario en la reproducción de estos actos en las «películas verdes». Un reciente

estudio sobre esta clase de películas en el pasado medio siglo, revela que en ellas se describe mucho más a menudo la acción de la mujer que la del varón. Esto se explica por una razón especial. Tradicionalmente, estas películas se realizaron para su exhibición en reuniones exclusivamente masculinas, para «tertulias de hombres solos». Y éstas tienen poco que ver con el amor, y mucho con el sexo como categoría. A este respecto, los comentaristas de las películas pornográficas han observado que, si se muestra a un hombre en actitud de subordinación a la mujer, se le «humilla», y, en cambio, se halaga su instinto de dominio al presentarlo en el papel superior de varón «servido» por la mujer. Aquí volvemos al básico comportamiento animal y a las actitudes de sumisión. Cuando las genuflexiones y las reverencias se efectúan como actos de sumisión, su significación biológica estriba en que el inferior reduce su estatura frente al superior. En el caso que estamos examinando, el individuo activo debe rebajarse ante el pasivo. Esto es así en cualquier posición, pero, sobre todo, cuando el individuo pasivo está de pie. El varón o la hembra activos deben arrodillarse o agacharse frente al cuerpo pasivo, adoptando una posición de servilismo casi medieval. No es, pues, de extrañar que la realización de este acto por la hembra satisfaga tanto la jactancia sexual de los varones en las «tertulias de hombres solos». Naturalmente, la situación es completamente distinta entre amantes y en privado. A menos que se trate de un encuentro sexual sin amor, el acto consistirá solamente en dar satisfacción al compañero y estará desprovisto de jactancia. Y, precisamente por la diferencia de tiempo entre los dos sexos para llegar al orgasmo, será más frecuente, según hemos visto, como acción del hombre que como acto de la mujer.

Hasta ahora, al considerar las variaciones en la secuencia sexual básica, me he referido a las maneras en que ésta ha sido reducida y ampliada; pero también mencioné una tercera posibilidad, a saber, cambios en el orden de producción de los hechos. Estos cambios son muy abundantes, y, muchas veces, la secuencia fija

que esbocé resulta alterada de algún modo. En realidad, esta no es más que una guía aproximada de la tendencia general seguida por las diversas acciones, desde el primer encuentro hasta la cópula final. Es una imagen verdadera de la serie común de acontecimientos, pero la formalización de ciertos elementos específicos tendrá un marcado efecto en el orden de los sucesos. Algunos ejemplos servirán para aclararlo.

Los primeros actos anotados fueron: mirada al cuerpo, mirada a los ojos e intercambio vocal. Estos «contactos» pretáctiles cambian raras voces de sitio en la secuencia. Actualmente se pueden producir excepciones cuando el encuentro inicial se realiza por teléfono, y no es raro que oigamos decir: «Me alegro mucho de conocerle personalmente después de haber hablado tantas veces por teléfono.» Esto implica que los intercambios verbales por teléfono no significan, por si solos, un verdadero «conocimiento». Sin embargo, lo significan si se combinan con el contacto visual. La frase “nos conocimos el año pasado” no implica ningún contacto táctil, sino únicamente una combinación de intercambios visuales y verbales. Pero el «conocimiento» suele incluir, en general y como mínimo, el contacto corporal del apretón de manos. Para «conocer a alguien», parece importante que se haya producido cierto grado de contacto físico. Como en la vida moderna nos tropezamos con tantos desconocidos, no es de extrañar que este primer tocamiento sea en forma rígidamente estilizada. Cualquier otro tipo de contacto corporal representaría una intimidad excesiva en una fase tan temprana de la relación que va a desarrollarse. Debido a esta formalización, el apretón de manos puede saltar a menudo casi al primer lugar de toda la secuencia. Un tercero dice simplemente: «Voy a presentarle a alguien», y a los pocos segundos de establecer contacto visual se produce el contacto *de* las epidermis, al alargarse y unirse dos manos. Esta acción puede producirse incluso un poco antes de establecerse el contacto verbal.

Esta norma básica, según la cual, cuanto más formalista es una

acción más puede adelantarse en la secuencia, es elocuentemente ilustrada por el beso en la boca. Aunque, estrictamente hablando, es esta la primera acción de excitación previa a la copula y debería incluirse en la segunda parte de la secuencia, y no en la primera, se adelanta muchas veces en el tiempo gracias al aceptado convencionalismo del «beso de buenas noches» entre jóvenes enamorados. Es significativo que el primer beso suele producirse como acción de despedida. El truco empleado aquí, que hace que el beso, combinado con un abrazo frontal, se anticipe a los abrazos a medias del brazo sobre el hombro y el brazo en la cintura, e incluso, posiblemente, a las manos juntas, es que adopta la «inocencia» de los besos no sexuales de los saludos y despedidas familiares. La joven pareja puede, después de conocerse y de charlar unas pocas horas, pasar directamente al beso-abrazo, aunque no se hayan tocado previamente en absoluto. Esto contrasta vivamente con la situación producida cuando un hombre visita a una prostituta, y en que el beso puede pasar a una fase incluso posterior al contacto genital u omitirse por completo.

Ya se había comprendido que al examinar estas variaciones sexuales, lo he hecho pensando principalmente en las modernas sociedades «civilizadas». En otras culturas y tribus, las normas varían en cierto grado, pero siguen vigentes los principios de la serie progresiva de intimidad. Un estudio realizado en América sobre casi doscientas culturas humanas distintas revela que, «a menos que un condicionamiento social imponga inhibiciones, suelen producirse las fases preparatorias». En casi todas las sociedades se observan actos de incitación, aunque, a veces, asumen formas diferentes. La nariz, por ejemplo, es en ocasiones preferida a la boca como órgano de contacto; en estos casos, el frotamiento o presión de las narices sustituye al beso en la boca. En ciertas tribus, la mutua presión de la nariz y de la cara se produce, generalmente, en el momento en que parecen adecuados los contactos de boca en la mejilla o de boca en la boca. En otras, los contactos de boca a boca y de nariz a nariz se producen simultáneamente.

Algunos varones emplean la nariz en vez de los labios para estimular los senos de la hembra. En otras tribus, el beso forma la forma de acercar los labios a la cara de la pareja y aspirar profundamente, mientras que, en otras, son más frecuentes los contactos labiales y linguales. Estas variaciones de detalle son interesantes por sí mismas, pero si exageramos su importancia, como se hizo algunas veces en el pasado, obscurecemos el hecho de que, en términos más generales, existe una gran similitud en el galanteo y en los hábitos previos a la copulación en seres humanos.

Después de examinar la secuencia de las intimidades sexuales humanas, llegamos ahora a la cuestión de su frecuencia. Yo he sostenido que el hombre es el más sexual de todos los primates, opinión que ha sido objeto de algunas críticas. Sin embargo, las pruebas biológicas son irrefutables, y el argumento de que el alto nivel de actividad sexual observado en ciertos sectores actuales es producido artificialmente, carece de sentido. En todo caso, es el notable *bajo* nivel de actividad sexual en otros sectores lo que puede atribuirse al carácter artificial de la vida moderna. Como saben todos los que han experimentado graves tensiones, la ansiedad es un poderoso factor antisexual, y, dado el enorme caudal de tensión inherente a la agitada existencia de nuestras modernas comunidades urbanas, el hecho de que aún exista tanta actividad sexual es elocuente testimonio de la sexualidad de nuestra especie.

Concretemos más. Si formulo mi declaración en una forma ligeramente distinta, a saber, diciendo que el hombre es, en *potencia*, el más sexual de todos los primates, la afirmación es indiscutible. En primer lugar, los otros primates tienen limitada *su* actividad sexual a un breve periodo del ciclo menstrual de la hembra. En estos periodos, los órganos sexuales externos de la hembra sufren un cambio que, en la mayoría de las especies, es claramente visible para el macho. Esto la hace sexualmente atractiva pura éste. En otros periodos, ejercerá sobre él poca atracción, si es que ejerce alguna, fin la especie humana, la fase activa se extiende a casi

todo el ciclo mensual, triplicando, más o menos, el tiempo en que la mujer resulta atractiva para el varón. Sólo en este aspecto, el hombre tiene tres veces más potencia sexual que su próximo pariente, el mono.

Segundo: la mujer es sexualmente atractiva y sensible durante la mayor parte del período de embarazo, cosa que no ocurre en los demás primates. También vuelve, a ser sexualmente activa después del parto, mucho antes que las otras especies. Por último, el hombre moderno puede esperar gozar de medio siglo de vida sexual activa, lapso que muy pocos mamíferos pueden igualar.

Y no sólo es cierto este enorme potencial de actividad sexual, sino que, en la mayoría de los casos, llega a realizarse por entero; por consiguiente, no veo ninguna razón para modificar mi primitiva declaración. La mayoría de los seres humanos se expresan sexualmente encontrando una pareja y realizando frecuentes interacciones sexuales; pero, incluso los que no lo hacen, o que pasan por un temporal aislamiento sexual, no suelen permanecer inactivos. Casi típico de ellos es la frecuente masturbación, empleada para compensar la falta de una pareja.

Por encima de todo, el comportamiento sexual humano es complejo. Comprende no sólo una intensa copulación, sino también todas las amables sutilezas del noviazgo y las intensas acciones del comportamiento previo a la cópula. En otras palabras, no sólo ocurre con alta frecuencia durante un prolongado número de años, y con las escasas interrupciones de los «períodos muertos» de los ciclos reproductivos de la hembra, sino que, cuando se produce, es continuado y refinado. Esta ampliación de la vida sexual de la especie se consigue añadiendo, a la herencia del primate, una gran variedad de contactos e intimidades sexuales, de la clase que antes hemos examinado. Aquí, el contraste con otras especies es enorme, y para aclarar este punto vale la pena que nos detengamos a observar el comportamiento sexual de los monos.

Los monos no establecen profundos lazos afectivos con su pareja,

y el comportamiento previo a la cópula es muy reducido. Durante los pocos días del ciclo mensual en que la hembra está en plenas condiciones sexuales, ésta se acerca al macho o deja que éste se aproxime, le vuelve la espalda y agacha ligeramente la parte anterior del cuerpo; el macho la monta, introduce el miembro, efectúa unos pocos y rápidos movimientos de la pelvis, eyacula, desmonta y se aparta. Generalmente, esto dura unos pocos segundos. Unos ejemplos darán clara idea del carácter general de esta brevedad. En los monos capuchinos, el macho hace solamente de 5 a 30 movimientos de la pelvis; el mono chillón, hace de 8 a 28, con un promedio de 17, y emplea 22 segundos, más otros 10 segundos para el ajuste corporal. El macaco Rhesus realiza de 2 a 8 movimientos, en un tiempo total de 2 a 4 segundos. Los mandriles, según un informe, realizan 15 movimientos, en un total de 7–8 segundos; según otro, 6 movimientos de promedio, con una duración de 6–20 segundos y, según otro, de 5 a 10 movimientos, con una duración de 10–15 segundos. Dos estudios sobre los chimpancés atribuyen al macho corriente de 4 a 8 movimientos, con un máximo de 15, en un caso, y de 6 a 20 movimientos, con una duración total de 7–10 segundos, en otro.

Estos detalles indican claramente que nuestros velludos parientes no se entretienen mucho en cuestiones de aparcamiento. Pero, si hemos de ser justos, debemos reconocer que realizan estas «cópulas instantáneas» con gran frecuencia, durante los breves días en que la hembra es sexualmente receptiva. En algunas especies, la cópula puede repetirse a los pocos minutos, y volver a repetirse en rápida sucesión. Por ejemplo, el mandril sudafricano suele copular de 3 a 6 veces seguidas, con sólo dos minutos de intervalo. En el Rhesus, esta cifra es aún más elevada; puede copular de 5 a 25 veces, a intervalos de sólo un minuto. Parece que el macho sólo eyacula en la última cópula, que es más vigorosa e intensa, de modo que el sistema es más complejo de lo que parece. Sin embargo, en todos los casos la actividad del aparcamiento difiere mucho de la del hombre.

En la especie humana no sólo hay más preparación sexual, sino que el acto de la cópula dura mucho más. En la fase previa, más del 50 por ciento de las parejas humanas ponen en práctica una gran variedad de técnicas de excitación. Después de esto, la eyaculación del varón suele producirse a los pocos minutos, aunque es típica del mismo la prolongación de esta fase. Esto se debe a que, a diferencia de lo que ocurre en los monos, la mujer puede experimentar un clímax sexual parecido al del hombre en su intensidad emocional, pero, en general, tarda de diez a veinte minutos en experimentarla. Todo esto significa que, para la pareja humana corriente, toda la operación, incluidas la preparación y la cópula, requiere aproximadamente media hora, o sea, más de cien veces más que una típica pareja de monos. Para ser justos una vez, más, hay que decir que los monos son generalmente capaces de repetir su breve acto mucho más pronto que la pareja humana; pero, en compensación, debemos insistir en que la hembra del mono sólo es receptiva durante los pocos días del periodo de celo.

Para comparar la situación del mono hembra con la de la hembra humana, hay que decir que la primera entra en celo cuando se acerca el tiempo de la ovulación, permaneciendo así durante casi una semana. Durante este tiempo, el apareamiento no la excita ni la agota sexualmente. Sigue continuamente dispuesta durante todo el periodo de apareamiento. Para la hembra humana, es como si cada ocasión pasase por un breve periodo de celo, independiente del tiempo de la ovulación, pero relacionado, en cambio, con los estímulos previos del varón. Responde a su pareja, y no a la ovulación. Su excitación fisiológica depende de las intimidades sexuales compartidas con su pareja, y no de la rígida secuencia del ciclo mensual de ovulación y menstruación, esta diferencia vital, que representa un cambio básico en el sistema sexual corriente de los primates, conduce inevitablemente a un mayor grado de complejidad del contacto corporal entre la pareja y constituye la base de la intimidad sexual humana.

Esto nos lleva a la cuestión de los orígenes de los más complejos

actos sexuales humanos. ¿Cuáles son las fuentes de todos los contactos corporales adicionales? Dado que los monos hacen poco más que montar y copular, el acto de la monta, los movimientos de la pelvis y la eyaculación son, virtualmente, lo único que tenemos en común con ellos. Por consiguiente, ¿de dónde proceden todos los amables y vacilantes contactos y el asimiento de manos durante el período de galanteo, y todos los apasionados actos preparatorios de la cópula? La respuesta acertada parece ser que casi todas estas cosas pueden referirse a las intimidades de la relación madre-hijo que antes hemos estudiado. Pocas de ellas parecen ser acciones «nuevas», desarrolladas en relación directa con la sexualidad. En términos de comportamiento, el acto de enamorarse se parece mucho a un retorno a la infancia.

Al observar la manera en que el primitivo abrazo de nuestros primeros años se reduce gradualmente a medida que crecemos, descubrimos la decadencia y el cese de la intimidad corporal. Ahora, al estudiar a los jóvenes enamorados, vemos que todo el proceso se invierte. Las primeras acciones de la secuencia sexual son virtualmente idénticas a las de cualquier otra clase de interacción social de los adultos. Después, poco a poco, las saetas del reloj del comportamiento empiezan a marchar hacia atrás. El formal apretón de manos y la charla insustancial de la presentación se transforman en el protector asimiento de manos de la infancia. Los jóvenes enamorados caminan de la mano, como hicieron de pequeños con sus padres. Al aproximarse sus cuerpos, con la creciente confianza, no tardamos en observar el dichoso retorno al íntimo abrazo frontal, con las dos cabezas tocándose y besándose. Al hacerse más profunda la relación, seguimos viajando hacia atrás, hacia los primeros días de suaves caricias. Las manos acarician de nuevo la cara, los cabellos y el cuerpo del ser amado. Por fin, los amantes vuelven a encontrarse desnudos y, por primera vez desde que eran muy pequeños, sus cuerpos experimentan el íntimo y mutuo contacto. Y, al retroceder sus movimientos en el tiempo, sus voces hacen lo propia y las palabras son menos im-

portantes que el tono en que son pronunciadas. Con frecuencia, incluso las frases empleadas se vuelven añejadas, en una nueva clase de balbuceo infantil. Una ola de seguridad compartida conmueve a la joven pareja, y, como en la infancia, el ajetreo del mundo exterior importa muy poco. La expresión soñadora de la joven enamorada no se parece en nada al semblante alerta de la niña activa; es más bien el rostro casi inexpresivo de un bebé satisfecho.

Esta vuelta a la intimidad, tan hermosa para los que la experimentan, es con frecuencia desdeñada por los que no la conocen. Los epigramas no pueden demostrarlo mejor: «La primera señal del amor es la última de la sabiduría». «El amor es mal de muchos»; «El amor es ciego»; «Vanse los amores y quedan los dolores»; «El amor es una enfermedad incurable»; «Amor de madre, que todo lo demás es aire». Incluso en la literatura científica, el término «comportamiento regresivo» adquiere un tono peyorativo, en vez de ser una definición imparcial y objetiva de algo que sucede. Desde luego, comportarse de un modo infantil en ciertos contextos adultos es una manera ineficaz de enfrentarse con una situación; pero aquí, en el caso de los jóvenes amantes que establecen un profundo lazo de apego personal, es todo lo contrario. Los amplios e íntimos contactos corporales son la mejor manera de crear aquel lazo, y los que los rechazan por «infantiles» saldrán perdiendo por ello.

Cuando el galanteo pasa a la fase de comportamiento previo a la cópula, el cuadro infantil no se desvanece. La pareja se rejuvenece aún más y las saetas del reloj retroceden hasta el periodo de la lactancia. Un simple beso, en que los labios se posan suavemente en la boca o en la mejilla del ser amado, adquiere una mayor presión y vigor. Las acciones musculares de los labios y la lengua son parecidas a cuando succionaban leche del pecho de la madre. Las rítmicas succiones y presiones de los labios parecen las de un niño hambriento. Y estos besos activos no se limitan a la boca de la pareja, sino que pasan a otros sitios, como buscando el pezón

de la madre perdido hace tanto tiempo. En esta búsqueda, se posan en todas partes, descubriendo los seudopezones de los lóbulos de las orejas, de los dedos de los pies, de los órganos más íntimos y desde luego, los auténticos pezones de la pareja.

Con anterioridad, mencioné estas acciones en relación con el goce sexual que producen, pero es evidente que esto era una sola parte de la cuestión. Existe también la satisfacción más directa de volver a experimentar el remunerador contacto oral de la interacción lactante de la infancia. El efecto es más intenso cuando el falso pecho produce una falsa leche, como en el caso de la creciente salivación de la boca del amante, o del incremento de las secreciones sexuales de los órganos genitales de la mujer y del flujo seminal del pene del varón.

Ni siquiera cuando termina la fase previa a la cópula y comienza ésta desaparecen del todo las acciones infantiles. En el aparcamiento de los monos, los únicos contactos corporales, aparte de la interacción genital propiamente dicha, son las acciones mecánicas que realiza el macho con las manos y los pies para sostenerse. Agarra el cuerpo de la hembra, no como un acto de amorosa intimidad, sino para mantener el equilibrio mientras realiza los rápidos movimientos de la pelvis. Parecidas actitudes se producen también en las parejas humanas; pero, además de estos contactos, se ejercen otros muchos que no tienen una función de “ajuste corporal”. Las manos agarran o sujetan a la pareja, no por razones mecánicas de facilidad de movimiento, sino como señales táctiles de intimidad.

Volviendo de nuevo a los manuales sexuales ilustrados a que antes nos referimos, y tomando únicamente los casos en que el varón y la hembra aparecían copulando, podremos registrar la frecuencia de los contactos no genitales que acompañan al movimiento de la pelvis. En no menos del 74 por ciento de las posiciones de copulación representadas, la mano (o las manos) de uno de los miembros de la pareja ase o toca alguna parte del cuerpo del otro, de una manera que nada tiene que ver con la «sujeción».

Además, aparecen muchas acciones relativas al abrazo, al beso y a contactos de las dos cabezas sin besarse, y también, un gran número de contactos de mano a cabeza y de las manos entre sí. Todas estas acciones son, en el fondo, abrazos, abrazos parciales o fragmentos de abrazos. Indican que, para el hombre, la cópula consiste en el acto de apareamiento propio de los primates adultos, *más* un retorno al acto infantil de abrazar, este último persiste en toda la secuencia sexual, desde las primeras fases de galanteo hasta sus momentos finales. El hombre no se limita a practicar la cópula en el complejo aparato genital de un miembro del sexo contrario, sino que *–hace el amor –significativa expresión–* a un individuo especial y total. Por esta razón, todas las fases de la secuencia, incluida la cópula, pueden servir, en nuestra especie, para fomentar el proceso *de* formación del lazo afectivo, y hay que suponer que por esta misma causa se desarrolló en la hembra un prolongado periodo de receptividad sexual, que se extiende mucho más allá del periodo de ovulación. Incluso puede decirse que en la actualidad, realiza el acto sexual más que para fecundar un óvulo, para fecundar una relación. Esto no entraña ningún peligro para la reproducción, pues, incluso la pequeña proporción de cópulas que coinciden con el tiempo de ovulación es suficiente para producir un adecuado número de retoños, como lo demuestra el hecho de que más de tres mil millones de seres humanos estamos hoy día con vida.

INTIMIDAD SOCIAL

Estudiar la intimidad sexual humana es presenciar el renacimiento de un abundante contacto corporal entre adultos, en sustitución de las pérdidas intimidades de la infancia. Estudiar la intimidad social humana es en contraste, observar las restricciones de un contacto cauteloso e inhibido, mientras las opuestas exigencias de apego y de reserva, de dependencia y de independencia, luchan en el interior de nuestro cerebro.

De vez en cuando nos sentimos abrumados por la multitud, como desnudos ante las escudriñadoras miradas y pensamientos de los demás. La idea simiesca de aislarnos nos atrae con insistencia. Pero a la mayoría de nosotros nos basta con unas horas de aislamiento, y nos espanta la idea de una soledad monástica de toda la vida. Pues el hombre es un animal social, y el ser humano sano y normal considera el aislamiento prolongado como un castigo gravísimo. Aparte de la tortura física y de la muerte, el confinamiento solitario es la pena peor que puede imponerse a un prisionero. Este, medio enloquecido, llega a hablar con la taza de su retrete para escuchar el eco de su propia voz. Es lo más parecido a una respuesta social que puede conseguir.

Una persona tímida, que viva en una gran ciudad, puede encontrarse en una situación muy parecida. Si estas personas han dejado atrás la intimidad del hogar y viven solas en una pequeña habitación o en un apartamento, la soledad puede llegar a hacérseles insoportable. Demasiado tímidas para hacer amistades, quizá terminen prefiriendo el suicidio a esta prolongada falta de contactos humanos. La necesidad de intimidad es fundamental. Pues la intimidad origina comprensión, y la mayoría de nosotros, a diferencia del ermitaño, queremos ser comprendidos, al menos por unas pocas personas.

No se trata de ser comprendido racional o intelectualmente. Se trata de ser comprendido emocionalmente, y, a este respecto, un solo contacto íntimo corporal será más beneficioso que todas las bellas palabras del diccionario. La posibilidad que tienen las sensaciones físicas de transmitir sentimientos emocionales es realmente asombrosa. Pero quizás en su fuerza está su debilidad. Si recorremos la secuencia de intimidades que se producen en la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, vemos que las dos fases de contacto masivo corporal son también las dos fases de más fuerte vinculación social: primero, entre padres e hijos; después, entre la pareja de enamorados. Todo demuestra que es imposible ser pródigo y liberal con los contactos cuerpo a cuerpo sin verse estrechamente ligado con el objeto de la propia atención. Tal vez una intuitiva comprensión de esto nos impide entregarnos sin restricciones al puro placer de mayores intimidades corporales. Por ejemplo, no basta con decir que es incorrecto abrazar y estrechar fuertemente a los compañeros de oficina. Esto no explica cómo surgió el convencionalismo de «mantener las distancias» o de que «cada cual se las apañe». Tenemos que profundizar más para comprender los extraordinarios esfuerzos que realizamos para evitar tocarnos los unos a los otros en el curso de la vida cotidiana, fuera del círculo familiar.

Parte de la solución puede consistir en la abrumadora acumulación experimentada en nuestras modernas sociedades urbanas. Tropezamos diariamente con tantas personas en las calles y en las casas, que, sencillamente, no podemos intimar con todas ellas, so pena de paralizar toda la organización social. Lo irónico es que esta situación de superpoblación produce en nosotros dos efectos absolutamente incompatibles. De una parte, nos oprime y hace que nos sintamos tensos e inseguros, y de otra, nos obliga a reducir los intercambios de intimidades que pudrían aliviar aquella presión y aquella tensión.

Otra parte de la respuesta tiene que ver con el sexo. No se trata solamente de que no disponemos de tiempo y energía para formar

los infinitos lazos sociales que resultarían de una exagerada propensión a copiosas intimidades corporales. Existe también el problema de que, entre adultos, la intimidad corporal se llama sexo. Es ésta una lamentable confusión, pero es fácil comprender su origen. Ya que la copulación es imposible, salvo en la inseminación artificial, sin una intimidad de cuerpos, ambos conceptos se han convertido en sinónimos. En la copulación, incluso el adulto más «intocable» tiene que tocar y ser tocado. En casi todas las demás ocasiones, puede evitarlo; pero no en ésta. Algunos Victorianos llegaron al extremo de ponerse camisas de noche, con pequeñas oberturas frontales, para reducir el contacto; pero alguno tenían que establecer si querían poblar su mundo. Y así, en el año 1889, la expresión «relaciones íntimas» se convirtió en un eufemismo para indicar la relación sexual. Durante el siglo actual, los adultos de ambos sexos, y con ambos sexos, han encontrado cada vez más difícil realizar contactos corporales sin dar la impresión de que su reto lleva inherente un elemento sexual.

Sería erróneo decir que esto es cosa enteramente nueva. Desde luego, el problema ha existido siempre, y siempre se han impuesto limitaciones a las intimidades de los adultos, para evitar implicaciones sexuales. Pero tenemos la clara impresión de que esta situación se ha acentuado en los últimos años. Parece que ya no gozamos de libertad para abrazarnos cuando nos invade la alegría, o para Murar en los brazos de otro cuando nos aflige el dolor. Sin embargo, persiste la necesidad fundamental de tocarnos mutuamente, y conviene estudiar cómo lo hacemos en la vida cotidiana, fuera del seno de la familia.

La respuesta es que lo formalizamos. Tomamos las intimidades no inhibidas de la infancia y las reducimos a fragmentos. Cada uno de éstos se estiliza y adquiere rigidez, hasta que entra a formar parte de una categoría definida. Establecemos normas de etiqueta (palabra tomada del francés y que, literalmente, significa marbete) y enseñamos a los miembros de nuestras culturas a regirse por ellas. El abrazo no requiere enseñanza previa. Es, como hemos

visto, un acto biológico innato que compartimos con todos nuestros parientes primates. Pero un abrazo contiene muchos elementos, y nuestra constitución genética no puede decirnos cuál de éstos hemos de utilizar en un momento social particular, ni en qué forma rígidamente estilizada hemos de hacerlo. Para el animal, existe comportamiento o no comportamiento; más para nosotros hay comportamiento recto y comportamiento erróneo, buen comportamiento y mal comportamiento, y las reglas son muy complicadas. Pero esto no significa que no podamos estudiarlos biológicamente. Por muy culturalmente determinados que estén, o por muy culturalmente variables que sean, los comprenderemos mejor si los consideramos como partes del comportamiento de los primates. Y esto es así porque, casi siempre, podemos seguirles la pista hasta mis orígenes biológicos.

Antes de contemplar toda la escena, séame permitido, para ilustrar lo que quiero decir, dar un solo ejemplo detallado. Emplearé una acción a la que parece no haberse prestado mucha atención en el pasado, a saber, la palmada en la espalda. Tal vez piensen ustedes que es un elemento de comportamiento demasiado trivial para que tenga interés; pero es peligroso prescindir de este modo de las pequeñas acciones. Un apretón, un arañazo, un golpe o una palmada son susceptibles, en potencia, de cambiar toda la vida de una persona o incluso de una nación. La afectuosa caricia no prodigada en un momento vital en que era desesperadamente necesitada, puede muy bien ser el acto, o mejor dicho, la omisión, que destruya definitivamente una relación. La simple actitud de no corresponder a una sonrisa, entre dos grandes políticos, puede llevar a la guerra y a la destrucción. Por consiguiente, es imprudente burlarse de una simple «palmada» en la espalda. Estas pequeñas acciones son el material que compone la vida emocional.

Si ha mantenido usted una prolongada relación personal con un chimpancé, sabrá que la palmada en la espalda no es una acción exclusivamente humana. Si su mono se alegra mucho de verle, lo más probable es que corra hacia usted, le abrace, apriete afectuo-

samente sus húmedos labios sobre el lado de su cuello y empiece a darle rítmicas palmadas en la espalda. Esto produce una sensación extraña, porque, en cierto modo, es completamente humano, y, sin embargo, es sutilmente diferente. El beso no es igual que el beso humano. Puede describirse, más bien, como una suave presión con la boca abierta. Y las palmadas son más ligeras y más rápidas que las humanas, y propinadas rítmicamente con las dos manos. Sin embargo, las acciones de abrazar, de besar y de dar palmadas son, en el fondo, las mismas en ambas especies, y las señales sociales que transmiten parecen ser idénticas. Podemos, pues, empezar con una fundada presunción de que las palmadas en la espalda son un rasgo biológico del animal humano.

Ya he explicado, en el capítulo primero, el probable origen de esta acción, como reiterado movimiento de intención, que significa: «Me agarraré a ti de este modo, en caso necesario, y me soltare, si no lo es; así, todo irá bien.» En la infancia, las palmadas son solamente un adorno del abrazo; pero, más tarde, la palmada amistosa puede darse por sí misma, sin necesidad de abrazo. El que la da se limita a estirar el brazo hacia el compañero, y establecer el contacto con una sola mano. Con este cambio, empezó el proceso de formalización. Al ver una palmada sin abrazo, es difícil adivinar su verdadero origen. Otro cambio se produce ni mismo tiempo: la zona del cuerpo que recibe la palmada se hace menos restringida. El niño pequeño recibe las palmadas casi exclusivamente en la espalda; en cambio, el niño mayor las recibe en casi todas partes: no sólo en la espalda, sino también en el hombro, el brazo, la mejilla, la cabeza, el estómago, las nalgas, los muslos, las rodillas y las piernas. El mensaje de la palmada se hace también más extenso. La señal tranquilizadora de «todo va bien» se convierte en la señal congratulatoria de “todo está *muy* bien”, o de «lo ha hecho muy bien». Como el cerebro que ha actuado bien está alojado en el cráneo, es natural que la palmada *en* la cabeza sea la acción que tipifique el mensaje congratulatorio. En realidad, esta forma particular de acción está tan fuertemente asociada con las

congratulations de la infancia que, más tarde, en las palmadas entre adultos, tiene que abandonarse, porque tendría un matiz de condescendencia.

Pero también se producen otros cambios al pasar del contexto adulto-palmadas-niño al contexto adulto-palmadas-adulto. Además de la cabeza, otras zonas se convierten en tabú. Las palmadas en la espalda, el hombro o el brazo, siguen siendo inofensivas; pero si se dan en el dorso de la mano, en la rodilla o en el muslo, adquieren un ligero matiz sexual, y si se dan en las nalgas, este matiz se acentúa considerablemente. Sin embargo, la situación es muy variable, y hay muchas excepciones a la regla. Las palmadas en el dorso de la mano y en los muslos, si se dan entre mujeres, pueden no tener atisbos de sexualidad. También es posible, en son de broma, dar palmadas en cualquier parte del cuerpo sin que resulten ofensivas. En estos casos, el que hace la broma suele acompañarla con chanzas, mientras da palmadas en la cabeza o en las mejillas de su víctima, como «vamos, vamos, pequeñín», indicando con ello que el contacto no tiene nada de sexual, sino que es remedo de un ademán paternal y no debe ser tomado en serio. Desde luego, existe un elemento ofensivo; pero no tiene nada que ver con la violación del tabú sexual, aunque se toquen ciertas zonas de cierta manera.

Para complicar más el asunto, esta última excepción tiene, a su vez una excepción. Hela aquí. Un adulto, digamos varón, quiere establecer contacto sexual con otro, digamos hembra. Sabe que ésta no aceptaría un contacto directo y no disimulado, pues le parecería de mal gusto. En realidad, sabe que ella no le encuentra sexualmente atractivo en general, pero su afán de tocarla es lo bastante fuerte para hacerle prescindir de las señales disuasorias que ella le transmite. Por consiguiente, adopta la estrategia de simular comportarse de un modo paternal fingido. Alardea de chancero al darle unas palmadas en la rodilla y dedicarle unos cuantos diminutivos infantiles. Confía en que ella aceptará el contacto como una broma, aunque el verdadero objetivo es sexual.

Desgraciadamente para él, no suele ser lo bastante buen actor para disimular otras señales sexuales, en particular su expresión facial, y normalmente, la joven en cuestión descubre la artimaña y reacciona de un mudo adecuadamente negativo.

La menos sexual de estas acciones es la palmada en la espalda. Esta conserva de algún modo su calidad original, y con frecuencia podemos observarla entre personas totalmente desconocidas, en ocasiones de pésame o de felicitación. Dos situaciones específicas que ilustran este hecho son el accidente de carretera y el momento de triunfo de un deportista. Después de un accidente de carretera, si una de las víctimas está sentada en la cuneta, con muestras de atontamiento, no tardará en acercársele alguien dispuesto a auxiliarla. En general, el auxiliador mirará fijamente a la maltrecha persona y le formulará alguna pregunta tonta por este estilo:

«¿Se encuentra usted bien?», cuando es evidente que se encuentra mal. Casi inmediatamente, el auxiliador se da cuenta de la estupidez de sus palabras en tal situación y pasa al más eficaz y fundamental medio de comunicación, que es el contacto corporal directo. La forma más probable de establecer este contacto es la amable y consoladora palmada en la espalda de la víctima. La misma reacción, pero mucho más vigorosa, puede observarse cuando un deportista acaba de alcanzar una victoria atlética. Al salir triunfalmente del campo o de la pista, sus fanáticos partidarios se disputan el honor de darle palmadas en la espalda cuando pasa por su lado.

Ya nos hemos alejado mucho de la situación primaria en que la madre daba cariñosas palmaditas en la espalda de su pequeñín; pero aún hemos de ir más lejos, pues, entre los adultos, la acción de dar palmadas ha extendido su campo de acción más allá del contacto corporal. La señal básica táctil se ha convertido, en dos importantes contextos, en señal sonora y visual. Tanto el aplauso, con el que se premia una actuación, como la acción de agitar la mano, en los recibimientos y las despedidas, son derivaciones del primitivo acto de dar palmadas. Hablemos primero del aplauso.

Durante muchos años, me intrigó el abundante empleo del aplauso como medio de recompensar una actuación. El violento choque de una mano con otra me parecía una acción casi agresiva, lo mismo que el fuerte ruido que produce. Sin embargo, significaba todo lo contrario de agresividad y llenaba de satisfacción al aplaudido. Desde hace siglos, los actores ambicionaron el aplauso del público e incluso inventaron muchos «trucos» para conseguirlo.

Para comprender la gran recompensa que representa el aplauso, debemos buscar su origen en la infancia. Minuciosos estudios de los niños, en la segunda mitad de su primer año de vida, revelan que a esta edad, el palmoteo es, frecuentemente, parte del saludo con que el niño recibe a la madre, cuando esta vuelve junto a él después de una breve ausencia. Esta acción puede realizarse antes de –o en vez de– tender los brazos a la madre. Es como si el niño, al ver acercarse a su madre, hiciese un movimiento para abrazarla. Pero el cuerpo de ella no ha llegado aún, y por eso los brazos prosiguen su movimiento de abrazo hasta que chocan las palmas de las manos. En esta fase, el aplauso se realiza partiendo del brazo, no de la muñeca, como en la versión adulta.

Detalladas observaciones han puesto de manifiesto que esto se produce aunque la madre no haya enseñado al niño a reaccionar de esta manera. Dicho de otro modo: la mejor interpretación del aplauso del niño es como la culminación audible de un abrazo en el vacío. Las rítmicas palmadas por la acción de la muñeca, que se desarrollan más tarde, pueden interpretarse claramente como una especie de palmadas en el vacío, añadidas al abrazo en el vacío. En efecto, cuando aplaudimos a un actor, lo que en realidad hacemos es darle palmadas en la espalda desde lejos. Es incómodo o imposible levantarnos y establecer con él un verdadero contacto físico; por esto, permanecemos en nuestro sitio y damos palmadas en el vacío. Si hace usted la prueba de dar palmadas como si estuviese aplaudiendo, se dará cuenta de que no junta ambas manos con igual fuerza. Y es que una mano representa el papel de la espalda del actor y la otra golpea está en el vacío. Ciertamente que ambas

manos se mueven, pero una lo hace con mucha mayor fuerza que la otra. En nueve personas de cada diez, es la mano derecha, con la palma hacia abajo, la que hace el papel del que golpea, mientras que la izquierda, con la palma hacia arriba, representa el papel del que recibe la palmada en la espalda.

De vez en cuando, podemos atisbar inesperadamente, incluso en el mundo de los adultos, la relación fundamental que existe entre el abrazo primario y el aplauso. Cuando el primer astronauta ruso regreso triunfalmente a Moscú y su presentó en la Plaza Roja junto a los gobernantes rusas, una inmensa multitud desfiló frente a él para rendirle homenaje, levantando las manos y aplaudiendo al pasar. En una película de este acontecimiento, vemos claramente a un hombre tan embargado por la emoción que interrumpe repetidas veces el aplauso para abrazar el vacío. Levanta las manos y aplaude, abraza el aire como si lo estrechase sobre su pecho, vuelve a aplaudir y vuelve a abrazar. Cuando la fuerza de la emoción rompe el formalismo de la pauta convencional, nos proporciona una elocuente confirmación de los orígenes del acto realizado por los adultos.

La propia Rusia nos brinda otra interesante variación del aplauso. En este país, es frecuente que los actores aplaudan al público, correspondiendo a las ovaciones de éste. Esto no significa, como se ha sugerido a veces cínicamente, que los actores rusos *sean* tan narcisistas como para aplaudir sus propias actuaciones. Lo único que hacen es devolver al público el abrazo formalizado, tal como lo harían si el abrazo fuese real. En Occidente, no existe este convencionalismo, aunque a veces encontramos una variante en la costumbre de los actores de extender los brazos, al final del acto, buscando el aplauso. Los actores de circo y los acróbatas son particularmente aficionados a adoptar esta actitud. Al terminar un ejercicio difícil, se plantan orgullosamente en pie, de cara al público, y extienden ampliamente los brazos. El público estalla inmediatamente en ruidosos aplausos. El acto de abrir los brazos de esta manera es un ejemplo de movimiento intencional de abrazar.

Los brazos están en posición de abrazar al público, pero no llegan a consumir la acción en el vacío. Algunas cantantes de cabaret, especializadas en canciones emotivas, hacen el mismo ademán mientras cantan, emocionando al público con su implorante invitación al abrazo, como acompañamiento de la implorante letra de la canción.

Las palmadas se emplean también a veces para llamar a un sirviente. En las fantasías de harén, es una señal que dice «traed a las danzarinas». En estos casos, no son la típica acción repetida y rápida propia del aplauso, sino solamente una o dos secas palmadas. En este aspecto, se parecen mucho más a la acción del bebé que saluda a su madre. El mensaje es también parecido. La petición que hace el niño a la madre —«acércate más»— se convierte en igual petición del adulto al servidor.

Ya he dicho anteriormente que la señal básica táctil se extendió a la forma sonora que acabamos de examinar y a la forma visual consistente en agitar la mano. Como la palmada, el hecho de agitar la mano es algo que se considera corriente; pero también este tiene elementos inesperados que vale la pena analizar con detalle.

En primer lugar, parece evidente que agitamos la mano para saludar o para despedirnos, porque, dada la distancia, nos hacemos más visibles. Esto es cierto, pero no es toda la explicación. Si observamos a personas obstinadamente empeñadas en hacerse ver, ya porque quieren parar un taxi, ya porque tratan de establecer contacto visual, en medio de una muchedumbre, con otra persona que aún no les ha visto, no agitan la mano en la forma convencional acostumbrada. En vez de esto, levantan rígidamente un brazo y empiezan a moverlo de un lado a otro, con un movimiento que parte del hombro. Si la tensión es aún mayor, pueden levantar ambos brazos y agitarlos simultáneamente. Es la acción que lo hace a uno más visible desde lejos. En cambio, cuando ya hemos establecido contacto visual agitamos la mano de otro modo. Si nos despedimos de alguien, o *si* recibimos a alguien que ya nos ha visto pero está aún fuera de nuestro alcance, no solemos agitar los

brazos. Levantamos el brazo, pero agitamos la mano. Y lo hacemos en una de estas tres formas. La primera, es mover la mano arriba y abajo, con los dedos apuntando hacia fuera. Cuando la mano está levantada, la palma mira hacia fuera; cuando aquélla está bajada, ésta mira hacia abajo. De nuevo advertimos aquí la acción de la palmada. El brazo que saluda se estira para abrazar y dar palmadas, pero, igual que en el aplauso, la distancia nos obliga a realizar la acción en el vacío. La diferencia estriba en que, así como en la acción de aplaudir el abrazo y la palmada a distancia se convierten en una señal sonora, aquí se transforma en un signo visual. El brazo se tiende hacia arriba, en vez de hacia delante, como en un verdadero abrazo de contacto, porque esto aumenta la visibilidad de la acción. Por lo demás, hay poca diferencia.

Una segunda forma del acto de agitar la mano revela otra modificación tendente a la visibilidad. En vez de mover la mano arriba y abajo, se agita de un lado a otro, con la palma vuelta hacia fuera. La rapidez es aproximadamente la misma, pero la acción se aparta un poco más del primitivo movimiento de dar palmadas. Es significativo que esta manera de agitar la mano es más propia de los adultos que de los niños, que parecen preferir la primera versión.

El tercer tipo parecerá extraño a la mayoría de los lectores occidentales. Yo lo he observado solamente en Italia, pero, según dicen, se produce también en España, China, India, Pakistán, Birmania, Malasia, África Oriental y Nigeria, y entre los gitanos. (He aquí una distribución, cuando menos muy curiosa, a la que no he podido encontrar aún explicación.) Recuerda una acción de llamada, pero no lo es, ya que suele emplearse como señal de despedida. Como la primera forma que he mencionado, es un movimiento de arriba abajo; pero esta vez el movimiento empieza desde abajo, con la palma hacia arriba (como pidiendo limosna), y la mano se eleva repetidamente en dirección al cuerpo del que la agita. Una vez más, vemos que es movimiento de palmeo, pues en la verdadera acción de dar palmadas en la espalda la mano adopta muchas veces esta posición, con los dedos apuntando hacia arriba,

cuando el codo está en posición baja.

Dos movimientos especiales de la mano guardan relación con este último. Son los saludos papal y real inglés. En ambos casos, y por alguna razón, el movimiento no parte del hombro, como en el visible saludo con el brazo, ni de la muñeca, como en el palmeo corriente. En general, el Papa emplea los dos brazos simultáneamente y levanta despacio los antebrazos y las manos, rítmica y repetidamente, con las palmas hacia arriba, en una serie de movimientos de abrazo intencional. Pero la cosa no es tan sencilla, porque los brazos no se doblan directamente sobre su pecho. No estrecha sobre éste a la multitud. El arco que describen sus brazos ya en parte hacia dentro y en parte hacia arriba, como en una acción compleja, abrazando a la muchedumbre en parte sobre su cuerpo y en parte hacia los ciclos, donde todos esperan ser recibidos algún día.

El saludo real inglés parte también típicamente del codo, pero suele realizarse con una sola mano y con los dedos apuntando hacia arriba. La palma está vuelta hacia dentro, señalando el cuerpo real y recalcando el carácter de abrazo de la acción, y el antebrazo gira lenta y rítmicamente, acentuando la rotación *en* su fase interna. De esta manera, de un modo sumamente estilizado, la reina abraza a sus súbditos y los tranquiliza con una formal palmada en la espalda.

Como en el caso del palmoteo, a veces tenemos la suerte de observar cómo, bajo la presión emocional, se quiebra el formalismo del saludo, y ello de un modo revelador que pone al descubierto su origen remoto. Un ejemplo concreto servirá de ilustración. En un pequeño aeropuerto, donde hacia yo observaciones sobre los movimientos de las manos, hay una galería desde donde los amigos y parientes pueden ver cómo los recién llegados bajan del avión y cruzan el asfalto hasta la entrada de la Aduana. Esta entrada está precisamente debajo de la galería, de modo que los que llegan, aunque no pueden tocar a los que les saludan frenéticamente desde arriba, se acercan mucho a ellos antes de franquear la

puerta del edificio. Este es el escenario; en cuanto a la acción, suele desarrollarse del modo siguiente. Cuando se abren las puertas del avión y empiezan a salir los pasajeros, tanto los que llegan como los que esperan se buscan desde lejos con los ojos. Si uno establece contacto visual antes que el otro, suele agitar vigorosamente el brazo, en un movimiento que parte del hombro y de la manera más ostensible posible. Después de establecido el mutuo contacto visual, ambos interesados tienden a adoptar la actitud del brazo levantado y el saludo con la mano. Esto dura cierto rato, pero, como el trayecto hasta el edificio es bastante largo, suele interrumpirse al poco tiempo. Parecen haber agotado los saludos y las sonrisas (como la persona que posa para una fotografía, que, al pasar el tiempo, encuentra cada vez más difícil conservar su sonrisa natural ante la cámara), pero no quieren parecer “indiferentes”, y por eso se interesan súbitamente por otros aspectos de la escena del aeropuerto. El recién llegado mira a su alrededor para captar el paisaje del campo de aviación, o coloca mejor la cartera de mano que misteriosamente resbalaba de sus dedos. Por su parte, los que esperan empiezan a hacer comentarios sobre el aspecto del recién llegado. Después, al acercarse el último y hacerse más perceptibles sus facciones, ambas partes reanudan sus sonrisas y sus vigorosos saludos con la mano, hasta que el viajero desaparece en la planta inferior del edificio. Media hora más tarde, terminada la revisión aduanera, se establece el primer contacto corporal, con apretones de manos, abrazos, palmadas y besos.

Esta es la escena básica. Naturalmente, hay muchas variaciones, poco importantes; pero, en una ocasión, la norma se exageró de un modo sumamente revelador. Un hombre volvía al seno de su familia después de una prolongada estancia en el extranjero. En cuanto salió del avión, tanto él como los familiares que le esperaban estallaron en frenéticos movimientos de brazos y manos. Cuando el viajero llegó cerca del edificio y pudo ver claramente y con todo detalle las caras de los que habían ido a recibirle, debió de pensar que el convencionalismo de agitar la mano era insufi-

ciente para sus necesidades emocionales. Con lágrimas en los ojos y dibujando con los labios mudas palabras de cariño, tenía que hacer algo con el brazo que expresase mejor, al reunirse con su familia, la profunda intensidad de sus sentimientos. Yo, que le estaba observando, vi que cambiaban los movimientos de su mano. La acción normal de agitar ésta se transformó en una perfecta imitación de una apasionada serie de palmadas en la espalda. Ahora, en vez de tener el brazo levantado, lo extendía en dirección al grupo familiar, de modo que resultaba más corto y menos ostensible. La mano giró hacia adentro y dio una rápida serie de palmadas en el aire. La fuerza de sus emociones era tan intensa, que prescindió de todas las modificaciones secundarias y convencionales de las primitivas acciones de abrazo y palmada, que sirven para hacer más visible desde lejos la señal, y, en el calor del momento, puso al descubierto la pauta básica y original de comportamiento.

La intensidad de este encuentro fue confirmado por los saludos táctiles que siguieron al paréntesis de la Aduana. Cuando el hombre salió al vestíbulo del aeropuerto, los catorce miembros de su familia empezaron a abrazarle, a sacudirle, a besarle y a darle palmadas con tal fuerza que, cuando hubieron terminado, el hombre estaba emocionalmente agotado, lleno de lágrimas el rostro y temblando de los pies a la cabeza. Hubo un momento en que una mujer, que parecía ser su madre, reforzó su abrazo sobándole vigorosamente la cara, sujetándole las mejillas con ambas manos y apretándoselas como si estuviese amasando pan en su cocina. Mientras tanto, el hombre la abrazaba a su vez y le daba fuertes palmadas en la espalda. Sin embargo, después del saludo del décimo miembro de la familia, pareció que el agotamiento emocional empezaba a hacer mella en él. En este momento, sus palmadas cambiaron de modo significativo. Una vez más, se quebraba la señal convencional bajo la presión emocional, y de nuevo se ponían al descubierto los orígenes de una acción formalizada. Así como antes la agitación de la mano se había convertido en un

palmoreo en el vacío, ahora dio otro paso hacia la fuente primitiva. Las repetidas palmadas fueron remplazadas por breves y reiteradas acciones de asimiento. Cada palmada se convirtió en un movimiento como de garra, *un* apretón de los dedos, que se abrían y cerraban. Indudablemente, era el movimiento intencional primitivo de asimiento. Era la pauta «ancestral», de la que procedían todos los otros movimientos, a través de un proceso de especialización de las señales: la señal táctil, por una modificación de la palmada; la señal sonora, por el empleo de la otra mano en sustitución del objeto palmeado, y la señal visual, al golpear el aire con el brazo levantado en el acto de agitar la mano. Tales son las ramificaciones de los llamados actos «triviales» de la intimidad humana.

Al examinar esta pequeña acción de contacto humano a través de sus diversas variantes, he tratado de demostrar que las viejas y tan conocidas acciones pueden verse bajo una nueva luz. La necesidad que tenemos los adultos de establecer contactos recíprocos es fundamental y poderosa, pero, como acabamos de ver, raras veces se expresa plenamente. En vez de esto, se manifiesta en formas fragmentarias, modificadas o disfrazadas, en muchos de los gestos, ademanes y señales que nos hacemos los unos a los otros en nuestra vida cotidiana. Con frecuencia, el verdadero significado de las acciones permanece oculto para nosotros, y tenemos que seguirles la pista hasta su origen para comprenderlas bien. En los ejemplos que acabo de exponer, la primitiva acción de contacto era frecuentemente remota, operaba a distancia; pero hay también muchas maneras de establecer un verdadero contacto corporal recíproco, y es interesante estudiarlas y ver las formas que adoptan. Para ello, conviene que volvamos un momento al primitivo abrazo como tal. En la actualidad, éste no se prodiga en público entre adultos, pero todavía se produce de vez en cuando, y vale la pena estudiar las situaciones en que aparece.

El abrazo total.

Si observamos cuidadosamente el mayor número posible de abrazos, pronto vemos claramente que, entre adultos, esta acción pertenece a tres categorías distintas. Como era de esperar, el grupo más numeroso es el de los contactos cariñosos entre enamorados. Representar, aproximadamente, los dos tercios de los abrazos en público que pueden verse en la actualidad. El tercio restante puede dividirse en dos tipos, a los que llamaremos de «reunión de parientes» y de «triumfo del deportista».

Los jóvenes enamorados se abrazan no sólo cuando se encuentran o se separan, sino también mientras están juntos. Entre las parejas casadas y maduras, es rara ver un auténtico abrazo en público, salvo cuando uno de sus miembros se dispone a emprender un largo viaje o cuando regresa después de una ausencia de al menos unos días. En otras ocasiones, y cuando no falta en absoluto, el abrazo se expresa públicamente como un simple contacto convencional bastante más flojo.

Entre parientes adultos, tales como hermanos y hermanas, o padres e hijos mayores, el abrazo apasionado es aún menos frecuente. Sin embargo, puede predecirse que se producirá cuando un pariente se ha librado de una catástrofe. Si el, o ella, ha sido secuestrado, hecho prisionero o atrapado en un accidente de la naturaleza, podemos estar seguros de que la «reunión de parientes» que seguirá a su feliz regreso abundará en abrazos de la mayor intensidad. En tales circunstancias, la acción puede extenderse incluso a los amigos íntimos de ambos sexos, que normalmente se limitarían al apretón de manos o al beso en la mejilla. La intensidad emocional de la situación es tan grande, que el abrazo apasionado entre hombres, entre mujeres, o entre un hombre *amigo* y una mujer *amiga*, no crearán la menor dificultad con respecto a los tabúes sexuales. En ocasiones de menor intensidad emocional, el problema existiría, pero en circunstancias altamente dramáticas, los tabúes se olvidan fácilmente. En momentos de triunfo, de alivio o de desesperación, nuestra civilización admite que. Incluso dos varones adultos se abracen y se besen; en cambio, si, en una

situación menos dramática, realizasen un simple esbozo de abrazo, como asirse largamente las manos o juntar las mejillas, darían inmediatamente una impresión de homosexualidad.

Esta diferencia es importante y requiere una explicación. Nos dice algo sobre la manera en que los contactos corporales básicos se fragmentan y formalizan. En primer lugar, el abrazo es natural entre uno de los padres y el hijo pequeño, y también entre los padres y el hijo mayor, aunque éste es menos frecuente. Entre adultos, es típico entre novios y entre cónyuges. Pero si otros adultos sienten, por cualquier razón, la necesidad de abrazarse, deben hacerlo de manera que quede bien claro que no hay ningún elemento sexual en su contacto. Esto se consigue empleando algún fragmento formalizado del abrazo auténtico, fragmento que, por convencionalismo admitido, se considera no sexual. Por ejemplo, un hombre puede pasar el brazo por encima de los hombros de otro, sin peligro de que su acción sea mal interpretada por el compañero o por cualquiera que le vea realizarla. En cambio, si emplease otros fragmentos, como por ejemplo besar la oreja del hombre, inmediatamente se atribuiría a su acción un sentido sexual.

La situación es completamente distinta cuando se ve a dos hombres abrazándose plenamente, estrujándose y besándose, con motivo de un gran triunfo, de un desastre o de una reunión. En este caso, no se da ninguna interpretación sexual a su acción, porque se admite que se trata de una reacción formalizada, pero básica. Los espectadores comprenden que se encuentran ante una situación en que la intensidad de las emociones pesa más que los convencionalismos. Saben, intuitivamente, que lo que están viendo es un retorno al abrazo primario y presexual de la infancia, desprovisto de la ulterior estilización de la vida adulta, y aceptan el contacto como perfectamente natural. En realidad, si dos homosexuales varones quieren establecer contacto corporal en público sin despertar la hostilidad o la curiosidad de las personas normales, harán bien en abrazarse con fuerza en vez de besarse ligeramente.

Por consiguiente, el estudio de los diversos fragmentos del abrazo básico nos permitirá ver cómo los convencionalismos los han situado en diferentes categorías, de modo que cada uno de ellos indica algo absolutamente específico sobre la naturaleza de la relación existente entre los que establecen el «contacto».

Sin embargo, debemos referirnos, antes, a la tercera categoría del abrazo total, a saber, el del «triunfo del deportista». El abrazo entre dos hombres, después de una catástrofe, es algo normal desde hace muchísimo tiempo; en cambio, los apasionados abrazos de los jugadores de fútbol, después de conseguir un gol, son relativamente recientes. ¿Cómo se explica que esta ocasión se haya elevado súbitamente a la categoría de suprema experiencia emocional? Para hallar la respuesta a esta pregunta debemos ir mucho más lejos de los vestuarios de un campo de fútbol. En realidad, tenemos que remontarnos a muchos siglos atrás.

Hace dos mil años, cuando el mundo estaba menos poblado y las relaciones entre los miembros de una comunidad estaban más claramente definidas que ahora, el abrazo total se empleaba con más frecuencia como forma corriente de saludo entre iguales. El beso con abrazo se daba entre hombres, entre mujeres, y entre hombres y mujeres no enamorados. En la antigua Persia, era incluso corriente que hombres de igual categoría se besasen en la boca, reservando el beso en la mejilla para los de categoría ligeramente inferior. Sin embargo, en otros países, lo más frecuente era el beso en la mejilla entre iguales. Esta situación persistió durante muchos siglos, y todavía se conservaba en la Inglaterra medieval, en que los esforzados caballeros se besaban y abrazaban en ocasiones en que sus equivalentes modernos no harían más que saludarse con la cabeza o estrecharse la mano.

A finales del siglo XVII la situación empezó a cambiar en Inglaterra, y el abrazo no sexual entró en rápida decadencia. Esto empezó en las ciudades y se extendió poco a poco al campo, según sabemos por unas frases de *The Way of the World* de Congreve: «Os imagináis que estáis en el campo, donde los zafios hermanos ba-

bean y se besan cuando se encuentran. Esto no está aquí de moda; aquí no hay un hermano querido.»

En las ciudades, la vida social se iba haciendo más apiñada, y las relaciones personales, más complejas y confusas; y, con la llegada del siglo XIX, se impusieron nuevas restricciones. Incluso las complicadas reverencias, que habían sobrevivido durante el siglo XVIII se redujeron cada vez más a ocasiones de ceremonia y perdieron su carácter cotidiano. Hacia los años de 1830, empezó a implantarse el contacto mínimo, el apretón de manos, que seguimos empleando desde entonces.

En otros lugares se manifestaron tendencias similares, pero no siempre con la misma intensidad. Los países latinos tendieron a restringir los contactos corporales menos que los ingleses, e incluso en pleno siglo XX, admitieron el abrazo amistoso entre varones adultos. Aún siguen haciéndolo en la actualidad, y con esto volvemos a los «abrazos de los futbolistas». El fútbol, que empezó siendo un deporte británico, se extendió rápidamente, en el presente siglo, a muchas partes del mundo. En los países latinos adquirió especial popularidad, y, al poco tiempo, empezaron a jugarse partidos internacionales de gran intensidad emocional. Cuando los equipos latinos visitaron Inglaterra, los apasionados abrazos de sus miembros, después de conseguir un gol, fueron recibidos al principio con asombro y con burla; pero la excelencia de su juego hizo que esto se olvidase pronto. Con el paso de los años, el «Bien, muchachos» de los jugadores ingleses, cuando uno de ellos marcaba un gol, empezó a parecer casi mezquino. Las palmadas en la espalda dieron paso al ligero abrazo, y el ligero abrazo se convirtió en fuertes apretones, hasta que, hoy en día, los espectadores se han acostumbrado a ver al autor de un gol casi estrujado bajo un montón de apasionados compañeros que acuden a felicitarle.

Así, pues, en este contexto específico, hemos descrito un círculo completo para remontarnos a los tiempos de los caballeros medievales y a tiempos aún más antiguos.

Falta por ver si esta tendencia se extenderá a otras esferas. Puede que sea así, pero existe una limitación que no debemos olvidar. Los jugadores que se abrazan en un campo de fútbol están en contexto estrictamente no sexual. Sus papeles están claramente definidos, y su virilidad física queda plenamente demostrada por la rudeza del juego que practican. En una situación social de tipo menos claramente definido, la situación sería distinta, y, probablemente, seguirían aplicándose las restricciones corrientes de nuestra compleja sociedad. Solamente en ámbitos donde la expresión de intensas emociones es parte del pan de cada día, como es la profesión de actor, podemos presumir importantes excepciones. Si nosotros encontramos excesivos los abrazos sociales entre actores y actrices, debemos recordar tres cosas. No sólo están acostumbrados a expresar fácilmente sus pasiones, sino que se ven también sometidos a fuertes tensiones emocionales por el carácter de su trabajo, y, además, su profesión es particularmente insegura. Necesitan todo el apoyo mutuo posible.

Ahora debemos pasar a las formas de expresión del abrazo total menos intensas. Hasta aquí, hemos tratado del máximo abrazo frontal, en que los dos componentes de la pareja se aprietan recíprocamente, con los lados de sus cabezas en contacto y los brazos estrechando fuertemente el cuerpo. Cuando esta acción se realiza con menor intensidad, suelen producirse tres cambios importantes. Los cuerpos se tocan de lado, y no de frente; sólo se rodea el cuerpo del compañero con un brazo, en vez de hacerlo con los dos; en general, las cabezas no se tocan. Mis observaciones revelan que, entre adultos y en público, esta clase de abrazo parcial es seis veces más frecuente que el abrazo total.*

* Esta y otras declaraciones cuantitativas similares se fundan *en* observaciones personales, confirmadas por un detallado estudio de 10.000 fotografías tomadas al azar de una gran variedad de revistas y periódicos recientes.

El abrazo del hombro.

La forma más corriente del abrazo parcial es el hombro, en el cual una persona pasa el brazo sobre la espalda de otra, de modo que la mano se apoya en el hombro más distante. Es dos veces más frecuente que cualquier otra forma de abrazo parcial.

La primera diferencia que observamos, al compararlo con el abrazo total y frontal, es que es predominantemente un acto masculino, así como el abrazo total se da en proporción aproximadamente igual entre hombres y mujeres, el abrazo del hombro es cinco veces más frecuente en el varón que en la hembra. La razón es bastante sencilla: los hombres son más altos que las mujeres, y la mujer tienen que mirar al hombre desde abajo, sean cuales fueren sus actitudes en otros aspectos. Consecuencia de esta diferencia anatómica es que ciertos contactos corporales son mucho más fáciles para los hombres que para las mujeres, y el abrazo del hombro es uno de estos.

Esta circunstancia da al abrazo del hombro una calidad especial. Dado que, cuando se produce entre un hombre y una mujer, es casi siempre realizado por el hombre, esto significa que nada tiene de afeminado. Esto, a su vez, quiere decir que también puede emplearse entre varones, en situaciones casuales y amistosas, sin que el contacto tenga el menor matiz sexual. En realidad, de cada cuatro abrazos de esta clase, uno se produce entre hombres. Y es la única forma de abrazo corporal que resulta corriente en un contexto exclusivamente masculino. La diferencia con el abrazo frontal es evidente. Este último, entre dos hombres, revela una típica situación de fuerte dramatismo o de emoción intensa; en cambio, el otro puede producirse en un contexto mucho más tranquilo, y es corriente entre compañeros de equipo, viejos camaradas o amigos íntimos.

Este carácter “seguramente masculino” no puede atribuirse a otros tipos de abrazo parcial, como pasar el brazo alrededor de la cintura del compañero. Dado que es fácil de realizar por ambos sexos

y que supone un mayor acercamiento a la región genital, es raro que se produzca entre varones.

Si nos apartamos aún más del abrazo total y desviamos la atención de los abrazos parciales a los simples fragmentos del acto completo, encontraremos diferencias parecidas. Algunos fragmentos de abrazo no tienen carácter sexual y pueden realizarse sin temor entre varones, mientras que otros conservan un matiz más amoroso, y su empleo suele estar reservado a los novios y a los cónyuges.

La mano en el hombro.

Un acto muy corriente es apoyar una mano sobre el hombro del compañero, sin abrazarle en realidad. Es una sencilla reducción del abrazo del hombro, y como es de suponer, se emplea en parecidos contextos. Como es un poco menos íntimo, es incluso más común entre varones. Así como la proporción del abrazo del hombro entre varones era de uno a cuatro, aquí la cifra es de uno a tres.

El brazo en el brazo.

Si el abrazo se desintegra aún más, convirtiéndose en un simple entrelazamiento de los brazos, la situación experimenta un cambio curioso. Aquí, en vez de aumentar, la proporción del contacto entre varones pasa a ser de uno a doce; por lo que surge inmediatamente la pregunta de por qué siendo una forma menos íntima de contacto corporal, los hombres se sienten menos inclinados asirse del brazo entre ellos que con las mujeres. La respuesta es que esta acción es básicamente femenina. Cuando se produce entre varones y hembras, es cinco veces más probable que sea la mujer quien enlace su brazo con el del hombre. Esto invierte la posición que observamos en el abrazo del hombro, y significa que si este contacto se establece entre miembros del mismo sexo tendrá una calidad afeminada. Lo cual nos lleva a presumir que, si se

produce entre miembros del mismo sexo, será más frecuente entre mujeres que entre hombres, presunción confirmada por las observaciones.

Sí buscamos los casos en que dos hombres caminan de bracete, descubriremos que éstos pertenecen a una de dos categorías: latinos o ancianos. Los varones latinos, con su mayor libertad de contactos corporales, suelen hacerlo a menudo, y, en los países occidentales no latinos podemos observar también esta actitud como acto de ayuda al anciano que ha pasado ya la fase sexual de su vida.

La mano en la mano.

Prosiguiendo nuestro alejamiento anatómico del abrazo total, vía abrazo del hombro, mano en el hombro y brazo en el brazo, llegamos por último a la mano en la mano (que no debe confundirse con el apretón de manos, que estudiaremos más tarde por separado). Aunque ésta es una forma de contacto más remota que las tres últimas, con los dos cuerpos generalmente separados entre sí, tiene algo en común con el abrazo total que no tienen las otras. Es un acto mutuo. Yo puedo, por ejemplo, apoyar la mano en su hombro, sin que usted haga nada; en cambio, si le tomo de la mano, usted ase también la mía. Como esto ocurre frecuentemente entre un varón y una hembra, y como *ambos* realizan la acción, el acto adquiere un carácter que no es masculino ni femenino, sino más bien heterosexual. Esto lo convierte, de hecho, en una versión reducida del abrazo total, y por ello no es de extrañar que raras veces lo realicen en público dos hombres.

Pero no siempre fue así. En los tiempos en que el abrazo total se daba libremente entre hombres, también podían éstos caminar asidos de la mano, en un acto de amistad no sexual. Como ejemplo de ello, refiere la Historia que, en una ocasión, se encomiaron dos monarcas medievales, los cuales «se asieron de la mano, cuando el rey de Francia condujo a su tienda al rey de Inglaterra:

los cuatro duques se asieron de la mano y los siguieron». Pero esta costumbre se perdió al poco tiempo, y la acción de «llevar *de la mano*» paso a ser exclusiva de la relación entre varón y hembra. En los tiempos modernos, esta acción se ha modificado en dos sentidos diferentes. En ocasiones de ceremonia, como cuando un caballero escolta a una dama en un banquete, o en el pasillo de una iglesia, tomó la forma más seria del entrelazamiento de brazos. En ocasiones menos solemnes, se transformó en el típico asimiento de manos con los dedos cruzados y las palmas juntas. Y, a veces, cuando se quiere una mayor intimidad, se realizan ambos actos simultáneamente.

A pesar de la tendencia general, existen ciertas ocasiones especiales en que los varones de nuestro mundo moderno siguen cogiéndose las manos. Ejemplo de ello es el asimiento múltiple que se produce cuando los componentes de un grupo de personas entrelazan sus manos para entonar una canción o para saludar desde el escenario de un teatro. Incluso en estos casos, lo corriente es alternar la posición de varones y hembras, de modo que cada persona esté flanqueada por miembros del sexo contrario; pero si el número de estos no es igual, o si resulta demasiado difícil colocar a cada cual en la posición correcta, está permitido asir la mano de una persona del mismo sexo. Esto es así porque en manera alguna forman pareja entre ellos. La misma dimensión del grupo elimina el posible matiz sexual del asimiento de manos.

Otra versión sumamente estilizada del asimiento de manos entre varones consiste en que uno de ellos tome la mano del otro en la suya y la levante en señal de triunfo. Aunque esto tiene su origen en el mundo del boxeo, hoy se emplea quizá con más frecuencia entre varones políticos, que parecen poner unos imaginarios guantes de boxeo en las manos de sus colegas victoriosos. Este asimiento de manos es permisible en este contexto, debido a la naturaleza esencialmente agresiva del ademán de levantar el brazo. En su forma primitiva, anterior a este asimiento, el movimiento de levantar el puño fue, indudablemente, una señal del pugilista ven-

cedor pura indicar que aún era capaz de pegar, cosa que no podía hacer su rival. Es un movimiento intencional y congelado de descargar un puñetazo, que ha sido adoptado como saludo por los comunistas modernos. Estudios realizados sobre el comportamiento de los niños en la lucha han demostrado que esta forma de pegar, bajando el brazo para descargar el golpe, es genuino de nuestra especie y no necesita ser aprendida. Por consiguiente, es interesante observar que el boxeador moderno sigue empleando el movimiento internacional de esta acción como signo de victoria, aunque no lo emplee en la verdadera lucha, donde prefiere el más estilizado y “menos natural” puñetazo de frente. También es curioso observar que, en luchas más irregulares, como las de las algaradas callejeras, tanto la policía como los alborotadores vuelven, muchas veces, a la forma más primitiva de pegar desde arriba.

Volviendo ahora a la cuestión del asimiento de manos entre varones y en público, existe un último contexto especial en que esto se produce. Atañe a los sacerdotes y, en particular, a los de alta jerarquía dentro de la Iglesia católica. Por ejemplo, es frecuente ver al Papa asiendo las manos de sus fieles, varones y hembras, y esta excepción ilustra la manera en que una figura pública bien conocida puede situarse al margen de los convencionalismos normales. La imagen del Papa es tan absolutamente asexual que puede realizar una enorme variedad de intimidades fragmentarias con personas absolutamente desconocidas, intimidades que jamás podrían permitirse los ciudadanos corrientes. ¿Quién más podría, por ejemplo, alargar la mano y acariciar las mejillas de una hermosa muchacha de un modo que nada tiene que ver con la sexualidad? En realidad, el Papa puede actuar como un «santo padre» y establecer confiadamente íntimos contactos corporales con adultos desconocidos, lo mismo que haría un padre de verdad con sus verdaderos hijos. Adoptando un papel de superpadre, el Pontífice puede prescindir de restricciones de contacto corporal que son imperativas para todos los demás, y volver a las más naturales y

primarias actividades típicas de la primera fase padre-hijo. Si, a pesar de ello, parece más inhibido frente a sus fieles de lo que lo estaría un padre frente a su hijo, ello no se debe a la confusión sexual que nos cohibe a todos, sino, simplemente, al hecho de que, frente a una familia de 500 millones de hijos, tiene que conservar su fortaleza.

Hasta aquí, nos hemos alejado del abrazo total, pasando de los hombros al brazo y a la mano, y en esta dirección hemos llegado al final de trayecto. Pero podemos observar qué otras partes del cuerpo entran en contacto durante el abrazo total, y ver si, también aquí, descubrimos el origen de otros fragmentos útiles que pueden utilizarse en los encuentros cotidianos.

La presión de los troncos y las piernas durante un abrazo frontal completo no parecen ser una fuente muy rica, y es fácil adivinar la razón. Tratándose de adultos, tocar estas regiones les llevaría demasiado cerca de las zonas prohibidas. Pero hay otra importante región de contacto que interviene en el abrazo total, y es la cabeza. En momentos intensamente emocionales, las mejillas se juntan o son acariciadas con las manos o tocadas con los labios, y de estas acciones se derivan tres importantes fragmentos muy empleados en la vida cotidiana. Pueden ser rotulados como contacto de cabeza a cabeza, contacto de mano a cabeza, y beso.

Contactos de cabeza.

Tocar la cabeza de la pareja con la mano y juntar las dos cabezas son otras tantas especialidades de los enamorados. Esto es particularmente cierto en la primera de estas acciones. Los contactos de mano a cabeza son cuatro veces más frecuentes entre jóvenes enamorados que entre casados maduros. Los contactos de las cabezas entre sí son dos veces más frecuentes en los enamorados jóvenes, y ambos casos contrastan con otras intimidades, como la del brazo sobre los hombros, que son más corrientes entre parejas de más edad.

Los varones efectúan raras veces contactos de cabeza con otros hombres. Si un varón toca con la mano otra cabeza de varón, suele hacerlo por una de estas tres razones especiales: prestar un primer auxilio, restañar una herida o propinar un golpe. Si un varón (o una hembra) se encuentra con la víctima de un accidente, la impotencia de la persona herida transmite fuertes señales infantiles difíciles de resistir. Por ejemplo, en las fotografías de víctimas de asesinatos frustrados, casi siempre se ve a alguien sosteniéndoles la cabeza con las manos. Médicamente, es un procedimiento bastante dudoso; pero aquí no juega la lógica médica. No es un acto de auxilio estudiado; es una reacción más fundamental, relacionada con la primitiva ayuda paterna al hijo doliente. A la perruna no adiestrada le resulta muy difícil, antes de iniciar su acción auxiliadora, detenerse a considerar lógicamente las lesiones sufridas por la víctima. En vez de esto, la tocará o la levantará, como acto primario de consuelo, sin pensar en que puede causarle un daño mayor. Es muy duro permanecer plantado y calcular fríamente las mejores medidas a tomar. El impulso de establecer un contacto corporal consolador es poderosísimo, pero debemos enfrentarnos con el hecho de que, a veces, puede resultar fatal. Una vez, cuando yo era pequeño e ignoraba todo esto, vi morir a un hombre de este modo. Víctima de un accidente, su cuerpo lesionado fue levantado por los solícitos brazos de unas personas que acudieron en su auxilio y que se lo llevaron en un coche. Este piadoso acto le costó la vida, al hacer que sus costillas rotas perforasen sus pulmones. Si, “cruelmente”, le hubiesen dejado tendido en el lugar donde se hallaba, hasta que llegara una ambulancia, tal vez se habría salvado. Tal es la fuerza del impulso a establecer contacto corporal cuando ocurre una tragedia; y esto es igualmente aplicable al varón y a la hembra, pues la catástrofe no conoce sexos.

Las bendiciones de los sacerdotes tampoco tienen nada que ver con el sexo, lo mismo que la imposición de las manos por un obispo en la ordenación o la confirmación. Aquí volvemos de

nuevo a una imitación de la relación paterno-filial.

El golpe dado por un hombre a la cabeza de otro requiere, en sí mismo, pocos comentarios; pero constituye una posible fuente de intimidad entre varones. Si un varón siente la amistosa necesidad de tocar la cabeza de otro, pero teme que se interprete como una caricia, puede emplear el sencillo truco de una agresión en broma. En vez de acariciarle la cabeza, cosa que tendría un marcado matiz sexual, puede «ungir un ataque», mesándole los cabellos o apretándole el cuello como si quisiera estrangularle. Así como el juego de la lucha ayudó al padre a prolongar la intimidad con sus hijos al empezar éstos a crecer, así muchos fragmentos de ataque en broma pueden ser utilizados por los amigos varones, permitiéndoles conservar la virilidad y la intimidad al mismo tiempo.

El beso.

Llegamos ahora al último derivado importante del abrazo primario, a saber, el beso, acción de curiosa y complicada historia. Si cree usted que el beso es un acto bastante sencillo, piense un momento en las muchas maneras en que lo da, incluso en la sociedad presuntamente informal de nuestros días. Besa a su amante en la boca, a un viejo amigo del sexo contrario en la mejilla, a un niño en la coronilla; si un hijo suyo se corta en un dedo, se lo besa «para que se cure»; si se enfrenta con un peligro, besa una mascota «para que le dé suerte»; si es jugador, besa el dado antes de arrojarlo; si es padrino de una boda, besa a la novia; si es persona religiosa, besa el anillo del obispo en señal de respeto, o la Biblia al prestar un juramento; si se despide de alguien que está ya fuera de su alcance, se besa las puntas de los dedos y le envía el beso con un soplo. No; el beso no es materia sencilla, y, para comprenderlo, debemos atrasar de nuevo las manecillas del reloj.

La función de los labios se inicia con el acto de succionar el pecho de la madre, que proporciona, además de alimento, una satisfacción táctil. Esto se ha demostrado con el estudio del compor-

tamiento de niños nacidos con el esófago obstruido y que tenían que ser alimentados por medios artificiales. Se observó que si se les daba a chupar una tetilla de goma, esto les tranquilizaba y dejaban de llorar. Como nunca habían tomado alimento por la boca, la satisfacción de tener una tetina entre los labios no podía tener nada que ver con el placer de la absorción de leche que es resultado normal de tal acción. Tenía que ser un caso de contacto, por sólo el contacto. Así pues, el hecho de tocar algo blando con la boca es, por sí misma, una importante y primaria intimidad.

Como el niño crece y cambia contactos de cabeza a cabeza con la madre, sintiendo los labios de ella sobre su piel, y los propios sobre la de ella, es fácil comprender cómo este primitivo contacto oral puede convertirse en un elocuente acto de saludo amistoso. En el abrazo infantil, los labios suelen tocar la mejilla o el lado de la cabeza del padre. Como ya he mencionado anteriormente, en tiempos antiguos, cuando el abrazo total se prodigaba con mayor libertad entre adultos de ambos sexos, el beso en la mejilla era la forma corriente de contacto bucal entre iguales. Era, en cierto sentido, el primitivo beso infantil transferido con pocas variaciones a la vida adulta, costumbre que a través de los siglos ha perdurado hasta nuestros días. En nuestra sociedad, amigos y parientes, varones y hembras, se besan aún de esta manera cuando se encuentran o se despiden, y es un acto que puede realizarse sin la menor implicación sexual. Lo propio puede decirse de las mujeres adultas entre ellas. En los varones adultos, la situación varía considerablemente según los países; Francia, por ejemplo, conserva la antigua costumbre mucho más que Inglaterra.

El beso directo de boca a boca siguió un curso diferente. En diversas épocas y lugares, fue empleado, hasta cierto punto, como saludo no sexual entre amigos íntimos; pero esta unión de dos orificios del cuerpo pareció, en general, un acto demasiado íntimo, incluso entre buenos amigos, y, hablando en términos generales, su uso no cada vez más exclusivo de los novios y los cónyuges.

Dado que los senos femeninos son señales sexuales, además de órganos de alimentación, el beso en el pecho de una mujer por un varón adulto es una acción enteramente sexual, a pesar de su similitud con la primitiva acción infantil de succionar el pecho. Inútil decir que el beso en los órganos genitales es también exclusivamente sexual, así como en el de otras muchas partes del cuerpo y, en especial, en el tronco, los muslos y las orejas. Sin embargo, ciertas partes específicas del cuerpo fueron consideradas formalmente como cosa aparte, a los efectos de una clase especial de beso no sexual, que podríamos llamar beso de subordinación o de reverencia. Este difiere categóricamente del beso amistoso y del sexual, y para comprenderlo, debemos observar la manera en que el ser humano subordinado se presenta frente al dominador.

Sabido es, por los estudios del comportamiento animal, que una manera de aplacar la ira de un animal dominante es empequeñecerse y parecer, por ende, menos amenazador. Si no se le amenaza, es probable que aquél no sienta desafiada su autoridad y no emprenda una acción perjudicial para el apaciguador. Se limitará a prescindir de éste, como ser que este por debajo de él, metafórica y literalmente, que es precisamente lo que quiere el animal más débil (al menos de momento). Por eso vemos en numerosas especies de animales toda clase de encogimientos y encorvaduras, y mucho arrastrarse y doblar el cuerpo, y bajar los ojos y la cabeza.

Lo propio ocurre con el hombre. Donde no hay formalidades, la reacción toma la forma animal de arrastrarse por el suelo: pero, en muchas situaciones, la respuesta del hombre inferior se estilizó en grado sumo, estilización que varió considerablemente según los lugares y las épocas. Sin embargo, esto no la excluye del campo del análisis biológico, pues todas las reacciones, sin excepción, siguen revelando características fundamentales que las relacionan como el comportamiento de sumisión de las especies animales.

La forma más extremada de sumiso rebajamiento que se haya visto en el hombre es la postración total, en la que todo el cuerpo

yace plano en el suelo, en posición de decúbito prono. Uno no puede llegar más bajo, salvo cuando lo entierren. Por otra parte, el hombre dominante puede —y muchas veces lo hizo— aumentar el efecto del rebajamiento observándolo desde una plataforma elevada o trono. Este acto de servilismo absoluto fue cosa corriente y muy extendida en los antiguos reinos, y lo realizaban los prisioneros frente a sus vencedores, los esclavos frente a sus amos, y los siervos frente a sus señores. Entre este acto y el de permanecer erguido, hay toda una gama de sumisiones convencionales, que examinaremos brevemente por orden ascendente.

Después de la postración total, viene la reverencia del mundo oriental, en que el hombre no se tiende en el suelo, sino que se arrodilla y después inclina el tronco, hasta tocar el suelo con la frente. Un peldaño más arriba está la genuflexión total, con ambas rodillas en el suelo, pero sin inclinar el cuerpo hacia delante. Esto fue también frecuente en el mundo antiguo, cuando uno se presentaba ante un gran señor; pero, en los tiempos medievales, derivó hacia la genuflexión sencilla, con una sola rodilla tocando el suelo. Se dijo a los hombres que debían reservar la genuflexión total para Dios, que, en aquella época, era más respetado que los gobernantes. En los tiempos modernos, es raro que nos arrodillemos ante cualquier hombre, en cualquier momento, salvo en ciertas ceremonias de Estado y en presencia de la realeza; pero los devotos no han cambiado la antigua costumbre de hincar ambas rodillas, con lo que Dios consiguió lo que no han logrado los gobernantes actuales.

Subiendo otro peldaño, llegamos a la reverencia (o cortesía), que no es más que un movimiento intencional de genuflexión. Se echaba ligeramente una pierna atrás, como si la rodilla fuese a bajar y tocar el suelo, y, después, ambas rodillas empezaban a doblarse, pero sin llegar nunca al nivel del suelo. Entonces, se inclinaba el cuerpo hacia adelante. Hasta los tiempos de Shakespeare, tanto los hombres como las mujeres hacían esta clase de reverencia. Al menos en este aspecto, se respetaba la igualdad de

sexos. Con la llegada de la reverencia, se redujo aún más la actitud de servilismo, y la genuflexión sencilla empezó a desaparecer, reservándose exclusivamente para la realeza.

En el siglo XVII los sexos se dividieron: los hombres doblaron el cuerpo por la cintura, mientras que las mujeres siguieron haciendo reverencias. Ambas acciones rebajaban el cuerpo frente al individuo dominante, pero lo hacían de un modo completamente distinto. Desde entonces hasta hoy, la situación ha permanecido igual en el fondo, aunque se ha reducido la amplitud de los movimientos, la florida inclinación masculina del periodo de la Restauración dio paso a la más sencilla y estirada inclinación de los tiempos Victorianos, y la reverencia pasó a ser poco más que una breve cortesía. En la actualidad, y salvo en presencia de poderosos gobernantes o de personas reales, las mujeres hacen raras veces reverencias, y la inclinación masculina, si se hace, consiste únicamente en bajar y levantar la cabeza.

La única excepción a esta regla se produce al final de las representaciones teatrales, cuando, por alguna razón, los actores retroceden varios siglos en el tiempo y hacen profundas reverencias y complicadas cortesías. Es curioso que aquí vemos también una tendencia completamente nueva: las actrices se inclinan igual que los varones. Parece como si esta vuelta a la igualdad sexual en un acto de subordinación reflejase la nueva tendencia a la igualdad femenina en todas las demás cuestiones; pero, si es así, los varones pueden alardear al menos de que fueron las mujeres quienes adoptaron la actitud del varón, sin que éste tuviera que volver a las cortesías medievales. Pero es también posible que exista otra razón de la reverencia de la actriz, que nada tenga que ver con la masculinización de la mujer moderna en nuestra sociedad. Puede deberse a todo lo contrario y derivarse de los primeros tiempos del teatro, cuando todos los personajes eran representados por varones y la mitad de los hombres tenían que disfrazarse de mujer. Tal vez la actriz moderna, al inclinarse, lo hace por la fuerza de la tradición, imitando a sus predecesores masculinos. Sin em-

bargo, aun admitiendo la persistencia de antiguas tradiciones, esta explicación parece muy improbable. Es más lógico pensar que la mujer tiene la impresión de equipararse al hombre.

Todas las inclinaciones y zalemas del saludo cotidiano de antaño han sido casi universalmente remplazadas por el más breve y digno apretón de manos. Al menos, para realizar esta acción no hay que inclinar el cuerpo. Permanecemos erguidos, y, al hacerlo así, nos hallamos en el polo opuesto de la antigua postración total. Actualmente, no todos los hombres lo hacen iguales pero, al menos en el saludo entre adultos, se presume lo contrario.

Me he extendido un poco en estos formulismos del saludo, a pesar de que, hasta que llegamos al apretón de manos, nada tienen que ver con las intimidades del contacto corporal. Pero esta digresión era necesaria, debido a su importancia en relación al beso de cortesía. Diré, ante todo, que, en los antiguos tiempos, dos iguales se besaban en la mejilla, es decir, a igual altura del cuerpo. Pero esto habría sido inconcebible en el beso de un inferior a un superior. Si aquél tenía que demostrar su amistad con un contacto de sus labios, debía hacerlo a un nivel lo bastante bajo para que fuese reconocimiento de su interioridad. Los subordinados más humildes lo hacían besando el pie de su señor. Y, como esto era aún demasiado bueno para el vencido prisionero, se obligaba a éste a besar la tierra junto al calzado del vencedor. En los tiempos modernos, estas acciones son muy raras; pero, incluso ahora, el monarca de Etiopía, pongo por caso, puede recibir este homenaje en público por parte de uno de sus súbditos. Y ciertas frases como «besar el suelo», «morder el polvo» o «lamer las botas», permanecen aún para recordarnos las humillaciones de antaño.

Aquellos que no se hallaban en una posición tan acusada de inferioridad podían besar el vestido o la rodilla del individuo dominante. Los obispos, por ejemplo, podían besar la rodilla del Papa; en cambio, los fieles de menor categoría tenían que contentarse con besar la cruz bordada en su zapatilla derecha.

Subiendo un poco más, llegamos al beso en la mano. Éste se daba antiguamente a muchos varones eminentes; pero en la actualidad, aparte de los sacerdotes de alta categoría, lo empleamos únicamente como señal de respeto a una dama, y sólo en ciertos países y en determinadas ocasiones.

Había, pues, cuatro regiones del cuerpo en las que era permitido, por decirlo así, el beso no sexual: la mejilla, para la igualdad amistosa; la mano, para el profundo respeto; la rodilla, para la humilde sumisión, y el pie, para el abyecto servilismo. La acción de tocar con los labios era idéntica en todos los casos, pero cuanto más abajo se aplicaba el beso, más baja era la posición social expresada por éste. A pesar de la pompa y la ceremonia, nada podía parecerse más a las acciones de apaciguamiento típicas de los animales. Si las despojamos de todos los desorientadores detalles impuestos por la variación cultural y las consideramos en un conjunto, incluso las más refinadas normas de comportamiento humano siguen la pauta de comportamiento de los animales que nos rodean.

Anteriormente, me referí a una serie de formas modernas de beso, que tal vez dejé sin la debida explicación: por ejemplo, besar un dado antes de arrojarlo, besar un amuleto o besar un dedo herido para curarlo. Estas y otras acciones similares, todas ellas básicamente encaminadas a llamar la buena suerte, guardan relación con el beso reverencial que acabo de describir. Es imposible besar a Dios, que es el Ser Supremo, y por eso los fieles besan símbolos de Dios, como la cruz, la Biblia y otros objetos similares. Como el acto de besarlo simboliza besar a Dios, trae buena suerte, sencillamente porque aplaca a Dios. Por consiguiente, cualquier amuleto es tratado como una reliquia sagrada. Puede parecer extraño que un jugador de Las Vegas pretenda besar a Dios cuando sopla sobre sus dados en una desenfadada partida, pero esto es lo que hace realmente, de la misma manera que, cuando cruza los dedos para tener suerte, hace la señal reverencial de la cruz para protegerse del enojo divino. Cuando, en las despedidas, nos besamos

los dedos y enviamos el beso con un soplo al amigo que se va, realizamos otro acto muy antiguo, pues, en los viejos tiempos, era más servil besarse la propia mano que la de la persona dominante. El beso en la mano, en el moderno aeropuerto, es el único superviviente de esta costumbre, aunque en la actualidad es la distancia y no el servilismo la que nos impulsa a realizar este movimiento.

El apretón de manos.

Con este beso de despedida abandonamos el mundo del abrazo fragmentario, con todas sus complejidades, y llegamos al último de los contactos corporales entre adultos, que bien merece ser estudiado con detalle; a saber, el apretón de manos. Ya he mencionado que esta costumbre no se generalizó hasta hace unos ciento cincuenta años; pero su precursor, el simple acto de estrecharse las manos inmóviles, era conocido desde mucho tiempo atrás. En la antigua Roma se empleaba como un compromiso de honor, y esta siguió siendo su función primaria durante casi dos mil años. Por ejemplo, en los tiempos medievales un hombre se arrodillaba y ponía la mano sobre la de su superior, como prenda de fidelidad. La adición de un movimiento de sacudida se menciona ya en el siglo XVI. La frase “se estrecharon las manos y se juraron fraternidad” aparece en *Como gustéis*, de Shakespeare, con aquel sentido de formalización de un compromiso.

En la primera mitad del siglo XIX cambió la situación. Aunque el apretón de manos seguía aplicándose después de hacer una promesa de cerrar un contrato, como para refrendarlo, se empleó por primera vez en las saluciones corrientes. Causas de este cambio fueron la revolución industrial y la tremenda expansión de la clase media, que introdujo una cuña cada vez más grande entre la aristocracia y los campesinos. Estos nuevos burgueses, con su comercio y sus negocios, celebraban continuos “tratos” y “convenios”, sellándolos con el inevitable apretón de manos. La negociación y el comercio marcaron el nuevo estilo de vida, y las relaciones

sociales giraron progresivamente alrededor de aquéllos. Y así fue como el apretón de manos contractual invadió la esfera social. Era un mensaje mercantil de: «Lo ofrezco un intercambio de saludos amistosos.» Gradualmente, sustituyó a las otras formas de saludo, y en la actualidad es un acto que se realiza en todo el mundo, no sólo en los encuentros entre iguales, sino también entre subordinados y superiores. Así como antaño teníamos una extensa gama de alternativas para cada tipo de encuentro social, hoy tenemos únicamente esta fórmula. El presidente se comporta ante el campesino como el campesino se comporta ante el presidente: ambos tienden la mano, se la estrechan y sonríen. Más, cuando un presidente se encuentra con otro presidente, o un campesino con otro campesino, todos se comportan exactamente de la misma manera. En términos de intimidad corporal, no hay duda de que los tiempos han cambiado. Pero si el universal apretón de manos ha simplificado la cuestión en cierto sentido, la ha complicado en otro. Sabemos que esto es lo que hay que hacer; pero, ¿cuándo hay que hacerlo? ¿Quién debe tender la mano a quién?

Los modernos libros de urbanidad están llenos de consejos contradictorios, que ponen de manifiesto la confusión que existe, lino nos dice que el hombre no debe tender nunca la mano a una mujer, invitándola al apretón, mientras que otros nos indican que, en muchas partes del mundo, es el varón quien ha de tomar la iniciativa. Uno nos dice que el joven no debe alargar jamás la mano a una persona de mayor edad, mientras otro aconseja que en caso de duda, debemos tender la mano, antes que correr el riesgo de herir los sentimientos de otro. Un autor insiste en que la mujer debe levantarse para el apretón de manos y otro dice que debe permanecer sentada. Hay otras complicaciones que dependen de si somos anfitriones o invitados, pues se dice que el anfitrión varón debe tender la mano a las mujeres invitadas, mientras que el invitado latón debe esperar a que la anfitriona le tienda la suya. También hay normas diferentes para los encuentros sociales o de negocios. Un libro llega a decir que «No existen reglas sobre el

apretón de manos», pero lo cierto es que existen demasiadas.

Evidentemente, la superficialmente simple acción de estrechar la mano implica alguna complicación oculta que hay que aclarar, si queremos comprender estas confusiones. Para ello, debemos averiguar los orígenes del acto.

Si retrocedemos hasta nuestros parientes animales, veremos que un chimpancé subordinado apaciguará a menudo a otro dominante tendiéndole una mano flácida, como si le pidiese una limosna. Si su acción es correspondida, los dos animales se tocarán la mano, en un breve contacto muy parecido a un breve apretón. La señal inicial quiere decir: «Ya lo ves; no soy más que un pobre pordiosero que no se atreve a atacarte», y la respuesta es: Tampoco yo te atacare. Convertido en ademán amistoso entre iguales, el mensaje dice simplemente; «No te haré daño; soy tu amigo.» En otras palabras, el ofrecimiento de la mano por un chimpancé puede hacerse por el subordinado al dominador como acto de sumisión, o por el dominador al subordinado como acto tranquilizador, o por ambos a la vez, entre iguales, como acto de amistad. Sin embargo, es fundamentalmente, a este respecto, un acto de apaciguamiento que, traducido en los términos modernos de los libros de urbanidad, debería acentuar la iniciativa del individuo inferior en ofrecer la mano al superior.

Pasando ahora a la antigua unión de las manos entre seres humanos, podemos ver este acto bajo una luz parecida. Concretamente, el ofrecimiento de la mano vacía demostraba que ésta no ocultaba ningún arma, y esto explicarla por qué alargamos siempre la diestra, que es la mano que empuña las armas. El acto de mostrar la mano de esta manera podía hacerse sumisamente, por el débil al más fuerte, o tranquilizadamente, por el fuerte al más débil, como en el caso de los chimpancés. Al convertirse en un firme y mutuo apretón, se manifestó como un poderoso instrumento contractual, mediante el cual dos hombres se reconocían recíprocamente, y, al menos de momento, como iguales. Sin embargo, sigue siendo, en el fondo, un acto en el que ninguno de sus actores

afirma su dominio, sino que, con independencia de su posición relativa, se manifiesta temporalmente como inofensivo.

Este es un origen probable del moderno apretón de manos; pero existe otro que induce a confusión. Una de las formas de saludo más importantes, de un varón a una hembra, era el beso en la mano. Para ello, el hombre tomaba la mano que se le tendía, antes de aplicar los labios en ella. Al estilizarse más esta acción, el beso real perdió intensidad, hasta el punto de que la boca sólo se acercaba al dorso de la mano de la dama y se detenía antes de establecer contacto, de modo que los labios esbozaban un beso en el aire. Más petrificado aún, este acto consistía, a veces, en asir y levantar la mano de la dama, acompañando esta acción de una ligera inclinación de cabeza. En esta forma modificada es como un débil apretón de manos, pero suprimiendo el movimiento de sacudida. Un escritor vio en esto el único origen del apretón de manos moderno: Como saludo de contacto, el apretón de manos parece un derivado tardío del “beso en la mejilla”, con el “beso en la mano” como eslabón entre ambos. En este aspecto, el ofrecimiento de la mano es esencialmente, un acto de dominio frente a un subordinado, y, por consiguiente, difiere esencialmente del apretón de manos como expresión de un pacto entre varones.

La verdad parece estar en que tanto la teoría del simple asimiento de las manos como la del beso en la mano son correctas, y que este doble origen es causa de todas las contradicciones de los libros modernos de urbanidad. La cuestión es que, actualmente, no nos estrechamos la mano por una sola razón. Lo hacemos como saludo, como despedida, para hacer un pacto, para cerrar un negocio, para aceptar un desafío, para dar las gracias, para dar el pésame, para reconciliarnos después de una disputa y para desearnos suerte. Y es que hay dos elementos. En algunos casos, el apretón simboliza un lazo amistoso; en otros, un estado de ánimo amistoso en el momento del apretón. Si estrechamos la mano a un hombre que acaba de sernos presentado, es simplemente un acto de cortesía, que nada expresa sobre nuestras relaciones pasadas o

aún lumias.

En otras palabras: podemos decir que el moderno apretón de manos es un acto doble que encubre un solo acto. El «apretón de manos contractual» y el «apretón de manos de cortesía» tienen distinto origen y diferente función, pero como ambos han tomado la misma forma los consideramos simplemente como un «apretón de manos amistoso». De ahí toda la confusión. Hasta los primeros tiempos Victorianos, esto no originó ningún problema. Entonces, había el apretón de manos contractual entre varones, que quería decir «trato hecho», y el beso en la mano, dado por los varones a las damas, que quería decir «considero un honor el conocerla». Pero cuando los Victorianos empezaron a mezclar los negocios con la vida social, ambas formas se mezclaron y confundieron. El vigoroso apretón de manos contractual se ablandó y debilitó, mientras que el suave asimiento de la mano de la dama, en el ya abreviado beso, se hizo más fuerte. Aunque hoy aceptamos esto de buen grado, lo cierto es que tropezó con alguna resistencia en la Francia del siglo XIX, cuando esta forma de saludo se consideró como “un apretón de manos a la americana”, y fue mal visto entre un visitante varón y una joven soltera. La razón de esto no era el contacto corporal que involucraba, sino, simplemente, que los franceses interpretaban aún el apretón de manos según su antigua función masculina. Entonces, los varones visitantes parecían «cerrar un pacto» y establecer un lazo de amistad con muchachas a las que acababan de conocer, cosa que era considerada como sumamente impertinente. Desde luego, los visitantes extranjeros no se imaginaban hacer más que un saludo cortés.

Esto nos lleva de nuevo a las confusiones y malas interpretaciones de los libros de urbanidad. El gran problema consiste en saber quién debe ofrecer la mano a quién. ¿Es un insulto abstenerse de ser el primero en alargar la mano, cosa que puede parecer poco amistosa, o lo es apresurarse a tenderla, como si se pidiese un disfrazado beso en la mano? Una atenta observación de las situaciones sociales revela que los confusos actores del episodio tien-

den a resolver el problema observando mínimas señales. Buscan el menor indicio de un movimiento intencional de levantar el brazo por parte de la olía persona, y entonces tratan de que el establecimiento de contacto parezca simultáneo. El hecho de que, en la mayoría de las otras salutations, es el subordinado el primero en mostrar su respeto, sine para aumentar la confusión. El cabo saluda al oficial, antes de que el oficial salude al cabo. Antiguamente, era siempre el joven quien primero se inclinaba ante el más viejo. Pero en el beso en la mano ocurría lo contrario. La dama tenía que ser la primera en alargar la mano. Ningún hombre respetuoso se habría atrevido a asirla sin una señal de la mujer. Y como el beso en la mano está en el origen del apretón de manos, aquella norma sigue en vigor en la mayoría de los casos. El hombre espera a que la mujer le ofrezca la mano para estrechársela, como si se tratase de una invitación a besarla. Sin embargo, el hecho de no ser el hombre el primero en tender la mano, ahora que el beso ha dejado de existir, equivale a decirle a la dama que él es el oficial y ella el cabo, y que es ella quien debe saludar primero. De ahí todos los balbuceos de los expertos en urbanidad.

El otro origen del apretón de manos, concerniente ni cierre de tratos, contribuye a confundir la situación. Aquí, el varón más débil suele ser el primero en tender la mano, para mostrar su buena disposición al más fuerte. En una competición deportiva, suele ser el débil perdedor quien tiende la mano al fuerte vencedor, en el acto de las felicitaciones, para demostrarle que a pesar de su desarrollo sigue firme el vínculo de su amistad. De manera parecida, la acción del socio joven al tender la mano al colega más viejo puede considerarse una impertinencia «puede usted besarme la mano» o un acto de humildad (usted gana). Y una vez más, como en las ocasiones sociales, suele resolverse el problema observando pequeños indicios de intención y tratando de realizar un acto simultáneo.

Dados su complicado pasado y su confuso presente, cabría esperar la decadencia del apretón de manos en un mundo como el pre-

sente, cada vez menos convencional, y, en ciertos contextos, parece ser así. El saludo social es cada día más verbal. A mediados del presente siglo, los expertos en urbanidad manifestaron que «el apretón de manos, en las presentaciones entre hombres, está en plena decadencia en Gran Bretaña». A pesar de todo, es todavía mucho más frecuente entre hombres que entre hombres y mujeres, y que entre mujeres solas. Mis observaciones indican que los dos tercios de todos los apretones de manos se dan entre varones; en el tercio restante, se dan tres veces más entre los dos sexos que entre mujeres solas. Estas cifras responden bien a la historia de la acción, pues el hombre heredó el apretón de manos como instrumento de pacto y, después, le añadió la función de saludo, dando, por decirlo así, un doble valor al acto entre varones. Las mujeres, en su relación con los hombres, lo heredaron del beso en la mano, pero no le han asignado igual función en los negocios, y por eso, en dicha relación mixta, son raros los apretones de manos sellando un pacto. Las mujeres nunca se besaron la mano entre ellas; y por eso, al no practicar el apretón de ambas clases, ocupan el último lugar de la lista.

Una última característica de esta forma particular de contacto sexual, que puede parecer obvia pero tiene su importancia, es que no se da entre enamorados. Ni siquiera, en la mayoría de los países, entre cónyuges. Pregunten a un inglés que lleve, por ejemplo, doce años de casado, cuándo fue la última vez que saludó a su esposa con un apretón de manos, y lo probable es que les responda que hace de ello doce años, y no doce días. Es, indudablemente, el menos amoroso de todos los contactos corporales. En todas las otras clases mencionadas en este capítulo, desde el abrazo total hasta el beso, existe siempre un acusado elemento sexual. Todas proceden de la misma fuente primordial, y todas se realizan más entre amantes o cónyuges que entre adultos que no tienen esta condición. Cuando te efectúan entre varones, lo normal es que existan circunstancias que lo autoricen. En cambio, el apretón de manos, que tiene su origen no en el abrazo amoroso, sino en la

acción masculina de cerrar un trato, no tuvo que vencer tantas dificultades. Ni siquiera como derivación del beso en la mano creó el menor problema, porque este beso era un acto formal y asexual antes de su transformación. Por consiguiente, los hombres más viriles pueden estrecharse la mano hasta enrojecerse las palmas, sin peligro de dar la más ligera impresión amorosa. El hecho de que las manos agarradas se agitan arriba y abajo a media altura, circunstancia típica de esta acción, hace que el movimiento sea más brusco y menos amable, y lo distingue claramente, incluso visto desde lejos, del asimiento de manos de los enamorados.”

Hemos observado en este capítulo la manera en que en público, los adultos se comportan entre sí, y hemos visto que las intimidades cruciales y no restringidas de la infancia se limitan, clasifican y rotulan. Puede argüirse que esto ha sido así porque los adultos necesitan mayor independencia de facción y mayor movilidad que los niños, y que unos contactos corporales más extensos los limitaría a este respecto. Esto explicaría la reducción de la cantidad de tiempo empleado en los contactos, pero no la reducción de la intimidad de los contactos que siguen produciéndose. Puede aducirse que esto ha sido así porque los adultos no necesitan tanto contacto corporal; pero, en tal caso, ¿por qué pasan tanto tiempo buscando intimidades de segunda mano en los libros, las películas, las comedias y la televisión, y por qué las canciones populares gritan hora tras hora su mensaje? Puede argüirse que nuestra intocabilidad tiene que ver con la posición social, con el deseo de no ser tocados por los inferiores y el temor de tocar a los superiores; pero, en este caso, ¿por qué no mostramos una mayor intimidad con nuestros iguales? Puede alegarse que no queremos que nuestras acciones íntimas se confundan con las de los amantes; pero, en este caso, ¿cómo se explica que los propios enamorados limiten sus actividades en público mucho más que en privado?

Todos estos argumentos brindan respuestas parciales; pero en todos ellos falta algo. Este factor oculta es el poderoso efecto de creación de lazos producidos por las intimidades corporales en

aquellos que las practican. No podemos juntarnos físicamente sin juntarnos emocionalmente, En nuestras atareadas vidas modernas huimos de tales compromisos, aunque puedan sernos necesarios. Nuestras relaciones son demasiado copiosas, demasiado vagas, demasiado complejas, y a menudo demasiado insinceras, para que nos arriesguemos al primitivo proceso creador de lazos de la intimidad corporal. En el implacable mundo de los negocios, podemos despedir a una muchacha a la que sólo hemos estrechado la mano, o podemos jugarle una mala pasada a un colega con el que no hemos tenido más contacto que el apoyar una mano sobre su hombro; pero, ¿qué pasaría si nuestros contactos corporales hubiesen sido mayores? ¿Qué pasaría si, aun sin el menor elemento sexual, hubiésemos tenido con aquellas mayores intimidades? Indudablemente, en el momento de tomar decisiones radicales nuestra determinación se habría debilitado y habríamos vacilado en nuestra actitud competitiva. Y si no nos atrevemos a correr personalmente ciertos peligros, a sufrir los efectos de unos compromisos recíprocos ajenos a toda lógica, es natural que no queramos que otros nos los recuerden practicándolos en público. Por eso los jóvenes enamorados los reservan para sí y los practican en privado, porque temen que nuestra oposición se convierta en ley. Hacemos un delito de la intimidad en público. Por eso incluso en la actualidad, el acto de besarse en público es delito en ciertos países civilizados y sofisticados. Un contacto cariñoso es inmoral e ilegal. Una intimidad amorosa se equipara legalmente a un robo. Por tanto, hay que esconderse, (para que los demás no veamos aquello que nos falta)

Se ha dicho, a veces, que si todos los severos defensores de la moral pública se abrazasen amorosamente entre sí, se acariciasen el rostro y se besasen las mejillas, comprenderían de pronto que había llegado para ellos el momento de marcharse a casa y dejar que el resto de la sociedad continuase con sus amistosas y amorosas expansiones, sin tener que soportar su desesperada envidia. Pero sería inútil despreciarlos, porque la sociedad se confecciona

su propia camisa de fuerza. El zoo amansado en que vivimos no es el sitio ideal para las intimidades públicas. Padece de contaminación social; tropezamos los unos con los otros y nos disculpamos, cuando deberíamos alargar los brazos para tocarnos; chocamos y maldecimos, cuando deberíamos abrazarnos y echarnos a reír. Hay desconocidos en todas partes, y nos echamos atrás. Parece no haber otra alternativa. Nuestra única compensación es entregarnos con más ardor a las intimidades privadas, pero esto falta muchas veces. Parece como si nuestra restricción en público se contagiase a nuestra conducta, incluso en el seno de la familia. Muchos buscan la solución en intimidades de segunda mano y pasan la velada observando los contactos y los abrazos de los profesionales en las pantallas de la televisión o del cine, escuchando las eternas palabras de amor de las canciones populares, o leyéndolas en novelas y revistas. Para otros, existen alternativas más encubiertas, como veremos en las páginas siguientes.

INTIMIDAD ESPECIALIZADA

Al estudiar el comportamiento de los niños y de los enamorados, advertimos claramente que el grado de intimidad física entre dos seres humanos está en relación con el grado de confianza existente entre ellos. La superpoblación del mundo moderno hace que nos veamos rodeados de extraños en quienes no confiamos, al menos plenamente, que tratemos desesperadamente de mantenernos distanciados de ellos. Los intrincados sistemas de evitación de encuentros en una calle de gran circulación dan buen testimonio de ello. Pero la agitación de la vida urbana crea tensiones, y las tensiones producen angustia y sentimientos de inseguridad. La intimidad calma estos sentimientos, y por eso, aunque parezca paradójico, cuanto más obligados nos veamos a mantenernos apartados, mayor es nuestra necesidad de establecer contactos corporales. Si nuestros seres amados nos aman lo bastante, la cantidad de intimidad que nos brindan será suficiente, y podremos salir a enfrentarnos con el mundo a cierta distancia. Pero supongamos que no es así; supongamos que, como adultos, hemos fracasado en la tarea de establecer lazos de intimidad con los amigos o los seres amados, y que no tenemos hijos: ¿qué haremos entonces? O supongamos que conseguimos forjar aquellos lazos, pero que después se rompieron o se fosilizaron en una lejana indiferencia, convirtiéndose el beso o el abrazo de «amor» en algo tan convencional como el apretón de manos en público: ¿qué pasará? Para muchos, la solución consiste simplemente en aguantarse; pero es que *existen* verdaderas soluciones, y una de ellas consiste en el empleo de «tocadores» profesionales, para compensar, en cierta medida, la escasez de contacto amistoso y amoroso que nos priva de la necesaria ración de intimidad corporal.

¿Quiénes son estos profesionales? Virtualmente, son todas las

personas desconocidas o poco conocidas que, a pretexto de prestarnos algún servicio especializado, tienen que tocar nuestros cuerpos. Este pretexto es necesario, porque nadie está dispuesto a confesar su propia inseguridad y su necesidad del contacto tranquilizador de otro cuerpo humano. Lo contrario sería una prueba de «blandura», de falta de madurez, de regresión; destruiría la imagen de adultos conscientes e independientes que nos forjamos de nosotros mismos. Por eso debemos conseguir nuestra dosis de intimidad en forma disfrazada.

Uno de los métodos más populares y extendidos es el de ponerse enfermo. Nada grave, desde luego: sólo una leve dolencia que incite a los demás a realizar consoladores actos de intimidad. Casi todas las personas se imaginan que, cuando son víctimas de alguna enfermedad leve, no han hecho más que tropezar con un virus hostil, con una bacteria o con cualquier otra forma de parásito. Si sufren un molesto ataque gripal, pongo por caso, creen que esto podría haberle ocurrido a cualquiera, a cualquiera que, como ellos, hubiese ido de compras a atestados almacenes, o subido a un autobús lleno de gente, o asistido a una de esas fiestas multitudinarias, donde toses y estornudos llenan incesantemente el aire de gérmenes patógenos. Sin embargo, los hechos no confirman este mudo de pensar. Incluso en el periodo más agudo de una epidemia de gripe, sigue habiendo muchas personas –igualmente expuestas a la infección– que no sucumben a ella. ¿Cómo es que *estas* se libran de tener que meterse en la cama? Y, en particular, ¿cómo consiguen los médicos conservarse tan sanos? Ellos, más que nadie, se exponen diariamente a la infección, y, sin embargo, proporcionalmente, no parecen enfermar tanto como las otras personas.

Por consiguiente, las enfermedades leves no parecen deberse únicamente a accidentes desgraciados. En las ciudades modernas, hay microbios nocivos en todas partes. Casi todos los días, en casi todos los lugares adonde vamos y donde respiramos, estamos expuestos a la infección. Si vencemos a los microbios, no es porque

consigamos evitarlos, sino porque nuestros cuerpos poseen un eficaz sistema de defensa que los mata a millones, continuamente. Si sucumbimos, ello se debe, más que a una exposición accidental, a que, por alguna razón, han menguado nuestras defensas corporales. Una de estas razones (¡parte de la higiene excesiva!) es que hemos dejado que las presiones de la vida urbana produzcan en nosotros tensiones excesivas. En nuestra condición debilitada, somos presa fácil de alguna variedad de los microbios nocivos que llenan el medio ambiente. Afortunadamente, la enfermedad lleva en sí misma la curación, porque, al obligarnos a meternos en la cama, nos proporciona el solaz de que antes carecíamos. Podríamos llamar a esto síndrome del «bebé temporal».

El hombre que se «encuentra mal» asume una apariencia débil e impotente, y empieza a transmitir poderosas señales seudoinfantiles a su esposa. Esta reacciona automáticamente como una «madre temporal» y empieza a cuidarle como una madre, obligándole a meterse en la cama (cuna) y a tomar sopa, bebidas calientes y medicamentos (alimento infantil). El tono de su voz se vuelve más suave (arrullo maternal), y la mujer revolotea alrededor del enfermo, tocándole la frente y realizando otras intimidades que brillan por su ausencia cuando él se encontraba bien, pero que las necesitaba con igual intensidad. Este comportamiento produce milagrosos efectos curativos, y el hombre vuelve pronto a enfrentarse activamente con el hostil mundo exterior.

Esto no significa que el hombre finja su enfermedad. Es indispensable que el paciente se halle real y visiblemente enfermo para provocar los necesarios cuidados seudomaternales. Esto explica la alta frecuencia de dolencias leves, pero muy debilitadoras e indoloras, en casos de enfermedades emocionalmente provocadas. Es importante no sólo estar enfermo, sino también que se vea que lo está.

Algunos considerarán cínicos estos comentarios; pero no es esta mi intención. Si las tensiones de la vida exigen que obtengamos mayores cuidados e intimidades de nuestros más próximos com-

pañeros, y nos obligan a buscar el cálido y suave refugio de nuestras «cunas», debemos considerarlo como un valioso mecanismo social, inmerecedor de burla.

En realidad, es un truco tan útil que ha llegado a sostener una importante industria. A pesar de los imponentes progresos tecnológicos de la medicina moderna y de lo que hemos dado en llamar conquista del medio, todavía enfermamos en asombrosa proporción. La mayoría de los pacientes no han ingresado nunca en una sala de hospital. Pueden ser pacientes ambulantes, parroquianos de farmacias o simplemente, enfermos que se tratan ellos mismos en su casa. Padecen una gran variedad de dolencias corrientes, tales como los resfriados, gripe, jaqueca, alergia, dolores en la nuca, amigdalitis, laringitis, dolores de estómago, úlceras, diarrea, erupciones cutáneas y otras cosas parecidas. La moda cambia de generación en generación —antiguamente, fueron «humores»; hoy, es «un virus»—, pero, en el fondo, la lista sigue siendo la misma. En términos de simple frecuencia, estos casos constituyen la inmensa mayoría de las enfermedades actuales.

Por ejemplo, en Inglaterra, se efectúan anualmente 500 millones de compras en las farmacias para tratar dolencias leves, lo cual equivale, aproximadamente, a diez indisposiciones anuales por habitante. Unos 100 millones de libras se gastan todos los años en estos productos. Y más de los dos tercios de estas enfermedades no son lo bastante graves para exigir los cuidados de un médico.

La razón de esta situación es bastante sencilla. La cifra de nuestra población aumenta constantemente, y nuestras comunidades están cada día más superpobladas, con el consiguiente aumento de las tensiones. El gran número de personas afectadas significa que cada vez se dispone de más dinero para la investigación médica, que, a su vez, descubre remedios más y más eficaces. Pero, mientras tanto, la población ha seguido aumentando, las tensiones sociales se han incrementado, y ha crecido la propensión a la enfermedad. Por consiguiente, se necesita más investigación médica, y así sucesivamente, en una tarea codo a codo hacia un futuro exen-

to de enfermedades que jamás ha de llegar.

Pero supongamos por un instante que peco de pesimista: supongamos que en un momento dado, se produce un milagro médico que destruye y extermina todos los parásitos. ¿Habremos llegado con esto a una situación en que el atropellado y emocionalmente lesionado ciudadano no podrá refugiarse impunemente en los tranquilizadores brazos de su lecho de enfermo? Hay poquísimas probabilidades de que este milagro se produzca jamás, pero, aunque se produjese, todavía le quedarían varias alternativas al «bebe temporal». Estas se emplean ya frecuentemente en la actualidad. A falta de virus o bacterias adecuados, podemos sufrir una «crisis nerviosa». Las dolencias mentales leves tienen la ventaja de que pueden actuar a falta de microbios, y son igualmente eficaces como productoras de alivio. En realidad, son tan eficaces que incluso un asesino puede alegar «trastorno mental transitorio» como excusa de su acción, y ver reducida su pena gracias a la «disminución de su responsabilidad», con lo que vuelve a tratársele como si fuese un «bebe temporal». El alegato de que padecía un resfriado en el momento del asesinato le sería mucho menos útil; por consiguiente, cuando la tensión se hace exagerada, el papel de la crisis nerviosa es importante como artificio sucedáneo. Su principal inconveniente radica en que muchas de las versiones leves de enfermedad mental carecen de los síntomas externos necesarios para provocar las tan necesitadas reacciones confortadoras. El individuo emocionalmente lesionado tiene que acudir a manifestaciones extremas para provocar la respuesta requerida. La angustia interior es insuficiente; pero, después de un fuerte y ruidoso ataque de histerismo, tiene muchas probabilidades de que su cuerpo agotado se vea cariñosamente rodeado por los brazos de un ansioso consolador. Si la crisis es aún más violenta, puede verse sujetado por otros brazos más enérgicos; pero incluso en este caso no lo habrá perdido todo porque habrá conseguido, aunque en forma desesperada, establecer alguna clase de íntimo contacto corporal con otro ser humano. Sólo si pierde absolutamente el

control puede fracasar y verse condonado al solitario abrazo de las mangas de lona de la camisa de fuerza.

La segunda alternativa, a falta de parásitos extraños, es el empleo de los propios microbios endógenos del paciente, es decir, los que ha llevado en su cuerpo durante toda su vida. Para explicar mejor este proceso, debemos observar más de cerca, al microscopio, la superficie de nuestro cuerpo.

Muchas personas parecen creer que *todos* los microbios son nocivos y están automáticamente asociados con la enfermedad o con la suciedad; pero esto no es cierto. Cualquier bacteriólogo confirmará que esto no es más que un mito moderno de la nueva religión de la higiene; la religión cuyas plegarias de aerosol libran a sus fieles de todo germen conocido, cuya agua bendita es la solución antiséptica y cuyo dios es totalmente estéril. Desde luego, *hay* gérmenes nocivos y aun mortales que deben ser implacablemente destruidos. No lo niego. Pero, ¿qué decir de los «gérmenes» cuya principal actividad es matar a otros gérmenes? ¿Debemos realmente matarlos a todos?

Lo cierto es que cada uno de nosotros está protegido por un numeroso ejército de microbios amigos, que no nos perjudican, sino que nos ayudan activamente a conservar la salud. Sobre nuestra piel sana y limpia hay, por término medio, cinco millones de aquellos por centímetro cuadrado. La saliva corriente, al ser escupida, contiene entre diez y mil millones de bacterias por centímetro cúbico. Cada vez, que defecamos, perdemos 100.000 millones de microbios, pero éstos son rápidamente remplazados dentro del cuerpo. Esta es la condición del animal humano adulto. Si consiguiésemos «libramos» de nuestros propios microbios por toda la vida, nos colocaríamos en una posición gravemente desventajosa. Entre otras cosas, seríamos menos resistentes a los microbios externos y realmente nocivos que nos atacarían de vez en cuando. Minuciosos experimentos con animales de laboratorio, libres de gérmenes, así lo han demostrado. Nuestra carga natural de microbios corporales es, pues, muy valiosa para nosotros; pero tiene

una pega. Tenemos que pagar un alto precio por sus buenos servicios; pero incluso ellos pueden desmandarse cuando nuestra tensión es excesiva. Algunas de nuestras dolencias son producidas, no por contagio de otras personas, sino por una súbita erupción y «superpoblación» de nuestros propios microbios «normales». Las medidas corrientes de higiene pública, encaminadas a atajar las infecciones de unas personas a otras, no sirven para estos casos: nosotros no “pillamos” la enfermedad, sino que siempre hemos llevado encima sus factores. Esto es particularmente así en muchos de los trastornos digestivos frecuentes en el paciente sometido a una gran tensión emocional. Si sufrimos un trastorno gástrico, lo atribuimos a «algo malo» que hemos comido; pero sorprende que una persona sana y dichosa pueda ingerir lo mismo sin que le pase nada. Lo más probable es que casi todos los leves trastornos gástricos e intestinales que padecemos se deban a una incapacidad de adaptación a las presiones y tensiones de la vida moderna. Para comprenderlo, bástenos observar una película de historia natural de una bandada de sanos buitres en las llanuras africanas, devorando la carne podrida de un animal muerto; escena que antes nos revolverá el estómago a nosotros que a las aves en cuestión.

La tercera alternativa del ser humano necesitado de cuidados es bastante más drástica. Si fallan la enfermedad mental o la enfermedad endógena, puede, con un poco de agitación y de descuido, ser muy propenso a los accidentes. Si tropieza y se rompe un tobillo, no tardará en lamentarse de que ha quedado «inútil como un bebé» y en ser ayudado y consolado como un bebé auténtico. Pero, ¿acaso los accidentes no son accidentales? Desde luego, pueden serlo; pero es sorprendente observar cómo varían las personas en su propensión a sufrir lesiones «accidentales». En una reciente investigación realizada en un hospital sobre los antecedentes de los pacientes enfermos, se empleó cierto número de pacientes accidentados como grupo de control, porque se presumía que estos estaban hospitalizados “por accidente”, en los dos sentidos de

esta palabra. Los resultados demostraron que, lejos de ser así, las víctimas de accidentes estaban más emocionalmente trastornadas que los hospitalizados enfermos.

Vemos, pues, que el morador de la ciudad que busca alivio a su tensión tiene varias maneras de conseguir una adecuada inutilidad que provoque las intimidades de los que le cuidan. El hecho de estar levemente enfermo de vez en cuando tiene considerables ventajas, y si estas no pueden conseguirse de una manera, hay otras para lograrlo. Sin embargo, este método de aumentar las intimidades entre adultos tiene también sus inconvenientes. En todos los casos, exige que el individuo enfermo adopte una actitud sumisa. Para lograr las atenciones aliviadoras requeridas por su dolencia, tiene que hacerse mental o físicamente inferior a aquellos que le cuidan. Esto no era así en los jóvenes amantes, que se «ablandaban» de un modo recíproco que no rebajaba su condición social. Además, el baño tibio del paciente no tarda en enfriarse cuando éste recupera la salud y el vigor y cesan bruscamente las tiernas intimidades de los que le han cuidado. Fue un alivio temporal, y la única manera de prolongarlo es convirtiéndose en un inválido crónico de esos que «disfrutaban en el balneario». Pero, aparte de prolongar la situación de inferioridad, esto presenta un nuevo peligro: el de la escalada de la dolencia. El fuego confortador puede extenderse o incendiar toda la casa. Incluso empleado como medida a corto plazo, siempre existe el riesgo de un perjuicio prolongado para el organismo, como saben muy bien los que padecen úlceras. Sin embargo, para muchos que encuentran insoportables las tensiones de la vida moderna, el riesgo vale la pena de ser corrido. Un respiro temporal es mejor que no tener ninguno. Si la suerte les acompaña, esto les dará tiempo a recargar sus baterías emocionales, con lo que, hablando en términos biológicos, podemos decir que adquirirán una probabilidad considerable de supervivencia en las atestadas comunidades humanas actuales.

Aunque una gran parte del alivio obtenido de este modo procede

de los compañeros más íntimos del paciente, cuyo grado de intimidad aumenta espectacularmente en la mayoría de los casos, el fenómeno de «ponerse enfermo» proporciona también la recompensa adicional de las íntimas atenciones de un grupo de personas relativamente extrañas: los miembros del cuerpo médico. Los médicos tienen permiso para tocar y para hacerlo en un grado de intimidad prohibido a la mayoría de los adultos. Intuitivamente conscientes de este importante elemento de su trabajo, saben muy bien el valor curativo del «comportamiento de cabecera». El efecto sedante de una palabra pronunciada a media voz, el confiado contacto de la mano que toma el pulso o percute el pecho o vuelve la cabeza para examinar los ojos o la boca, son otras tantas acciones de contacto corporal, que a algunos les hacen más efecto que un centenar de píldoras.

A veces, un médico ordenará el traslado de un paciente a una cama de hospital, por motivos puramente emocionales. Para el individuo cuya tensión es debida únicamente al mundo exterior, este traslado es innecesario. Quedándose en casa y guardando cama, escapa a la tensión que tanto le perjudica. Pero si la tensión reside en su propia casa, esta evasión es imposible. Si las presiones emocionales se originan en el seno mismo de la unidad familiar, puede que ni su dormitorio le sirva de escondite donde acurrucarse y buscar el alivio que tanto necesita. En tal caso, la cama del hospital es la única solución, siempre que las horas de visita sean breves.

Como hemos visto, para el adulto que busca la intimidad, la solución médica es un tanto confusa, y éste haría bien en buscarla en otra parte. Si es religioso, puede recibir quizás un alivio claro de manos de un sacerdote; pero, si no lo es, puede buscar otros contactos tranquilizadores.

Existe todo un lozano mundo de acondicionamiento y embellecimiento corporal, donde un ejército de profesionales está preparado para frotar, golpear, suavizar y dar tirones y palmadas a casi todas las partes del cuerpo que uno les indique. Es una especie de

«medicina para sanos», donde el desagradable estigma de la enfermedad es sustituido por un ambiente predominantemente atlético o cosmético. Al menos, así parece; pero, una vez más, existe aquí un poderoso elemento de contacto corporal por el propio contacto inherente a todas estas actividades. Que una joven de masaje a un hombre de los pies a la cabeza, es un procedimiento casi tan íntimo como si ambos se hiciesen el amor. En algunos aspectos, lo es incluso más pues, al terminar el masaje, la joven habrá establecido contado activo con casi todas las partes del cuerpo del varón, aplicándoles por turno una rica variedad de presiones, toques y ritmos táctiles. Y aquí nos atrevemos a decir que está lo malo, pues la interacción, aunque no involucre contacto sexual directo, es demasiado íntima para la comodidad de algunos hombres.

Tal vez sería más exacto decir que es demasiado íntimo para la comodidad de la sociedad occidental. En privado, el cuerpo objeto de masaje sentiría un indudable alivio; pero, en nuestra sociedad, la imagen pública de un sillón de masaje no es lo que debería ser. Alguien tendió a reducir el presunto erotismo de esta actividad estableciendo la segregación de sexos, de modo que los hombres diesen masaje a los hombres, y las mujeres, a las mujeres. Pero ni siquiera esta medida bastó para que esta forma intrínsecamente inofensiva de contacto corporal tranquilizador fuese generalmente aceptada por la sociedad moderna. Al eliminarse el contacto heterosexual, se allanaba inevitablemente el camino a las turbias murmuraciones sobre el elemento homosexual. Sólo los varones esencialmente atléticos pueden desdeñar fácilmente esta imputación. Para el boxeador o el que practica la lucha libre, no existe problema. Como los futbolistas triunfantes, que se abrazan apasionadamente en público sin provocar la menor crítica, debido a su evidente papel agresivo y masculino, el pugilista puede disfrutar en la mesa del masaje, sin comentarios adversos. En teoría, toda la población adulta podría seguir este sistema y hacerlo sin el menor matiz sexual, independientemente de los sexos; pero en la

práctica esto no ocurre así, y la mayoría a la cual está vedado el masaje tiene que buscar en otra parte las intimidades corporales propias de los adultos.

Una manera de resolver este problema consiste en multiplicar el número de los actores, eliminando la atmósfera que rodea a una «pareja» íntima. Esto se practica en muchos gimnasios y campos de deporte, donde se reúnen grupos de personas para realizar movimientos que incluyen una gran variedad de contactos corporales, sin crear el ambiente propio de dos «adultos condescendientes en privado». Otro método consiste en sustituir el o la masajista humanos por una máquina estrictamente asexual que no tiene brazos, sino un impersonal cinturón de lona que establece mecánicamente el íntimo contacto.

Una solución más comúnmente empleada es limitar los contactos a las partes menos privadas del cuerpo humano. Con esto entramos en el mundo totalmente aceptable de los peluqueros y expertos en belleza, deteniéndonos únicamente para echar una última y compasiva mirada al mundo del masaje, algunos de cuyos practicantes intentaron una restricción similar mediante el taimado anuncio de que sólo «se da masaje a los brazos y las piernas».

Dado que, en la sociedad occidental, todos exponemos la cabeza a las miradas del público, el peluquero no tiene que desnudar nada para realizar sus contactos corporales profesionales. Todos vemos lo que él, o ella, manipula. Sin embargo, como vimos en un capítulo anterior, el hecho de tocar la cabeza está normalmente reservado a los parientes o íntimos amigos, y caracteriza, en especial, los contactos amorosos entre jóvenes enamorados. Entre adultos desconocidos es poco menos que tabú, y por eso el peluquero, con un disfraz de profesional de la cosmética, puede llenar una importante laguna para el adulto falto de contacto. Esto no significa que el papel cosmético carezca de importancia, sino solamente que hay en la peluquería más de lo que ven los ojos del espejo.

El cuidado de la cabeza, en su doble papel cosmético-íntimo, se

remonta a miles de años atrás. Y si queremos incluir a nuestros antepasados primates, podemos elevar aquella cifra a millones de años. El cuidado y la ternura que podemos observar en cualquier jaula de monos de un parque zoológico, cuando un mico manosea amorosamente los pelos de la cabeza de un compañero, dejan pocas dudas sobre el elemento de intimidad inherente a esta acción. La limpieza no puede, por sí sola, explicar el éxtasis de esta forma de acicalamiento de los primates. Y lo propio ocurre en nuestro caso, salvo que nosotros no podemos, naturalmente, extender la interacción a todo el cuerpo, como hacen los velludos monos. Sólo al vestir nuestra piel desnuda, los diestros y delicados dedos del sastre, al ajustar nuestro nuevo traje, evocan ligeramente –muy ligeramente– la ancestral sensación del asco del pellejo por nuestros viejos compañeros.

Para los monos, el aseo del pelo por un tercero es un acto de vinculación social; por eso no es de extrañar que, en remotos períodos de nuestra Historia, fuesen muy raros los peluqueros profesionales. El cabello era cuidado por los íntimos y no por personas relativamente extrañas. En los tiempos en que vivíamos en pequeñas tribus esto era inevitable, ya que todos los miembros del grupo social se conocían personalmente. Más tarde, cuando se produjo la revolución urbana y nos encontramos cada vez más rodeados de personas extrañas, el peinado y otras actividades similares se restringieron a una interacción entre parientes próximos. Mucho más tarde, con la complicación del tocado después de la Edad Media, los miembros distinguidos de la sociedad tuvieron que acudir a los expertos, y los peluqueros profesionales empezaron a hacer su agosto. Al principio, y tratándose de damas, los servicios de aquéllos se prestaban reservadamente en la casa de sus clientes: pero gradualmente se fueron abriendo salones públicos, a los que fueron en tropel las damas elegantes. A pesar de ello, esta costumbre no se vulgarizó hasta la segunda mitad del siglo pasado. Y empezó la carrera. En 1851, había ya 2338 peluqueros en Londres; pero, cincuenta años más tarde, 1901, aquella cifra se

había elevado a 7.771, en un crecimiento espectacular que superaba proporcionalmente el aumento general de la población de la ciudad. Las razones de este cambio fueron, en parte, económicas; pero quizás intervino también otro factor, pues la mujer victoriana estaba sujeta a severas restricciones en otras maneras de establecer contactos corporales con adultos. En esa época, las normas de conducta eran tan estrictas que, en un período tan restrictivo, la caricia de las manos del peluquero debió ser bien recibida. No sólo aumentó progresivamente el número de clientes femeninos, sino también la frecuencia de sus visitas. En el siglo actual, esta costumbre pasó de las grandes ciudades a los pequeños pueblos, siendo adoptada por casi toda la población femenina.

Advirtiendo que sus modernos parroquianos anhelaban una mayor intimidad que la que podía proporcionarles el simple cuidado del cabello, el nuevo ejército de «tocadores» profesionales amplió el campo de sus actividades, dedicando sus delicadas atenciones a todas las zonas en que la piel estaba descubierta. Las manicuras se hicieron populares. El cuidado del «cutis» entró en escena. Se aplicaron mascarillas de crema, se alisaron las arrugas y se «entónó» la piel pálida, último estilo de maquillaje practicado por manos profesionales. «La belleza –proclamó *Vogue*, en 1923– merece la máxima dedicación.» Es innegable que el primer motivo fue visual, pero las crecientes intimidades táctiles necesarias para obtener el deseado efecto visual adquirieron también gran importancia. Visitar un moderno salón de belleza es pasar por una experiencia táctil.

En comparación con la mujer, el varón moderno recibe pocas intimidades de esta clase. Algunos hombres se hacen hacer la manicura y masaje del cráneo, y algunos se hacen afeitarse por el barbero; pero la mayoría visitan al peluquero para un rápido corte de pelo y vuelven a casa para lavarse ellos mismos la cabeza. Es interesante observar que el peluquero hace todo lo posible por aumentar la intimidad del simple corte de pelo mediante un truco ritual. Si es usted varón, la próxima vez que visite a su barbero

escuche el ruido de sus tijeras, y observará que, por cada vez que corta unos cabellos, corta varias veces «el aire», haciendo chocar las hojas velozmente antes de practicar un verdadero corte. Estos cortes en el aire no tienen la menor función mecánica, pero dan la impresión de una gran actividad alrededor del cráneo, aumentando eficazmente la impresión de «contacto-complejo».

A pesar de todo, la intimidación inherente a tales operaciones es sumamente limitada, y resulta sorprendente que los varones actuales acepten tantas restricciones. Con el retorno de los cabellos largos masculinos, observaremos, tal vez, algún cambio. Pero hay que reconocer que hasta ahora, más bien se ha observado lo contrario. En todo caso, el pelo largo masculino significa una reducción del limpio corte de cabello, mientras que las operaciones de lavado siguen practicándose principalmente en casa. Sólo en los centros urbanos más refinados existen indicios de que los nuevos estilos de peinado producen una mayor actividad en las peluquerías; pero aún no sabemos si esta costumbre va a desarrollarse. Se trata de una moda nueva, y, si perdura, todavía tardará algún tiempo en recobrar su respetabilidad de antaño. Se la tilda injustamente de «afeminada» por los varones maduros, los cuales no han comprendido aún que el estilo del cabello corto nació como una manera de lucha contra los piojos, y que empeñarse en conservar este estilo en una época en que ya no hay piojos, es el colmo del absurdo. Mientras subsista este prejuicio, muchos jóvenes se resistirán a seguir la nueva tendencia hasta su lógica conclusión y a volver a disfrutar de más complejas intimidaciones de tonsura.

Casi la única intimidación cosmética de la que el hombre moderno disfruta más que la mujer, es la que proporciona el limpiabotas, e incluso esta actividad ha perdido terreno en los últimos tiempos. En la mayoría de las grandes ciudades, la tienda del limpiabotas se ha convertido en poco más que una curiosidad, que sólo puede encontrarse en uno o dos puntos determinados. Aparte de ciertas intimidaciones sexuales estudiadas anteriormente, ésta es, probablemente, la única ocasión en que el hombre moderno ve arrodillarse

a sus pies a otro ser humano para realizar un acto de contacto corporal, y, desde luego, es la única ocasión en que esto se produce en público. (El dependiente de una zapatería suele evitar esta posición, sentándose e inclinándose hacia delante.) El hecho de ponerse de rodillas para limpiar unos zapatos produce una impresión tan fuerte de servilismo, que puede ser muy bien la causa de la decadencia de este oficio. En tiempos pasados, el hombre aceptaba más fácilmente un alarde de humildad de esta clase, pues, con ella, la intimidad resultaba doblemente satisfactoria: pero el desarrollo del concepto de igualdad humana hace que este exceso de sumisión resulte casi molesto. Un beso simbólico de nuestros pies es demasiado para nosotros, y por eso se extingue la raza de los limpiabotas. Y no es que hayamos dejado de apreciar los servicios humillantes – ¡ojalá fuese así!–, sino que no queremos que *se vea* que nos complacen.

En este breve examen de los «tocadores» profesionales hemos aludido al médico, a la enfermera, al masajista, a los profesores de gimnasia y de cultura física, al peluquero, al sastre, a la manicura, al experto en belleza, al especialista en maquillaje, al barbero, al limpiabotas y al dependiente de zapatería. Podríamos añadir a esta lista otras muchas ocupaciones, tales como el confeccionista de pelucas, el sombrerero, el pedicuro, el dentista, el cirujano, el ginecólogo y toda una serie de especialistas médicos o semimédicos. De todos éstos, pocos merecen comentario especial. El dentista produce, en general, demasiada tensión para que sus intimidades orales representen contactos satisfactorios. El cirujano, cuyas intimidades corporales son más profundas que las del más apasionado amante, también produce, gracias al empleo de la anestesia, poco impacto emocional.

Las acciones que se realizan durante el examen de una paciente por el ginecólogo son parecidas, a nivel descriptivo, a los contactos genitales antes descritos, pero tampoco aquí existe, paradójicamente, el menor alivio en la intimidad. Una intensa atmósfera profesional reduce actualmente la violencia de la situación, y am-

bos actores permanecen en guardia contra cualquier interpretación errónea del contacto anatómicamente sexual. Así como el hecho de sostener la mano de una mujer para tomarle el pulso puede proporcionar la ventaja secundaria de una intimidad corporal, el tocamiento del aparato genital es forzosamente *tan* íntimo, que las barreras emocionales se cierran inmediatamente y aquella ventaja resulta imposible.

En tiempos pasados, la naturaleza especial de los reconocimientos ginecológicos fue causa de innumerables molestias para los ginecólogos bienintencionados. Hace trescientos años, se le pedía a veces que entrase a gachas en el dormitorio de la mujer encinta, para impedir que ésta viese la cara del dueño de los dedos que habían de tocarla tan íntimamente. En épocas posteriores, se le obligó a trabajar en la habitación a oscuras y a agarrar a la criatura por debajo de las sábanas. Un dibujo del siglo XVII lo muestra sentado a los pies de la cama, con la sábana introducida en el cuello como una servilleta, a fin de que *no* viese lo que hacían sus manos: procedimiento que evitaba la intimidad, pero hacía sumamente arriesgada la operación de cortar el cordón umbilical.

A pesar de estas curiosas precauciones, el comadrón fue siempre mirado con recelo, y, no hace más de doscientos años, un serio libro de texto sobre la teoría y la práctica del parto fue abiertamente censurado como «el libro más obscuro, indecente y vergonzoso que jamás haya salido de la prensa». Inútil decir que eran casi siempre los hombres los que se quejaban, y las mujeres las que pagaban las consecuencias. Durante siglos, la naturaleza sexual de las intimidades inherentes a la asistencia en un parto constituyó grave obstáculo para los eficaces cuidados médicos. En general, hombres sumamente competentes eran desterrados del dormitorio de la parturienta, y el trabajo era realizado por comadronas, poco hábiles y con frecuencia supersticiosas. (La palabra inglesa *midwife* –comadrona– significa simplemente «con-la-esposa», sin aludir al sexo de la persona en cuestión, aunque actualmente se aplica únicamente a la mujer, hecho que refleja la

antigua prohibición que pesaba sobre el hombre.) Como resultado de esto, fueron muchas las mujeres que murieron de parto y muchísimos los niños que sucumbieron en el acto de nacer o en el primer mes de su vida. Muchos de estos casos se debieron enteramente a las normas de antiintimidad, que impedían la prestación de servicios especializados.

Tenemos, pues, aquí, un ejemplo de tabú sexual que produjo grandes calamidades sociales e influyó en todo el curso de la Historia. Tenían que pasar muchos años y acumularse innumerables desdichas humanas, para que prevaleciese el sano juicio y para que la ciencia barriese los antiguos prejuicios. Sólo observando las normas de conducta más severas pudieron los profesionales ir eliminando gradualmente aquellas viejas estupideces. Pero, a pesar de ello, aún subsisten ecos de los remotos temores, y el reconocimiento ginecológico moderno sigue siendo incómodo en la esfera del contacto corporal.

Sólo existe un sector de actividad social donde no padecen de este modo los contactos sexuales, y no es otro que la profesión teatral. Actores y actrices, incluidos los artistas de ballet, los cantantes de ópera y los modelos fotográficos, disfrutaban de una vida profesional en la que están plenamente autorizados para tocarse de modo sexual. En sus representaciones, se besan y acarician, se abrazan o se pegan, siguiendo las indicaciones del director. Todo lo que figura en el libro está dentro de la «ley» social, y el actor o la actriz pueden, durante sus horas de trabajo, disfrutar de muchas formas de contacto corporal. Tratándose de una profesión tan insegura, esto constituye, indudablemente, una importante ventaja, aunque los extremos a veces requeridos pueden crear dificultades. Es muy difícil simular que se hace el amor a alguien, aunque sea un colega profesional, una y otra vez, sin que empiecen a tildarse en su relación las reacciones emocionales básicas, y así ocurre con mucha frecuencia, en detrimento de otras relaciones íntimas mantenidas en el mundo «real» exterior. Si las intimidades sexuales son imitadas a conciencia, no es fácil suprimir las verdaderas

reacciones biológicas que suelen acompañarlas.

Otro contacto peligroso para las estrellas que nos deslumbran en el mundo del espectáculo es el entusiasmo físico de sus más ardientes partidarios. En los lugares públicos, pueden verse atropelladas por los ansiosos «fans», empeñados en tocar a su ídolo. A un nivel moderado, esto puede proporcionar una recompensa emocional agradable, pero, en ocasiones, puede producir magulladuras e incluso lesiones. El tremendo afán de tocar los cuerpos de músicos y cantantes célebres —e incluso de algún político famoso— ha alcanzado recientemente enormes proporciones. Para las entusiastas chicas que siguen a los más famosos astros *pop* no existen barreras.

Al aludir a estas interacciones entre los astros *pop* y sus «fans», nos hemos apartado de la situación en que el contacto es parte inherente de la actividad profesional en sí. Un masajista o un peluquero *tienen* que tocar a su cliente, o no puede realizar su labor; en cambio, el cantante no tiene que tocar ni ser tocado para interpretar sus canciones. El hecho de que su función en la sociedad le haga más «tocable», es un factor secundario. Una condición similar se aplica a otras esferas, de las que la policía nos brinda un evidente ejemplo.

La función del policía no es tocar a la gente, pero está autorizado a hacerlo con mucha mayor libertad que todos los demás. Puede ponernos las manos encima, de un modo que nos ofendería si se tratase de otra persona cualquiera. Puede tomar a un niño de la mano, en la calle, sin provocar comentarios. En una aglomeración, puede empujarnos para mantenernos a raya, y aceptamos con igual facilidad este contacto. Si nos echa la zarpa cuando nos mostramos violentos, no solemos reaccionar agresivamente, como haríamos con cualquiera que nos tratase de modo parecido. Solo en casos extremos de violencia, cuando se quiebra su propio refrenamiento y empieza a comportarse. Frente a una intensa provocación, como un matón uniformado, damos rienda suelta a nuestras reacciones. Entonces, y contrastando con la anterior situación,

nuestra furia no conoce límites, como han demostrado recientes y demasiado frecuentes algaradas. Es como si, después de darle un permiso limitado para tocarnos, nos pareciese inaceptable el abuso de esta autorización, lo mismo que ocurre cuando un maestro de coro se porta mal con uno de los coristas infantiles, o un maestro con un alumno. Como resultado de ello, si el policía se ve obligado a quebrantar reiteradamente aquella limitación, se convierte rápidamente en un hombre odiado y violentamente atacado cuando se reúne la irritada turba. Sólo en países como Gran Bretaña, donde la policía es deliberadamente situada, sin armas, en las calles, se han observado señales de una ligera contención por ambos bandos en las peores algaradas civiles de los últimos años. Es como si la circunstancia de que ambos bandos se ven obligados a establecer la importante intimidación corporal de la lucha a brazo partido, en vez de las antiguas barbaridades del porrazo en la cabeza y la lucha a palos, o las aún más remotas brutalidades de las armas de fuego, tuviese cierta influencia restrictiva en las hostilidades. En el fondo, estos encuentros pueden ser no menos brutales; pueden saltarse ojos y palearse testículos, pero estos actos de crueldad son sumamente raros. Comparadas con las antiguas escenas de cráneos abiertos y sangrantes, las luchas a brazo partido en Londres y en otras ciudades británicas empiezan a parecer casi civilizadas, y lo paradójico es que adquieren este carácter al volver a las formas más íntimas de los combates sin armas de antes de la civilización.

Existe, en las películas, un tópico muy conocido, en el que dos hombres duros, por lo demás admirables, se lían a puñetazos para liquidar alguna antigua pendencia. El público entendido sabe muy bien que, si los dos hombres empiezan a flaquear después de propinarse una paliza agotadora, no tardará en surgir entre ellos una nueva y sólida amistad. Cuando los dos magullados brutos caen al suelo, es casi seguro que un par de labios escupirá un diente arrancado y sonreirá, con admiración, al igualmente derrotado rival. Al cabo de unos momentos, nuestros héroes se ayudarán a

levantarse y se irán trabajosamente hacia el bar (siempre hay un bar cerca) para tomar juntos unas copas reanimadoras. Después de esto, podemos tener la seguridad de que nada volverá a separarlos y de que se convertirán en una pareja indomable de desfacedores de entuertos, hasta que, al final de la película, uno de ellos morirá valientemente por salvar la vida al otro, exhalando el último suspiro entre los brazos amigos de éste, que antes le había hecho papilla el rostro.

La moraleja de esta animada fábula es, naturalmente, que un enemigo ardiente es mejor que un amigo frío, y sirve para confirmar la importancia de las intimidaciones corporales involucradas en el tema. Es, casi, como si cualquier forma de intimidación, incluso violenta, puede producir un lazo afectivo entre dos antagonistas, siempre que se realice sobre una base suficientemente personal. Inútil decir que es peligroso generalizar, y que esto no puede servir de excusa a la violencia; pero ignorar completamente el fenómeno porque asusta, es igualmente equivocado.

Lo malo es que la violencia impersonal ha alcanzado recientemente tales extremos, que ha llegado a convertirse en un tabú casi total. Para la sociedad sexualmente tolerante, la violencia, toda clase de violencia, con independencia de su grado y del contexto, ha llegado a constituir la nueva restricción filosófica. En el amplio contexto en que se pretende implantarlo, el credo de que debemos hacer el amor, no la guerra es irrefutable; pero el mensaje incluido en las luchas rituales de película nos lleva a considerar una posible excepción a esta regla general. Por supuesto, no me refiero a nada tan salvaje como la pelea descrita más arriba. Pero, en vez de esto, imaginemos una situación en que determinadas personas han reprimido hasta tal punto su agresividad, que incluso ante una intensa provocación «no pondrán un dedo» sobre el cuerpo de los provocadores. Llevar a este extremo la no violencia puede crear una nueva forma de antiintimidación. Véase un ejemplo.

Si dos individuos, por la razón que fuere, han visto enfriarse inevitablemente su relación, ésta puede llegar a congelarse en una

atmósfera de hipócrita contención. La fina y dura sonrisa de un odio reprimido puede cortar como un cuchillo. A veces, en tales condiciones, la explosión de los sentimientos en una riña abierta, acompañada de una moderada pero agresiva interacción, puede despejar el aire como una tormenta largo tiempo esperada y aflojar la nociva tensión. Quizá por vez primera en muchos meses, la enojada pareja se trabará con los brazos, y, aunque sea para sacudirse violentamente y no para abrazarse con cariño, sentirá, desde hace mucho tiempo, el primer contacto realmente significativo. Desde luego, una situación en que el contacto sólo pueda establecerse de esta manera hostil es una situación desesperada, y puede fallar. Pero, en ocasiones, puede tener éxito, y el acto de prescindir de este hecho porque no está de acuerdo con la corriente cultural moderna, es lo mismo que olvidar otra faceta del poderoso impacto emocional que puede producir la intimidad corporal en los lazos afectivos entre dos seres humanos.

Un esquema parecido de comportamiento es el de los juegos de lucha de los niños o de las «barrabasadas» entre amigos adultos. Una vez más, los contactos corporales inherentes a estas acciones producen un impacto emocional, porque van acompañados de un mensaje tácito que dice: «Aunque me muestro agresivo, tú sabes que de *veras* no lo soy.» Sin embargo, este mensaje es muy sutil, y las luchas en broma, en cualquier edad, pueden constituir una interacción de equilibrio muy inestable. El hombre que, en broma, descarga un manotazo a la espalda de un compañero, puede fácilmente invertir la señal en este sentido: «Aunque finja mostrarme jocosamente agresivo, puedes ver por la manera de hacerlo, que no es así.» Emplea el manotazo porque éste ha sido aceptado como un juego, pero las acciones que lo acompañan y la dureza del golpe demuestran a las claras a sus compañeros que ha invertido el sentido del mensaje.

Una complejidad parecida existe en el caso, mencionado más arriba, de la pareja enemistada. Si frente a una provocación extrema la reacción no es más que un débil bofetón o una sacudida

de los hombros del otro, el mensaje quiere decir: «Aunque me has hecho sentir deseos de romperte la boca, esto es todo lo que hago». En cambio si la provocación no es extrema, incluso el más moderado contacto agresivo transmite una señal desagradable y hosca.

Los sutiles peligros de la lucha en broma pueden observarse a veces claramente cuando dos muchachos empiezan a forcejear un una esquina. Al principio, ambos siguen las reglas de una agresividad fingida. Todas las llaves y empujones se realizan con la intensidad adecuada: lo bastante fuerte para que sea un juego de fuerza, pero no lo bastante para que se convierta en verdadera violencia. Si este delicado equilibrio se rompe accidentalmente y uno de los muchachos se hace daño, el panorama cambia completamente. Ahora, el perjudicado replica con más lucha, y, si ambos no logran dominar la situación, el juego se convierte poco a poco en lucha de verdad. Los cambios que indican esto son difíciles de analizar, pues incluso la lucha en broma puede parecer bastante real. En general, las señales reveladoras se manifiestan en las expresiones faciales, que, en vez de ser tranquilas y sonrientes, o exageradamente agresivas, se vuelven duras y fijas. Y a menudo van acompañadas de pulidez o enrojecimiento del rostro.

Los luchadores profesionales suelen hacer imitaciones de este cambio. El «malo» hace deliberadamente una trastada al bueno, el cual se muestra exageradamente indignado, protesta ante el árbitro y pide comprensión al público. Después, se lanza desalmadamente contra su rival, simula olvidar las normas convencionales de la lucha y dejarse llevar por la más desentrenada violencia, devolviendo mal por mal y el público lanza rugidos de aprobación. Pero aquí incluso la agresión incontrolada está sujeta a normas, y el público, que participa en el juego, lo sabe perfectamente. Si un luchador lesiona de veras a su contrincante, se acaba inmediatamente la comedia, y, en vez de producirse la «salvaje represalia», todos los interesados dan muestras de preocupación.

Pero dejemos este peligroso tema y observemos las más inofensi-

vas y tiernas intimidades en una pista de baile. En los casos en que actúan profesionales, autorizados para tocar, el baile ofrece posibilidades limitadas. Ciertamente que el adulto que busca alguna forma de contacto corporal puede conseguirla utilizando los servicios de un profesor o profesora de baile, e incluso, en ciertas localidades, puede un varón acudir a salas de baile donde hay muchachas profesionales que le servirán de pareja mediante el pago de una cantidad por cada baile: pero en la actualidad el mundo del baile social corresponde principalmente a los aficionados. En fiestas, discotecas y salas de baile, personas absolutamente desconocidas, pueden reunirse y discurrir por el salón abrazados normalmente. Y las que se conocen de antes pueden pasar de una relación a distancia a otra de contacto. En nuestra sociedad, la función principal del baile es que permite, dado su especial contexto, un espectacular aumento de la intimidad corporal, que sería imposible en otra parte. Si el mismo abrazo completo y frontal lo realizasen dos desconocidos, o casi desconocidos, fuera de la pista de baile, su impacto sería completamente distinto. El baile desvaloriza, por decirlo así, la significación del abrazo, rebajándola a un nivel en el que éste puede darse sin miedo a una repulsa. Una vez producido, el individuo tiene la oportunidad de aprovechar su poderosa manía. Pero si esta falta, el formalismo de la situación permite una digna retirada.

Como otros muchos aspectos de la intimidad corporal, el baile tiene una larga historia, que se remonta a nuestro pasado animal. En términos de comportamiento, su ingrediente básico es el repellido movimiento intencional. Si observamos los pasos de danza de diferentes pájaros, nos daremos cuenta de que los rítmicos movimientos que efectúan suelen empezar marchando en una dirección, después de lo cual se paran, se mueven en dirección contraria, vuelven a pararse, y así sucesivamente. Al ir de un lado a otro, adelante y atrás, o arriba y abajo, el pájaro hace una elocuente exhibición delante de su pareja. Se halla en un estado conflictivo, entre dos fuerzas que le impulsan a avanzar y a retroceder. En el

curso de la evolución, el ritmo de estos movimientos intencionales se fijó, y la exhibición tomó un aspecto ritual. La forma de este varía según las especies y, en todo caso, es característico de sus particulares preparaciones sexuales.

La mayoría de nuestros movimientos de danza tuvieron el mismo origen, pero, en nuestro caso, no evolucionaron hacia una forma fija. Por el contrario, al desarrollarse culturalmente se hicieron sumamente variables. Muchas de las acciones de los bailarines humanos no son más que movimientos intencionales de ir a alguna parte; pero en vez de llevar la acción hasta el fin la controlamos, hacemos marcha atrás o damos la vuelta, y empezamos de nuevo. En siglos pasados, muchas danzas eran como pequeños desfiles; la pareja se asía de la mano, desfila por el salón, se paraba de vez en cuando, daba media vuelta y proseguía la marcha, al ritmo de la orquesta. Como el plan era, en el fondo, algo así como dar un paseo, el baile solía incluir salutations fingidas, en forma de reverencias y cortesías formales, como si los dos miembros de la pareja acabasen de encontrarse. Tanto en los bailes folklóricos como en los salones elegantes, se hacían complicadas evoluciones e intercambios de pareja, en la pista o al aire libre. Las intimidades corporales inherentes a tales representaciones eran tan severamente limitadas que no provocaban problemas sexuales. Sólo permitían una mezcla social generalizada, el hecho de que el varón condujese a la mujer alrededor de la pista era tan formal que impedía toda pregunta enojosa sobre si realmente se proponía conducirla a alguna parte y con qué fin.

La situación cambió radicalmente a principios del pasado siglo al difundirse un nuevo baile por toda Europa. Había llegado el vals. Por primera vez, la pareja se abrazó al moverse, y esta intimidad en público provocó inmediatamente gran escándalo y preocupación. Un avance tan importante requería un subterfugio, y se acudió a uno que examinamos ya anteriormente. Al estudiar la primera manera en que puede establecerse un contacto de mano a mano, dije que un truco muy usado es el de la intimidad disfra-

zada de ayuda. La mano que se alarga lo hace, ostensiblemente, para auxiliar o sostener a otra persona, para guiarla o para evitar que se caiga. De este modo puede cruzar el umbral vital del contacto corporal sin suscitar alarma. Lo propio ocurrió con el vals. Al principio, fue un baile inasiblemente rápido y atlético, de modo que la pareja tenía que agarrarse fuertemente para no desprenderse. Era el truco del «sostenimiento», y permitió que el vals entrase en los salones de baile; después, sólo fue cuestión de reducir la velocidad de las evoluciones para convertir aquellas acciones de ayuda mutua física en las más tiernas intimidades del verdadero abrazo frontal.

La vieja generación, que no había conocido estos placeres, se indignó. El vals, que hoy nos parece completamente anticuado, fue calificado, en sus primeros tiempos, de «contaminador» y de «el baile más degenerado de este siglo y del pasado». El autor Victoriano de *The Ladies Pocket-Book of Etiquett* dedicó diez páginas a un furibundo ataque contra este abominable acto de pública intimidad. Entre otras cosas, decía: «Preguntad a cualquier madre... si puede consentir que su hija caiga sucesivamente en brazos de todos los bailarines de vals. Preguntad al novio... si puede soportar la visión de la amada de su corazón... en brazos de otro... Preguntad al marido... si soportará que su esposa sea medio abrazada por esos petimetres que giran sobre los talones o sobre las puntas de los pies.» El ataque continuó, y, hace menos de un siglo, un maestro de baile de Filadelfia declaró que el vals era inmoral, porque gracias a él una dama podía ser abrazada por un caballero desconocido. Pero era una batalla perdida, y el maldito vals impuso su soberanía, trayendo como consecuencia una gran variedad de bailes en los que era preciso el abrazo frontal. Estos, a su vez, fueron causa de renovado escándalo.

La importación, en 1912, del tango sudamericano causó también enorme irritación. Como este baile incluía «sugestivos movimientos laterales de la cadera», que recordaba a los atentos guardianes de la moral las acciones de la cópula, fue instantáneamente

calificado de depravado.

Perdida de nuevo esta batalla, entró en escena La Era del Jazz, y los enfurecidos maestros de baile de los años veinte convocaron urgentes reuniones para discutir esta nueva amenaza a su respetabilidad. Lanzaron fuertes protestas oficiales contra la nueva locura, señalando que todos los bailes de jazz tenían su origen en los burdeles negros.

Tal vez, el ataque más extraordinario contra el baile de jazz fue el de un título periodístico en el que se decía:

«El baile, y la música, con su abominable ritmo y sus pulsaciones copulativas, fueron importados de África Central a América por una banda de bolcheviques con el objeto de destruir la civilización cristiana en todo el mundo.»

Tal vez esto sitúa en su verdadera perspectiva las recientes alegaciones de que la ola actual de rebelión estudiantil, de evasión y de consumo de drogas es también un «complot rojo».

Desde sus primeros tiempos, el jazz dio origen a diversos y sensuales retoños, que provocaron el inevitable fruncimiento de cejas al exhibir los bailarines en la pista una serie de variaciones del abrazo en público. En los años cuarenta, fue el *jitterbun*, y en los cincuenta, el *rock and roll*; pero entonces ocurrió algo extraño. Por alguna razón que aún no podemos comprender, las parejas se separaron. En los años sesenta, el abrazo entró en rápida decadencia. Actualmente, sólo las parejas más formales y maduras evolucionan amarradas por la pista. Los jóvenes bailan separados y casi sin moverse de su sitio. Esto empezó con el *twist*, y poco después siguió una enorme serie de variantes, como el *hitch-hiker*, el *shake*, el *monkey* y el *frag*. Y siguieron proliferando los estilos hasta que en definitiva, al tocar la década a su fin la situación se hizo tan confusa que todos aquellos bailes se fundieron en una amalgama más o menos innominada y se convirtieron, simplemente, en el estilo *pop*. Todos tenían la misma característica importante: no tocar. Posiblemente, la explicación de este cambio reside en el

marcado aumento de la tolerancia en cuestiones sexuales. Si las jóvenes parejas victorianas no podían permitirse acusadas intimidades privadas, el abrazo del vals tenía para ellos mucha importancia; pero si hoy existe mayor libertad, ¿a quién le interesa una situación especialmente «autorizada» para un simple y prolongado abrazo? Es como si los jóvenes bailarines actuales declarasen: «No lo necesitamos; tenemos algo mejor.»

Con esto llegamos al final de este breve estudio de la manera en que los adultos encontramos métodos especializados para conseguir la intimidad corporal. A lo largo de todo el capítulo, desde los médicos hasta los bailarines, hemos visto que siempre hay algo más que un mero contacto. En ninguna ocasión hemos visto tocar por solo tocar. En todos los casos ha exigido una excusa que nos autorizaba a tocar o ser tocados. Y, sin embargo, muchas veces tenemos la clara impresión de que el contacto es más importante que la actividad oficial. Tal vez un día, al agudizarse las tensiones de la vida moderna, veremos aparecer un «tocador» profesional no disimulado que venderá abrazos como quien vende collares. O quizá la compra de su artículo será siempre una confesión excesiva de fracasos por nuestra parte, de un fracaso en conseguir las anheladas intimidades con una unidad familiar exclusivamente nuestra.

Ocurra lo que ocurra, siempre podemos volver al perpetuo sustitutivo de la intimidad corporal, es decir, a la intimidad verbal. En vez de intercambiar abrazos, podemos intercambiar palabras tranquilizadoras. Podemos sonreír y hablar del tiempo. Desde luego, es éste un pobre sustitutivo cuando se trata de intercambios emocionales; pero siempre es mejor que un total aislamiento emocional. Y si todavía seguimos anhelando una forma más directa de contacto, existen otras alternativas a nuestro alcance: podemos tocar algún animal, o un objeto inanimado, empleado como símbolo del ser humano al que realmente queríamos acercarnos, o, si no hay otra solución, podemos tocarnos nosotros mismos. Los modos de emplear los animales, los objetos y nuestro propio

cuerpo como sustitutos para las intimidades humanas, serán estudiados en los tres capítulos siguientes.

SUSTITUTIVOS DE LA INTIMIDAD

En el mundo humano adulto, mundo lleno de tensiones y de desconocidos, buscamos alivio en nuestros seres queridos. Si, debido a su indiferencia o a sus preocupaciones por las complejidades de la vida moderna, no responden a nuestra llamada, corremos el peligro de vernos privados del sedante primordial del contacto corporal. Si, debido a las normas moralizadoras establecidas por una minoría, reprimen sus intimidades y aceptan la opinión de que toda tolerancia en los placeres táctiles es mala y pecaminosa, podemos sentirnos solos incluso entre nuestros seres más próximos y queridos. Pero nuestra especie es ingeniosa, y si se nos niega algo que deseamos o necesitamos imperiosamente, nuestra habilidad nos lleva a buscarle un sustitutivo.

Si no encontramos amor dentro de la familia, no tardamos en buscarlo fuera de ella. La mujer desdeñada se lía con un amante; el marido, con una querida. Y florecen de nuevo las intimidades corporales. Desgraciadamente, estos sustitutos no siempre se suman a lo que queda de intimidad en la vida familiar, sino que compiten con ello y quizá lo sustituyen del todo, creando así diversos grados de desastre social. Una alternativa menos perjudicial es la que discutimos en el capítulo anterior: el recurso a contactos con especialistas autorizados para tocar, estos tienen la enorme ventaja de que no suelen competir con las relaciones internas de la unidad familiar. Las grandes intimidades del masajista, con tal de que se apliquen con estricto sentido profesional, no pueden alegarse como causa de divorcio. Pero incluso el profesional, por muy válida que sea su excusa para tocar, es un ser adulto fisiológicamente capaz, y, como tal, es inevitablemente

considerado como una amenaza sexual en potencia. En general, nunca se confiesa abiertamente la «percepción» de esta amenaza, salvo en son de chanza. En vez de esto, la sociedad impone crecientes restricciones a la naturaleza y a la amplitud de las intimidades del especialista. En primer lugar, raras veces se admite que existen tales intimidades. Si uno va a un baile, no es para tocar, sino «para divertirse». Uno va a ver al médico, debido a un virus, no a su necesidad de alivio táctil. Uno va a la peluquería para que le arreglen el cabello, no para que le acaricien la cabeza. Estas funciones oficiales son, desde luego, perfectamente válidas e importantes. Tienen que serlo para disimular el hecho de que algo más ocurre al mismo tiempo, a saber, la busca de un amistoso contacto corporal. En el momento en que tales funciones dejan de ser importantes, esta necesidad insatisfecha se hace demasiado evidente, y empiezan a surgir ciertas preguntas básicas sobre nuestro estilo de vida, cuyas respuestas preferimos no vernos obligados a considerar.

Sin embargo, inconscientemente, todos advertimos el juego que se desarrolla, y de este modo atamos indirectamente las manos que quisiéramos que nos acariciasen. Lo hacemos aplicando convencionalismos y normas de conducta que mitigan nuestros temores sexuales. En general, no decimos por qué. Nos limitamos a aceptar las reglas abstractas de la buena educación, y nos decimos los unos a los otros que ciertas cosas «no se hacen» o «no están bien». Es de mala educación el señalar con el dedo, y más aún el tocar. Es una ordinariez mostrar los propios sentimientos.

Entonces, ¿adónde acudir? La respuesta es tan sencilla y natural como el gatito que se acurruca en nuestro regazo. Acudimos a otras especies. Si nuestros seres humanos más íntimos no pueden proporcionarnos lo que necesitamos, y si es demasiado peligroso buscar intimidad en los extraños, podemos dirigirnos a la tienda de animales más cercana y comprar, por poco dinero, una pieza de intimidad animal. Pues estos animalitos son inofensivos: no suscitan problemas ni nos hacen preguntas. Nos lamen las manos, se

frotan suavemente en nuestras piernas, se echan a dormir sobre nuestros muslos y nos hociquean. Podemos mimarles, darles palmadas, acariciarles, llevarlos de un lado a otro como bebés, ras-carles detrás de las orejas e incluso besarles.

Si esto parece trivial, considérese la escala de la operación. En los Estados Unidos se gastan anualmente 5.000 millones de dólares en animalitos de esta clase. En Inglaterra, la cifra anual es de 100 millones de libras. En Alemania Occidental es de 600 millones de marcos. En Francia era, hace pocos años, de 125 millones de francos nuevos, y se calcula que esta cifra ha sido doblada. Estos números no merecen el calificativo de triviales.

Los animalitos domésticos más importantes son los gatos y los perros. En los Estados Unidos hay 90 millones de ellos. En dicho país, los cachorros y gatitos nacen a un ritmo de 10.000 por hora. En Francia hay más de 16 millones de perros; en Alemania Occidental, 8 millones, y en Inglaterra, 5 millones. No existe información exacta sobre los gatos, pero es indudable que hay tantos como perros y, probablemente, más.

Sumando aquellas cifras, podemos decir que sólo en aquellos cuatro países hay, aproximadamente, 150 millones de perros y gatos. Haciendo otro cálculo aproximado, digamos que el dueño de cada uno de estos animales le pega, lo toca o le acaricia, por término medio, tres veces al día, o sea, unas 1.000 veces al año. Esto representa un total de 150.000 millones de contactos corporales al año. Lo asombroso de esta cifra es que representa, para los americanos, franceses, alemanes e ingleses, intimidades realizadas, no con otros americanos, franceses, alemanes o ingleses, sino con otras especies pertenecientes al orden de los carnívoros. Considerado desde este punto de vista, el fenómeno parece mucho menos trivial.

Como ya hemos visto, nos damos palmadas en la espalda cuando nos abrazamos, o nos acariciamos el cabello y la piel en las relaciones entre amantes o entre padres o hijos. Pero está claro que

esto no basta, y, si no, ahí están estos miles de millones de caricias animales para demostrarlo. Cohibidos en nuestros contactos humanos por nuestros constreñimientos culturales, dirigirnos nuestras intimidades hacia nuestros animalitos mimados, como sustitutivos del amor.

Esta situación ha provocado violentas críticas por parte de algunos sectores. Calificada de “mimosismo” por un autor, fue condenada como reflejo del decadente fracaso de los seres humanos modernos y civilizados en comunicarse íntimamente entre sí. Se ha recalcado, en particular, que se gasta más dinero en prevenir la crueldad contra los animales que en evitar la crueldad contra los niños. Las respuestas dadas en apoyo de la moderna afición a los animales domésticos son rechazadas como ilógicas e hipócritas. El argumento de que nos enseña los estilos de la vida animal es considerado absurdo, en vista del tosco antropomorfismo de la relación en la mayoría de los casos. Los animalitos son humanizados, son considerados como personas velludas y no como verdaderos animales. El argumento de que los animales son inofensivos y necesitan nuestra ayuda es tachado de parcialidad. En una era en que se maltrata a los niños y se arrojan bombas de napalm sobre los campesinos, el argumento de que los animales son inofensivos y necesitan nuestra ayuda es tachado de parcialidad. ¿Cómo hemos podido permitir, en esta era ilustrada, que fuesen muertos o heridos un millón de niños en Vietnam, mientras pres-tábamos toda clase de cuidados a nuestros perros y gatos? ¿Cómo hemos podido tolerar, en pleno siglo XX, que nuestros varones adultos asesinasen a 100 millones de miembros de su propia especie en la guerra, mientras gastábamos más de otros tantos millones en atiborrar a nuestros lujosos animalitos? En una palabra, ¿cómo hemos podido ser más amables con otras especies que con la nuestra propia?

Son argumentos sólidos que no pueden desdeñarse a la ligera, pero adolecen de un defecto vital, la cuestión es, simplemente, que con dos males no puede hacerse un bien. Indudablemente, es

monstruoso mimar a un animal y despreciar a un niño, y es cierto que esto ocurre en casos extremos. Pero emplearlo como argumento para no cuidar a un animal es una tontería. Es muy improbable que, incluso en casos extremos, un animalito «robe» caricias a un niño. Si, por alguna razón neurótica, el niño no es amado por el padre o por la madre, no es de suponer que la ausencia de un animalito mimado mejorase la situación. Casi siempre, el animalito se emplea como fuente adicional de intimidación o como sustitutivo de intimidaciones que faltan ya por alguna razón. Decir que un mayor cuidado de los animales redundaría en un menor cuidado de los seres humanos parece una afirmación totalmente injustificada.

Imaginemos por un momento que una terrible epidemia exterminase, de la noche a la mañana, todos los animalitos domésticos eliminando así los millones de intimidadores que se habrían producido entre ellos y sus dueños. ¿Adónde iría a parar todo este cariño? ¿Rebotaría, mágicamente, sobre otros compañeros, esta vez humanos? Desgraciadamente, la respuesta es que probablemente no ocurriría así. Lo único que sucedería es que millones de personas, algunas de ellas solitarias e incapaces, por diversas razones, de gozar de verdaderas intimidades humanas, se verían privadas de una forma importante de tierno contacto corporal. Dificilmente cabe concebir que la anciana que vivía sola con sus gatos empezase a rascar la cabeza del cartero. Y no es probable que el hombre que daba palmadas a su perro, las diese, en lo sucesivo, a su hijo adolescente.

Cierto que, en una sociedad ideal, no deberíamos necesitar estos sustitutos o maneras adicionales de desfogar nuestras intimidaciones: pero querer prohibirlas por esta razón es lo mismo que pretender curar el síntoma y no la causa de la dolencia. Incluso en una sociedad idealmente amante y libre, nos sobraría probablemente una gran dosis de intimidad para prodigarla en nuestros compañeros animales, no porque necesitásemos entonces tales contactos, sino porque ello nos daría una satisfacción adicional

que no perjudicaría en modo alguno nuestras relaciones humanas. Una última palabra en defensa de los animalitos caseros: si somos capaces de querer a los animales, esto revela, al menos, que somos capaces de querer. Pero enseguida viene la réplica: incluso los comandantes de los campos de concentración eran amables con sus perros; por consiguiente, ¿qué prueba esto? Prueba, dicho en pocas palabras, que incluso los seres humanos más monstruosos son capaces de alguna clase de cariño; y el hecho de que, en este caso particular, su yuxtaposición a la más ruin brutalidad nos irrita tan profundamente y hace que tal brutalidad nos parezca aún más horrible, no debe cegarnos hasta el punto de no cegarnos ver aquella realidad. Nos recuerda constantemente que el animal humano, cuando no está dominado por lo que podríamos llamar, paradójicamente, salvajismo de la civilización, posee fundamentalmente un gran potencial de ternura y de intimidad. Si la observación del contacto amable y amistoso que se establece entre el animalito y su dueño nos sirve más que para demostrar que el hombre es, en el fondo, un animal cariñoso e íntimo, esto solo constituiría una lección digna de ser aprendida, sobre todo en un mundo que se vuelve, año tras año, más frío e impersonal. Cuando el hombre, bajo una fuerte presión, se convierte en implacable, es cuando más pruebas necesitamos de que no tiene que ser forzosamente así, de que no es ésta la condición natural del hombre. Si nuestra capacidad de amar a nuestros animales predilectos sirve para demostrar algo de esto, los bienintencionados críticos deberían pensarlo dos veces antes de lanzar sus ataques, por muy absurda que les provoca la cuestión vista desde determinados ángulos.

Sentado esto, ¿qué decir de la naturaleza de las propias intimidadas con los animales? Por ejemplo, ¿por qué damos palmadas a un perro y acariciamos a un gato, y no solemos dar palmadas a un gato y acariciar a un perro? ¿Por qué una clase de animal provoca un tipo de intimidad, y otra, otro? Para responder a estas preguntas debemos observar la anatomía de los animales en cuestión. En

su papel de animalitos mimados, actúan, naturalmente, en representación de compañeros humanos, y, por ello, sus cuerpos son sustitutivos de cuerpos humanos. Sin embargo, anatómicamente existen grandes diferencias. Las tiasas patas de un perro no pueden abrazarnos. Por nuestra parte, no podemos abrazar a un gato. Ni siquiera el gato más grande es mayor que un bebe humano, y su cuerpo es suave y flexible. Por consiguiente, adaptamos nuestras acciones a estas circunstancias.

Hablemos primero del perro. Como cariñoso compañero que es, querríamos abrazarle; pero como sus patas no lo permiten aislarnos el elemento del abrazo, que es la palmada, y lo aplicamos directamente. Alargamos el brazo y damos palmadas al lomo del animal, o a su cabeza o sus flancos. Si el perro es grande, su lomo ancho y firme será adecuado sustitutivo de la espalda humana que golpeamos por poderes.

El gato es distinto. Más pequeño y más suave al tacto, no puede ser un sustitutivo de la espalda para darle vigorosas palmadas. Su pelambre lisa y sedosa se parece más, al tacto, a los cabellos humanos. Y como tendemos a acariciar el cabello del ser amado, lo propio hacemos con el gato. Así como el perro es sustitutivo de la espalda, el gato es sustitutivo de la cabellera. En realidad, muchas veces tratamos al gato como si todo su cuerpo representase una sedosa cabeza humana.

De acuerdo con este argumento, podría pensarse que damos automáticamente palmadas a todos los caninos y acariciamos a todos los felinos; pero la cosa no es tan sencilla. El hecho tiene mucho más que ver con la típica calidad corporal del perro y del gato doméstico. Cualquiera que se haya dado el exótico lujo de tener contactos corporales con un leopardo, o un tigre domesticados, sabrá que el esquema cambia. Aunque todos éstos son verdaderos felinos, tienen lomos anchos y vigorosos, que recuerdan más el del perro doméstico que el del gato de la casa. Como en el perro típico, su pelo es también más áspero. Resultado de ello es que más que acariciarles se les da palmadas. En cambio, el diminuto

perro ladero de larga y suave pelambre es acariciado como un gato.

Subiendo unos peldaños en la escala del tamaño, el hombre que ama a los caballos suele también darles palmadas; pero aquí se adviene un cambio sutil. La espalda humana —donde empezó el palmeo, por decirlo así— es una superficie vertical, mientras que el lomo del caballo es horizontal y, por consiguiente, menos satisfactorio como sustitutivo de aquella. Sin embargo, el cuello del caballo viene a suplir esta deficiencia, porque está a la debida altura y proporciona, además, una superficie vertical ideal: por eso, la mayoría de las palmadas se dan al caballo en el cuello. En este aspecto, el caballo va mejor que el perro, cuyo cuello suele ser demasiado pequeño para este objeto. También la altura del caballo es ideal para los contactos de cabeza, mientras que con el perro tenemos que agacharnos a su nivel o levantarlo en brazos. Por eso vemos a muchas mujeres amantes de los caballos apoyando la cara en el cuello o en la cabeza del animal, abrazando aquél y dando palmadas en la dura y tibia carne.

Para muchas personas, el animalito mimado no es simplemente un compañero sustitutivo, sino, más concretamente, el sustitutivo de un hijo. Aquí, el tamaño del animal cobra importancia. Los gatos domésticos no constituyen ningún problema; en cambio, el perro corriente es demasiado grande, y por eso algunos tipos, mediante adecuados cruzamientos, han sido progresivamente reducidos de tamaño hasta tener las proporciones de un bebé. Entonces, lo mismo que los gatos y otras varias criaturas, como conejos y monos, pueden ser sostenidos sin excesivo esfuerzo por los brazos seudo maternos de su dueña. Esta es, con mucho, la forma más popular de contacto corporal con los animalitos mimados. El estudio de un gran número de fotografías de personas en contacto con sus animales preferidos revela que el acto de sostener a un animalito en brazos, como si fuese un niño, se da en el 50 por ciento de los casos. Después de ésta, la acción más común es la de las palmadas (11 por ciento), seguida del abrazo a medias, en que se

rodea al animal con un brazo (7 por ciento), y a poca distancia del acto de juntar la mejilla al cuerpo del animal, generalmente en la región de la cabeza. Otra intimidad que se manifiesta con frecuencia bastante sorprendente es el beso en la boca (5 por ciento), en especies que varían desde el periquito hasta la ballena. Cabría pensar que, como animal para intimar con él, la ballena deja mucho que desear. Sin duda el capitán Ahab se habría escandalizado ante la idea de una muchacha besando a una ballena en la boca; pero las recientes exhibiciones en las grandes acuarios han cambiado todo esto. Tanto las ballenas domesticadas como sus más pequeños parientes, los delfines, se han convertido recientemente en animales predilectos, y, como sus frentes hinchadas y bulbosas dan una forma infantil a sus cabezas, incitan a sus compañeros humanos a darles palmadas, acariciarles y hacerles cosquillas cuando asoman sus aparentemente sonrientes caras en los bordes de las piscinas.

Los pájaros domesticados, como loros, periquitos y palomas, son frecuentemente levantados y apoyados contra la mejilla para sentir en ésta la suavidad de su plumaje. La intimidad se acentúa a veces dándoles migajas de comida con la boca. Debido a su pequeño tamaño, que impide los abrazos y las palmadas, las intimidades manuales se limitan a acariciarlos con el dedo o rascarles suavemente «detrás de las orejas».

Si retrocedemos en la escala de la evolución, las posibilidades de intimidad declinan rápidamente. Para la mayoría de las personas, los reptiles, los anfibios, los peces y los insectos son sumamente desagradables al tacto. La tortuga, con su lisa y dura concha, puede recibir de vez en cuando una palmada en el dorso, pero sus parientes en la escala carecen de las cualidades esenciales para el amistoso contacto corporal. Quizá las únicas excepciones dignas de mención las constituyen las grandes serpientes. Por ejemplo, las pitón, debidamente amansadas, pueden dar a sus dueños algo que ni siquiera los perros y los gatos pueden brindarle: un abrazo a todo el cuerpo. Al enroscar sus fuertes espirales en el cuerpo de

sus compañeros humanos, apretando y relajando sus músculos, haciendo ondular sus numerosas costillas y pasando la finísima lengua por la epidermis de sus dueños, producen un impacto sensorial que hay que experimentarlo para creerlo. Sin embargo, debido a su difícil régimen alimenticio y a su mala fama desde el desastre del Paraíso, por no hablar del pánico que producen sus más pequeños parientes venenosos, las grandes serpientes no han tenido nunca mucha popularidad como compañeros íntimos, ni siquiera entre los humanos más sedientos de abrazos.

El contacto con los peces es virtualmente inexistente.

Tal vez la única excepción es el voluptuoso beso en la mano dado en ocasiones por la carpa gigante domesticada, cuando saca la cabeza del agua pidiendo comida. Estos peces pueden abrir la boca y tragar con tanta energía en el borde del estanque, que incluso el pájaro transeúnte puede verse obligado a realizar un breve acto de intimidad. Existe una fotografía extraordinaria que muestra a un pequeño pinzón, con el pico lleno de sabrosos insectos para sus polluelos, deteniéndose frente a la bocaza de una carpa domesticada y arrojándole impulsivamente su preciosa carga. Si un pájaro puede ser incitado de este modo a establecer un contacto corporal completamente antinatural, no es de extrañar que los visitantes humanos de los estanques de las carpas reaccionen de manera parecida.

Hasta aquí, sólo hemos considerado las intimidades amistosas con los animales; pero, en ciertos individuos, los contactos van más lejos e incluyen interacciones plenamente sexuales. Estos casos son raros, pero tienen una larga y vieja historia, según demuestran el arte y la literatura de todos los tiempos. Existen dos formas principales de ellos. O el varón copula con un animal —generalmente un animal doméstico del campo—, o se produce la masturbación. En este último caso, se aprovecha la tendencia natural de ciertas especies a lamer o chupar para conseguir una excitación sexual, sea en el hombre o en la mujer. Esto demuestra el grado de aislamiento y de frustración que debe existir en la sociedad

humana para que puedan producirse en ella tales aberraciones. Sin embargo, si recordamos los millones de intimidades menores, como caricias, besos y palmadas que se producen en nuestras sociedades modernas entre el inmenso ejército de animalitos mimados y sus dueños, no debe sorprendernos que, en un reducido número de casos, se produzcan otras intimidades como las aludidas.

Hasta ahora, al estudiar la cuestión general de los contactos entre hombres y animales, sólo hemos mencionado los animales domésticos y de granja; pero hay otras dos esferas de interacción que merecen comentario. Los animales dominados por el hombre no existen sólo en las casas y las granjas, sino que se encuentran también en gran número en los zoológicos y en los laboratorios de investigación. También aquí se producen frecuentes contactos, que no siempre consiguen la aprobación general.

Los visitantes de los zoológicos no sólo quieren ver las criaturas cautivas, sino también tocar las criaturas que ven. El afán de tocar es tan poderoso, que constituye una constante preocupación para las autoridades del zoológico. El registro de primeros auxilios de cualquier parque zoológico importante da testimonio de ello. Por cada tobillo dislocado o dedo cortado, hay una mano mordida o una cara arañada. En ocasiones, las lesiones sufridas por los que se empeñan en tocar a los animales son graves, pero raras veces se deben a descuido del personal del zoológico. Dos ejemplos bastarán para ilustrarlo. El primero se refiere a una mujer que entró en el puesto de socorro de un zoológico importante llevando a su hijo con la mano triturada. Mientras éste era atendido, se puso en claro que el niño había dicho a su madre que quería tocar a un gorila macho y adulto del zoológico. Accediendo a su deseo, la mujer lo había levantado por encima de la barrera de seguridad, a pesar del rótulo indicador de que el animal era sumamente peligroso, y lo había introducido de modo que pudiese pasar los brazos por el lado del cristal irrompible protector y a través de la reja de la jaula. El gorila, interpretando mal el acto amistoso, había clavado los dientes en la mano

del niño. Y la mujer, impenitente, fue a quejarse, indignada, a las impotentes autoridades del zoo. El segundo ejemplo es el trágico caso del «tocador de tigres», un anciano caballero que intentó varias veces saltar la barrera de la jaula de los tigres de un zoo para acariciar a una tigresa. Al impedirselo una y otra vez, el personal del zoo, saltó al fin la barrera con tal furia que se rompió una pierna y tuvo que ser llevado a un hospital. Durante su ausencia, la tigresa en cuestión fue trasladada a otro zoo, a efectos de reproducción. Al recobrar la salud, el hombre marchó directamente a la jaula del zoo y se encontró con que la ocupaba un leopardo desconocido. Furioso, se dirigió a la oficina del zoo y dijo que quería saber a dónde habían llevado a su esposa. De momento, las autoridades se quedaron pasmadas ante la extraordinaria acusación; pero después de un prudente interrogatorio se puso de manifiesto que aquel desgraciado había perdido a su verdadera esposa poco tiempo antes, después de toda una vida de íntima compañía, y había transferido todo su apego emocional a la tigresa en cuestión. Como el animal se había convertido, para él, en la encarnación de su difunta compañera, era natural que quisiese seguir manteniendo contacto corporal con ella, en su nueva forma, aun con peligro de su pierna y de su vida.

Si estos ejemplos parecen ridículos, conviene recordar que sólo son casos extremos de acciones que, a un nivel más moderado, ocurren diariamente y en gran número en todos los zoológicos del mundo. Cuando la necesidad de tocar a otro ser humano se ve frustrada, ya por una tragedia personal, ya por un tabú cultural, casi siempre encuentra otra manera de expresarse, sin reparar en las consecuencias. Esto nos recuerda inevitablemente los lamentables casos de personas que se dedican a perseguir a los niños y que son detenidas por supuestos abusos deshonorosos. Incapaces de establecer contactos normales con adultos, acuden a los niños, que desconocen la severidad de los tabúes de aquéllos. Con frecuencia, todo lo que buscan estos hombres es alguna clase de intimidad corporal amistosa y amable; pero, inevitablemente, el

instinto vengativo de los demás lo interpreta como actos sexualmente motivados. Desde luego, pueden serlo; pero no lo son necesariamente, y muchos viejos inofensivos sufrieron injustamente por esta causa. Inútil decir que, en tales casos, también los niños salen perjudicados, no por las intimidades en sí, que incluso en casos típicamente sexuales lo más probable es que no las comprendan, sino por el pánico de los padres y, sobre todo, por el traumatismo psicológico del procedimiento judicial al que se ven vergonzosamente arrastrados.

Volviendo a la situación animal y cerrando a nuestra espalda las puertas del zoo, llegamos a la cuarta categoría importante de contactos entre hombres y animales, a saber, los que se producen en el mundo de la ciencia. Millones de animales de laboratorio son criados y matados todos los años con fines de investigación médica, y los contactos que se producen entre los investigadores y los objetos de su experimentación han dado lugar a acalorados debates. Para el científico, la interacción es totalmente objetiva. No reconoce ningún lazo emocional, positivo o negativo, atractivo o repelente, con los animales que tiene que manejar para sus investigaciones. Su posición es bastante sencilla: si para mitigar el sufrimiento humano tiene que sacrificar a los animales de su laboratorio, la elección no es dudosa. Evitaría este sacrificio, si pudiese; pero no puede, y se niega a colocar las vidas de los animales en un plano superior al de las vidas de sus congéneres humanos. Esta es, en pocas palabras, su posición; pero muchas veces esta actitud es enconadamente discutida.

Sus adversarios han sido muy numerosos, y George Bernard Shaw resumió perfectamente su actitud general con estas palabras: «Si no podéis alcanzar el conocimiento sin torturar a un perro, debéis renunciar al conocimiento.» Una opinión más moderada es la de los que dicen que muchos experimentos con animales son inútiles y que los resultados obtenidos son insuficientes en un sentido humanitario, pues sólo sirven para satisfacer la curiosidad del mundo académico. Aunque parezca sorprendente, esta opinión fue

expresada por el propio Charles Darwin en una carta a otro famoso zoólogo, en la que le decía: «El experimento fisiológico con animales puede justificarse en una investigación real, pero no por simple, censurable y detestable curiosidad.»

Más recientemente, un famoso psicólogo experimental declaró:

“Una de las consecuencias del procedimiento obsesivamente behaviorista y mecanicista, es la ostensible crueldad de muchos de los trabajos experimentales que realizan con animales inferiores, a menudo sin un objetivo que valga la pena.”

Es cierto que el número de experimentos autorizados que se realizan anualmente con animales, creció extraordinariamente en el curso del siglo XX. En Inglaterra, la cifra fue de 95.000, en 1910; en 1945, pasó de 1.000.000, y, más recientemente, en 1969, se elevó a 5.500.000, entre 600 establecimientos de investigación. El gran volumen de esta operación ha empezado a provocar comentarios en los círculos políticos. Un miembro del Parlamento británico, en un discurso pronunciado en 1971, protestó, diciendo:

“Sé que su objeto es preservar la vida humana: pero me pregunto si una raza humana capaz de tomar medidas tan envilecedoras, moralmente hablando, es realmente digna de ser preservada.”

En estas y otras críticas del empleo en gran escala de animales para la investigación, conviene distinguir dos elementos diferentes. En primer lugar, está el elemento antropomórfico extremado, que ve en los animales símbolos de las personas y, por consiguiente, rechaza la idea de causarles dolor, sea cual fuere el fin perseguido. En segundo término, está el elemento humanitario, que considera a los animales como *similares* a las personas, ya que son capaces, a su manera, de sentir miedo, dolor y desesperación, y rechaza la idea de que el hombre les inflija sufrimientos innecesarios. Este segundo elemento acopla, pues, la necesidad de causar cierto grado de sufrimiento, pero sólo si éste se reduce al mínimo absoluto y la investigación va directamente encaminada a evitar un sufrimiento mayor.

Los científicos investigadores replican a estas dos críticas de la manera siguiente. A la primera crítica, responden: «Díganselo a la madre de un niño víctima de la talidomida.» Si se hubiese practicado una investigación más compleja con animales, su hijo habría podido nacer normal. O bien: «Díganselo a la madre cuyo hijo murió de difteria.» Hace pocos años esta enfermedad causaba la muerte a millares de niños todos los años; en cambio, ahora, gracias al descubrimiento de una vacuna obtenida con experimentos en animales vivos, ha desaparecido prácticamente. O bien: «Preguntad a la madre de un niño poliomielítico si cree que no vale la pena sacrificar la vida de un mono experimental para obtener tres dosis de la vacuna que habría podido salvar a su hijo.»

Dicho en otras palabras, los antiviviseccionistas declarados proclaman que es mejor que un niño muera o padezca, antes que emplear animales vivos para la investigación experimental. Aunque esto puede reflejar un admirable interés por el bienestar de los animales, revela también una actitud terriblemente cruel para las criaturas humanas. Esta anteposición de los animales a las personas nos lleva de nuevo a la situación de los que tienen animalitos mimados; pero existe una importante diferencia. En estos últimos casos, el cariño a los animales es perfectamente compatible con el afecto a las personas. Una cosa no excluye automáticamente la otra, y esto ha podido demostrarse. En cambio, aquí, la situación exige que, para ser amable con el niño, hay que ser cruel con el animal experimental. No podemos ser amables con ambos. Hay que optar entre los dos.

A la segunda y más moderada crítica, el investigador científico responde: «De acuerdo; hay que reducir al mínimo el sufrimiento de los animales; pero esto tiene sus problemas.» En años recientes, se han hecho muchos y minuciosos estudios para conseguir que los procedimientos experimentales sean menos dolorosos para los animales en cuestión, y se procura inventar sistemas que requieran un menor número de animales y que les causen los menores sufrimientos posibles, o incluso para sustituirlos por otras co-

sas. Partiendo de esto, cabría esperar que el número de animales de laboratorio sacrificados anualmente decrecerá de manera sensible y regular. Sin embargo, las cifras citadas más arriba demuestran que no es así. El científico investigador replica que esto no significa que se empleen métodos más cruentos, sino que los programas de investigación son cada vez más extensos y que cada día se descubren nuevas maneras de mitigar el sufrimiento humano. Además, nos dirá que uno de los grandes problemas de la investigación es la imposibilidad de limitarla a zonas directa y visiblemente relacionadas con formas específicas de sufrimiento humano. Muchos de los más grandes y, en definitiva, beneficiosos descubrimientos, se realizan como resultado de experimentos «puros» y no de investigación «aplicada». Decir que un experimento con un animal no debe realizarse porque en aquel momento no tiene aplicación concreta en esferas tales como la medicina o la psiquiatría, es lo mismo que querer entorpecer todo el progreso del conocimiento científico.

Este es el punto donde empiezan a preocuparse algunos de los críticos menos sentimentales y más competentes: ¿Hasta dónde puede llegar la investigación *real* sin convertirse, como dijo Darwin, en «mera, censurable y detestable curiosidad»? Esto conduce a una discusión mucho más difícil y delicada. Al leer ciertos periódicos científicos, y en especial los que tratan de psicología experimental, es difícil no llegar a la conclusión de que muchos investigadores modernos han ido demasiado lejos. De este modo, ponen en peligro la aprobación pública del esfuerzo científico en su conjunta, y muchas personas autorizadas creen que ya es hora de que se lleve a cabo una drástica revisión del rumbo tomado por muchos proyectos de investigación. Si no se hace así, puede producirse una reacción pública a gran escala que, a la larga, perjudique enormemente el progreso científico.

Establecidos estos puntos generales, debemos ahora preguntarnos por qué los contactos hombre-animal que se producen en el laboratorio tienen que producir tantos acalorados debates y preocupa-

ciones. La respuesta evidente –demasiado evidente– es que, aun aceptando su necesidad, nos repugna la idea de que un hombre cause dolor al animal que tiene en sus manos. Pero, ¿qué decir del hombre que encuentra ratones en su cocina, o del morador de los barrios bajos que encuentra ratas en su dormitorio, y que los mata a garrotazos o los condena a una lenta y dolorosa muerte por el veneno? Éste no es criticado, sino comprendido. No existen sociedades protectoras establecidas para salvaguardar a los ratones y a las ratas que infestan nuestros hogares; y, sin embargo, se trata de las mismas especies empleadas en los experimentos de laboratorio y que provocan tantos comentarios. Se aprueba la muerte de una rata en libertad, porque puede contagiar enfermedades; en cambio, se censura la muerte de una rata de laboratorio, aunque puede significar, a través de los descubrimientos científicos, una contribución a la lucha contra las enfermedades.

¿Cómo se explica esta inconsecuencia? Está claro que –digamos lo que digamos– tiene poco que ver con un interés objetivo por las ratas, ya estén en libertad o enjauladas. Si realmente nos preocupase la rata de laboratorio por ella misma, como forma conmovedora de vida animal, no trataríamos con tanta brutalidad a su pariente de la calle. No; lo que ocurre es que reaccionamos de una manera mucho más compleja y sutil de lo que nos imaginamos. Reaccionamos de un modo primitivo contra la rata salvaje, como invasora que es de nuestro territorio privado, y creemos justo defender este territorio con todos los medios a nuestro alcance. Ningún trato es demasiado duro para un intruso peligroso. Pero, ¿y la rata blanca de laboratorio? ¿Acaso no fueron sus antepasados quienes trajeron la peste a la Humanidad? Ciertamente; pero ahora aparece con una nueva función, y debemos saber lo que es esta función si queremos comprender la profunda emoción que nos causa su muerte experimental.

En primer lugar, la rata blanca ya no es una plaga, sino una servidora del hombre. Es bien tratada, bien alimentada, bien alojada y cuidada lo mejor posible. La actitud de su compañero humano es

la de un médico que atiende a un paciente antes de la operación. Después, se le inoculan células cancerosas. Más tarde, la matan las mismas manos que la cuidaron. Salvo por la inoculación del cáncer, esta secuencia podría aplicarse igualmente a la relación entre el ganadero y sus reses. Primero las cuida, y después las mata. Sin embargo, no censuramos el comportamiento del ganadero corriente con sus animales, como tampoco censuramos al hombre que envenena a una rata en su cocina. ¿Qué podemos deducir de esto? La escena del laboratorio supone un cuidado amoroso, seguido de dolor y de muerte. La de la granja, supone el mismo cuidado, seguido de muerte. La de la rata en la cocina, supone causar dolor y muerte. En otras palabras, no censuramos que se mate después de cuidar, ni que se mate después de causar dolor; pero sí que se cause dolor después de cuidar. El papel simbólico representado por la rata blanca en el laboratorio es el propio de un humilde y fiel servidor, apreciado por su amo, hasta que un día, sin previo aviso ni provocación, el amable amo empieza a torturarlo, y no para hacerle un bien, sino para su propio beneficio. Es esta alegoría de la traición la que provoca tantas dificultades.

Los críticos de los experimentos con animales lo negarán rotundamente, diciendo que piensan en la rata y no en su relación simbólica; pero, a menos que se trate de vegetarianos convencidos, incapaces de matar una mosca, se engañarán ellos mismos. Si han recibido alguna vez cuidados médicos, son unos hipócritas. Si son sinceros, tendrán que reconocer que es la *traición a la intimidad*, inherente a la simbólica relación hombre-rata, la que les preocupa.

Ahora conviene aclarar por qué me he entretenido tanto en un estilo de comportamiento humano que, a primera vista, no parece tener mucha relación con el tema desarrollado en este libro. Toda la esencia del dilema del investigador experimental está en que para calmar los temores tiene que recalcar, una y otra vez, lo bien que trata a sus animales de laboratorio: la suavidad con que los maneja, lo tranquilos y contentos que se sienten en sus higiénicas

jaulas, donde esperan el momento de representar su importante papel en la investigación. Es el contraste entre esta tierna intimidad y lo que viene después, lo que provoca, en definitiva, el antagonismo de los críticos. Pues, como hemos visto a lo largo de este libro, intimidad significa confianza, y aquí se hace que la rata-servidor confíe ciegamente en su amo, que después le causará dolor y le inoculará enfermedades con sus dulces y cariñosas manos. Si esta traición a la intimidad se produce únicamente de un modo ocasional y por razones muy especiales, la mayoría de los críticos la aceptará de mala gana; pero como ocurre millones de veces todos los años, empiezan a tener la inquietante impresión de que pertenecen a un pueblo de traidores emocionales. Si un hombre es capaz, deliberadamente, de causar dolor a un animal que confiaba en él, y al cual, momentos antes, trataba con cuidado y con cariño, ¿cómo puede ser digno de confianza en sus relaciones humanas? Si en todos los demás aspectos de su vida social se comporta de un modo perfectamente razonable y amistoso, ¿podremos volver a estar seguros de que la conducta razonable y amistosa es verdadero indicio del carácter de los miembros de la sociedad en que vivimos? ¿Cómo puede portarse tan bien con sus verdaderos hijos, si traiciona constantemente a los «hijos» simbólicos de su laboratorio? Son estos temores los que cruzan, silenciosamente, por la mente de los críticos.

Aquí existe un parecido con el caso, mencionado anteriormente, del comandante de un campo de concentración que mimaba a sus perros favoritos, mientras torturaba brutalmente a sus prisioneros. Allí, su dulzura con los animales nos recordó que ni siquiera los seres humanos más monstruosos están totalmente desprovistos de tiernos sentimientos. Aquí, la situación es a la inversa: el hombre capaz de mostrarse amante con sus congéneres es, sin embargo, capaz de pasar todas sus horas de trabajo causando dolor a los animales sujetos a experimentación. Lo que nos espanta es el contraste. Si vemos a un soldado de amable aspecto acariciando la cabeza de su perro, no podemos dejar de preguntarnos si sería

también capaz de gasear a unas víctimas humanas indefensas. Si vemos a un padre de aspecto bonachón jugando cariñosamente con sus hijos, no podemos dejar de preguntarnos si, bajo su superficie, es capaz de hacer experimentos crueles. Empezamos a perder nuestro sentido de los valores. Nuestra fe en el poder afectivo de las intimidades corporales empieza a flaquear, y nos rebelamos contra la que llamamos crueldad de la ciencia.

Sabemos perfectamente que esta rebelión es injustificada, dados los inmensos beneficios que la investigación científica nos ha prestado; pero ésta ataca con tal fuerza nuestros conceptos básicos de lo que significa una intimidad amable y cuidadosa, que no podemos dominarnos. A pesar de todo, cuando nos sentimos enfermos corremos a la farmacia y nos tragamos rápidamente píldoras y tabletas, esforzándonos en no pensar en los confiados y traicionados animales que sufrieron para que pudiésemos disfrutar de estos maravillosos antibióticos.

Si la situación es mala para el público en general, ¿cómo será para el experimentador? La respuesta es que no es mala en absoluto, por la sencilla razón de que éste se ha educado específicamente para no ver el simbolismo de su relación con los animales. Al aplicar a su sujeto una atención implacablemente objetiva, supera la dificultad emocional. Si trata con cuidado a sus animales, lo hace para que estén en mejores condiciones para el experimento, no para satisfacer una necesidad emocional de sustitución de la intimidad corporal, como en el caso del ardiente aficionado a los animalitos domésticos. Esto exige, a menudo, considerables dominio y autodisciplina, pues, naturalmente, incluso el acto más intelectualmente controlado de contacto corporal puede desencadenar su magia fundamental y empezar a crear lazos afectivos. No es infrecuente que un gran laboratorio albergue, en una jaula de un rincón, un conejo gordo y orejudo, que se ha convertido en la mascota del departamento; un animalito mimado que nadie soñaría en emplear para un experimento, porque ha asumido un papel completamente distinto.

Para el no científico, resulta difícil hacer estas rígidas distinciones. Para él, todos los animales pertenecen a Disneylandia. Si a través de los medios modernos de comunicación, como el cine y la televisión, ensancha sus horizontes y empieza al fin a olvidar la imagen del animal-juguete de su infancia, no lo hace en la experta compañía de investigadores experimentales, sino de la mano de los naturalistas, cuyo papel es más de observadores que de manipuladores de la vida animal.

Los apuros del experimentador serio siguen, pues, sin resolver. Como el cirujano que opera para salvar la vida de sus pacientes, lucha para mejorar nuestra condición; pero, a diferencia del cirujano, recibe pocos placeres por ello. Como el cirujano, permanece estrictamente objetivo e impertérrito durante sus operaciones. En ambos casos, el interés emotivo sería perjudicial. En el cirujano, esto resulta menos ostensible, porque debe adoptar el aire de un médico de cabecera fuera del quirófano. Pero, una vez dentro de éste, trata a sus pacientes con tanta frialdad y objetividad como el investigador experimental, rajándolos como haría un jefe de cocina con un tasajo de carne. Si no lo hiciese así, todos, a la larga, saldríamos perdiendo. Y si el investigador experimental se emocionase ante sus animales y los tratase como a gatos o perros mimados, pronto sería incapaz de llevar adelante sus arduos proyectos, que tanto alivian nuestros dolores y enfermedades. La enormidad de lo que hace le induciría a emborracharse. De manera parecida, si el cirujano se dejase conmovir por el estado de sus pacientes, tal vez le temblaría el bisturí en la mano y causaría perjuicios irreparables. Si los pacientes de hospital pudiesen oír las conversaciones que se desarrollan en muchos quirófanos, les espantaría, probablemente, el tono indiferente y a veces chancero de los facultativos; pero su reacción sería injusta. La terrible intimidad de hundir un instrumento agudo en el cuerpo de una persona exige una dramática eliminación del impacto emocional del acto. Si la acción se realiza con desesperado y cariñoso cuidado, es posible que el paciente acabe en las manos, aún más frías, del

sepulturero.

En este capítulo hemos estudiado el empleo de sustitutivos vivos de los cuerpos humanos en un mundo ávido de contacto. Y hemos visto que los contactos cariñosos, como los establecidos con animalitos mimados, producen una intimidad sumamente placentera, y que los contactos estrictamente no cariñosos, como el de los animales experimentales, acarrearán considerable disgusto. En su conjunto, representan un número grandísimo de interacciones táctiles, y, por ello, los animales son, a este respecto, muy importantes para nosotros. En la mayoría de los casos, hemos observado la actividad de los adultos; pero el mimo de los animales es también una actitud significativa del niño cuando este, empezando a imitar a sus padres, muestra una intensa preocupaciónseudopaterna por los animalitos, acariciándolos, llevándolos de un lado a otro, alimentándolos y cuidándolos, como si fuesen unos pequeñines que dependiesen enteramente de él. Como los gatos y los perros suelen ser tildados, en el grupo familiar, de seudohijos de los verdaderos padres, los jóvenesseudopadres prefieren muchas veces otras especies generalmente desdeñadas por los adultos, como conejos, conejillos de Indias o tortugas. Estas especies, no contaminadas por preferencias familiares, proporcionan un mundo más privado e independiente a las intimidades de sustitución de los pequeñosseudopadres.

Los niños más pequeños resuelven el problema con el empleo de animales de juguete, sustitutos de los sustitutivos en la intimidad. Estos son mimados y queridos exactamente igual que si fuesen seres vivos, y el apego a un ratón *Mickey* a un oso *Teddy* es tan intenso y apasionado como el de un niño mayor por un conejo o, más tarde, por un pony. Es frecuente, entre las niñas, que el apego a un animal grande de juguete perdure hasta la edad adulta, y una fotografía, publicada en un periódico, de las víctimas de un reciente secuestro aéreo, nos muestra a una adolescente que, sana y salva, «sigue aferrada al oso *Teddy* que la consoló a través de toda

la ordalía en el desierto». Cuando necesitamos urgentemente alguna clase de contacto corporal tranquilizador, incluso un objeto inanimado puede satisfacer esta necesidad, y esto es lo que vamos a ver en el próximo capítulo.

INTIMIDAD CON OBJETOS

En una valla de Zurich, Suiza, vemos un gran cartel con la cabeza de un hombre en doble imagen, una al lado de otra. Las dos cabezas son idénticas, salvo por un detalle: una lleva un cigarrillo entre los labios; la otra, una tetilla de goma. Se presume que el mensaje es evidente, puesto que ni una palabra acompaña a la imagen. Sin darse cuenta, los dibujantes de este cartel dijeron más de lo que pretendían sobre la importancia de fumar. Con una simple exposición visual, explicaron la causa de que tantos miles de personas corran el peligro de una muerte dolorosa, al llenarse sus pulmones de células cancerosas.

Desde luego, el cartel pretende avergonzar a los fumadores adultos, dándoles un aspecto de bebés; pero esto puede interpretarse también al revés. Si el hombre de la tetilla en la boca se siente satisfecho con ella, lo mismo que un bebé, lo único malo de esta parte de la imagen es que parece demasiado infantil. En cambio, si observamos la otra cabeza, veremos que se ha resuelto el problema. El cigarrillo proporciona el mismo alivio y elimina el elemento infantil. Visto de este modo, puede tomarse por un anuncio en favor del hábito de fumar, para aquellos que aún no hayan descubierto el alivio básico de esta actividad. ¡Fume un cigarrillo, y le tranquilizará sin sentirse infantil!

Pero aunque no pretendamos retorcer maliciosamente el bienintencionado mensaje, éste nos proporciona una importante clave para estudiar el problema universal del tabaco con que cuenta la sociedad actual. Es un problema que no fue abordado hasta tiempos recientes. Muchos países han iniciado campañas para advertir a los fumadores de los peligros de llenar los pulmones de humo

cancerígeno. En extensas zonas se ha prohibido la publicidad televisada de los cigarrillos y se ha discutido ampliamente la manera de evitar que los niños se acostumbren a fumar. También se han proyectado espantosas películas de pacientes de hospital en fases avanzadas de cáncer pulmonar. Algunos fumadores respondieron inteligentemente y dejaron de fumar, pero otros muchos se alarmaron tanto que tuvieron que encender un cigarrillo complementario para calmar sus nervios. En otras palabras, aunque se ha abordado el problema, éste no está resuelto en absoluto. Decir simplemente a la gente que no deba hacer algo porque es peligroso, puede ser una medida prudente, pero es un remedio a corto plazo. Es como recurrir a la guerra para resolver el problema de la superpoblación. La guerra mata a millones de seres humanos, pero en cuanto termina aumenta de nuevo la natalidad, y la población crece vertiginosamente. De la misma manera, cada vez que se produce una alarma contra el tabaco miles de personas dejan de fumar; pero, pasado el susto, las acciones de las Compañías de cigarrillos vuelven a subir.

El gran error de las campañas contra el tabaco es que raras veces se detienen a considerar la cuestión fundamental: ¿por qué fuma la gente? Parecen creer que tiene algo que ver con la afición a las drogas: la nicotina produce el hábito. Desde luego, hay algo de esto; pero no es en modo alguno el factor más importante. Muchas personas no se tragan el humo y sólo absorben una cantidad mínima de la droga; por consiguiente, la causa de su adicción a los cigarrillos debe buscarse en otra parte. La solución está, indudablemente, en la intimidad oral inherente al acto de sostener el objeto entre los labios, según demuestra elocuentemente el cartel de Zurich; y esto nos da también la explicación fundamental de la conducta de los que se tragan el humo. Mientras no se investigue adecuadamente este aspecto del acto de fumar, tendremos pocas esperanzas de eliminarlo de nuestras sociedades, llenas de tensiones y afanosas de tranquilidad.

Aquí nos enfrentamos claramente con un caso de sustitución, por

un objeto inanimado, de una intimidad verdadera con otro ser humano. Al estudiar este fenómeno, nos alejamos un paso más de la fuente original, o sea, de la intimidad con semidesconocidos (los “tocadores” profesionales); el segundo, a la intimidad con sustitutivos vivos (animales mimados), y, ahora, el tercero nos lleva al mundo de los objetos simulados, pero que tienen un factor de intimidad. Estos son muchos, además del cigarrillo: pero convenía empezar por éste, porque nos conduce naturalmente al principio de toda la historia, el momento en que la madre aturrullada introduce un objeto de goma en la boca de su lloroso hijo en sustitución del pezón.

El chupete del niño suele calificarse de pezón «ciego», puesto que, a diferencia de la tetilla del biberón, carece de orificio. Esta calificación es un tanto desorientada, porque ninguna madre puede jactarse de tener unos pezones tan voluminosos como el chupete comercial corriente. Este es un superpezón, estéril, pero de una gran calidad táctil. En la parte opuesta, suele tener un disco plano, para simular el pecho de la madre e impedir que el superpezón de goma se introduzca enteramente en la boca del niño.

Objetos de esta clase fueron empleados durante siglos, pero no hace mucho cayeron en descrédito porque se les consideró como una peligrosa fuente de infecciones. Últimamente, han empezado a recobrar terreno, son recomendados en muchas ocasiones por las autoridades médicas. Los niños que emplean el chupete están menos predispuestos a chuparse el dedo (alternativa evidente a falta de un pezón que les de la necesaria tranquilidad). Tampoco se cree ya que los chupetes deforman la boca o perjudican el desarrollo de los dientes, y recientes experimentos han demostrado a los expertos lo que ya sabían muchas madres, es decir, que los chupetes producen un efecto espectacularmente calmante en los niños inquietos. La «succión no nutritiva», según el término oficial, fue estudiada cuidadosamente en un gran número de niños, registrándose los resultados. Entonces se descubrió que, a los treinta segundos de tener el chupete en la boca, el llanto se re-

ducía a una quinta parte de su intensidad primitiva, y los movimientos de manos y de pies, a la mitad. También se descubrió que, incluso sin un chupete activo, la presencia del superpezón entre los labios del niño producía un efecto calmante. Si un niño está medio dormido y deja de chupar, el hecho de quitarle el chupete provoca fácilmente la continuación del llanto.

Todo esto quiere decir que el hecho de tener algo entre los labios constituye una experiencia tranquilizadora para el animal humano, ya que representa un contacto sedante con el protector primario, o sea, la madre. Es una poderosa forma de intimidad simbólica, y cuando observamos a un viejo chupando satisfecho su pipa se pone en evidencia que ésta es una forma que nos acompaña durante toda la vida.

Lo importante, en el «chupador» adulto, es que no debería parecer que hace lo que está haciendo: de ahí el mensaje del cartel de Zurich. El empleo de un chupete infantil por un adulto desasosegado tendría, probablemente, el mismo efecto calmante que otra cosa cualquiera, si no llevase consigo un estigma de «infantilismo». Pero, como lo lleva, el hombre se ve obligado a adoptar chupetes disimulados de diferentes clases. El cigarrillo es, al menos en este aspecto, un objeto ideal, porque es exclusivamente propio de los adultos. El hecho de que esté prohibido a los niños significa no sólo que no es infantil, sino que ni siquiera lo parece, y, por consiguiente, que es absolutamente ajeno al contexto de la succión del bebé, donde está su verdadero origen. El objeto ofrece un tacto suave a los labios y es calentado por el humo, lo cual hace que aún se parezca más que el chupete al pezón de la madre. Además, la sensación de chupar algo y de tragarlo aumenta aún más aquella ilusión. De este modo, se plantea una nueva ecuación simbólica: el humo cálido inhalado es igual a la leche caliente de la madre.

Muchos fumadores, al llevarse un cigarrillo a la boca o al quitarlo de ésta, apoyan los dedos en el borde de los labios, simulando de este modo el tocamiento del pecho materno. Algunos se ponen el

cigarrillo entre los labios y lo dejan allí durante largo rato, chupándolo solamente de vez en cuando. Cuando hacen esto, los momentos de inactividad se parecen a los del bebe medio dormido que conserva el chupete en la boca después de dejar de succionarlo. Otros fumadores, tras quitarse el cigarrillo de la boca siguen acariciándolo entre los dedos, incluso cuando sería más fácil dejarlo en un cenicero o en otra superficie cualquiera. Los dedos “manchados de nicotina” son mudo testimonio de este afán de permanecer agarrado al pezón confortador, incluso cuando la boca deja de actuar.

Una variación sobre el mismo tema es el superpezón del hombre de negocios, el cigarro puro, cuyo extremo correspondiente a la boca es adecuadamente suave y redondeado. Este pezón «ciego» es ceremoniosamente perforado con aparatos especiales para facilitar el flujo confortador del cálido humo-leche. Algunos renuncian al suave contacto del cigarrillo o del cigarro en favor del aún más suave de la boquilla o de la pipa. Aquí, la lengua puede jugar con una superficie tan suave y resbaladiza como un pezón de carne o una tetilla de goma. Es extraño que no se haya inventado algún aparatito que sea blando y resbaladizo al mismo tiempo – por ejemplo, una boquilla de goma–, pero tal vez esto sería poco disimulado y se parecería demasiado a la cosa real para conservar su respetabilidad entre los adultos. En realidad, haría aún más difícil uno de los trucos predilectos de los fumadores de pipa, a saber, chupar una pipa vacía. Esto resulta ya peligrosamente evidente, y el tubo de goma de una pipa sería francamente delator.

La enorme cantidad de tabaco que se consume actualmente en todo el mundo demuestra que existe una inmensa demanda de actos tranquilizadores de intimidad simbólica. Si hay que eliminar los efectos secundarios de este tipo de comportamiento, será necesario, o bien conseguir la adecuada reducción de las tensiones en la población, o bien inventar otras alternativas. Como, de momento, hay pocas esperanzas de lograr lo primero, habrá que acudir a la segunda solución. Se propusieron, e incluso se probaron, los

cigarrillos de plástico; pero tuvieran poco éxito. En principio, la idea no estaba mal, pero olvidaba los importantes factores del calor y de la «chupabilidad» de los verdaderos cigarrillos. Tampoco da una excusa oficial a la acción. Para que un nuevo sistema resulte aceptable tiene que ser disimulado de algún modo. Ciertamente que muchas personas chupan lápices, plumas, la madera de las cerillas y los extremos de las varillas de las gafas; pero todos estos objetos tienen otras funciones «oficiales». Un cigarrillo de plástico fallaría en este aspecto y se parecería demasiado al chupete infantil del cartel de Zurich. Habrá que encontrar alguna otra solución, y es muy posible que ésta tenga que venir de los propios fabricantes de cigarrillos, en forma de un tabaco sintético o de hierbas que no perjudiquen los pulmones. En la actualidad, se está investigando ya en esta dirección, y tal vez el reciente miedo al cáncer de pulmón y las campanas de propaganda contribuirán eficazmente a la intensa aceleración de estas investigaciones. Pero sólo recordando la significación profunda del acto de fumar, tal como ha sido aquí esbozada, aquellas campañas podrán servir probablemente de algo, a largo plazo.

Las personas que han dejado de fumar, o que lo han intentado, se quejan de que empiezan a engordar en cuanto abandonan la fuente no nutritiva del tabaco. Esto nos da inmediatamente una clave sobre ciertos tipos de alimentación. Muchas veces que comemos o chupamos golosinas lo hacemos, más que como alimento propio de adultos, por la intimidad oral que proporcionan. Cuando el ex fumador, hambriento de cigarrillos, siente la súbita necesidad de un calmante en sustitución de aquéllos, se mete en la boca cualquier cosa dulce. El acto de chupar caramelos o bombones es otra forma disfrazada de la primitiva alimentación a través del pecho materno. Para la mayoría de nosotros, es un procedimiento para llenar el hueco entre el chupete de la infancia y los cigarrillos de la edad adulta. La tienda de golosinas es el paraíso del muchacho. Demasiado crecido para los tranquilizantes de goma, se dedica a chupar regaliz y caramelos, bombones o azúcar cande. Quizá le

dañarán los dientes, pero sirven para sustituir el tranquilizador perdido. Al llegar a la edad adulta, solemos volver la espalda a estas golosinas; pero son muchos los jóvenes enamorados que regalan a sus novias cajas de bombones surtidos de chocolate. Y más de una aburrida ama de tasa mete mano en la caja de los caramelos. Un truco frecuentemente usado para dar respetabilidad a estos objetos es llenarlos de alcohol –producto que nada tiene de alcohol– y comerlos en forma de «bombones de licor».

Aunque estos objetos alimenticios duran menos que los pezones, sus cualidades de suavidad y dulzura permiten que representen su simbólico papel. Una forma especial remedia el inconveniente de la corta duración: la goma de mascar. La goma de mascar consiste en una sustancia elástica llamada chicle, endulzada y aromatizada. (Una parto de goma chicle y tres partes de azúcar, calcinadas, mezcladas y aromatizadas con canela, fresa o menta.) Puede chuparse horas y horas, y, según los anuncios, «calma los nervios y facilita la concentración». Simbólicamente, no es más que un pezón elástico e independiente. Debido a sus propiedades especiales, debería tener considerable éxito; pero le perjudica el ostensible movimiento de mandíbulas indispensable para su uso. Esto no es ningún problema para el que lo consume, pero a los que le rodean les da la impresión de que está comiendo incesantemente. Como nunca se traga la «comida» que tiene en la boca, parece como si esto tuviese que ser algo desagradable, como un pedazo de cartílago, y mientras él se calma sus observadores se irritan. Resultado de ello ha sido que, en muchos medios sociales, el acto de chupar un trozo de goma es considerado como una «sucía costumbre», y por ello esta actividad se ha restringido bastante.

Como la leche de la madre es un líquido caliente y dulce, no es de extrañar que los adultos, en momentos de tensión o de fastidio consuman diversas bebidas calientes y dulces. Los millones de litros de té, café, chocolate y cacao líquidos que se consumen actualmente tiene poco que ver con las exigencias de la sed; pero la sed proporciona, una vez más, la indispensable excusa oficial.

Las copas y tazas de las que sorbemos tan afanosamente estos sustitutivos de la leche nos brindan también superficies suaves y resbaladizas en las que apoyar los labios, y es fácil comprender las protestas que se elevan cuando el «sentido práctico» moderno requiere el empleo de nada suaves y nada resbaladizos vasos de papel.

Una vez más, es interesante observar cómo tratamos de disimular lo que es demasiado evidente: bebemos el té caliente, y la leche, fría. Beber leche caliente es excesivamente infantil. Sólo los inválidos beben leche caliente; pero esto es comprensible, porque, como ya hemos visto, el inválido ha renunciado a la lucha y se ha convertido, en otros aspectos, en un «bebé temporal», de modo que, para él, una nueva faceta infantil no tiene la menor importancia.

Aparte de la leche fría o de los batidos de leche, que, y esto es significativo, solemos sorber con una paja, hay otros muchos tipos de bebidas frías y dulces que empleamos como tranquilizantes. Casi siempre son anunciados como remedios contra la sed; pero en este aspecto nunca son tan eficaces como el agua vulgar y corriente. En cambio, tienen el sabor dulce vital, y la costumbre cada vez más tolerada de beber directamente de la botella contribuye a elevar su valor simbólico. Por consiguiente, las botellas en cuestión son más pequeñas que las tradicionales y han llegado a parecerse bastante al biberón infantil. En realidad, si alguien quisiera imitar el cartel de Zurich sobre los cigarrillos, y pintase un hombre bebiendo «Coca-Cola» o limonada de una botella con una tetilla, pronto la venta de estas bebidas dejaría de ser un buen negocio.

Otros muchos objetos, como los tallos de las plantas o las cuentas de un collar, son llevados con frecuencia a los labios en busca de un alivio momentáneo y fugaz; pero ya hemos dicho bastante para demostrar que las intimidades orales de la infancia siguen siendo factor importante de nuestras vidas de adultos, incluso fuera del más ostensible campo del beso amistoso o sexual, por lo que pasa-

remos a estudiar otras partes del cuerpo adulto.

Otra forma básica de contacto, durante la primera infancia, consiste en apoyar la mejilla en el cuerpo de la madre durante el descanso. El acto de apoyar la mejilla en objetos sustitutivos suaves es raro en los varones adultos, pero bastante frecuente en las mujeres. Muchos anuncios de colchas, mantas y ropa blanca nos muestran a una mujer tranquila y sonriente arrebujada en el suave artículo, inclinada la cabeza a un lado y apretando delicadamente la mejilla sobre la fina superficie de la tela. Esto es frecuente, sobre todo, en los anuncios de mantas, hasta el punto de que es la única actitud empleada, a pesar del hecho evidente de que, una vez acostada la mujer, las inevitables sábanas harán imposible este contacto.

Los anuncios de abrigos de pieles siguen una pauta parecida y muestran, con frecuencia, el cuello del abrigo levantado o empujado con las manos, a fin de que su superficie ultrasuave acaricie las mejillas de su dueña. Las alfombras de piel brindan una superficie de contacto aún más extensa y son como un gigantesco cuerpo maternal tendido en el suelo.

Tal vez la forma más común y generalizada del contacto de mejilla, y que es practicada tanto por los varones como por las hembras, es el empleo de almohadas bien rellenas para dormir por la noche. La caricia de esta tierna almohada-seno constituye un elemento apaciguador al terminar la jornada, nos tranquiliza y nos predispone a sumirnos en un profundo sueño, reparador de los esfuerzos del día. Los fabricantes de almohadas han dado pruebas de mucha sutileza al conseguir el equilibrio adecuado entre la elasticidad y la blandura, y en cualquier almacén de artículos de cama se puede escoger una nueva almohada entre una gran variedad de ellas provistas de diversas calidades táctiles. Para muchos adultos, una almohada especial es importantísima para dormirse, y si se encaran (en los dos sentidos de la palabra) con una almohada que no les conviene, en la cama de un hotel o de la casa de un amigo, es muy posible que tarden más en dormirse que en su pro-

pio hogar. Este fenómeno es mucho más pronunciado en el caso de los «amantes del hogar», que viajan poco y que durante muchos años emplean una clase específica de almohada, de elasticidad, volumen y consistencia determinados.

Algo parecido ocurre con el resto de la cama. Aparte de las reacciones producidas por la almohada, los adultos suelen preferir grados particulares de blandura o de dureza de los colchones, y ciertas ligereza o pesadez, sujeción o flojedad de las ropas del lecho, al sumergirse en el vital abrazo nocturno del sueño, que les envolverá durante una tercera parte de su vida.

En 1970, apareció en el mercado americano un nuevo tipo de cama: la «cama de agua». Esencialmente, es un colchón de plástico lleno de agua. Al tumbarse en él, el individuo se hunde en un abrazo líquido, como si volviese a una especie de claustro materno. Un termostato y un sistema de calefacción mantienen el agua a la temperatura adecuada. En el segundo semestre de 1970, se vendieron más de 15.000 camas de esta clase, y la demanda superó pronto la oferta. Los anunciantes animaban a sus posibles compradores con frases por este estilo: «Viva y ame en un delicioso medio líquido», o «Ella le mecerá hasta que se duerma». El único peligro, empleando una expresión ginecológica, es que se rompa la membrana. Una punzada accidental en el colchón de agua es como un nacimiento accidentado. Tal vez este ligero pero continuo temor hará que, en definitiva, la mayoría prefiera envolverse en el más seguro abrazo de nuestras anticuadas sábanas y mantas.

Si los examinamos objetivamente, nuestros hábitos de sueño, con blandos almohadones, sábanas y colchones, empiezan a adquirir una significación especial. Son más que un método para clasificar y archivar la multitud de ideas nuevas del día que acaba de transcurrir, y mucho más que un sistema de descanso físico en espera de los esfuerzos de mañana. Representan, también, un masivo y universal abandono en la consoladora intimidad de una envoltura inanimada, que tiene algo de claustro materno y algo de abrazo

maternal.

Pero ni siquiera durante las horas de vigilia rechazamos enteramente estas delicias prístinas, según demuestra claramente la industria moderna del mueble. Las «poltronas» y los sofás, de una blandura voluptuosa y una comodidad de lecho totalmente desconocidos en pasados siglos, se han convertido en la casi inevitable pieza central de todos los salones y cuartos de estar. Al terminar la dura jornada, nos hundimos agradecidos en la suave intimidad de nuestro mueble predilecto, cuyos «brazos» no nos abrazan realmente, pero cuya blanda superficie nos brinda una eran comodidad corporal. Mimosamente acurrucados en la simbólica falda de nuestra butaca-madre, podemos observar con seguridad infantil, y desde lejos, el caos del duro mundo adulto exterior, simbólicamente retratado en nuestras pantallas de televisión o entre las cubiertas de nuestras novelas.

Si al describir el acto de mirar la televisión desde la blanda y cómoda poltrona como una acción infantil, similar a la de mirar por la ventana desde el seguro refugio del regazo materno, parezco censurarlo, me apresuro a decir que no es ésta mi intención. Antes al contrario, lo considero una ventaja más de las actuales pautas mundiales de comportamiento. Además de proporcionar entretenimiento e ilustración, el acto de mirar la televisión puede, como ya he indicado, aportar un elemento sedante vital a nuestro mundo adulto lleno de tensiones. La pantalla de cristal que cubre las imágenes que vemos las mantiene encerradas herméticamente en la caja del televisor, donde no pueden causarnos ningún daño. Esto contribuye a compensar el hecho de que nuestra butaca-madre sólo nos ofrece uno de los dos factores vitales de seguridad que la verdadera madre da a su hijo. La verdadera madre brinda a éste la intimidad de un suave contacto corporal y protección contra el mundo exterior. Nuestras poltronas-madre sólo nos proporcionan el contacto suave; no pueden protegernos. Y aquí es donde la impenetrable superficie de cristal de la pantalla del televisor viene en nuestra ayuda, compensando la protección que falta al

aislarnos de los dramas adultos que se desarrollan en el interior del aparato: madre verdadera que protege y conforta – pantalla que protege – poltrona-madre que conforta.

Mirando nuestra vida hogareña desde este punto de vista, no es de extrañar que la mayoría de nosotros, cuando viajamos o vamos de vacaciones, prefiramos alojarnos en los hoteles, que simulan, en casi todos los aspectos, las condiciones que antaño conocimos en la «nursery». Como en nuestra infancia, lo encontramos todo hecho y no tenemos necesidad de levantar un dedo. El cocinero-madre nos prepara la comida; la camarera-madre nos la sirve, y la doncella-madre limpia y arregla nuestras habitaciones. En los mejores hoteles, el servicio puede devolvernos virtualmente a la cuna, con sólo sustituir el llanto infantil por el sencillo acto de apretar un botón o de coger el teléfono. Frecuentemente, una de las primeras cosas que hace el nuevo rico es implantar estas condiciones de «nursery» en su nuevo hogar, contratando un servicio-madre personal. También, como señalé en uno de los capítulos anteriores, la cama de enfermo y el hospital brindan una condición similar al inválido que ha renunciado temporalmente, pero por completo, a la lucha propia del adulto.

A veces, nos permitimos brevemente el lujo, aún más primitivo, de volver a la condición del claustro materno mediante el acto de tomar un baño caliente. No es casualidad que casi todo el mundo prefiera hacerlo a la temperatura de la matriz y flote satisfecho en el líquido pseudoamniótico, después de cerrar la puerta del cuarto de baño contra el mundo exterior de los adultos. Sin embargo, más pronto o más tarde nos vemos obligados a quitar el tapón cervical y a exponernos, de mala gana, al traumatismo de un nuevo nacimiento. Como si conociesen nuestros temores en este horrible momento, los fabricantes de toallas compiten entre sí para brindarnos el abrazo más suave que pueden producir. Como dice un anuncio: « ¡Nuestras toallas le abrazan hasta secarle!»; y la muchacha del cartel se arrebujá, extasiada, en la toalla, apretándola contra su cuerpo y su cara, como si en ello le fuese la vida.

Cuando la joven de la toalla se viste al fin, no debe temer que cesen estas agradables intimidades. Los anunciantes de prendas de vestir –ropa interior, sueters, faldas y demás– prometen todos ellos recompensas parecidas. Al parecer, las medias pantalón son algo más que un simple instrumento de modestia, pues se nos dice que abrazan... suave y cariñosamente... resiguiendo las curvas del cuerpo». Y las mallas interiores son «sedosas y sensuales» y estrechan amorosamente desde la cabeza hasta los pies». Por no hablar de las medias, que «abrazan sus piernas con una suave y prolongada caricia», y de los vestidos de punto, que dan la impresión de que «están pegados». Por consiguiente, la afortunada muchacha puede andar por ahí completamente vestida y aparentemente sola, pero simbólicamente envuelta en unas ropas amantes que la acarician, la abrazan y la estrechan. Si todos los anuncios de prendas de vestir tuviesen un efecto acumulativo, sería sorprendente que la joven pudiese cruzar una estancia sin experimentar un orgasmo múltiple. Sin embargo, y afortunadamente para sus amantes verdaderas, el impacto de las ropas es mucho más débil de lo que quisieran hacernos creer los anunciantes. Aunque, por muy débil que sea aquél, las suaves y cómodas ropas actuales proporcionan una auténtica e importante recompensa corporal.

Esta intimidad entre las ropas y la persona que las lleva se produce en ambas direcciones. No sólo los vestidos abrazan al que los lleva, sino que éste abraza también a los vestidos, en justa correspondencia a sus apretones y caricias. La manera predilecta de devolver el cumplido es introducir una o ambas manos en algún adecuado pliegue de la ropa. Inmediatamente acude a nuestra mente la actitud característica de Napoleón, con la mano introducida en una abertura de la casaca; pero, en la actualidad, la versión más común es la acción de meterse las manos en los bolsillos. La función oficial de los bolsillos es llevar pequeños objetos, y si introducimos la mano en ellos se presume que es para sacar algo. Pero la inmensa mayoría de las actitudes de manos en los bolsillos

no tienen nada que ver con el asimiento de objetos, sino que son prolongadas acciones de contacto, en las que, por decirlo así, vamos de la mano con nuestros bolsillos. Con frecuencia se ordena a los colegiales y a los soldados que “saquen las manos de los bolsillos”, sin más explicación que decirles que es muestra de desaliño. Pero la verdad es que esta actitud indica que han cedido a un acto simbólico de intimidación, lo cual es incompatible con sus papeles oficiales de varones atentos y subordinados. Para los que no están sujetos a estas restricciones existen varias alternativas, y la elección realizada en un momento dado sigue una regla bastante curiosa. Es ésta: cuanto más arriba del cuerpo se produce el contacto mano-ropa, más afirmativa es la actitud. La más rotunda de todas es la que consiste en agarrarse las solapas. A continuación, viene la postura de los pulgares en el chaleco. Después, la posición napoleónica de la mano en la abertura de la chaqueta. Bajando más, está la actitud de las manos en los bolsillos de la chaqueta, y, aún más abajo, la de las manos en los bolsillos del pantalón. Por último, está la acción de asirse las perneras del pantalón con las manos, que es la más baja de la escala.

La razón de esta regla parece ser que, cuanto más arriba se coloca la mano para establecer el contacto, más se parece el ademán a un movimiento intencional de descargar mi golpe. Cuando se asesta un golpe de verdad, este va precedido de una elevación del brazo que lo descarga. Como ya hemos visto, esta acción se convierte e inmoviliza en un signo formal en el caso del puño levantado del saludo comunista. El firme agarrón de las solapas se aproxima a aquella actitud —lo máximo que permite el contacto mano-ropa—, y, por consiguiente, es natural que este sea el mensaje más truculento de todas las alternativas. Junto con la posición de los pulgares en el chaleco, ha llegado a ser casi una caricatura del aplomo, y por eso el verdadero hombre dominante de nuestros días suele preferir, cuando se desenvuelve en público, la actitud de las manos en los bolsillos de la chaqueta. Esta última acción es predicta de los grandes hombres de negocios y de los generales, almi-

rantes y jefes políticos y fue también actitud típica de los omnipotentes gánsters de los turbulentos años veinte. Estos hombres suelen mostrarse mucho más reacios a adoptar la más baja posición de las manos en los bolsillos, sobre todo cuando el ambiente requiere la afirmación de sus derechos dominantes.

Una curiosa excepción a la regla anterior es la de los pulgares en el cinturón. Aunque el contacto se produce a un nivel más bajo del cuerpo, tiene un matiz, resueltamente truculento. Es propio de los «hombres de pelo en pecho», vaqueros, seudovaqueros y muchachas que se las dan de agresivas. Su calidad dominante parece deberse no sólo a que es un movimiento intencional de ataque, sino también a que es la versión moderna de los pulgares en el chaleco, ahora que prácticamente ha desaparecido esta prenda de vestir. A veces, toda la mano se desliza por debajo del cinturón o de la cintura del pantalón; pero, en este caso pierde inmediatamente buena parte de su agresividad y está más de acuerdo con la escala de alturas más arriba indicada.

Además de estas acciones, hay otras muchas maneras en que las manos realizan actividades secundarias con diferentes partes de los vestidos. Todas ellas se producen en momentos de tensión, y muchas parecen representar versiones simbólicas de actos de aseo y apaciguamiento que quisiéramos que otros aplicasen a nuestro cuerpo. Con frecuencia, vemos a hombres que se arreglan los puños de la camisa o se ajustan la corbata. El presidente Kennedy solía jugar, en momentos difíciles, con el botón central de su chaqueta. Winston Churchill aparecía muchas veces, cuando la situación era tensa, con la mano apoyada de plano en la parte inferior de su chaqueta, como iniciando un abrazo.

En el sexo femenino, los brazaletes y los collares sirven también para ser manoseados y para jugar con ellos en momentos de tensión, de la misma manera que las monjas obtienen sin duda alivio de la simple acción física de pasar las cuentas de su rosario. En otros momentos, la suave caricia del lápiz sobre los labios o de la borla de empolver sobre las mejillas puede producir una impre-

sión sedante a la mujer nerviosa que debe atender a un importante compromiso social. En ocasiones más privadas, el paso repetido del peine o del cepillo por los cabellos, mucho más de lo que requiere un “simple peinado”, puede tener un marcado efecto sedante y representar el papel de la caricia de un amante.

En algunos casos, la acción de establecer contacto con un compañero se realiza indirectamente, a través de algún objeto intermedio, como cuando chocamos las copas en un brindis, en vez de establecer un contacto corporal directo. Un clásico ejemplo de ello podemos hallarlo en cualquier álbum Victoriano de fotografías observando los grupos familiares. La madre aparece siempre sentada en un sillón central, con el último retoño de su numerosa familia sentado en su regazo. El marido, cuya inclinación natural es apoyar un brazo sobre los hombros de ella, está demasiado cohibido para hacerlo en público y se limita a abrazar el respaldo del sillón donde se sienta su esposa. Una versión moderna de esto podemos verla cuando dos amigos se sientan juntos y uno de ellos extiende el brazo sobre el respaldo del sofá ocupado por ambos, apuntando en la dirección de la espalda del otro. De manera parecida, cuando una persona se sienta sola en un sillón, puede abrazar cariñosamente los brazos de éste, mientras habla animadamente con el compañero sentado frente a ella. En ocasiones, se obtiene una comodidad complementaria con el empleo de la mecedora, actitud predilecta del presidente Kennedy cuando la situación era tensa. Huelga decir que este balanceo tiene relación directa con la oscilación de la cuna o de los brazos de la madre.

Por último, llegamos a los objetos que ofrecen específicas maneras de sustituir las intimidades sexuales. A un nivel medio, se encuentran las fotografías del ser amado o de personas que nos gustan, que pueden ser besadas y acariciadas a falta del ser real que representan. El empleo de reproducciones de tamaño natural en la almohada es una nueva tendencia en esta dirección. En efecto, hoy se pueden comprar fluidas de almohadas en las que se ha estampado la cara de la estrella de cine predilecta. Entonces, a la

hora de dormir, uno puede yacer mejilla contra mejilla con su adorada y dormirse tranquilamente en el frío abrazo de las sábanas.

Pasando a la propia cópula, se dijo, durante la Segunda Guerra Mundial, que los soldados enemigos (siempre hay soldados enemigos) del frente disponían de muñecos femeninos de caucho, hinchables y provistos de orificios sexuales. El objeto de aplacar las tensiones sexuales. No podría asegurar si esto fue pura propaganda, para demostrar las malas condiciones sexuales en que vivía el enemigo, o si ocurrió en realidad.

En cambio, los sustitutivos íntimos del órgano masculino tienen una larga y veraz historia, e incluso son mencionados una vez en el Antiguo Testamento. Llamados comúnmente «Consoladores», fueron conocidos incluso antes de los tiempos bíblicos y aparecen en antiguas esculturas babilónicas de muchos siglos antes de Jesucristo. En la antigua Grecia fueron llamados «olisbos», que significa «loro resbaladizo», y, por lo visto, adquirieron gran popularidad en los harenes turcos. Con el paso de los siglos, su empleo se extendió virtualmente a todos los países del mundo. Su popularidad experimentó alternativas, alcanzando seguramente su punto culminante en el siglo XVIII, es que se vendieron descaradamente en Londres, fenómeno que no volvió a producirse hasta la segunda mitad del siglo actual. Se dice que se ha puesto gran cuidado y habilidad en su confección, para «dar mayor realismo a un coito fingido». En los actuales años setenta, se venden, bajo diferentes formas, en las «tiendas eróticas» de numerosos países occidentales.

Los propios juguetes, de tipo completamente no sexual, pueden ser también un medio de conseguir satisfacciones táctiles a través de objetos inanimados. Las posibilidades son enormes, pero los intentos son pocos, y los éxitos aún menos. Cuando aparece alguno, suelo adoptar la forma de un ejercicio atlético. La cama elástica fue uno de ellos. La principal satisfacción que producía era la extraña impresión de sentirse abrazado por la superficie

elástica, lanzado al aire y, después, abrazado de nuevo en otra posición. Pero toda la operación tenía que realizarse bajo la capa de una atmósfera sumamente muscular y deportiva, cosa que la ponía fuera del alcance de muchas personas. El efímero *luda-hoop* fue un caso parecido, que combinaba el abrazo giratorio del aro alrededor de la cintura con un movimiento ondulatorio de las caderas. Sin embargo, como su atractivo era muy limitado no sobrevivió a la fase de novedad.

El mundo del arte intentó varias veces presentar objetos íntimos a un mundo ávido de intimidad, pero tuvo poco éxito. En 1942, el “Museo de Arte Moderno” de Nueva York exhibió, por primera vez, un nuevo tipo de escultura llamada *handies*, o esculturas de mano. Consistía en pequeñas piezas suavemente redondeadas, de madera pulida y de formas abstractas, que se adaptaban bien a la mano humana y podían ser apiladas y cambiadas de posición para variar las sensaciones táctiles. El artista que las creó hizo hincapié en que eran más para tocar que para mirar, y sugirió que podían ser excelentes sustitutivos de los cigarrillos, la goma de mascar o las chucherías que algunos revuelven entre los dedos durante las reuniones de comité. Desgraciadamente, no lo fueron, y desde entonces apenas si se ha vuelto a oír hablar de ellas. Una vez más, el mensaje era demasiado evidente, y ningún miembro de comité quería que los demás se enterasen de su necesidad de un confortador contactoseudocorporal.

Más recientemente, en los años sesenta, ciertos artistas intentaron ataques más ambiciosos a los cuerpos de los amantes del arte, creando «esculturas de ambiente». Estas adoptaron muchas formas, algunas de las cuales incluían una especie de espacio de juego, en el que se introducía el visitante para experimentar una serie de impresiones táctiles diferentes, al pasar por tubos, túneles y pasadizos, revestidos o provistos de una gran variedad de texturas y sustancias. También su éxito fue muy efímero, y se perdieron grandes posibilidades.

Un último ejemplo resume claramente toda la situación. Cierta

artista inventó una cápsula para coitos simulados, en la que ora introducido y sujeto en diversas posiciones el “amante del arte”. Después, se cerraba la capsula y se ponía en marcha el motor, sin la intención de producir una experiencia sensorial masiva. El inventor de esta máquina dio una conferencia sobre sus conceptos en un instituto de arte y ante un público absorto, que le escuchó con interés mientras el hombre explicaba qué, debido a inconvenientes técnicos, acababa de inventar una versión mucho más sencilla de la máquina, en la que tenía enorme confianza. El aparato modificado consistía, básicamente, en una gran lámina vertical de goma, o de otro material parecido, con un pequeño orificio a la altura del miembro del hombre. Para la mujer amante del arte, había una lámina vertical parecida, de la que sobresalía un objeto con forma de pene. Con la mayor seriedad, explicó que, además de su sencillez, su nuevo invento tenía la ventaja de que podía ser utilizado simultáneamente por un varón y una mujer –amantes del arte–, por el simple procedimiento de colocarse a un lado y otro de la lámina.

Lo absurdo de esta historieta nos conduce inevitablemente al absurdo inherente a muchos de los ejemplos dados un el presente capítulo. Es absurdo que un ser humano adulto tenga que llenarse los pulmones de elementos cancerígenos, con el fin de gozar de un tosco sustitutivo de las satisfacciones que antaño conoció al darle su madre el pecho o al aplicar esta un biberón a sus labios. Y es absurdo que hombres maduros tengan que masticar incesantemente un pezón sintético en forma de goma de mascar, o que mujeres adultas tengan que usar un aparato de plástico para masajes en vez de conseguir la satisfacción sexual por medios naturales. Pero aunque estas acciones puedan parecer absurdas, tontas o incluso francamente repugnantes para algunos, lo cierto es que, para muchos, son la única solución que encuentran a su alcance y no debemos olvidar que cualquier intimidad, por muy alejada que esté de la cosa real, es aún mejor que la espantosa soledad del que no tiene intimidad alguna. En otras palabras, debemos dejar de

atacar los síntomas y estudiar más de cerca las causas del problema. Bastaría con que pudiésemos establecer mayor intimidad con nuestros «íntimos» para que cada vez hiciesen menos falta los sustitutivos de esta intimidad. Mientras tanto, digamos que muchos de los contactos fingidos son mejores que la falta absoluta de contacto.

INTIMIDAD CON UNO MISMO

Una mujer, de pie en el andén de la estación, a punto de coger el tren, acaba de tener un susto. Su marido le ha preguntado si se acordó de cerrar la puerta de la cocina; no, no lo hizo. ¿Qué es lo que hace ahora? Antes de responder una palabra, abre la boca y se lleva una mano a la mejilla, incluso cuando empieza a hablar, la mano sigue apretada contra un lado de la cara. Después, a los pocos momentos, la baja, y empieza la fase siguiente de comportamiento. Pero no seguiremos adelante, sino que concentraremos nuestra atención en esta mano, porque es la clave de todo un nuevo mundo de intimidades corporales: las intimidades con uno mismo.

En su fugaz momento de pánico, la mujer del andén buscó instantáneamente el consuelo de la rápida caricia a la mejilla por la mano. Su súbito sentimiento de aflicción la llevó, inconscientemente, a establecer el contacto tranquilizador que, en otras circunstancias, habría podido brindarle una mano amiga, o, mucho tiempo atrás, sus padres, al verla padecer. Ahora, en vez de la mano del amigo o de la madre, es la suya propia la que se levanta para tocar la mejilla y establecer el contacto. Lo hace automáticamente, sin pensarlo y sin vacilación. Al realizar este acto, su mejilla sigue siendo su mejilla; pero su mano se ha convertido simbólicamente en la de otra persona: su amante o su madre.

Los contactos de esta clase son una forma de intimidad corporal que apenas reconocemos como tal; pero, en el fondo, son idénticos a los que hemos estudiado en los capítulos anteriores. Pueden parecer actos «unipersonales»; pero en realidad son imitaciones inconscientes de actos entre dos personas, en las que se emplea una parte del cuerpo para realizar el movimiento de contacto del compañero imaginario. Son, dicho en otros términos, seudo inter-

personales.

A este respecto, constituyen la quinta y última fuente importante de intimidades corporales. Las cinco fuentes pueden resumirse así: (1) Cuando nos sentimos nerviosos o deprimidos, un ser amado puede, con un abrazo cariñoso o un apretón de manos, intentar tranquilizarnos. (2) A falta de un ser amado, puede ser un tocador especializado, como el médico, quien nos dé unas palmadas en el brazo y nos diga que no debemos preocuparnos. (3) Si nuestra única compañía es un perro o un gato mimados, podemos tomarlo en brazos y apretar la mejilla contra su fina pelambre para sentir el consuelo de su tibio contacto. (4) Si estamos completamente solos y algún ruido siniestro nos sobresalta por la noche, podemos meterlos en las sábanas y sentirnos seguros en su dulce abrazo. (5) Si falta todo lo demás, aún nos queda nuestro propio cuerpo, que podemos estrechar, abrazar, pellizcar y tocar de mil maneras para calmar nuestros temores.

Si dedica usted un poco de tiempo a observar cómo se comportan las personas, no tardara en descubrir que los actos de contacto con uno mismo, o autocontactos, son extraordinariamente frecuentes, mucho más de lo que usted había supuesto. Sin embargo, sería un error considerar todos estos contactos como sustitutivos de intimidades interpersonales. Algunos de ellos tienen otras funciones. Por ejemplo, un hombre que se rasca un grano en la pierna, no lo hace imitando a otro que podría hacerlo. Lo hace como un simple acto de mitigar el prurito, sin el menor factor oculto de intimidad. Por consiguiente, no hay que exagerar el papel de las intimidades con uno mismo. A fin de situarlas en su verdadera perspectiva, empezaremos formulando una pregunta fundamental: ¿cómo y por qué tocamos nuestro propio cuerpo?

Pensando en esta interrogación, analicé varios miles de ejemplos de acciones humanas de autocontactos. El primer hecho que me saltó a la vista fue que la región de la cabeza era la más importante zona *receptora* de estos contactos, y que la mano era el órgano *dador* más destacado. Aunque la cabeza es sólo una pequeña

parte de la superficie total del cuerpo humano, recibe, aproximadamente, la mitad del número total de auto contactos.

Observando ante todo estos contactos de la cabeza, pude identificar 650 tipos diferentes de acción. Esto lo conseguí registrando la parte de la mano empleada, su manera de establecer el contacto, y la parte de la cabeza que recibía éste. Pronto se puso de manifiesto que había cuatro categorías principales. (Las tres primeras, aunque interesantes por derecho propio, no nos interesan directamente aquí, y sólo serán mencionadas brevemente. Sin embargo, su inclusión es importante, a fin de que quede claro que deben mantenerse separadas y no confundirse con las verdaderas autointimididades.) Las cuatro categorías son las siguientes:

1. *Acciones de protección.* La mano se lleva a la cabeza para impedir o reducir los estímulos de los sentidos. El hombre que quiere oír menos se tapa los oídos con las manos. El que quiere oler menos, se tapa la nariz. Si la luz es demasiado brillante, hace pantalla con la mano, y, si no puede soportar en absoluto lo que ve, se cubre los ojos completamente. Acciones parecidas se emplean en sentido contrario, cuando uno se tapa la boca para disimular una expresión facial.

2. *Acciones de aseo.* La mano se lleva a la cabeza *para* rascar, frotar, pellizcar, enjugar o realizar alguna acción semejante. Este enunciado general comprende también diversas acciones de aseo del cabello. Algunos de estos movimientos son intentos auténticos de limpiar y asear la región de la cabeza; pero en muchos casos son acciones nerviosas, provocadas por tensiones emocionales, y similares a las «actividades de desplazamiento» descritas por los que estudian el carácter de otras especies.

3. *Señales especializadas.* La mano se lleva a la cabeza para realizar algún ademán simbólico. El hombre que dice –Ya estoy harto–, se coloca el dorso de la mano debajo de la barbilla, para indicar que está ahito de «alimento» simbólico y que ya no puede más. El muchacho que quiere desafiar a alguien apoya el pulgar

en la nariz y extiende los otros dedos como un abanico vertical. Este insulto se deriva del acto simbólico de imitar la cresta del gallo de pelea, constituyendo por ello un ademán amenazador. Otro simbolismo animal, empleado como insulto en ciertos países, es llevarse las manos a las sienes, con los índices levantados y ligeramente encorvados, para imitar un par de cuernos. Y una forma común de insulto a uno mismo es apuntar el índice en la sien y disparar una pistola imaginaria.

4. *Intimidades con uno mismo.* La mano se lleva a la cabeza para realizar alguna acción que copia o imita una intimidación interpersonal. Aunque parezca extraño, no menos de los cuatro quintos de las diferentes acciones de mano-a-la-cabeza caen dentro de esta categoría. Parece como si la razón principal de tocarnos la cabeza logra conseguir satisfacción imitando inconscientemente actos de *tocamiento por parte de otros*.

La forma más corriente consiste en apoyar la cabeza en la mano, con el codo en contacto con una superficie de sustentación y el antebrazo sirviendo de puntal para aguantar el peso de la cabeza. Desde luego, podría argüirse que esto solo significa que los músculos del cuello están cansados. Sin embargo, una observación más atenta de estas acciones no tarda en revelar que, en la mayoría de los casos, el cansancio físico no puede justificar esta acción.

En esta acción, la mano se emplea como algo más que una mano. Al contar con el apoyo del codo, se ha convertido en algo más sólido, y más bien parece actuar como sustitutivo del hombro o del pecho del imaginario «compañero de abrazo». Cuando, de pequeños o de novios, nos abraza otra persona, solemos apoyar el lado de la cara en la mano, podemos reproducir aquella impresión y conseguir, con ella, una satisfactoria sensación de alivio y de intimidad. Además, como el origen de este acto es poco conocido, podemos hacerlo en público sin temor a ser tachados de infantiles. La acción de chuparse un pulgar, imitando el acto de mamar de un niño pequeño, podría servir para lo mismo; pero el disfraz sería

insuficiente, y por eso tendemos a evitarlo.

Llevarse la mano a la cabeza sin apoyarla en ninguna parte es también un acto muy frecuente, como el del ejemplo de la mujer en el andén de la estación. En este caso, la cabeza no puede descansar tan bien, y por ello parece que este tipo de acción tiene más que ver con la caricia o las palmadas en la cara o en el cabello, realizadas por el compañero que nos abraza como un adorno del acto general de intimidad. Aquí, la mano actúa como símbolo de la del compañero, más que como símbolo de su pecho o de su hombro. La boca es una región que recibe muchas atenciones, pero, aquí, la acción más común es tocarla de algún modo con los dedos y no con toda la mano. Cuando hacemos contactos en la boca, empleamos los dedos como sustitutivos del pecho y del pezón de la madre. Como ya he dicho, el acto de chuparse el pulgar es raro; pero, en cambio, son frecuentes otras versiones modificadas y menos evidentes. La modificación más sencilla, y una de las más frecuentes, consiste en apretar la punta del pulgar entre los labios. El dedo no se introduce en la boca ni se chupa: pero, a pesar de todo, se produce el contacto apaciguador. La punta, el lado o el dorso del índice, se emplean también mucho de esta manera, y, frecuentemente, el contacto con los labios se prolonga durante largo rato, mientras su preocupado dueño recobra la serenidad al hacerse sentir en el cerebro los ecos inconscientes del pasado infantil.

Como perfeccionamiento de esta forma de contacto bucal, el índice o el pulgar efectúan, en ocasiones, suaves y lentas fricciones de la superficie de los labios, reproduciendo los movimientos de la boca del niño sobre el pecho de la madre. En momentos de preocupación más intensa, se producen mordiscos de los nudillos y de las uñas. Cuando un sentimiento de frustración agresiva se conjuga con este acto, el hábito de morderse las uñas puede ser tan persistente que produzca poco menos que una mutilación, al quedar las uñas reducidas a unos pequeños muñones, con carne viva a su alrededor.

Entre las diferentes clases de contacto de mano-a-cabeza, las más corrientes, por orden de frecuencia, son: (1) descanso de la mandíbula, (2) descanso del mentón, (3) mesarse los cabellos, (4) descanso de la mejilla, (5) tocamiento de la boca y (6) descanso de la sien. Todos estos actos son realizados por varones y hembras adultos; pero, en dos casos, influye el sexo de la persona que los realiza. El hecho de mesarse los cabellos es tres veces más frecuente en la mujer que en el hombre, y el de apoyar la sien en la mano es dos veces más frecuente en el hombre que en la mujer.

Si dejamos la cabeza y bajamos por el cuerpo, pronto encontramos otras formas de intimidad con uno mismo. Todos conocemos, a través de los noticiarios, las trágicas escenas que siguen a catástrofes tales como un terremoto o un hundimiento de una mina. La mujer desesperada que se encuentra en tal situación, no se limita a llevarse una mano a la mejilla. Esta acción sería inadecuada, dadas las circunstancias. En vez de esto, se estrecha el cuerpo con ambos brazos y, sentada ante las ruinas de su casa o esperando en la boca de la mina, se mece de un lado a otro. Si ella y otra víctima no pueden consolarse en un abrazo mutuo, su reacción es abrazarse una misma y mecerse suavemente, tal como habría hecho su madre con ella cuando era una niña asustada.

Este es un caso extremo, pero todos empleamos casi diariamente un recurso parecido cuando cruzamos los brazos sobre el pecho. Como la situación es menos intensa, también lo es la acción, y el acto de cruzar los brazos es una forma de autoabrazo más débil que el abrazo total de la desesperación. Sin embargo, proporciona una sensación ligeramente confortadora de autointimidad, y se produce, singularmente, en momentos en que estamos en una posición un tanto defensiva. Por ejemplo, si hablamos con un grupo de personas poco conocidas, en una fiesta o en otra clase de reunión social, y una de ellas «se nos acerca demasiado», cruzamos los brazos para sentirnos más cómodos. En general, no nos damos cuenta de que lo hacemos, o de que ello guarda relación con los movimientos producidos a nuestro alrededor; pero lo cier-

to es que nos hemos acostumbrado a emplear este ademán como inconsciente signo social. Así, por ejemplo, el hombre dispuesto a impedir la entrada de unos intrusos puede plantarse frente a la puerta de su casa, cruzar los brazos y decir: «No se puede pasar.» En este caso, la acción *de* cruzar los brazos, que da aplomo al hombre que la realiza, parece positivamente amenazadora a los que se enfrentan con él. Señala el hecho de que les excluye de su abrazo y se siente lo bastante seguro de sí mismo con su acción privada de autoabrazo.

Otro acto de intimidad que todos practicamos diariamente es el que podríamos llamar «darnos la mano nosotros mismos». Una mano actúa como por nuestra cuenta, mientras que la otra, que agarra o estrecha la primera, ejerce el papel de la mano de un compañero imaginario. Hacemos esto de varias maneras, algunas más intensas que otras. Así, cuando nuestro estado de ánimo nos hace desear un fuerte apretón de manos con un compañero real, solemos entrelazar nuestros dedos con los suyos, haciendo que la acción sea más compleja y comprometida. De modo parecido, en ausencia de tal compañero, podemos reproducir esta sensación cruzando los dedos de la mano izquierda con los de la derecha. En momentos de tensión, esto se realiza a veces con tal fuerza que la piel palidece a causa de la presión ejercida inconscientemente.

Presiones parecidas se producen en la parte inferior del cuerpo cuando cruzamos las piernas. También el hecho de cruzar las piernas parece tranquilizarnos mucho, puesto que con ello conseguimos una presión confortadora de una parte del cuerpo sobre otra, y nos recuerda, quizá, la agradable tensión que sentíamos en nuestras piernas cuando, en un abrazo trepador, montábamos a horcajadas en el cuerpo de nuestros padres.

En los tiempos Victorianos, las normas de urbanidad a la sazón vigentes prohibían a las damas cruzar las piernas en público o en situaciones sociales. Los varones Victorianos gozaban de mayor libertad en este aspecto; cuando realizaban esta acción, se les pedía, sin embargo, que no se asiesen las rodillas o los pies. Ac-

tualmente no existen estas restricciones, y un estudio sobre un gran número de casos reveló que el 53 por ciento de estas acciones eran realizadas por mujeres, y el 47 por ciento por varones, de modo que la diferencia de sexos ha dejado de influir en aquéllas en el transcurso del último siglo. Sin embargo, existen dos diferencias en la forma de realizar el acto, según el sexo del que lo efectúa. Si se coloca el tobillo de una pierna sobre la rodilla o el muslo de la otra, el acto corresponde casi siempre al varón, sin duda porque en la mujer, sería una posición muy poco recatada. Lo curioso es que esto se produce igualmente cuando las mujeres llevan pantalón, de modo que se diría que la mujer que lleva pantalón sigue, mentalmente, vistiendo falda. La segunda diferencia se refiere a la posición de los pies. Si el pie correspondiente a la pierna “superior” sigue en contacto con la superficie de la «inferior», después de cruzadas las piernas, el acto es casi siempre femenino. (Excepción a esta regla es el acto de cruzar las piernas al nivel de los tobillos, en el que no hay diferencias según los sexos, y en el que el mutuo contacto de los pies viene determinado por la naturaleza de la acción.)

Una forma más íntima de contacto es el acto de abrazarse uno las piernas. En los casos de mayor intensidad, se levantan los muslos y se baja el pecho hasta que se encuentran. La presión se aumenta abarcando las rodillas o las piernas con los brazos. Además, puede bajarse la cabeza y apoyar el mentón o la mejilla en las rodillas. En tales casos, las piernas dobladas se emplean como sustitutivas del tronco del compañero imaginario, con las rodillas en función de pecho o de hombro. Es principalmente un acto femenino; entre muchos casos observados y registrados, correspondió un 95 por ciento a las mujeres y sólo un 5 por ciento a los varones.

Otra acción típicamente femenina es la de agarrarse el muslo con la mano. Un estudio reveló que el 91 por ciento de estos actos eran femeninos, y el 9 por ciento, masculinos. Aquí parece jugar un elemento erótico, en que la mano de la mujer actúa como si fuese la mano de un hombre, colocada sobre su muslo en un con-

texto sexual, en que el acto es más típico del varón que de la hembra.

En este examen de las autointimididades, hemos visto que eran casi siempre los brazos y las manos, y algunas veces las piernas, los que establecían el contacto; pero hay unas cuantas excepciones a esta regla. A veces —y este movimiento es también típicamente femenino— se baja la cabeza sobre el hombro, apretándola o dejándola descansar en él, estableciéndose el contacto con la mejilla, la mandíbula o el mentón. Aquí, el hombro propio es empleado como símbolo del pecho o de hombro del compañero imaginario. Otro caso se refiere a la lengua, que puede usarse para acariciar los labios o alguna otra parte del cuerpo, dándose casos de mujeres que pueden establecer esta forma de contacto con sus propios senos.

Aparte de todos estos métodos de establecer contacto corporal con uno mismo, falta examinar otro aspecto importante de la autointimididad, y es el estímulo erótico generalmente llamado masturbación. Esta palabra parece ser una corrupción de *manu-stuprare* —«violar con la mano»—, y revela el hecho de que el método más común de autoestimulación sexual requiere un contacto manogenital.

Ciertos estudios realizados a mediados del presente siglo revelaron que la masturbación es una forma sumamente corriente de autointimididad, practicada por la inmensa mayoría de los individuos en algún período de sus vidas. Aunque siempre ha sido poco más que un sustitutivo del acto interpersonal del coito, las actitudes adoptadas frente a él por la sociedad variaron considerablemente según las épocas. Parece que se practicaba abundantemente en las llamadas —tribus primitivas— pero en general es tomado a broma, como síntoma de que el masturbador es un fornicador fracasado.

Completamente distinta fue la opinión dominante en nuestras sociedades, en siglos pasados, durante los cuales se intentó seria-

mente la supresión total de esta actividad. En el siglo XVIII la masturbación era censurada como «el odioso pecado de la autopolución». En el siglo XIX, se convirtió en «el vicio horrible y agotador del abuso de uno mismo», y las damitas victorianas tenían prohibido lavarse el aparato genital, para evitar que la suave fricción propia de tal operación «pudiese provocar pensamientos impuros». El maldito bidé francés no podía cruzar el canal de la Mancha. En la primera mitad del siglo XX, el horror de la masturbación bajó al nivel de una «fea costumbre»; pero las autoridades religiosas siguieron seriamente preocupadas por el hecho de que pudiese producir alguna recompensa sexual al masturbador. Sin embargo, reconocieron que la “efusión de semen pueda estar justificada por motivos médicos, si podía realizarse sin que produjera placer». A mediados del siglo XX, las actitudes experimentaron un cambio espectacular, y llegó a decirse, atrevidamente, que la masturbación es «un acto normal y saludable para las personas de cualquier edad». En las dos últimas décadas, esta nueva opinión siguió ganando terreno.

Los adolescentes actuales, que faltos de oportunidades de copular, se sienten inclinados a practicar esta forma de auto intimidad, giran de grandes facilidades. En cambio, el adolescente de antaño era frecuentemente castigado por permitirse esta clase de actividades. Durante los dos últimos siglos, se aplicaron toda clase de duras medidas restrictivas, algunas de las cuales parecen hoy increíbles. A veces, se colocaba un anillo de plata sujeto a orificios practicados en el prepucio del joven varón. Otras, se le ponía un pequeño aparato con pinchos, que automáticamente pinchaban el pene en cuanto iniciaba la erección. Embadurnar el pene con pomada roja de mercurio era otro «remedio» que se recomendaba en ocasiones. Los adolescentes de ambos sexos eran a veces obligados a dormir con las manos atadas o sujetas a los barrotes de la cama, para evitar que «jugasen solos» por la noche, o eran provistos de versiones modernas del cinturón de castidad. Incluso se llegaba a someter a las jóvenes a la cauterización o extirpación del

clítoris por medios quirúrgicos, y algunas autoridades médicas aconsejaban la circuncisión de los varones, como manera imaginaria de impedir el «acto nefando» de la autoestimulación.

Afortunadamente, y salvo la circuncisión, ninguno de estos dolorosos procedimientos ha sobrevivido hasta hoy como práctica corriente. Por fin parece haberse dominado el afán de la antigua sociedad de mutilar a sus jóvenes. A este respecto, conviene que nos detengamos un momento a considerar las causas de que el curioso rito de la circuncisión se haya librada de éste cambio de actitud general. Hoy no se da ya la excusa antimasturbatoria; sino que el prepucio del niño varón es cortado por razones “religiosas, médicas o higiénicas”. La frecuencia de la operación varía según los países; en Inglaterra, se cree que se realiza en menos de la mitad de los niños varones, mientras que, en los Estados Unidos, se ha registrado una cifra del 85 por ciento.

La razón médica dada para la extirpación del prepucio es que, con ésta, se eliminan ciertos peligros (sumamente raros) de enfermedad. Estos sólo pueden producirse si el varón adulto no mutilado deja de observar la conveniente limpieza, por el sencillo procedimiento de estirar la piel hacia atrás y lavarse la punta del órgano. Si esto se hace regularmente, no hay más peligro de enfermedad para el que conserva el prepucio que para el circunciso. Dado que la inmensa mayoría de las extirpaciones del prepucio no se realizan por motivos religiosos, y que las razones médicas son tan poco convincentes, la verdadera razón de las miles de mutilaciones sexuales realizadas en niños varones todos los años sigue envuelta en el misterio. Calificada recientemente por un médico americano de “violación del falo”, la circuncisión parece ser secuela de nuestra pasado remoto cultural. Desde los tiempos primitivos, fue práctica corriente en la mayoría de las tribus africanas, adoptada por los antiguos egipcios, cuyos médicos-sacerdotes se aseguraban de que ningún varón que se respetase conservara su prepucio. Debido al estigma social inherente a la conservación de éste, los judíos tomaron este rito de los egipcios, haciéndolo aún

más obligatorio para los miembros de su religión. Al convertirse en «ley» social o religiosa, el significado original de la operación habla sido ya olvidado, y hoy no resulta fácil remontarse a su fuente primitiva. Incluso en las tribus africanas, donde es parte de complicadas ceremonias de iniciación, suele decirse que se hace por costumbre, aunque los investigadores modernos han suministrado numerosas explicaciones. Una de ellas pretende que el prepucio masculino era considerado como un atributo femenino, tal vez, porque cubría la cabeza del órgano varonil, de la misma manera que los labios cubren la abertura genital femenina. Otra opinión es que la remoción del prepucio era una imitación simbólica de la muda de piel de la serpiente, fenómeno que se creía que daba inmortalidad al reptil, puesto que la piel reaparecía después, más hermosa y más brillante. La ecuación simbólica era bastante clara: serpiente –falo; fuego, piel de la serpiente– prepucio.

Estas y otras muchas explicaciones ingeniosas fueron propuestas por los expertos; pero todas ellas parecen inadecuadas si consideramos en su conjunto el fenómeno de la mutilación sexual. Éste se produjo en determinadas épocas en casi todos los rincones del mundo, en centenares de culturas diferentes, y sus formas concretas variaron considerablemente. No siempre se reduce a la simple extirpación del prepucio o del clítoris. En ciertos casos, las extirpaciones eran más extensas, o las mutilaciones consistían, más que en amputaciones, en rajas o cortaduras. En algunas tribus se extirpan los labios además del clítoris de la mujer, y, en otras, el varón puede sufrir la dolorosa extirpación de toda la piel que cubre el bajo vientre, la pelvis, el escroto y la entrepierna, o pasar por la ordalía de que le abran el pene en dos en toda su longitud. El único factor común parece ser un empeño de los adultos humanos en producir daños funcionales al aparato genital de los jóvenes.

El hecho de que esta antigua forma de agresión adulta sobreviviere, en forma de circuncisión masculina, hasta los tiempos actuales, debería ser estudiado más de cerca por los modernos pro-

fesionales de la Medicina. Desde los ataques antimasturbatorios del pasado siglo, las jóvenes se han librado de estas agresiones, probablemente porque, a diferencia de los varones, no existía la menor justificación higiénica para la mutilación de parte de su aparato genital. Es una suerte que no se invirtiese la situación, pues si hubiese podido demostrarse que el clítoris era antihigiénico, cosa que habría dado una excusa médica para la extirpación, la mujer habría sufrido una considerable merma de su sensibilidad sexual. En cambio, recientes y minuciosas pruebas han demostrado que el pene pierde poca o ninguna sensibilidad con la remoción del prepucio, de modo que los varones mutilados de esta suerte por los respetables equivalentes modernos de los antiguos hechiceros no experimentan, al menos, ninguna mengua de su capacidad sexual. Desde luego, estas pruebas modernas demuestran la estupidez de la antigua razón antimasturbatoria como pretexto para la extirpación quirúrgica del prepucio. Mutilado o indemne, el varón adulto puede obtener satisfacción sexual de sus intimidades consigo mismo.

En resumen, podemos decir que el motivo de que la circuncisión haya sobrevivido en tan extensos sectores, cuando virtualmente todas las demás formas de antigua mutilación genital han desaparecido de las comunidades civilizadas, es que es la única que no menoscaba la actividad sexual y que, al propio tiempo, recibió un respetable aval de la opinión médica.

Volviendo a la masturbación en sí, lo único que nos queda por resolver es si, en la libertad de autoestímulo de la segunda mitad del siglo XX, existen futuros riesgos para nosotros. Si los artículos de una revista popular aconsejan que uno «se masturbe para que se alegre el corazón».

¿Será que el péndulo de la opinión sexual ha oscilado excesivamente? Desde luego, la antigua creencia de que la masturbación causaba terribles enfermedades y calamidades fue rebatida mediante una vigorosa campaña de propaganda; pero, ¿no existe el peligro de que, al desterrar las antiguas ideas, vayamos demasiado

lejos en la dirección opuesta? A fin de cuentas, la masturbación es una forma supletoria de la verdadera intimidad, como todas las actividades sociales de sustitución que hemos estudiado en capítulos anteriores, cualquier cosa que sea imitación de algo que debe hacerse con otra persona tiene que ser, necesariamente, inferior al auténtico acto de intimidad corporal, y esta regla es aplicable a la masturbación, como a las demás clases de intimidad con uno mismo. Cuando no se dispone de algo mejor, no existen argumentos lógicos contra las actividades sustitutivas; pero suponiendo que pueda conseguirse algo mejor en un futuro próximo, ¿no es peligroso desarrollar una fijación de los actos sustitutivos interiores, que más tarde harán más difícil el paso a la cosa real?

Como sistema de proporcionar considerable satisfacción sexual a una mujer solitaria o frustrada, puede ser excelente; pero como sistema para fomentar el amor tal vez deja mucho que desear. Olvida completamente el hecho de que el coito humano es mucho más que un acto de servicio sexual recíproco. Llegar al momento de más intensa intimidad corporal recíproca con una idea preconcebida de la satisfacción a obtener es como colocar el carro delante del caballo. No es mejor que emplear las acciones del varón como sustitutivos de la masturbación, en vez de hacerlo al revés. De la misma manera, si un hombre ha quedado excesivamente fijado de un tipo particular de masturbación, puede acabar por emplear a la mujer como sustituta de la mano, y no al revés. Considerar la copula de este modo es rebajar a la pareja al nivel de un aparatito estimulante, en vez de una persona entera, íntima y amante. El énfasis puesto en la importancia de las técnicas avanzadas de masturbación es, por tanto, menos inocente de lo que quisiera hacernos creer el «nuevo liberalismo».

VUELTA A LA INTIMIDAD

Nacemos en una relación íntima de estrecho contacto corporal con nuestra madre. Al crecer, nos asomamos al mundo y lo exploramos, volviendo de vez en cuando a la protección y la seguridad del abrazo materno. Por fin, rompemos las cadenas y nos erguimos solos en el mundo de los adultos. Pronto empezamos a buscar un nuevo lazo y volvemos a una relación de intimidad con la persona amada, que se conviene en nuestra compañera. Una vez más, tenemos una base segura para seguir explorando.

Si en alguna fase de esta secuencia faltan nuestras relaciones íntimas, nos es muy difícil luchar contra las presiones de la vida. Resolvemos el problema buscando sustitutivos de la intimidad. Nos entregamos a actividades sociales que suplen los fallidos contactos corporales, o empleamos un animalito mimado que haga el papel de compañero humano. Ciertos objetos inanimados nos sirven también para el papel del compañero íntimo, e incluso llegamos al extremo de practicar intimidades con nuestro propio cuerpo, como si de dos personas se tratase.

Desde luego, estas alternativas a la verdadera intimidad pueden explicarse como agradables complementos de nuestra vida táctil; pero, para muchos, se convierte en tristes y necesarios sucedáneos. La solución parece bastante evidente. Si existe tan fuerte demanda de contacto íntimo por parte del típico ser humano adulto, entonces éste debe abrir su guardia y prestarse más a los amistosos acercamientos de los otros. Debe olvidar las reglas que dicen: «Guarde sus cosas para sí, mantenga las distancias, no toque, no suelte, no muestre nunca sus sentimientos.» Desgraciadamente, hay varios factores poderosos que trabajan contra esta sencilla solución. El más importante es la desmesurada y superpoblada sociedad en que vive. Está rodeado de desconocidos y de casi

desconocidos, en los que no puede confiar, y son tantos que le es imposible establecer lazos emocionales con más de una pequeña fracción de ellos. Con los demás, debe restringir sus intimidades hasta el mínimo. Como físicamente se le parecen tanto, esto le exige un grado antinatural de reserva, mientras atiende a sus asuntos cotidianos. Si lo consigue, será a costa de restringir cada vez más todas sus intimidades, incluso con sus seres amados.

En esta condición de aislamiento del cuerpo y de restricción de la intimidad, el moderno habitante de la urbe corre el peligro de ser un mal padre. Si aplica esta restricción de contacto a sus retoños durante los primeros años de sus vidas, puede causar un perjuicio irreparable a su capacidad de establecer firmes lazos de afecto en el futuro. Si buscando justificación a su inhibido comportamiento paternal encuentra (él o ella) alguna aprobación oficial a su restricción, esto le ayudará a tranquilizar su conciencia de padre. Desgraciadamente, estas aprobaciones se han producido a menudo y han influido perjudicialmente en el desarrollo de las relaciones personales en el seno de la familia.

Un ejemplo de este tipo de consejo es tan extremado que merece mención especial. El método watsoniano de educación de la infancia, que recibió su nombre del de su autor, un eminente psicólogo americano, fue muy seguido a principios de este siglo. Para captar el matiz de sus consejos a los padres, vale la pena citarlo con cierta prolijidad. He aquí algunas de las cosas que dijo:

Las madres, cuando besan a sus hijos, los levantan y los mecen, los acarician y juegan con ellos sobre sus rodillas, no saben que están constituyendo poco a poco un ser humano, absolutamente incapaz, de enfrentarse con el mundo en el que habrá de vivir más tarde... Hay una manera sensata de tratar a los niños. Tratadlos como si fuesen jóvenes adultos... No los estrechéis en vuestros brazos ni los beséis; no dejéis que se sienten en vuestra falda. Si no tenéis más remedio, besadlos una vez en la frente cuando os den las buenas noches... ¿Es que las madres no pueden

aprender, en todas sus relaciones con el hijo, a sustituir por una palabra amable, por una sonrisa, los besos y los abrazos, los arrumacos y los mimos? Si no tiene usted una niñera que pueda cuidar del niño, déjelo en el patio durante una buena parte del día. Construya una valla alrededor del patio, para que pueda estar segura de que no le ocurrirá nada malo. Hágalo desde que él nace... Si su corazón es demasiado tierno y tiene que observar al niño, haga un orificio en la pared, por el que pueda mirar sin ser vista, o emplee un periscopio... En fin, aprenda a no hablarle en términos dulzones y mimosos.

Como se dijo que esto era tratar a un niño como a un joven adulto, la evidente consecuencia es que los típicos adultos watsonianos nunca se besan o se abrazan, y pasan el tiempo observándose a través de orificios metafóricos. Desde luego, esto es precisamente lo que todos tendemos a hacer con los *extraños* que nos rodean en la vida cotidiana; pero ver que esta conducta se recomienda seriamente, como actitud correcta de los padres frente a sus hijos, es, por no emplear términos más duros, algo asombroso.

La opinión watsoniana sobre la educación de los hijos se fundaba en el punto de vista behavioriano de que en el hombre –son de nuevo sus palabras– «no hay instintos. Nosotros construimos, en los primeros años, todo lo que aparecerá más tarde... No hay nada que desarrollar desde dentro». Consecuencia obligada de ello, era que para producir un adulto bien disciplinado había que empezar disciplinando bien al niño. Si se demoraba el proceso, los «malos hábitos» podían formar lo que, más tarde, sería muy difícil eliminar.

Esta actitud, fundada en una premisa absolutamente falsa sobre el desarrollo natural del comportamiento humano en la primera y en la segunda infancias, no sería más que una grotesca curiosidad histórica si no fuese por el hecho de que, de vez en cuando, se encuentra aún en los tiempos actuales. Y, ya que la doctrina permanece, bueno será examinarla más de cerca. La razón principal

de su persistencia es que, en cierto modo, se perpetúa por sí sola. Si un niño pequeño es tratado de esta manera antinatural, se siente inseguro desde el principio. Su fuerte demanda de intimidad corporal se ve frustrada y castigada una y otra vez. Su llanto no obtiene respuesta. Pero se adapta, aprende, no tiene otra opción. Se adiestra y crece. Lo malo es que durante toda su vida le costará confiar en alguien. Como su afán de amar y ser amado se frustró desde el principio, el mecanismo del amor quedará por siempre averiado. Como su relación con sus padres se desarrolló como un negocio, todos sus posteriores compromisos personales seguirán el mismo camino. Y ni siquiera tendrá la ventaja de poder comportarse como un autómatas, pues en lo más profundo de su ser aún sentirá la necesidad biológica básica de amar, pero sin poder encontrar la manera de darle salida. Como un miembro lesionado, pero que no puede ser amputado del todo, seguirá sintiendo dolores. Si, por motivos convencionales, este individuo se casa y tiene hijos, lo más probable es que éstos sean tratados de la misma manera, ya que el verdadero amor paternal se habrá hecho, a su vez, virtualmente imposible. Esto se ha demostrado con experimentos realizados con monos. Si un mono pequeño es criado por su madre sin cariñosa intimidad, más tarde será un mal padre.

Muchos padres humanos creyeron que el régimen watsoniano era bueno, aunque exagerado. Por consiguiente, emplearon una versión modificada y suavizada. Se mostraban severas con su pequeño durante un instante, y, después, cedían. En ocasiones, aplicaban una rígida disciplina; en otras, la mitigaban. Dejaban llorar al niño en su cuna, pero, otras veces, le mimaban y le colmaban de juguetes caros. Le educaban en una limpieza prematura, pero le llenaban de besos y de mimos. El resultado era, naturalmente, un crío absolutamente confuso que, más tarde, se convertía en el clásico «niño malcriado». Entonces, el error fundamental consistía en atribuir esta condición no a confusión o a los primitivos elementos disciplinarios, sino únicamente a los momentos de «blandura». Si hubiesen seguido el régimen estricto y no hubiesen ce-

dido tan a menudo –se decían los padres–, todo habría ido bien. Y como el chico se había vuelto arisco y exigente, se le decía que tenía que «portarse bien» y se endurecía la disciplina, esto traía como consecuencia, en esta y ulteriores fases, berrinches y rebeldías.

Este niño había visto, en los primitivos momentos de «blandura», lo que es el amor, pero después de mostrarle la entrada le habían dado con la puerta en las narices. Sabía amar, pero no le habían amado lo bastante, y en sus ulteriores rebeldías ponía a prueba a sus padres, con la esperanza de descubrir que le amaban a pesar de todo, que le amaban por él mismo y no por su «buen comportamiento». Y, con demasiada frecuencia, la respuesta era negativa.

Pero aunque la respuesta fuese positiva y los padres perdonasen su última trastada, aún no podía creer que todo marchaba bien. Las primeras huellas se habían grabado con demasiada fuerza; la primitiva e intermitente disciplina había sido demasiado cruel para su mentalidad de niño pequeño. Por eso volvían a probarlo, yendo cada vez más lejos en su desesperado intento de demostrar que, a pesar de todo, le querían de verdad. Entonces, los padres, enfrentados con un caos, acababan por aplicar una disciplina rigurosa, que confirmaba los más graves temores del niño, o cedían una y otra vez, perdonando sus actos cada vez más antisociales, debido a un vago sentimiento de culpabilidad: «¿Que hicimos mal? ¿Dónde estuvo nuestro fallo? Te lo dimos todo»

Todo eso habría podido evitarse si el bebe hubiese sido tratado como tal, y no como un “joven adulto”. Durante su primer año de vida, el niño exige un amor total. No trata de «sacar lo más posible de sus padres», sino que lo necesita. Si la madre está libre de tensiones, y no ha sido violentada en su infancia, sentirá una necesidad natural de darlo todo; y esto es precisamente lo que llevo a los partidarios de la disciplina a ultranza a aconsejar a las madres que no se dejasen llevar por estas tiernas debilidades que «tocan sus cuerdas sensibles», según frase predilecta de los walsonianos. Si, como resultado del sistema de vida moderno, la ma-

dre está bajo presión, la cosa no resultara tan fácil; pero, incluso así, y si prescinde de un régimen artificialmente impuesto, podrá acercarse bastante al ideal de producir un hijo querido y feliz.

Lejos de convertirse en un «niño malcriado», el pequeño podrá desarrollar una individualidad cada vez más independiente, conservando su calidad amorosa, pero sin inhibiciones para la investigación del excitante mundo exterior. Los primeros meses le habrán dado la seguridad de que dispone de una base firme y seguía para lanzarse a la exploración. También esto es confirmado por experimentos realizados con los monos. El hijo de una mona cariñosa no tarda en jugar y explorar el medio ambiente. El hijo de una mona despegada se muestra tímido y nervioso. Es todo lo contrario de la predicción walsoniana, que supone que un «exceso» de amor prematuro, en el sentido íntimo y corporal, hará que la criatura sea, en el futuro, blanda y desconfiada. Lo equivocado de esta opinión se manifiesta siempre a los tres años de vida del niño. El chiquillo que fue amado pródigamente durante los dos primeros años, empieza a mostrar seguridad y se lanza al mundo con grande aunque inseguro vigor. Si se cae de bruces, lo más probable es que llore menos que los otros niños. El pequeño que fue menos amado y que sufrió una disciplina más severa será menos decidido, sentirá menos curiosidad por lo que ve y estará menos inclinado a iniciar los primeros y torpes intentos de acción independiente.

En otras palabras, si, en los dos primeros años de vida, se ha establecido una relación de amor total, el niño pasará fácilmente a la siguiente fase de su desarrollo. Sin embargo, al crecer, su alocado impulso de explorar el mundo *exigirá* alguna disciplina por parte de los padres. Lo que estaba mal en la primera infancia, estará bien ahora. Las censuras watsonianas contra los padres excesivamente protectores de sus hijos *mayores* están, hasta cierto punto, justificadas: pero lo curioso es que cuando esta protección es excesiva, suele ser una reacción contra los daños producidos por la crianza watsoniana de los bebés. El niño que fue profundamente

amado durante sus primeros años, es poco probable que provoque un comportamiento de esta clase.

Después, el adulto que, en su primera infancia, estableció, en la fase primaria del amor total, un fuerte vínculo afectivo con sus padres, estará también mejor pertrechado para forjar un vigoroso lazo afectivo sexual y seguir, desde esta nueva «base de seguridad», explorando y llevando una vida social activa y progresiva. Ciertamente, antes de que se forme este lazo afectivo sexual, él, o ella, sentirán un mayor afán de explorar la sexualidad. Todos los campos de exploración estarán más acentuados, y la esfera sexual no será una excepción. Pero si en su vida primitiva el individuo ha pasado con naturalidad de una fase a otra, la exploración sexual conducirá muy pronto a la formación de la pareja y al desarrollo de un poderoso vínculo emocional, con un pleno retorno a las variadas intimidades, corporales propias de la primera fase amorosa infantil.

Los jóvenes adultos que crean nuevas unidades familiares y gozan dentro de ellas de intimidades no cohibidas, estarán en mejores condiciones para enfrentarse con el duro e impersonal mundo exterior. Al hallarse en esta condición de «lazo total», y no de falta de lazos, sabían hacer frente a toda clase de encuentros sociales sin moverse de su terreno, y no se mostrarán inadecuadamente exigentes en situaciones que, inevitablemente, requerirán una restricción emocional.

Un aspecto de la vida familiar que no debe ser desdeñado es la necesidad de aislamiento. Es necesario disponer de un espacio privado para poder disfrutar hasta el máximo de los contactos íntimos. Un hogar atestado dificulta el desarrollo de las relaciones personales, salvo las violentas. Tropezar uno con otro no es lo mismo que darse un cariñoso abrazo. La intimidad forzada se convierte en antiintimidad, en el sentido literal de la palabra, de modo que, paradójicamente, necesitamos más espacio para dar mayor significado al contacto corporal. El mezquino proyecto arquitectónico que olvide esta circunstancia crea una inevitable

tensión emocional. Pues la intimidad corporal personal no puede ser una condición permanente, como la persistente superpoblación impersonal del mundo urbano exterior al hogar. La necesidad humana de íntimo contacto corporal es espasmódica, intermitente, y solo requiere expresión ocasional. Encoger el espacio del hogar es convertir el contacto amoroso en una sofocante proximidad de cuerpos. Si esto parece bastante evidente, resulta difícil comprender la poca atención que los proyectistas han prestado, durante los últimos años, al espacio-hogar privado.

Al pintar este cuadro de los «jóvenes adultos íntimos», puedo haber dado la impresión de que si han adquirido un espacio-hogar privado conveniente, han tenido una infancia amorosa y han forjado entre sí nuevos y firmes lazos afectivos, todo tiene que marchar bien. Desgraciadamente no es así. El atestado mundo moderno puede seguir aferrado a sus relaciones e inhibir sus intimidades. Hay dos poderosas actitudes sociales que pueden influir en aquéllas.

La primera es la que emplea la palabra “infantil” como un insulto. Las extensas intimidades corporales son criticadas como retrógradas, por no decir propias de la primera infancia. Y esto es algo que puede fácilmente desanimar a un joven adulto con capacidad de amar. La sugerencia de que un exceso de intimidad constituye una amenaza para el espíritu independiente, sumada a dichos tales como «el buey suelto bien se lame», empieza a producir un impacto. Inútil decir que no hay ninguna prueba de que el adulto que se permite contactos corporales típicos de la fase infantil de la vida tenga que ver coartada su independencia en otros momentos. Más bien ocurre lo contrario. Los efectos apaciguadores y calmantes de suaves intimidades dejan al individuo más libre y mejor equipado emocionalmente para enfrentarse con los más remotos e impersonales momentos de su vida. No le ablandan, como se ha dicho muchas veces; le fortalecen, como fortalecen al niño amado, disponiéndole mejor para la exploración.

La segunda actitud social que tiende a coartar las intimidades es la

que pretende que los contactos corporales implican un interés sexual. Este error ha sido causa de muchas restricciones que en tiempos pasados se aplicaron a la intimidad. No hay nada implícitamente sexual en las intimidades entre padres e hijos. El amor paterno y el amor filial no son amores sexuales, y tampoco tiene que serlo necesariamente el amor entre dos hombres, dos mujeres o incluso un hombre y una mujer particulares. El amor es amor – un lazo emocional de apego–, y el hecho de que sentimientos sexuales se incorporen o no a él es cuestión secundaria. En tiempos recientes, se ha exagerado el elemento sexual de estos lazos. Si existe un fuerte lazo, asexual en su origen, pero acompañado de sentimientos sexuales débiles, estos son automáticamente captados y aumentados desafortunadamente en nuestro pensamiento. Resultado de esto fue una masiva coerción de nuestras intimidades corporales no sexuales, que se aplicó a las relaciones con nuestros padres (¡cuidado con Edipo!), con nuestros hijos (¡cuidado con el incesto!), con nuestros íntimos amigos del mismo sexo (¡cuidado con la homosexualidad!), con nuestros íntimos amigos del sexo contrario (¡cuidado con el adulterio!) y con nuestros muchos amigos casuales (¡cuidado con la promiscuidad!). Todo esto es comprensible, pero absolutamente innecesario. Indica que en nuestras verdaderas relaciones sexuales tal vez no disfrutamos de un grado de intimidad corporal eróticamente suficiente. Si nuestras intimidades sexuales, en el seno de la pareja, fuesen lo bastante intensas y extensas, no quedaría ninguna para invadir los otros tipos de relaciones afectivas, y podríamos calmarnos y disfrutar de ellas más de lo que nos atrevemos a hacer en la actualidad. Naturalmente, si permanecemos cohibidos o frustrados con nuestra pareja, la situación es completamente distinta.

La restricción general aplicada, en la vida moderna, a los contactos corporales no sexuales ha llevado a algunas curiosas anomalías. Por ejemplo, recientes estudios americanos han revelado que, en ciertos casos, hay mujeres que se entregan al desenfreno sexual sólo con el fin de que alguien las estreche entre sus brazos. Al ser

profundamente interrogadas, confesaron que, en ocasiones, se entregaban sexualmente a un hombre porque esta era la única manera de colmar su ansia de un estrecho abrazo. Esto ilustra con patética claridad la distinción entre intimidad sexual e intimidad no sexual. Aquí no es la intimidad corporal la que lleva al sexo, sino el sexo el que lleva a la intimidad corporal, y esta inversión total no deja la menor duda sobre la separación entre ambas.

Estos son, pues, algunos de los riesgos a que se expone el adulto moderno que quiere intimidad. Para completar este estudio del comportamiento íntimo humano, debemos preguntarnos que signos de cambio se advierten en las actitudes de la sociedad contemporánea.

Al nivel de la infancia, y gracias a ímprobos trabajos de los psicólogos de niños, se ha mejorado mucho en la comprensión de los problemas de la crianza de los pequeños. Hoy se comprende mucho mejor la naturaleza de los lazos entre padres e hijos, y el papel esencial que representa el cariño para que los niños se desarrollen sanos. La rígida e implacable disciplina de ayer está en plena decadencia. Sin embargo, en nuestros centros urbanos más superpoblados, el feo fenómeno del “síndrome del niño apaleado” subsiste aun, para recordarnos que es muy largo el camino que nos falta por recorrer.

Al nivel del niño mayor, se realizan constantes y graduales reformas en los métodos de educación y se está formando un criterio más sensato, fruto de la necesidad de una educación social, junto a la instrucción técnica. Sin embargo, la demanda de conocimientos tecnológicos es más fuerte que nunca, y todavía existe el peligro de que el colegial corriente sea mejor instruido para enfrentarse con los hechos que para convivir con las personas.

Entre los jóvenes adultos, el problema de manejar los encuentros sociales parece, afortunadamente, que se resuelve por sí solo. No creo que existiese nunca un periodo tan abierto y franco en el intrincado mundo de la interacción personal. Muchas críticas de la

conducta de los jóvenes adultos por parte de la vieja generación, proceden de una bien disimulada envidia. Sin embargo, falta por ver si la reciente libertad de expresión, la sinceridad sexual y las intimidades no coartadas del tiempo actual podrán sobrevivir con el paso del tiempo, al acercarse la madurez.

La creciente tensión impersonal de la vida madura puede salir aún por sus fueros.

Entre los adultos maduros existe una clara y creciente preocupación por la supervivencia de la resuelta vida personal dentro de las comunidades urbanas en continua expansión. Al influir cada vez más la tensión pública en la vida privada, se percibe una creciente alarma sobre la naturaleza de la condición humana moderna. En las relaciones personales se oye constantemente la palabra “alienación”, ya que cada vez es más difícil quitarse por la noche la pesada armadura emocional con que se cubre el hombre para la lucha social en las calles y en las oficinas.

En América del Norte, puede oírse el clamor de una nueva rebelión contra esta situación. Se ha iniciado un nuevo movimiento, que proporciona una elocuente prueba de la ardiente necesidad que existir en la sociedad moderna de una revisión de nuestras ideas concernientes al contacto corporal y a la intimidad. Conocido en términos generales «Terapéutica de Grupo», apareció en el último decenio, principalmente en California, y se extendió rápidamente a muchos centros de los Estados Unidos y del Canadá. Llamado *Bod Biz* (apócope de *body bussines*) en la jerga americana, adoptó numerosos títulos oficiales, como «Psicología transpersonal», «Psicoterapia múltiple» y «Dinámica social».

El principal factor común es la reunión de un grupo de adultos para sesiones que duran, aproximadamente, de un día a una semana, y en las que realizan una gran variedad de interacciones personales y de grupo. Aunque algunas de éstas son esencialmente verbales, otras muchas son no verbales y se refieren a contactos corporales, contactos rituales, masaje mutuo y juegos. Su

objetivo es derribar la fachada de la conducta del adulto civilizado y recordar a las personas que «no *tienen* cuerpo, sino que *son* cuerpos».

La característica principal de estos cursillos es que animan a los adultos inhibidos a jugar de nuevo como niños. La atmósfera científica de vanguardia les autoriza a comportarse de un modo infantil, sin turbación o miedo al ridículo. Se frotan, se golpean y se dan palmadas recíprocamente; se llevan en brazos de un lado a otro y se untan con óleos; juegan juegos de niños y se exhiben desnudos, a veces literalmente, pero, en general, metafóricamente.

Este deliberado retorno a la infancia se describe explícitamente en el siguiente párrafo, relativo a un cursillo de cuatro días titulado «Volved a ser como erais»:

«El americano formal alcanza un dudoso estado de “madurez” enterrando muchos elementos infantiles bajo capas de vergüenza y de ridículo. Aprender de nuevo a ser niños es algo que puede enriquecer la experiencia de masculinidad del hombre y de la femineidad de la mujer. Experimentar de nuevo la sensación de ser un niño en compañía de la madre puede arrojar nueva luz sobre la manera de considerar el amor, la práctica del amor y la búsqueda del amor. Paradójicamente, el establecimiento de contactos con debilidad infantil provoca chorros de energía, y el contacto de unas lágrimas infantiles abren los canales de la expresión y del gozo.»

Otros cursillos similares, llamados «Cubre nueva vida con el juego» y «Despertar sensorial: renacimiento», recalcan también la necesidad de volver a las intimidades de la infancia. En algunos casos, el procedimiento se lleva aún más lejos con el empleo de “piscinas-matriz”, mantenidas exactamente a la temperatura uterina.

Los organizadores de estos cursos los califican de «terapéutica para personas normales». Los visitantes no son enfermos: son miembros de grupo. Acuden allí porque buscan con urgencia alguna manera de volver a la intimidad. Si es triste pensar que los adultos civilizados modernos necesitan autorización oficial para tocarse, al menos es consolador que comprendan suficientemente que algo anda mal y busquen activamente el remedio. Muchas personas que han asistido a estas sesiones vuelven en busca de más, ya que en el curso de los contactos corporales rituales experimentan un alivio emocional y una distensión. Dicen que sienten como una liberación y un aumento de calor en relación con sus interacciones personales en el hogar.

¿Es un nuevo y valioso movimiento social, un capricho pasajero, o algo peligroso, como la afición a las drogas? Docenas *de* nuevos centros se inauguran todos los meses, pero las opiniones de los expertos son muy variadas. Algunos psicólogos y psiquiatras apoyan resueltamente el fenómeno de los encuentros en grupo; otros lo condenan. Hay quien dice que los miembros del grupo «no mejoran, sino que sólo obtienen una dosis paliativa de intimidad». Si esto es cierto, los cursos pueden servir al menos a ciertos individuos en fases difíciles de su vida social. Esto sitúa a los miembros del grupo en el nivel de intimidad de ir a bailar, de meterse en cama a causa de un resfriado y ser consolado allí; pero esto no tiene nada de malo. Simplemente, añade una cuerda más al arco de la persona que busca un contexto en el que «está permitido tocar». Pero hay otras críticas más severas. «Las técnicas que se presume que fomentan la verdadera intimidad, a veces la destruyen», dice una de ellas. Un teólogo, sin duda alarmado por esta nueva forma de competencia, afirma que lo único que encuentra la gente en estos grupos es «una nueva manera de ser impersonal, una nueva serie de trucos y nuevas maneras de ser hostiles bajo apariencias amistosas».

Es cierto que si escuchamos a los líderes del movimiento cuando hablan al público en general sobre sus métodos y su filosofía, se

percibe siempre un inconfundible tufillo de afectada condescendencia. Dan la impresión de haber descubierto el secreto del universo y de ser lo bastante generosos para confiarlo a los otros y más insignificantes mortales. Este punto ha sido recalcado, en son de crítica, por algunos; pero probablemente no es más que una defensa contra un ridículo previsto. Recuerda la táctica de los psicoanalistas de los primeros tiempos. Como los veteranos de los grupos de encuentro, los que habían sido psicoanalizados no podían dejar de mirar de arriba abajo a los que no lo habían sido. Pero el psicoanálisis ha pasado ya esta etapa, y si aquellos grupos superan la novedad, cambiará, sin duda, la actitud, y el nuevo culto madurará hasta constituir un sistema aceptado.

Las más severas afirmaciones de que las sesiones de grupo son, en realidad, gravemente perjudiciales, no han tenido demostración. Sin embargo, la «intimidad temporal», según ha sido llamada, tiene sus riesgos para el adepto cuando éste regresa, parcial o totalmente «despertado», a su antiguo medio. Él ha cambiado, pero no sus compañeros de hogar, y existe el peligro de que no tolere lo bastante esta diferencia. En esencia, es un problema de relaciones en competencia. Si un individuo visita uno de aquellos grupos, se hace dar masaje y fricciones por personas totalmente desconocidas, se entrega a juegos íntimos con ellas y se permite una gran variedad de contactos corporales, realizará allí mucho más de lo que estaba acostumbrado a hacer con sus verdaderos «íntimos» en el hogar. (Si no es así, no habrá problema.) Y sí —como ocurrirá inevitablemente— describe más tarde sus experiencias con elocuente detalle, despertará automáticamente sentimientos de celos. ¿Cómo pudo actuar así en el centro de encuentros, si se mostraba tan remoto e intocable en casa? Desde luego, la respuesta está en la sanción oficial y científica de aquellos actos en el ambiente especial del centro, pero esto no convencerá a los íntimos de su «vida real». Cuando los miembros de una pareja asisten juntas a estas sesiones de intimidad, el problema se reduce en gran manera; pero la situación de «vuelta a casa» requiere aún mucho

tacto.

Algunos han sostenido que el aporte más desagradable de los grupos de encuentro es que estos convierten algo que debería ser parte inconsciente de la vida cotidiana en un proceso consciente, altamente organizado y profesional, con el peligro de que el acto de intimidad se convierta en un fin por sí mismo, en vez, de ser uno de los medios básicos de que podemos servirnos intuitivamente para enfrentarnos con el mundo exterior.

A pesar de que todos estos temores y críticas son muy comprensibles, sería erróneo desdeñar esta nueva e intrigante tendencia. En el fondo, sus dirigentes percibieron una creciente y perjudicial desviación de nuestras relaciones hacia la impersonalidad, e hicieron lo que pudieron para invertir el proceso. Si, como ocurre a menudo, por la «ley de errores recíprocos», mueven excesivamente el péndulo en la dirección opuesta, esto puede considerarse una falta leve. Si el movimiento se desarrolla y crece hasta el punto de que llegue a ser objeto de conocimiento general, entonces, incluso para los no entusiastas, existirá como constante recordatorio de que algo anda mal en la manera en que empleamos –o, mejor dicho, dejamos de emplear– nuestros cuerpos. Aunque sólo consiga hacernos ver esto, habrá valido la pena. Una vez más, es elocuente la comparación con el psicoanálisis. Sólo una pequeña parte de la población general tiene experiencia directa del análisis; sin embargo, la idea básica de que nuestros más profundos y negros pensamientos no son vergonzosos o anormales, sino que son probablemente compartidos por la mayoría de las personas, influyó saludablemente en toda nuestra cultura. En parte, a ello se debe la visión más sincera y franca de los problemas personales mutuos de los jóvenes adultos actuales. Si el movimiento de los grupos de encuentro puede contribuir al mismo alivio indirecto de nuestros sentimientos reprimidos sobre el íntimo contacto corporal, es indudable que, en definitiva, habrá hecho una valiosa aportación a la sociedad.

El animal humano es una especie sociable, capaz de amar y que

necesita ser amado. Simple cazador tribal por evolución, se encuentra ahora en un superpoblado mundo comunitario. Cercado por todas partes, se defiende encerrándose en sí mismo. En su retirada emocional, cierra las puertas incluso a los seres más próximos y que le son más queridos, hasta que se encuentra solo en medio de una inmensa multitud. Incapaz de salir en busca de apoyo emocional, se vuelve tenso, irritable y, quizás, en definitiva, violento. Hambriento de consuelo, busca sustitutivos del amor que sean inofensivos y no hagan preguntas. Pero el amor es un proceso de doble dirección, y los sustitutivos son insuficientes. En estas condiciones, si no encuentra una verdadera intimidad –aunque sea con una sola persona–, sufrirá graves consecuencias.

Impulsado a abroquelarse contra el ataque y la traición, llegará a un estado en que todo contacto le parecerá repelente, en que tocar o ser tocado significará herir o ser herido. En cierto modo, esto ha llegado a ser una de las grandes dolencias de nuestro tiempo, una grave enfermedad social de la sociedad moderna, que haremos bien en curar antes de que sea demasiado tarde. Si no prestamos atención al peligro, el mal puede aumentar de generación en generación, hasta que el daño sea irreparable.

Hasta cierto punto, nuestra capacidad de adaptación puede causar nuestra ruina social. Somos capaces de vivir y de sobrevivir en tan espantosas condiciones antinaturales, que en vez de detenernos y de volver a un sistema más sano seguimos luchando. Así hemos combatido en nuestro atestado mundo urbano, alejándonos cada vez más del estado de intimidad amorosa y personal, hasta que aparecieron profundas grietas. Entonces, chupándonos los pulgares metafóricos y elaborando complicadas filosofías para convencernos de que todo marcha bien, nos quedamos sentados sin hacer nada. Nos burlamos de los adultos instruidos que pagan grandes cantidades para entregarse a juegos infantiles, tocarse y abrazarse en institutos científicos, y cerramos los ojos a las señales. ¡Cuanto más fácil no sería todo si aceptásemos el hecho de que un amor tierno no es signo de debilidad, propio de niños y de jóvenes

enamorados, si pudiésemos dar vuelta a nuestros sentimientos y volviésemos de vez en cuando, mágicamente, a la intimidad!

FIN